DOS AÑOS DE VACACIONES

JULIO VERNE



DOS AÑOS DE VACACIONES

PRÓLOGO

Muchos Robinsones han despertado ya la curiosidad de nuestros jóvenes lectores. Daniel de Foë, en su inmortal *Robinsón Crusoé,* ha puesto en escena al hombre solo; Wyss, en su *Robinsón Suizo*, a la familia; Cooper, en *El Cráter*, a una sociedad con sus múltiples elementos, y yo en *La Isla Misteriosa* he presentado a algunos sabios luchando con las necesidades de su penosísima situación.

Se ha escrito también *El Robinsón de doce años, El Robinsón de los hielos, El Robinsón de las niñas*, y otros; pero con ser tan grande el número de novelas que componen la serie de los *Robinsones*, no la considero completa, y he creído que para ello sería conveniente publicar un libro cuyos protagonistas fueran algunos jovencitos de ocho a trece años, abandonados en una isla, luchando por la vida en medio de las

contrariedades ocasionadas por la diferencia de nacionalidad; en una palabra, *un colegio de Robinsones*.

Verdad es que en *Un capitán de quince años* procuró demostrar lo que pueden el valor y la inteligencia de un niño enfrente de los peligros y de las dificultades de una responsabilidad muy grande para su edad; pero se me ha ocurrido después que si la enseñanza contenida en dicho libro ha de ser para muchos provechosa, se hacía necesario completarla.

He aquí los dos motivos que me han impulsado a escribir esta nueva obra, que me permito ofrecer al público bajo el título de: *Dos años de vacaciones*.

JULIO VERNE.

I

La tempestad. -Un «schooner» desamparado. -Cuatro muchachos en el puente del «Sloughi». -La mesana hecha pedazos. -Visita en el interior del yate. -El grumete medio ahogado. -Una ola por la popa. -La tierra a través de las nieblas de la madrugada. -El banco de arrecifes.

Durante la noche del 9 de Marzo de 1860 las nubes, confundiéndose con el mar, no permitían a la vista extenderse más allá de algunas brazas en derredor.

En aquel mar furioso, cuyas olas se desplegaban dejando en pos de sí surcos lívidos y espumosos, un buque ligero huía casi sin velas.

Era un yate de cien toneladas, un *schooner,* como llaman a las goletas en Inglaterra y en América.

Este *schooner* se denominaba el *Sloughi,* nombre que se hubiera buscado en vano en el cuadro de popa, en atención a que había sido arrancado en parte por debajo del coronamiento, quizá por el huracán, tal vez por algún choque.

. Eran las once de la noche. Bajo la latitud en que se hallaba, y a principios de Marzo, éstas son bastante cortas. Los primeros albores no es dejarían ver hasta las cinco de la madrugada. ¿Pero serían acaso menores los peligros que amenazaban al *Sloughi* cuando el sol alumbrase el espacio? Tan débil nave ¿no estaría sin cesar, hasta destruirse, a merced de las olas, cada vez más embravecidas?

Seguramente que esto último acontecería, pues sólo la calma podría salvarla de un horroroso naufragio, cual lo es el que ocurre en medio del Océano, lejos de toda tierra, cuya presencia alienta siempre y hace muchas veces que algunos náufragos, reanimados por la esperanza, encuentren su salvación.

En la popa del *Sloughi*, y al lado del timón, se hallaban tres muchachos, uno de catorce años, otros dos de trece y un grumete de raza negra, que contaba apenas doce. Los pobres niños reunían sus fuerzas para impedir que las olas cogieran al *schooner*

por los costados, haciéndole perecer. Era un trabajo muy rudo, porque la rueda del gobernalle, dando vueltas a pesar de los esfuerzos que las pobres criaturas hacían para dominarla, podía de un momento a otro sobreponerse a ellos y lanzarlos al mar. Un poco antes de las doce arreciaron tanto las olas que batían el flanco del yate, que puede considerarse como un milagro que no se rompiera el timón. Los golpes de mar eran rudísimos, y uno de ellos, muy fuerte, derribó a nuestros pequeños marineros, si bien pudieron éstos levantarse casi en seguida.

-¿Sirve todavía el timón? preguntó uno de ellos.

-Sí, Gordon, respondió otro muchacho, llamado Briant, que, habiendo vuelto a ocupar su sitio, conservaba toda su sangre fría.

Luego, dirigiéndose al tercero, dijo:

-Agárrate fuerte, Doniphan, y procura no acobardarte. Tenemos que salvar a los demás.

Estas frases fueron dichas en inglés; mas por el acento de Briant dejábase conocer que era de origen francés.

Éste se volvió hacia el grumete, diciéndole:

-¿Estás herido, Mokó?

-No, señor Briant; pero procuremos mantener el buque dando la popa a las olas, si no queremos irnos a pique.

En este momento se abrió la escotilla que daba patio al salón del *schooner,* y dos cabecitas aparecieron al nivel del puente, oyéndose al mismo tiempo los ladridos de un perro, que no tardó en dejarse ver también.

-¡Briant!... ¡Briant!... exclamó un niño como de unos nueve años de edad: ¿qué sucede?

-Nada, Iverson, nada, replicó Briant. Bájate otra voz con Dole... ¡Pronto, muy pronto!...

-¡Es que tenemos mucho miedo! añadió el otro más pequeño.

-¿Y los demás?... preguntó Doniphan.

-¡Los demás también están asustados! replicó Dole.

-Vamos, volved abajo, dijo Briant; encerráos, tapáos la cabeza con la sábana, cerrad los ojos, y así no tendréis miedo. No hay peligro ninguno.

-¡Atención!... ¡Otra ola!... exclamó Mokó.

Y, en efecto, un violento choque se sintió en la popa; pero felizmente no embarco agua, porque si tal hubiera sucedido, la ruina sería completa, pues

penetrando el agua en el interior por la puerta de la escotilla, el yate no hubiera podido levantarse más.

-¡Volvéos adentro, con mil rayos! exclamó Gordon: ¡volvéos, si no queréis que os castigue!

-Vamos, niños, marcháos, volvió a repetir Briant con más dulzura.

Las dos cabecitas desaparecieron; mas en aquel momento, otro muchacho, que acababa de subir, preguntó:

-¿No nos necesitas, Briant?

-No: Baxter, Cross, Webb, Service, Wilcox y tú, quedáos con los pequeños. Bastamos aquí los cuatro.

Baxter volvió a cerrar por dentro.

-Los demás también tienen miedo, había dicho Dole, según recordarán nuestros lectores.

Pero ¿es que no había más que niños en aquel *schooner* llevado por el huracán? ¿Es que no existía ningún hombre a bordo, ni un capitán que mandara, ni un marino siquiera que ejecutara las maniobras, ni un timonel que gobernase en medio de aquella tormenta? ¡No, no había más que niños! ¿Y cuántos eran? Quince, contando a Gordon, Briant, Doniphan y el grumete que ya conocemos. ¡Y en

qué circunstancias se embarcaron y por qué se encontraban solos? Pronto lo sabremos.

Lo cierto es que, dado tal personal, no es de extrañar que nadie a bordo pudiese decir la posición exacta del *Sloughi* en medio de aquel Océano... ¡Y qué Océano! El más grande de todos, el Pacífico, que tiene dos mil leguas de anchura desde Australia y Nueva Zelandia hasta el litoral suramericano.

¿Qué había sucedido? ¿La tripulación varonil del yate habla desaparecido por efecto de alguna catástrofe? ¿Piratas de la Malasia se habían apoderado quizás de los marineros, no dejando a bordo más que unos cuantos niños entregados a sí mismos, no pasando el mayor de catorce años? Un buque de cien toneladas necesita, por lo menos, un Capitán, un contramaestre, cinco o seis hombres; y de ese personal, indispensable para maniobrar, no quedaba más que un grumete. Pero, en fin, ¿de dónde venía ese *schooner?* ¿De qué paraje austrolasiano, o de qué archipiélagos de Oceanía? ¿Desde cuánto tiempo estaba en el mar, y cuál era su rumbo? Seguramente que aquellos pobres niños podrían contestar a todas aquellas preguntas si hubieran encontrado algún navío y el capitán les preguntara el motivo de su aislamiento; mas por

desgracia no se divisaba ningún buque, ni siquiera de los transatlánticos, cuyos itinerarios se cruzan en los mares oceánicos, ni tampoco barcos del comercio, de vapor o veleros, que Europa y América mandan a centenares hacia los puertos del Pacífico. Y aunque uno de esos buques, tan potentes por su máquina o por su velamen, estuviera en aquellos parajes, le hubiese sido muy difícil socorrer al yate, ocupado él mismo en luchar con la tempestad.

Briant y sus compañeros procuraban, por todos los medios que estaban a su alcance, que el *schooner* no se tumbara por completo.

-¿Qué hacemos?... dijo Doniphan.

-¡Todo lo que sea posible para salvarnos, con la ayuda de Dios! respondió Briant con serenidad admirable, precisamente en momentos en que ciertamente aun el hombre de más energía hubiera conservado muy pocas esperanzas de salvación.

En efecto; la tempestad arreciaba y el huracán crecía en intensidad, amenazando a cada instante hundir la embarcación, privada hacía cuarenta y ocho horas de su palo mayor, que, roto a cuatro pies de altura por encima del puente, no permitía izar ninguna vela con que auxiliar el gobierno del buque. El palo mesana se sostenía aun, pero era de temer

cercano el momento en que, falto de los obenques, se cayera sobre el puente. Hacia la proa, el pequeño foque, hecho pedazos, era de tal modo agitado por el huracán, que sus sacudidas parecían detonaciones de armas de fuego. No quedaba ya más vela que la mesana, pronta a desgarrarse también, pues los pobres muchachos no hablan tenido la suficiente fuerza para quitar el último rizo, a fin de disminuir su superficie. Si aquella vela se rompía, sería ya imposible que el yate hiciera frente al viento, y las olas, cogiéndolo por los lados, lo tumbarían de seguro, yéndose irremisiblemente a pique, y sus pasajeros desaparecerían con él en el terrible abismo.

Hasta entonces, ni una isla, ni un continente se había visto al Este. Chocar con una costa es una eventualidad terrible, sin embargo, esos niños lo hubieran temido menos que a los furores de aquel inmenso mar. Un litoral cualquiera, con sus escollos, sus rompientes, sus rocas incesantemente invadidas por la resaca, era preferible a ese Océano, pronto a abrirse bajo sus pies.

Así es que los pobres chicos miraban siempre al horizonte, esperando ver alguna luz que los guiase. ¡Vana esperanza!

De repente, hacia la una de la madrugada, un ruido espantoso dominó el silbido del huracán.

-¡El palo de mesana se ha roto!... exclamó Doniphan.

-No, respondió el grumete. Es la vela, que se ha soltado de las relingas.

-Es menester arrancarla, dijo Briant. Gordon, ponte en el timón con Doniphan; y tú, Mokó, ven a ayudarme.

El negrito, siendo grumete, tenía algunas nociones de náutica, de las que no carecía tampoco Briant, por haber atravesado ya el Atlántico y el Pacífico cuando hizo el viaje de Europa a Oceanía, habiéndose familiarizado algún tanto con las maniobras. Esto explica el por qué los demás, que no sabían nada de eso, habían confiado a Briant y a Mokó el cuidado de dirigir el *schooner*.

En un instante, ambos muchachos corrieron valerosos hacia la proa, pues era menester a toda costa desembarazarse de la mesana para evitar que el buque cayera de costado; porque si esto hubiese sucedido, sería de todo punto imposible levantarlo, a manos que no cortasen por completo el palo después de quitarle los obenques metálicos, trabajo

que no podían ejecutar los infantiles tripulantes del yate.

En tales condiciones, Briant y Mokó dieron pruebas de una notable destreza. Resueltos a conservar todo el velamen posible para tener el *Sloughi* en posición de recibir el viento por la popa mientras durase la borrasca, consiguieron largar la driza de la verga, que cayó a cuatro o cinco pies del puente. Los jirones de la mesana, cortados con un cuchillo por su parte inferior y sujetos por algunas abrazaderas, fueron amarrados a los cabos del empavesado, no sin que ambos intrépidos muchachos se vieran a punto de ser arrastrados por las olas.

Con este reducido velamen el buque pudo conservar la dirección que ya seguía desde tanto tiempo, dando su casco bastante presa al viento para que corriese con la velocidad da un torpedero. Lo que importaba sobre todo era librarse de las olas, huyendo con rapidez, para evitar que algún golpe de mar saltase por encima del buque. Esto hecho, Briant y Mokó se reunieron a Gordon y a Doniphan para ayudarles a gobernar.

La puerta de la escotilla se abrió en aquel momento por segunda vez, y dejóse ver una cara

infantil. Era Santiago, hermano de Briant, con tres años menos de edad que él.

-¿Qué quieres, Santiago? le preguntó el mayor.

-¡Ven... ven!... respondió el niño. ¡Hay agua hasta en el salón!

-¡Es posible! exclamó Briant.

Y precipitándose por la escalera, la bajó casi de un salto.

-El salón estaba débilmente alumbrado por una lámpara, que el vaivén del buque balanceaba con violencia. Esta luz permitía distinguir a una docena de niños tendidos en los divanes o en las camitas del *Sloughi*. Los más pequeños (los había de ocho y nueve años), apretados unos contra otros, estaban llenos de espanto.

-¡No hay peligro! les dijo Briant, queriendo tranquilizarlos. ¡Estamos nosotros aquí!... ¡No tengáis miedo!...

Entonces, bajando hasta el suelo un farol que tenía en la mano, vio que cierta porción de agua corría de un lado a otro del yate.

¿De dónde era aquella agua? ¿Había penetrado por alguna grieta? Esto era preciso averiguar.

Contiguo al salón se encontraba una gran cámara, luego el comedor, y después la habitación de los tripulantes.



[illegible]

Briant recorrió dichos departamentos y observó que el agua no penetraba ni por encima ni por

debajo de la línea de flotación. Esta agua, despedida hacia popa por la inclinación del buque, provenía de las olas que entraban por la proa, y filtraba por las rendijas de la toldilla del puesto de la tripulación. No había que temer ningún peligro por aquel lado.

Briant tranquilizó a sus compañeros cuando volvió a pasar por el salón, y un poco menos inquieto, ocupó de nuevo su sitio en el timón. El *schooner,* sólidamente construido, forrado con buenas planchas de cobre, no podía hacer agua y estaba en estado de resistir el embate de las olas.

Sería como la una de la mañana. En aquel momento la noche era cada vez más oscura por el espesor de las nubes; la borrasca se desencadenaba con atronadora violencia, y el yate navegaba con sin igual velocidad, saludado por las gaviotas con gritos agudos que rasgaban los aires. La presencia de estas aves ¿era señal de que la tierra se hallaba cerca? No, porque se las encuentra a veces a varios centenares de leguas de la costa. Además, impotentes para luchar contra la corriente aérea, esos pájaros, que sienten placer en medio de las tormentas, la seguían como el *schooner*, al que ninguna fuerza humana hubiera podido detener.

Una hora más tarde lo que quedaba de la mesana acabó de desgarrarse, esparciéndose por el espacio.

-¡Ya no tenemos velas!, exclamó Doniphan, y es imposible colocar ninguna otra.

-¡Qué importa! respondió Briant; no por eso navegaremos con menos velocidad.

-¡Vaya una contestación! replicó Doniphan: ¡si éste es tu modo de maniobrar!...

-¡Cuidado con las olas, que amenazan por la popa! Es necesario atarnos, si no queremos que nos arrastren, dijo Mokó.

Apenas había concluido el grumete de pronunciar estas palabras, cuando un gran golpe de agua cayó encima del puente. Briant, Doniphan y Gordon fueron despedidos contra la toldilla a la que se agarraron; pero el pobre Mokó había desaparecido en aquella masa líquida, que barrió toda la cubierta del *Sloughi*, arrastrando parte de la obra muerta, dos canoas, una chalupa, algunos otros objetos y la cubierta de la brújula. Sin embargo como parte de la obra muerta había sido levantada por el golpe, el agua, saliendo por allí, salvó el yate del peligro de zozobrar bajo el peso de aquella enorme carga.

-¡Mokó!... ¡Mokó! exclamó Briant, cuando pudo hablar.



[illegible]

-¿Se habrá caído al mar? preguntó Doniphan.

-No, pues no se lo ve... dijo Gordon, que registraba con la vista las aguas.

-Es preciso salvarlo... Echemos una cuerda por si acaso, respondió Briant.

-Y con una voz que retumbó con fuerza, gritó de nuevo:

-¡Mokó!... ¡Mokó!...

-¡Aquí!... ¡Aquí!... respondió el grumete.

-No está en el agua, de seguro, dijo Gordon: su voz se oye hacia la proa.

-¡Salvémosle! exclamó Briant.

Y púsose a andar a gatas, evitando el choque de las garruchas desprendidas de las maromas, procurando no escurrirse, a causa del vaivén, sobre aquel puente resbaladizo.

La voz del grumete se dejó oír otra vez, y luego todo quedó en silencio.

Después de muchos esfuerzos, Briant llegó a la toldilla de la tripulación.

Llamó.

No obtuvo respuesta.

¿Sería que el mar se había llevado a Mokó después de su último grito? En este caso el desgraciado niño debía estar ya muy lejos, hacia atrás, porque el viento no había podido empujarle con tanta velocidad como al *schooner*.

Si así era, estaba perdido sin remedio.

Mas no: un nuevo grito, si bien más débil, llegó hasta Briant, e hizo que éste se precipitase hacia el

hueco del montante en que se empotraba el pie del bauprés. Allí, a tientas encontró un cuerpo quo se movía... Era el grumete, cogido en el ángulo que formaba el empavesado uniéndose en la proa. Además, una driza que con sus esfuerzos apretaba cada vez más, le rodeaba la garganta, exponiéndose a morir estrangulado.

Viendo esto Briant, sacó su cuchillo y cortó, no sin mucho trabajo, la cuerda que molestaba al grumete.

Mokó fue llevado hacia la popa y cuando tuvo bastante fuerza para hablar, exclamó:

-¡Gracias, señor Briant, gracias!

Y volvió a colocarse en el timón, en donde los cuatro se amarraron para resistir a las enormes olas que amenazaban el *Sloughi*.

Al contrario de lo que había creído Briant, la velocidad del buque había disminuido algún tanto desde que había desaparecido la mesana, y esto constituía un nuevo peligro. En efecto; las olas, siendo más veloces que el yate, podían asaltarle por la popa y llenarle. ¿Qué más podían hacer? Era imposible aparejar la menor vela.

En el hemisferio austral, el mes de Marzo corresponde al mes de Septiembre en el boreal, y las noches tienen corta duración.

Eran ya las cuatro de la mañana; la luz del día no debía tardar en aparecer al Este, es decir, encima de aquella parte del Océano hacia la que la tempestad empujaba al yate. Puede ser que con la alborada la tormenta pierda en intensidad, o que se divise la tierra, y en ambos casos la suerte de esta tripulación de pequeñuelos se decida en algunos minutos.

A eso de las cuatro y media, alguna luz se dejó ver efectivamente; mas por desgracia, las nieblas limitaban el alcance de la vista a menos de un cuarto de milla. Las nubes corrían con una velocidad espantosa. El huracán no había perdido nada de su fuerza, y el mar desaparecía bajo la espuma de las olas al romperse. El *schooner,* tan pronto levantado en la cima de una ola como hundido, al parecer, en el fondo del abismo, hubiera zozobrado veinte veces si el viento le hubiese cogido por los costados.

Los cuatro muchachos miraban atónitos aquel caos, comprendiendo que si los furiosos elementos no se calmaban pronto, su situación era desesperada, pues materialmente imposible parecía que el *Sloughi*

resistiera aun veinticuatro horas la violencia de las olas, que indudablemente acabarían por desbaratarle.

Pero ¡oh alegría! en este mismo instante Mokó gritó:

-¡Tierra!... ¡Tierra!...

A través de la niebla el grumete creyó divisar al Este los contornos de una costa. ¿No se equivocaba? Nada más difícil de reconocer que esas vagas líneas que se confunden con tanta facilidad con pequeñas nubes.

-¿Tierra? preguntó Briant.

-Sí, replicó Mokó; tierra al Este.

E indicaba un punto del horizonte, si bien algo oculto por los vapores de la madrugada.

-¿Estás cierto de ello? preguntó Doniphan.

-¡Sí... sí... ciertísimo!... respondió el grumete. Si la niebla se despeja un poco, mirad bien allá... hacia la derecha del palo de mesana... ¡Mirad... mirad!...

La bruma, que empezaba a aclararse, remontándose a las zonas superiores, dejó que la vista se extendiera sobre el Océano en un espacio de varias millas delante del yate.

-¡Sí, es la tierra... la tierra!... exclamó Briant.

-¡Y una tierra muy baja! añadió Gordon, que acababa de observar con más atención el litoral.

Esta vez no había que dudarlo. Una tierra, continente o isla, se dibujaba a cinco o seis millas en una ancha parte del horizonte. Con la dirección que llevaba, y de la que la borrasca no le permitía apartarse, el *Sloughi* llegaría en menos de una hora; mas era de temer que se destrozara al llegar, sobre todo si las rompientes le detenían antes de abordar. Pero los pobres muchachos no pensaban en eso; esa tierra que tan inopinadamente se ofrecía a su vista, les parecía de segura salvación.

En aquel momento, el viento se puso a soplar con más violencia; el *Sloughi*, llevado como un pluma, sé precipitó hacia la costa, que se dibujaba como un rasgo de tinta negra sobre el fondo blancuzco del ciclo. Avanzando algo el buque, pudo observarse que en segundo término se elevaba un acantilado, cuya altura no excedería de ciento cincuenta a doscientos pies, y, en primer término se extendía una playa amarillenta, cerrada a la derecha por masas redondeadas que parecían pertenecer a algunos bosques del interior.

¡Ah! Si el *Sloughi* pudiera alcanzar esa playa arenosa sin encontrar arrecifes; si la embocadura de algún río les ofreciese un refugio seguro, tal vez los

infantiles pasajeros podrían llegar a tierra sanos y salvos.

Mientras que Doniphan, Gordon y Mokó se quedaban en el timón, Briant se fue a proa y miraba aquella tierra que se acercaba con mucha velocidad; pero buscaba en vano un sitio en que el yate pudiera abordar en condiciones favorables. No se veía ni una embocadura de río o de riachuelo, ni un banco de arena en el que se pudiera encallar sin peligro. Delante de la playa se desarrollaba a la vista una fila de rocas cuyas cimas negruzcas salían del agua más o menos, según la ondulación de las olas, sacudidas sin cesar por la resaca. Allí, de seguro, al primer choque el *Sloughi* se haría pedazos.

Briant tuvo entonces el pensamiento de que más valía que todos sus compañeros estuvieran sobre el puente en el momento en que el buque encallara, y abriendo la puerta de la escotilla, gritó:

-¡Arriba todo el mundo!

En seguida el perro se lanzó fuera, seguido de unos diez niños que se arrastraron hacia popa. Los más pequeños, viendo las olas, gritaban asustados.

Un momento antes de las seis de la mañana el *Sloughi* llegó al lado de las rompientes.

-¡Agarráos, agarráos! exclamó Briant.

Y medio despojado de sus vestidos, se aprestó a socorrer a los que la resaca arrastrase, porque seguramente que el yate iba a romperse contra los arrecifes. Sintióse una violenta sacudida; de repente el *Sloughi* dio un golpe con la popa, y aunque su casco es resintió algo, el agua no penetró en él.

Levantado por una segunda ola, fue despedido a unos cincuenta pies hacia adelante sin tocar a las rocas, cuyas puntas sobresalían por todos lados. Luego se inclinó a babor y quedó inmóvil en medio del hervor de las aguas.

Si no estaba ya en alta mar, le faltaba aun un cuarto de milla para llegar a la playa.

II

En medio de la resaca. -Briant y Doniphan. -Observación de la costa. -Preparativos de salvación. -Disputa por la canoa. -Desde lo alto de palo de mesana. -Valerosa tentativa de Briant. -Efectos del reflejo.

Libre ya de nieblas el espacio, la mirada podíase extender sin dificultad por un vasto radio en

derredor del *schooner*. Las nubes corrían siempre con extremada rapidez, y la borrasca no perdía nada de su furia; su misma violencia hacía esperar que acabase pronto, y que una calma bienhechora tranquilizase algún tanto a esos pobres niños que, apretándose unos con otros, debían creerse perdidos sin remedio cuando alguna gigantesca ola caía encima del puente, cubriéndolos de espuma. Los choques eran bastante rudos; el *schooner,* que no podía evitarlos, se estremecía hasta la quilla, pero no había, sin embargo, recibido gran daño al penetrar entre las rocas. Briant y Gordon bajaron a los camarotes, y asegurándose de que el buque no hacía agua por ninguna parte, tranquilizaron en cuanto les fue posible a sus compañeros, y sobre todo a los pequeños, diciéndoles:

-¡No tengáis miedo!... ¡El yate es muy sólido!... ¡La costa no está lejos!... Esperemos y procuremos llegar a la playa.

-¿Y por qué esperar? preguntó Doniphan.

-Sí: ¿por qué? añadió otro niño de unos doce años, llamado Wilcox. Doniphan tiene razón... ¿Por qué tenemos que esperar?

-Porque el mar está muy revuelto aun, y pereceríamos en medio de las rocas, respondió Briant.

-¿Y si el yate se abre? repuso un tercero, llamado Webb, y de la misma edad que Wilcox.

-No creo que esto esa de temor por ahora, replicó Briant; a lo menos, mientras bajo la marca. Después que haya bajado, y en tanto que nos lo permita el viento, nos ocuparemos del salvamento. Briant tenía razón. Aunque las marcas sean relativamente de poca consideración en el Océano Pacífico, pueden, sin embargo, producir una diferencia de nivel bastante importante entre la alta y la baja. Era, por consiguiente, una ventaja esperar algunas horas, y sobre todo si el viento disminuía; pudiendo suceder también que el reflujo dejara en seco parte de los arrecifes, lo que haría más fácil la travesía del cuarto de milla que aun separaba al *schooner* de la playa.

No obstante, por más que este consejo fuese bueno, Doniphan y otros dos o tres que no se hallaban con ánimos de seguirlo, se agruparon hacia la proa, hablando en voz baja, y se comprendía claramente que Doniphan, Wilcox, Webb y otro llamado Cross, no parecían dispuestos a entenderse

con Briant. Durante la larga travesía del *Sloughi*, si habían consentido en obedecerlo, era porque Briant, según hemos dicho ya, tenía costumbre de navegar y poseía algunos conocimientos de las maniobras; pero conservaban el pensamiento de recuperar su libertad de acción en cuanto tocaran tierra. Doniphan, especialmente, no pensaba someterse, porque se creía superior a todos sus compañeros en instrucción e inteligencia. Esta especie de envidia que experimentaba Doniphan respecto a Briant, tenía ya larga fecha, y además bastaba que este último fuese francés para que los demás, siendo ingleses, no quisieran ser por él dominados, siendo de temer, por lo tanto, que estas diferencias acrecentaran la gravedad de una situación de suyo embarazosa.

Sin embargo, Doniphan, Wilcox, Cross y Webb miraban el mar lleno de remolinos y surcado de corrientes contrarias, que no se podían atravesar sin graves peligros. El nadador más hábil no hubiese podido resistir la acción de la marea baja, que el viento cogía de través. El consejo de esperar algunas horas era justificado, y preciso fue que Doniphan y sus compañeros se rindiesen ante la evidencia,

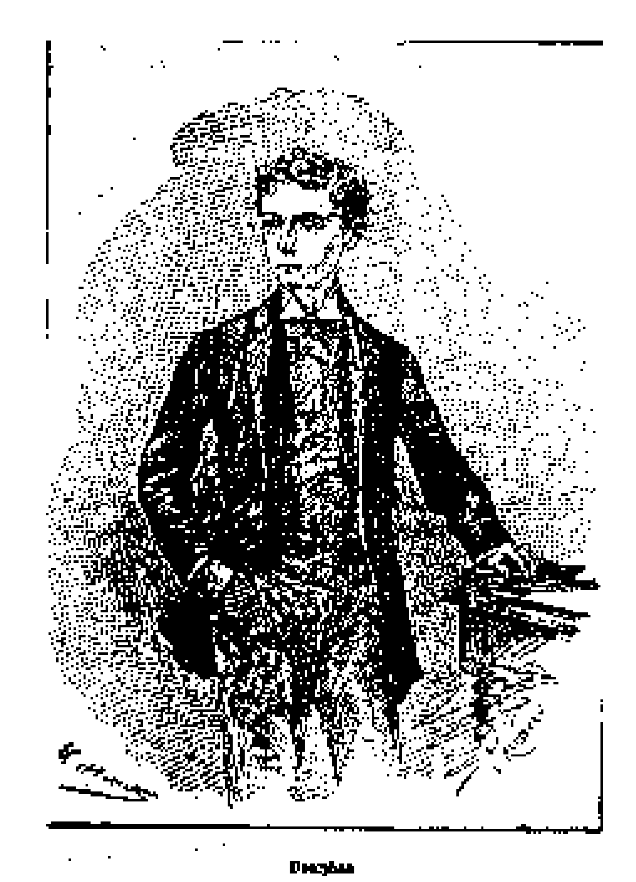
yéndose otra vez hacia la popa, en donde estaban los demás.

Briant decía en aquel momento a Gordon y a algunos de los que le rodeaban:

-¡No nos separemos!... ¡Unámonos todos, o somos perdidos!...

-¡No pretenderás imponernos la ley! exclamó Doniphan que le oyó.

-Nada pretendo, respondió Briant, sino que es preciso que obremos con perfecto concierto para la salvación de todos.



Doniphan

-Briant tiene razón, añadió Gordon, muchacho frío y serio que no hablaba jamás sin reflexionar.

-¡Sí!... ¡Sí!... exclamaron algunos de los pequeños, a quienes un secreto instinto impulsaba a confiar en Briant.

Doniphan no replicó, pero sus compañeros y él persistieron en quedarse apartados de los demás, esperando la hora de proceder al salvamento.

Pero ¿qué tierra era aquella? ¿Pertenecía a alguna de las islas del Pacífico, o a un continente? Esta cuestión no podía resolverse, porque estando el *Sloughi* demasiado cerca del litoral, no era dable la observación en un perímetro suficiente. Su concavidad, formando ancha bahía, terminaba en dos promontorios; uno bastante elevado y liso hacia el Norte, y el otro afilado en punta hacia el Sur. Pero más allá de ambos cabos, ¿seguiría o no el mar los contornos de una isla? Briant procuró en vano asegurarse de ello con ayuda de los anteojos que encontró a bordo.

En el caso de que esa tierra fuera una isla, ¿cómo sería posible abandonarla si no se podía volver a poner el buque a flote, pues la marea alta no tardaría en desbaratarle, arrastrándole por los arrecifes? Y si esa isla no estuviese habitada, cual acontece en alguna del Pacífico, ¿cómo esos niños abandonados a sí mismos y no teniendo más víveres que los existentes en el barco, proveerían a las necesidades de la existencia?

Si fuese continente, dado que no podría ser otro que el de la América del Sur, las probabilidades de salvación serían mayores, porque atravesando el territorio de Chile o de Bolivia, más pronto o más

tarde hallarían auxilios, si bien es verdad que en aquel litoral, cercano a las Pampas, muchos malos encuentros eran de temer.

Como el tiempo era bastante claro, dejábanse percibir todos los detalles de aquella tierra. Se distinguía perfectamente la playa, el acantilado que la rodeaba y algunos árboles agrupados en su base. Briant divisó también la embocadura de un río a la derecha de la ribera.



En suma; si el aspecto de aquella costa no tenía ningún atractivo, la fronda de aquellos árboles indicaba cierta fertilidad comparable con la de las zonas de la latitud media. No podía haber duda de que más allá del acantilado, y al abrigo de los vientos, la vegetación, encontrando un suelo más favorable, debía desarrollarse con más vigor.

En cuanto a habitantes, no parecía que los hubiese en aquella parte de la costa, pues no se veía ni casa ni choza alguna en la desembocadura del río. Los indígenas, si los hubiera, residían tal vez en el interior, en donde estaban menos expuestos a los crudos ataques de los vientos del Oeste.

-¡No veo ni el menor rastro de humo! dijo Briant bajando el anteojo.

-¡Ninguna embarcación se ve en la playa! observó Mokó.

-¿Cómo es posible que las haya, puesto que no hay puerto? repuso Doniphan.

-El puerto no es necesario, replicó Gordon, pues las barcas de pescadores encuentran refugio en la entrada de los ríos; y si no vemos ninguna, quizás sea porque la tormenta las haya obligado a internarse.

La observación de Gordon era justa; mas cualesquiera que fuesen los motivos, la verdad es que no se divisaba ninguna embarcación, y que en realidad aquella parte del litoral parecía deshabitada. Pero en el caso de que nuestros jóvenes náufragos se viesen obligados a quedarse allí algunas semanas, ¿sería habitable? He aquí lo que debía sobre todo preocuparles.

Aun cuando la marea ciertamente se retiraba con mucha lentitud, porque el viento se lo impedía, como éste parecía calmarse algún tanto con tendencia a cambiar hacia el Noroeste, importaba mucho estar apercibidos y dispuestos para aprovechar el momento en que el banco de arrecifes ofreciese un paso practicable.

Eran cerca de las siete. Cada cual se ocupó en subir sobre el puente los objetos de primera necesidad, dejando lo demás para cuando el mar los empujase hacia la costa. Pequeños y grandes trabajaron todos con afán; y como a bordo había bastante provisión de conservas, galleta y carnes saladas y ahumadas, hicieron paquetes destinados a ser repartidos entre los mayores, quienes se encargarían de transportarlos a tierra.

Mas para que este transporte pudiera efectuarse, era preciso que los arrecifes estuvieran en seco. ¿Sucedería así durante la marea baja? ¿Bastaría el reflujo para dejar el paso libre hasta la playa?

Briant y Gordon fijaron toda su atención en el mar. Con el cambio de dirección del viento, la calma se acentuaba, y apaciguándose la resaca, permitía notar el decrecimiento de las aguas a lo largo de las puntas de las rocas. Este decrecimiento influía en el *schooner,* que se apoyaba más y más hacia babor, hasta el punto de temerse que, si su inclinación aumentaba, se tumbase por completo sobre el flanco, pues este yate, como todos los de gran marcha, era muy esbelto de formas, con las compuertas muy elevadas y la quilla de mucha altura.

En este caso, si el agua invadía el puente, la situación sería en extremo grave. Era muy de sentir que las chalupas hubiesen sido arrebatadas, como hemos visto, porque aquellas embarcaciones, bastante capaces para conducirlos a todos, les hubiera sido permitido llegar a la costa y transportar tantos objetos útiles que sería preciso dejar provisionalmente a bordo. Y si en la próxima noche el *Sloughi* se hiciera pedazos, ¿qué valdrían aquellos restos después que las olas los hubieran destrozado

entre las rocas? ¿Podrían aprovecharlos aun? ¿Nuestros jóvenes no se verían pronto reducidos a los únicos recursos que les ofreciera aquella tierra?

De repente se oyeron algunas exclamaciones hacia la proa; Baxter acababa de hallar una cosa que no carecía de importancia.

Una canoa que creían perdida se encontraba escondida entre el cordaje del bauprés. Aquella canoa no podía llevar más que cinco o seis personas; pero como estaba intacta, sería posible utilizarla en el caso en que no fuese dable pasar a pie seco.

Convenía, pues, esperar que la marea bajase por completo, y, sin embargo, una viva discusión se entabló entre los náufragos, discusión que tomó mayores proporciones entre Briant y Doniphan.

Este último, Wilcox, Webb y Cross, después de apoderarse de la canoa, preparábanse a lanzarla al mar, cuando Briant llegó a su lado.

-¿Qué vais a hacer? preguntó.

-¡Lo que nos convenga! respondió Wilcox.

-¿Vais a embarcaros en esa canoa?

-Sí, replicó Doniphan; y no serás tú quien nos lo impida.

-Te equivocas, repuso Briant; no sólo te lo impediré, sino que me ayudarán a estorbártelo los compañeros a quienes quieres abandonar.

-¡Abandonar!... dices. ¿Cómo lo sabes? Respondió Doniphan con arrogancia. Yo no quiero abandonar a nadie, ¿lo oyes? Mi plan es que tan luego como uno de nosotros llegue a la playa, vuelva con la canoa.

-¿Y si no puede volver? exclamó Briant conteniéndose con trabajo. ¿Y si se hace pedazos en las rocas?...

-¡Embarquémonos!... ¡Embarquémonos!... respondió Webb rechazando a Briant.

Y ayudado por Cross y Wilcox, levantó la lanchita para botarla al mar; pero Briant, cogiéndola por una de las puntas, dijo con energía:

-¡No embarcaréis!

-Eso lo veremos, respondió Doniphan.

-¡No, no embarcaréis! repitió Briant muy decidido a resistir en beneficio del común interés. La canoa debe reservarse para los más pequeños, por si acontece que en la baja mar queda demasiado agua y no puedan llegar a la playa.

-¡Déjanos en paz! exclamó Doniphan encolerizado. Te lo repito; no eres tú quien pueda impedirnos hacer lo que nos dé la gana.

-¡Y yo te digo por segunda vez que te lo impediré, Doniphan!

Ambos muchachos estaban a punto de llegar a las manos y la lucha hubiera sido general, porque cada uno de ellos tenía sus parciales. Wilcox, Webb y Cross estaban naturalmente de parte de Doniphan; mientras que Baxter, Service y Garnett se colocaron al lado de Briant. Las consecuencias de la colisión serían tristísimas.

Así lo comprendió Gordon, a quien, como de mayor edad que los otros, y también más dueño de sí, no se le ocultó lo trascendental de semejante proceder, y tuvo el buen sentido de interponerse en favor de Briant.

-Vamos, vamos, dijo; ten un poco de paciencia, Donipban. Bien ves que el mar está aun demasiado picado, y que nos arriesgamos a perder la canoa.

-¡No quiero que Briant nos imponga la ley, como acostumbra de algún tiempo acá! respondió Doniphan.

-No pretendo imponérsela a nadie, repuso Briant, así como tampoco permitiré que la imponga nadie cuando se trate del interés de todos.

-Cada cual debe cuidarse de ello tanto como tú, replicó Doniphan. Y ahora que estamos en tierra...

-Desgraciadamente no es así todavía, respondió Gordon. Doniphan, no seas terco, y esperemos un momento favorable para servirnos de la canoa.

Muy oportuna, ahora como otras varias veces, fue la mediación de Gordon entre Doniphan y Briant, pues todos sus compañeros acataron su opinión.

La marea había bajado dos pies durante la disputa, y ya calmados los ánimos, surgió entre nuestros marineros la duda de si existiría algún canal entre las rocas, cosa que sería muy útil conocer.

Briant, creyendo que se daría mucho mejor cuenta de la posición de las rocas observando desde el palo de mesana, se dirigió a la proa, asiéndose a los obenques de estribor, a fuerza de puños se elevó hasta las barras.

Entre los arrecifes se veía un paso, cuya dirección señalaban las puntas de las rocas que sobresalían del agua por ambos lados, y juzgó que convendría seguir dicho paso para llegar a la playa,

embarcándose en la canoa; pero había aun demasiados remolinos en la superficie para que la ligera embarcación llegara sin tropiezo, y era de temor que, lanzada la barquilla sobre alguna punta de roca, se hiciese pedazos; valía, por lo tanto, más, esperar hasta ver si las aguas, en su completa retirada, dejaban un sitio practicable.

Desde lo alto de las barras, sobre las que estaba a caballo, Briant se puso a observar el litoral, y con ayuda del anteojo examinó toda la playa hasta el pie del acantilado.

La costa entre los dos promontorios, separados por una distancia de ocho o nueve millas, parecía completamente deshabitada.

Después de media hora de observación, Briant bajó a dar cuenta a sus compañeros de lo que había visto. Si Doniphan, Wilcox, Webb y Cross le escucharon sin hablar una palabra, no hizo lo mismo Gordon, que le preguntó:

-¿No eran las seis de la mañana cuando encalló el *Sloughi?*

-Sí, respondió Briant.

-¿Y cuánto tiempo se necesita para que baje la marea?

-Me parece que cinco horas. ¿No es así, Mokó?

-Sí, de cinco a seis horas, respondió el grumete.

-¿De modo que a las once será el momento favorable para llegar a la costa?

-Así lo he calculado, replicó Briant.

-Pues bien, prosiguió Gordon; preparémonos y tomemos algún alimento. Si nos vemos obligados a echarnos al agua, que sea a lo menos algunas horas después de haber comido.

Este era un buen consejo dado por aquel prudente muchacho, y aceptado por todos; se ocuparon en seguida del desayuno, compuesto de conservas y galletas. Briant cuidó mucho de los pequeños Jenkins, Iverson, Dole y Costar, quienes, con el carácter propio de su poca edad, empezaban a tranquilizarse, y comieron sin tasa, pues tenían mucha hambre, en atención a que no habían tomado casi ningún alimento en veinticuatro horas; y para que no les hiciese daño la comida, Briant les dio un poco de aguardiente con agua para ayudar la digestión.

Hecho esto, dejó a los pequeños y se fue a proa, poniéndose a observar los arrecifes.

¡Con cuánta lentitud se efectuaba el decrecimiento de las aguas! Se veía, sin embargo, que bajaba, puesto que la inclinación del yate se

acentuaba cada vez más. Mokó, echando una sonda, reconoció que había aun unos ocho pies de agua encima del banco. ¿Podían esperar que la marea baja lo dejara completamente seco? No lo creía así Mokó, y manifestó su parecer a Briant en voz baja, para no asustar a nadie.

Este último fue a hablar con Gordon respecto al particular: ambos comprendían sobradamente que el viento, si bien con tendencia a cambiar al Norte, impedía al mar que bajase tanto como en tiempo de calma.

-¿Qué partido hemos de tomar? preguntó Gordon.

-No sé... no sé, respondió Briant. ¡Qué desgracia es la de no saber...; la de no ser más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres!

-La necesidad nos instruirá, replicó Gordon. No desesperemos, Briant, y obremos con prudencia.

-Tengamos cuidado, Gordon. Si no abandonamos el *Sloughi* antes de la marea alta y tenemos que pasar aun una noche a bordo, estamos perdidos.

-Ciertamente, porque el yate se hará pedazos. Es preciso, pues, salir de aquí a todo trance...

-Tienes razón, Gordon.

-¿No sería posible construir una especie de balsa para ir y venir?

-He pensado en ello, respondió Briant; mas, por desgracia, los materiales faltan. Nos queda la canoa, de la que no podemos servirnos, porque el mar está muy fuerte. Lo que puede hacerse es llevar un cable a través de los arrecifes y amarrarle a la punta de una roca; tal vez por ese medio fuera posible llegar cerca de la playa.

-¿Quién llevará el cable?

-Yo, respondió Briant.

-¡Y yo te ayudaré!... dijo, Gordon.

-¡No, yo solo! replicó Briant.

-Sírvete de la canoa.

-Podría inutilizarse, Gordon; vale más conservarla como último recurso.

Antes de ejecutar su peligroso proyecto, quiso Briant tomar una útil precaución para hacer frente a cualquier eventualidad.

Como había a bordo algunos cinturones de salvamento, obligó a los niños a que se los pusiesen para el caso en que, teniendo que abandonar el buque, el agua estuviera demasiado profunda para sentar los pies en el suelo; este aparato los mantendría a flote, y los mayores los empujarían hacia la

orilla, sosteniéndose ellos mismos en el cable tendido.

Eran las diez y cuarto. Antes de cuarenta y cinco minutos la marea alcanzaría su mayor descenso. Ya no quedaban sino cuatro o cinco pies de agua; pero parecía que no bajaría más que algunas pulgadas. Es verdad que a unas sesenta yardas se veía el fondo, y se comprendía que seguía su lenta retirada, porque íbanse descubriendo también muchas puntas de rocas a lo largo de la playa. La dificultad consistía en franquear la profundidad del agua que había en los contornos del buque.

No obstante, si Briant llegaba a colocar un cable en aquella dirección y conseguía fijarlo con solidez en una de las rocas, este cable, puesto muy tirante con ayuda del torno, les permitiría sostenerse hasta encontrar pie. Además, haciendo deslizar sobre aquella maroma los paquetes que encerraban las provisiones y los útiles más indispensables, llegarían a tierra sin pérdida alguna.

Por peligroso que fuera su intento, no quiso Briant dejar a nadie que lo verificase en su lugar, y tomó sus disposiciones al efecto.

Había a bordo varios cables de cien pies de largo, de esos que sirven para remolcar. Briant

escogió uno de un grueso mediano, que le pareció conveniente, y rodeó la extremidad a su cintura después de desnudarse.

-¡Vamos, vosotros, exclamó Gordon, venid aquí para que podamos soltar entre todos la maroma! ¡Venid a proa!



Briant y su hermano [illegible]

Doniphan, Wilcox, Cross y Webb no podían rehusar su concurso para una operación cuya importancia comprendían. Así es que se pusieron a desliar el cable para soltarle poco a poco, a fin de no amenguar las fuerzas de Briant.

En el momento en que éste iba a tirarse al mar, se le acercó Santiago, exclamando:

-¡Hermano mío!...¡Hermano mío!...

-No tengas cuidado por mí, hermanito, no tengas miedo, respondió Briant.

Y un instante después se le veía en la superficie del agua, nadando con vigor mientras que el cable se desenrollaba detrás de él.

Esta maniobra, difícil aun con un tiempo de calma, lo era mucho más con la resaca, que pegaba continuamente contra las rocas. Corrientes y contracorrientes impedían al valeroso muchacho mantenerse en línea recta, y cuando le cogían, le costaba mucho trabajo librarse de ellas.

Sin embargo, Briant ganaba poco a poco terreno, mientras que sus compañeros soltaban la maroma a medida que la necesitaba; pero notábase que, a pesar de no hallarse más que a una distancia de cincuenta pies del yate, las fuerzas del pobre muchacho principiaban a agotarse. Delante de él se

agitaba una especie de remolino producido por el encuentro de dos olas contrarias. Si llegaba a bordearle, era fácil que consiguiera su objeto, pues más allá estaba el mar en calma; así es que procuró, haciendo un violento esfuerzo, dirigirse hacia la izquierda; pero su tentativa debía ser infructuosa, en atención a que un hábil nadador, con todo el vigor de su edad, no lo hubiese conseguido tampoco.

El pobre Briant fue envuelto por las olas y llevado con irrebatible fuerza al centro del remolino.

-¡Socorro!... ¡Tirad!... ¡Tirad y pronto de la cuerda!... pudo gritar antes de desaparecer.

A bordo del yate el espanto llegó a su colmo.

-¡Tirad!... mandó Gordon con ímpetu, aunque con gran serenidad.

Y sus compañeros se apresuraron a ejecutar la maniobra para traer a Briant a bordo antes de que una inmersión demasiado larga produjera la asfixia.

En menos de un minuto, el pobre muchacho se encontraba encima del puente sin conocimiento, en brazos de su hermano y rodeado por todos aun compañeros; pero no tardó en volver en sí.

El intento, como se ve, de tender una maroma hasta los arrecifes, no salió bien, y los pobres niños se veían, por lo tanto, reducidos otra vez a esperar...

¿Esperar qué? ¿Un socorro? ¿Y de dónde había de venir?

Eran ya más de las doce. La marea alta había empezado, y la resaca crecía. La luna era nueva y por consiguiente las olas iban a ser más fuertes que la víspera; así es que, por poco que soplara el viento, la goleta corría el peligro de destrozarse si las aguas agitadas la levantaban y la dejaban caer sobre los arrecifes.

Nadie, seguramente, sobreviviría a tan funesto desenlace. ¡Y nada se podía hacer para impedirlo!

Agrupadas todas aquellas pequeñas criaturas, miraban cómo crecía el mar y cómo desaparecían las puntas de las rocas debajo del agua.

Para mayor desgracia, el viento sopló de nuevo del Oeste, como la noche anterior. Las olas más altas cubrían de espumas el *Sloughi*, y no tardarían en invadir el puente. Sólo Dios podía ayudar a los pobrecitos náufragos, que mezclaban sus oraciones a sus gritos de espanto.

Un poco antes de las dos el *schooner,* influido por la marea, no se apoyaba ya sobre la banda de babor; pero a consecuencia del vaivén, la proa chocaba con el fondo, mientras que la popa estaba aun sostenida entre dos rocas. Pronto los golpes redoblaron, y el

Sloughi caía tan pronto hacia babor como hacia estribor, teniendo los niños que sostenerse unos con otros para no ser arrojados al mar.

En aquel instante, una montaña de agua espumosa, llegando con la furia de un torrente, se levantó a dos brazas del buque, y cubriendo por completo el banco de arrecifes, levantó el yate y lo arrastró por encima de las rocas, sin que ninguna tocara a su casco.

En menos de un minuto, y en medio de aquella masa enorme de agua, el *Sloughi*, llevado hasta la mitad de la playa, chocó contra un montón de arena a doscientos pasos de los primeros árboles, agrupados al pie del acantilado, y se quedó inmóvil, pero en tierra firme esta vez, mientras que el mar, retirándose, dejaba la playa enteramente enjuta.

III

El colegio Chairmán en Auckland. -Grandes y pequeños. Vacaciones en el mar. -El schooner «Sloughi.» -La noche del 15 de Febrero. -Abordaje. -Siguiendo la corriente. -Una tempestad.

-Información en Auckland. -Lo que queda del «schooner.»

En aquella época, el colegio Chairmán era uno de los de más fama de la ciudad de Auckland, capital de Nueva Zelandia, importante colonia inglesa en el Pacífico. Este establecimiento de enseñanza contaba con un centenar de alumnos, perteneciendo a las principales familias del país, sin que los *maoris*, que son los indígenas de aquel archipiélago, hubieran conseguido jamás que admitiesen en él a sus hijos, quienes se educaban en escuelas especiales para ellos. El colegio Chairmán se componía de jóvenes ingleses, franceses, americanos y alemanes, hijos de propietarios, rentistas, comerciantes o empleados del país, recibiendo allí una educación completísima y en todo igual a la que se da en los establecimientos similares del Reino Unido.

El archipiélago de Nueva Zelandia se compone de dos islas principales; al Norte, Ika-Na-Mawi, o isla del Pescado; al Sur, Tawaï-Ponamou, o tierra del Jade-Vert. Separadas por el estrecho de Cook, se encuentran entre el trigésimocuarto y el cuadragésimoquinto paralelo Sur; posición equivalente a la que ocupa en el hemisferio boreal la

parte de Europa que comprende desde Francia hasta el Estrecho de Gibraltar y el Norte de África.

La isla de Ika-Na-Mawi, muy desigual en su parte meridional, tiene la forma de un trapecio irregular, que se prolonga hacia el Noroeste, siguiendo una curva terminada por el cabo Van Diemen.

Casi en el principio de aquella curva, en un punto en que la península mide apenas algunas millas, está edificada la ciudad de Auckland. Tiene, pues, una situación igual a la de Corinto en Grecia, por lo que se la llama la Corinto del Sur. Posee dos puertos abiertos, uno al Oeste y otro al Este; pero siendo poco profundo este último, en el golfo Hauraki ha sido preciso formar, cual lo hacen los ingleses, alguno de esos largos *piers,* o pequeños golfos para los buques de medio tonelaje. Entre otros hay el *Commercial-piers,* en el cual desemboca *Queen's-street,* una de las calles principales de la ciudad.

Hacia el medio de aquella calle se encontraba el colegio Chairmán.

En la tarde del día 15 de Febrero de 1860 salían del mencionado colegio un centenar de muchachos, acompañados de sus padres, y parecían, más que

colegiales, pájaros escapados de sus jaulas, dadas la alegría y algazara con que caminaban.

Y no podía menos de ser así. Era el principio de las vacaciones. ¡Dos meses de independencia y de libertad, con la circunstancia de que para cierto número de ellos existía además la perspectiva de un viaje marítimo, del que se hablaba hacia tiempo en el colegio!

Inútil es decir la envidia que excitaban aquellos a quienes su buena fortuna permitía formar parte de los expedicionarios en un paseo de circunnavegación que debía verificarse a bordo del *Sloughi* para visitar las costas de la Nueva Zelandia.

Aquel bonito *schooner,* que pertenecía al padre de uno de ellos, Mr. William H. Garnett, antiguo capitán de la marina mercante, en quien se podía tener entera confianza, había sido fletado y dispuesto para un período de seis semanas. Una suscripción abierta entre las diversas familias de aquellos jóvenes serviría para cubrir los gastos del viaje, que se efectuaría de una manera cómoda y en las mejores condiciones de seguridad.

La realización de este proyecto era causa de gran alegría para los muchachos, y en verdad que no pudo excogitarse mejor medio de dar conveniente

empleo a aquellas seis semanas, si se mira bajo el punto de vista de la salud, del esparcimiento, de la instrucción y de la moralidad de aquellos jóvenes.



[illegible]

En los colegios ingleses la educación difiere bastante de la que se da en otros países. En aquellos

se deja a los alumnos más iniciativa, y por consiguiente cierta relativa libertad, que influye bastante felizmente en su porvenir. Son niños menos tiempo, en una palabra; la educación marcha de consuno con la instrucción, resultando de aquí que la mayor parte de los jóvenes son corteses y de exquisita atención para las personas mayores, cuidadosos de sí mismos y, lo que es digno de ser notado, poco aficionados al disimulo y refractarios a la mentira, aunque se trate de evitar un castigo. Es preciso advertir también que en aquellos establecimientos escolares los muchachos están menos sujetos a la regla de la vida en común y a las leyes del silencio. La mayoría de los alumnos ocupa habitaciones particulares, comiendo en ellas muchas veces, y cuando se sientan en la mesa del refectorio pueden hablar con toda libertad.

Según la edad, los clasifican por divisiones. Cinco hay en el colegio Chairmán. Si en la primera y en la segunda los pequeños abrazan a sus padres y los besan en las mejillas, los de tercera cambian el beso filial por el apretón de manos de los hombres. No necesitan vigilantes; se les permite la lectura de novelas y periódicos; tienen bastantes días de asueto; las horas de estudio son pocas; los ejercicios corpo-

rales, como la gimnasia y juegos de todas clases, que tanto ayudan al desarrollo, forman gran parte del recreo; pero como correctivo de esta independencia, de la que los discípulos abusan rara vez, los castigos corporales son de regia, y ocupan el primer lugar los azotes, que para los muchachos anglosajones no tienen nada de deshonroso, y se someten sin protesta a dicho castigo cuando comprenden que lo han merecido.

Los ingleses -nadie lo ignora- respetan mucho las tradiciones, lo mismo en la vida privada que en la pública; y esas tradiciones, aunque sean absurdas, son respetadas también en los colegios, que, lo repetimos, no se parecen en nada a los de otros puntos.

Los alumnos antiguos están encargados de proteger a los nuevos; pero en cambio éstos se hallan obligados a prestarles algunos servicios domésticos, a los que no pueden sustraerse, tales como llevarles el desayuno, a cepillarles los vestidos, limpiarles el calzado y hacerles algunos recados. Estos servicios son conocidos con el nombre de *faggisme*, y los que los han de prestar se llaman *fags*. Los más pequeños, pertenecientes a la primera división, son los que sirven de *fags* a los de las clases

superiores, y ya es sabido que si rehusaran obedecer, es los haría la vida insoportable. Es costumbre, y se observa religiosamente, sin que nadie piense en protestar. La tradición lo exige así; y si existe un país que observe las tradiciones escrupulosamente, es de seguro el Reino Unido, en donde se imponen lo mismo al más humilde mendigo que a los más altos señores.

Los jóvenes que debían tomar parte en la expedición del *Sloughi* eran alumnos del colegio Chairmán. Ya hemos visto que a bordo de la goleta los había desde ocho a catorce años, y por consiguiente que pertenecían a varias divisiones o clases del colegio.

Esos pobres muchachos, incluso el grumete, iban a verse lanzados lejos, durante mucho tiempo, en terribles aventuras, e importa que conozcamos sus nombres, su edad, sus aptitudes, sus caracteres, la situación de sus familias, ya que sabemos las relaciones que existían entre ellos en aquel establecimiento que acababan de dejar para entrar en vacaciones.

Exceptuando a los dos hermanos Briant, que son de nacionalidad francesa, y a Gordon, americano, todos los demás son de origen inglés.

Doniphan y Cross pertenecen a una rica familia de propietarios que ocupan el primer rango en la sociedad de Nueva Zelandia. Ambos de edad de trece años y algunos meses son primos y forman parte de la quinta división. Doniphan, elegante y cuidadoso de su persona, es, sin contradicción, el alumno más distinguido. Inteligente y estudioso, procuraba no desmerecer, ya porque le agrada instruirse, ya también por el deseo de sobrepujar a sus compañeros. Cierto aire aristocrático le valió el nombre de «lord Doniphan,» y su carácter altivo le determinaba a querer dominar en donde quiera que se hallase; procediendo de aquí aquella rivalidad de que hablaremos después, cuya fecha se remontaba a mucho tiempo atrás, y que se acentuó más y más desde que las circunstancias acrecentaron la influencia de Briant sobre sus compañeros.

En cuanto a Cross, era un alumno bastante ordinario, pero lleno de admiración por todo lo que piensa, dice y hace su primo Doniphan.

Baxter, de la misma división, de trece años, muchacho de carácter frío, reflexivo, trabajador, muy ingenioso y con mucha destreza, es hijo de un comerciante de mediana fortuna.

Webb y Wilcox tienen doce años y medio, y pertenecen a la cuarta división. De inteligencia menos que mediana, voluntariosos y amigos de querellas, se han mostrado siempre muy exigentes en la observancia de las prácticas del *faggisme*. Sus familias son ricas y ocupan un puesto elevado en la magistratura del país.



Garnett y su amigo Service, los dos de la tercera división y ambos de doce años, son hijos, el uno de un capitán de marina retirado, y el otro de un colono acomodado, que habitan el North Shore, en la costa septentrional de Waitemala. Las dos familias se profesan una profunda amistad, de esa intimidad resulta que Garnett y Service se han hecho inseparables. Tienen muy buen corazón, pero poco afán por el trabajo, no pensando más que en divertirse. Garnett es apasionado por el acordeón, instrumento muy apreciado en la marina inglesa. Y como buen hijo de marino, toca dicho instrumento siempre que puede, y ha tenido buen cuidado de llevarlo a bordo. En cuanto a Service, podemos asegurar que es el más alegre y travieso de todos; no sueña sino con aventuras de viajes, alimentando su espíritu con *el Robinsón Crusoé* y el *Robinsón Suizo,* que sabe casi de memoria.

Otros dos muchachos de nueve años Jenkins, hijo del director de la Sociedad científica la *New-Zealand-Royal Society,* e Iverson, heredero del pastor de la iglesia metropolitana de San Pablo, aunque no pertenecen aun más que a la segunda y tercera división, se les considera ya en el colegio como de los más aplicados.

Tenemos después dos pequeñuelos; Dole, de ocho años y medio, y Costar, de ocho; ambos son hijos de oficiales del ejército anglo-zelandés, que habitan la ciudad de Ouchunga, a seis millas de Auckland, en el litoral del puerto de Manukau. Estos niños son de los pequeños, de quienes no se dice nada más sino que Dole es muy terco y Costar muy goloso. Si no brillan en la primera división, creen estar muy adelantados porque saben leer y escribir, cosa de la que no debían envanecerse, por no ser raro a su edad.

Como se ve, nuestros valientes marinos pertenecían todos a dignas familias, establecidas desde mucho tiempo en Nueva Zelandia.

Quedan aun tres muchachos embarcados en el *schooner*. El americano y los dos franceses, de los que vamos a ocuparnos.

El americano es Gordon: tiene catorce anos; su cara y su porte llevan ya el sello de la rigidez de los *yankées*. Aunque algo torpe y pesado, es el más grave de los alumnos de la quinta división. Si no tiene el brillo de su compañero Doniphan posee, en cambio, un espíritu justo y un buen sentido práctico, del que ha dado muchas pruebas. Siendo de un carácter observador y de un temperamento frío lo gustan las

cosas serias. Metódico por demás, arregla las ideas en su cerebro como los objetos en su pupitre, en el que todo está clasificado con etiquetas y anotado en un cuaderno especial. En suma; sus compañeros le estiman, aprecian sus cualidades, y, aunque no es inglés, se le acoge siempre bien.

Gordon es oriundo de Boston; huérfano de padre y madre, no tiene más parientes que su tutor, antiguo agente consular que, después de haber hecho fortuna, fijó su residencia en Nueva Zelandia, habitando en una de esas lindas villas esparcidas en las alturas, cerca del pueblecillo de Moun-San-John.

Los dos franceses, Briant y su hermano Santiago, son hijos de un distinguido ingeniero llegado hacía dos años y medio para dirigir los trabajos de desecación de los pantanos de Ika-Na-Mawi. El mayor tiene trece años; es poco amante del estudio, aunque muy inteligente; le sucede muchas veces ser uno de los últimos de la división. Sin embargo, cuando quiere, con su facilidad de asimilación y su notable memoria, se eleva al primer rango, con lo que excita la envidia de Doniphan, siendo éste el motivo de que no están nunca en buena inteligencia, como lo hemos visto ya a bordo del *Sloughi*. Además, Briant es audaz,

emprendedor, diestro en los ejercicios corporales, vivo en las contestaciones, servicial, buen muchacho, no teniendo nada del orgullo de Doniphan, y algo descuidado de su persona; en una palabra, muy francés, y por tanto muy diferente de sus compañeros, de origen inglés. Protegía muchas veces a los débiles contra el abuso que los mayores hacían de su fuerza, y nunca quiso someterse a las obligaciones del *faggisme*. Hubo resistencias, luchas, batallas, de las que salió casi siempre vencedor, gracias a su valor y a sus bríos. Era generalmente querido; así es que cuando se trató de la dirección del *Sloughi*, la mayoría de sus compañeros no titubeó en obedecerle; teniendo en cuenta que, como lo hemos dicho ya, había adquirido algunos conocimientos de náutica durante su travesía de Europa a Nueva Zelandia.

Santiago había sido considerado hasta entonces como el más travieso de la tercera división, ya que no del colegio entero, sin exceptuar a Service, que lo era mucho también. Inventaba siempre nuevas diabluras, no dejando en paz a ninguno de sus compañeros, y originándose de eso que la castigasen con muchísima frecuencia; pero, a pesar de todo esto, su carácter, como tendremos ocasión de

notarlo, se había modificado en absoluto, sin sabor por qué, desde la salida del yate del puerto de Auckland.

Ya nos son conocidos cada uno de los muchachos que la tempestad acababa de arrojar a una de las tierras del Océano Pacífico.

Durante este paseo de algunas semanas a lo largo de las costas de la Nueva Zelandia, el *Sloughi* debía ser mandado por su dueño, el padre de Garnett, uno de los más atrevidos *yactmen* de Australasia. Muchas veces el *schooner* había arribado al litoral de Nueva Caledonia y de Nueva Holanda, había navegado por el estrecho de Torres hasta las puntas meridionales de Tasmania, y hasta aquellos mares de las islas Molucas, Filipinas y Celebes, tan funestos, a veces, aun para los buques de mayor tonelaje; pero no infundía temores, porque era un yate sólidamente construido, muy veloz, y que podía resistir los más fuertes temporales.

La tripulación se componía de un contramaestre y seis marineros, un cocinero y un grumete, Mokó, negrito de doce años de edad, y cuya familia servía desde hacía mucho tiempo a un colono de Nueva Zelandia. Tenemos también que hacer mención de un hermoso perro de caza, *Phann,* de raza americana,

que pertenecía a Gordon y que no dejaba nunca a su amo.

La marcha había sido fijada para el 15 de Febrero. Mientras tanto, el *Sloughi* quedó amarrado por la popa a la extremidad del *Commercial-pier,* y, por consiguiente, bien dentro del puerto.

Cuando el 14 por la noche los jóvenes pasajeros fueron a embarcarse, la tripulación no se encontraba a bordo.

El capitán Garnett no debía llegar hasta el momento de aparejar.

Solo el contramaestre y el grumete, recibieron a Gordon y a sus compañeros; los marineros habían ido a beber su última copa de wisky, como ellos decían.

Después de haber instalado cómodamente a todos los niños, el contramaestre creyó poder reunirse a su tripulación en una de las tabernas del puerto, en la que se estuvo ¡falta imperdonable! hasta una hora bastante avanzada de la noche.

El grumete se quedó dormido.

¿Qué sucedió entonces?

Es muy probable que no se sepa jamás.

Lo cierto es que la amarra del yate se desató, bien por descuido o por malevolencia, sin que a bordo lo notaran.

La noche estaba muy oscura y las tinieblas envolvían el puerto y el golfo de Hauraki. El viento de tierra se hacía sentir con fuerza, y el *schooner,* cogido en la quilla por una corriente del reflujo, fue llevado a alta mar.

Cuando el grumete despertó, el *Sloughi* andaba como mecido por una ola y con un movimiento que no se podía confundir con el producido por las aguas del puerto.

Mokó se apresuró a subir a la toldilla. ¡El yate seguía la corriente!

A los gritos del grumete, Gordon, Doniphan, Briant y algunos otros saltaron de la cama, lanzándose fuera. ¡Inútil fue que llamaran en su ayuda! No se veía ya ni una luz de la ciudad o del puerto; el *schooner* se encontraba en medio del golfo, a tres millas de la costa.

En los primeros momentos, por consejo de Briant, al que se unió el grumete, los muchachos procuraron colocar una vela para volver al puerto corriendo una bordada; pero demasiado pesada para ellos, no pudieron orientarla bien y no produjo otro

efecto que el de arrastrarlos más lejos, por la presa que daba al viento Oeste.

El *S1oughi* dobló el cabo Colville, atravesó el estrecho que lo separa de la isla de la *Grande Barriére,* y se halló pronto a varias millas de Nueva Zelandia.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la gravedad de semejante situación. Briant y sus compañeros no podían ya esperar ningún socorro de tierra. En el caso de que algún buque saliera del puerto a buscarlos, muchas horas tenían que pasar antes de que fuesen encontrados, admitiendo que pudiesen ver al *schooner* en medio de aquella oscuridad tan profunda. Y aun de día, ¿sería posible divisar un buque tan pequeño en alta mar? En cuanto a salvarse, entregados a sus propias fuerzas, ¿cómo podrían hacerlo? Si el viento no cambiaba, tendrían que renunciar a volver a tierra.

Quedábales, es verdad, la esperanza de encontrar algún buque con rumbo a alguno de los puertos de Nueva Zelandia; y previendo esta eventualidad, Mokó se apresuró a izar un farol en la punta del palo de mesana, hasta el amanecer.

Hecho esto, y como los infantiles viajeros no se habían despertado por el ruido de las maniobras, los mayores convinieron en dejarlos dormir, porque su

espanto no hubiera producido más que desorden a bordo.

Varias tentativas se hicieron para dar la proa del *Sloughi* al viento; pero fueron inútiles, porque la goleta se volvía en seguida, corriendo hacia el Este.

De repente, divisaron una luz a distancia de tres millas. Esta luz, blanca y colocada en el extremo de un mástil, era el distintivo de los *steamers* en marcha. Bien pronto se distinguieron también las luces de los costados, encarnada y verde; y como ambas aparecían visibles a la vez, era de suponer que dicho *steamer* se dirigía en línea recta sobre el yate.

Nuestros pobres muchachos gritaron en vano; el ruido de las olas, el silbido del vapor al salir por los tubos de escape, y el viento, más violento cada vez, todo contribuía a que las voces de los niños se perdieran en el espacio.

Pero si los marineros de cuarto no podían oírlos, les quedaba la esperanza de que los vigilantes verían la luz que Mokó había colocado en el palo de mesana. Mas ¡oh desgracia! en aquel instante, un movimiento del buque hizo que se rompiera la driza, y el farol cayó el mar.

Nada quedaba ya que indicase la presencia del *Sloughi*, sobre el que el *steamer* corría con una velocidad de doce millas por hora.

Algunos segundos después, el yate fue abordado, y se hubiera ido a pique irremisiblemente si el buque le hubiera cogido de costado; pero felizmente recibió el choque por la popa, no sufriendo más avería que la pérdida de parte del cuadro, sin perjudicar el casco.

El golpe fue tan débil, que los tripulantes del *steamer* apenas si pararon mientes en ello, y continuaron su ruta sin preocuparse lo más mínimo del *Sloughi,* que desgraciadamente quedaba a merced de una próxima borrasca.

Sucede con demasiada frecuencia que los capitanes se cuidan poco de socorrer a los buques con quienes chocan los suyos. Es un crimen del que existen numerosos ejemplos; mas por lo que hace a este caso, es admisible que a bordo del *steamer* no se hubiera notado el encuentro con aquel ligero yate, a quien no habían entrevisto siquiera en la sombra.

Entonces ya, empujados por el viento, los pobres niños debieron creerse perdidos. Cuando amaneció, la inmensidad del agua estaba desierta. En aquella parte, poco frecuentada, del Pacífico, los

buques que van de Australia o a América, y viceversa, corren más al Sur o más al Norte. Ni uno pasó al alcance del yate. La noche llegó, peor que el día aun, y si bien hubo alguna calma, el viento Oeste no cesó de soplar.

¿Cuánto duraría aquella travesía? Ni Briant ni sus compañeros podían formarse una idea exacta de ello. En vano quisieron maniobrar para llevar al yate a los parajes neo-zelandeses; faltábanles los conocimientos necesarios para modificar su marcha, y carecían de la fuerza suficiente para colocar las velas.

En esas críticas circunstancias, Briant, desplegando una energía muy superior a su edad, empezó a tomar ascendiente sobre sus compañeros; ascendiente que sufrió Doniphan como los demás. Y la verdad es que si ayudado por Mokó no llegó a conseguir que el yate tomara rumbo al Oeste, empleó al menos lo poco que sabía para mantenerla en condiciones de navegación. Olvidado de sí mismo, velaba noche y día, y sus miradas recorrían sin cesar el espacio buscando la salvación, sin dejar de echar al mar algunas botellas encerrando un documento relativo al *Sloughi*, que, aunque débil

recurso, sin duda no quiso descuidar por si daba resultado.

Los vientos del Oeste empujaban siempre al yate a través del Pacífico, sin que fuera posible arreglar su marcha ni disminuir su velocidad.

Ya saben nuestros lectores lo que sucedió. Algunos días después que el *schooner* salió del golfo Hauraki, se levantó una recia tempestad, que durante dos semanas aumentó extraordinariamente en ímpetu y dio por efecto que, asaltada la goleta por olas monstruosas y expuesta al peligro de destrozaras muchas veces si no hubiera estado sólidamente construida, encalló en una tierra desconocida del Pacífico.

Y ahora, ¿cuál sería la suerte de aquellos colegiales náufragos, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia? ¿Por dónde les llegarían los socorros de que tanto habían menester? Porque sus familias no los buscarían, en atención a creerlos hundidos en el fondo del mar, juntamente con el yate.

He aquí la razón.

Tan luego como en Auckland notaron en la noche del 14 al 15 de Febrero la desaparición del *Sloughi,* se avisó al capitán Garnett y a los parientes de aquellos desgraciados niños, siendo inútil

describir el efecto que tal noticia produjo en la ciudad, en donde fue general la consternación.

Al pronto pensaron que, si bien la amarra se había desatado o estaba rota, era posible que la corriente no hubiese empujado aun al buque hacia alta mar, no siendo difícil encontrarlo, a pesar de que el viento Oeste, cada vez más fuerte, inspiraba seria inquietud.

En tal creencia, y sin pérdida de tiempo, el comandante del puerto tomó sus medidas para socorrer al *Sloughi*, haciendo que dos vaporcitos saliesen a recorrer muchas millas hacia afuera, empleando toda la noche en andar por aquel mar que empezaba a enfurecerse. Su vuelta quitó toda esperanza a las familias, heridas por tan espantosa catástrofe; pues si esos vapores no habían encontrado al yate, habían hallado, en cambio, los restos del cuadro de popa caídos al mar después del choque con el *steamer* peruano *Quito,* choque del que, como hemos indicado antes, ni siquiera se dieron cuenta los tripulantes del *steamer*. En aquellos restos se leían aun tres o cuatro letras del nombre *Sloughi*. La pérdida, pues, del buque, era segura. El *schooner* se había sumergido a unas doce millas de Nueva Zelandia.

IV

Primera exploración del litoral. -Briant y Gordon a través de los bosques. -Vana tentativa para descubrir una gruta. -Inventario del material. -Provisiones, armas, vestidos, camas, utensilios, instrumentos. -Primer almuerzo. -Primera noche.

Ya hemos dicho que dejado lo alto del palo de mesana había observado Briant que la costa estaba desierta.

Hacía lo menos una hora que el schooner yacía en su lecho de arena, y ningún indicio se había dejado ver: debajo de los árboles, al pie del acantilado, ni en las orillas del río, se divisaba casa ni choza alguna. En la playa no se encontraba la menor señal que diera a conocer la presencia del hombre, no viéndose tampoco humo en todo el perímetro de la bahía comprendido entre los dos promontorios del Sur y del Norte.

Briant y Gordon tuvieron, en primer lugar, el pensamiento de penetrar entre los árboles para llegar al acantilado y subir por allí, si era posible.

-Ya estamos en tierra ¡Esto es algo! dijo Gordon. Pero ¿qué tierra es ésta, que parece no estar habitada?...

-Lo importante es que no sea inhabitable, respondió Briant. Tenemos provisiones y municiones para algún tiempo... No nos falta más que una vivienda, y es menester encontrarla, aunque no sea más que para los pequeños... ¡Ellos antes que nada!

-Sí, tienes razón, replicó Gordon.

-En cuanto a saber en dónde nos encontramos, repuso Briant, tiempo tendremos de ocuparnos de ello cuando hayamos atendido a lo más preciso. Si fuera un continente, tendríamos alguna probabilidad de ser socorridos. Si es una isla... una isla inhabitada... pero ya veremos... ¡Ven, Gordon; vamos a la descubierta!...

Ambos alcanzaron rápidamente el límite de los árboles, que se desarrollaban en línea oblicua entre el acantilado y la orilla derecha del río, como unos trescientos o cuatrocientos pasos más arriba de la embocadura.

Ninguna huella se veía en aquella selva que enunciara la existencia del ser humano; ora un bosque completamente virgen, sin sendero ni paso

alguno. Algunos troncos, vencidos por la pesadumbre de la vejez, yacían en el suelo, y Gordon y Briant se hundían hasta la rodilla en la alfombra de hojas caídas. Sin embargo, los pájaros huían como si hubiesen aprendido a desconfiar de los hombres, y esto hacía pensar que si aquella costa no era habitada, la visitaban ciertamente indígenas de algún territorio próximo. En diez minutos nuestros muchachos atravesaron el bosque, cuya espesura era mayor al lado del acantilado, que se levantaba en corte perpendicular con una altura media de ciento ochenta pies.

¿Presentaría el basamento alguna hendidura en donde encontrar abrigo?

Era de desear.

Allí, en efecto, una caverna, protegida por los árboles contra los vientos y fuera del alcance del mar, hubiera ofrecido, aun en el peor tiempo, un excelente refugio en donde los jóvenes náufragos pudieran instalarse provisionalmente, hasta tanto que una exploración más extensa de la costa les permitiera aventurarse con seguridad hacia el interior del país.

Desgraciadamente, Gordon y Briant no descubrieron ninguna ruta, ni siquiera una cortadura

que facilitase la ascensión del acantilado. Sería preciso, probablemente, para internarse en el territorio, dar la vuelta a aquel promontorio de piedra, cuyas disposiciones había examinado Briant desde la cubierta del *Sloughi*.

Durante media hora, ambos jóvenes bajaron hacia el Sur, siguiendo la base de las rocas, y llegaron a la margen derecha del río, que se dirigía, llena de sinuosidades, en dirección al Oriente. Esta margen recibía la sombra de hermosos árboles, mientras la otra, por el contrario, presentaba un aspecto completamente distinto, pues sin verdura y sin accidentes en el terreno, parecía un vasto pantano, desarrollándose hasta el horizonte del Sur. Ante semejante perspectiva, y burlados Briant y Gordon en su esperanza de poder subir al acantilado para observar el país en un radio de varias millas, regresaron al *Sloughi*.

Doniphan y algunos otros iban y venían sobre las rocas de la playa, mientras Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entretenían en buscar conchas.

Como es de suponer; nuestros dos exploradores apenas llegaron adonde estaban los demás, dieron cuenta del resultado de su excursión, y convinieron no abandonar la embarcación hasta que investi-

gaciones más detenidas y extensas les proporcionaran conveniente albergue; pues la goleta, si bien tenía algún desperfecto en la cala y se hallaba inclinada hacia babor, podía servir de vivienda interina en el sitio mismo en que había encallado, y si el puente se había abierto hacia proa encima del puesto de la tripulación, el salón y los camarotes ofrecían suficiente abrigo en caso de tormenta. La cocina no había experimentado la más mínima alteración, con gran alegría de los pequeñuelos, a quienes la cuestión de las comidas interesaba en alto grado.

En medio de todo, hemos de convenir en que era una suerte que aquellos pobres muchachos no se viesen obligados a transportar a la playa todos los objetos indispensables a su instalación; porque, aun admitido que hubiesen salido bien, ¡a cuántas dificultades y a cuántas fatigas se hubieran visto expuestos! Y si el yate hubiera encallado entre los arrecifes, ¿cómo salvar el material? Las aguas hubieran indefectiblemente destrozado en poco tiempo la goleta, con pérdida de muchas cosas que habían de serles muy útiles con el tiempo. Felizmente, la marea alta había empujado el buque hacia la playa; y si bien es cierto que se encontraba

impedido para volver a navegar, podía servir de morada, puesto que nada podría arrancarle da la arena, en la que estaba hundida su quilla. Era evidente que, por efecto del sol y de la lluvia, llegaría a quedar inservible; pero cuando esto sucediera, ya los náufragos habrían encontrado alguna ciudad o pueblo, y si la tempestad los había relegado a una isla desierta, no dejarían de hallar, para sustituir al barco, alguna gruta en las rocas del litoral.

Lo mejor era, pues, quedarse provisionalmente a bordo, y convencidos de ello, tomaron sus disposiciones al efecto, siendo la primera la de colocar a estribor una escala de cuerdas que les facilitase la bajada a la playa.

En el ínterin, Mokó, que entendía algo de cocina, ayudado por Service, a quien gustaba guisar, se ocupó en preparar la comida, que, una vez condimentada, sirvió para amortiguar en todos el gran apetito que tenían, y Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entregaron a la alegría y a los juegos propios de su edad.



Sólo Santiago Briant, que era antes el diablillo del colegio Chairmán, continuó triste y aislado de sus compañeros.

Semejante cambio en su carácter y en sus costumbres no pudo menos de sorprender extraordinariamente a los demás, quienes le

interrogaban la causa de tal mudanza; pero el muchacho, cada vez más taciturno, no respondía a sus preguntas.

En fin, cansadísimos de tantos días y tantas noches pasadas en medio de los mil peligros de la tormenta, no pensaron ya más que en dormir.

Sin embargo, Briant, Gordon y Doniphan quisieron velar algunas horas cada uno, por temor a las fieras; pero la noche pasó sin ninguna alarma, y cuando salió el sol, después de una oración a Dios en acción de gracias, se ocuparon de las faenas que exigían las circunstancias.

En primer lugar, procedieron a inventariar las provisiones que encerraba el yate; luego el material, incluso las armas, instrumentos, utensilios, ropas y demás útiles.

La cuestión de alimento era la más grave, puesto que pareciendo aquella costa desierta, los recursos se limitaban a los productos de la pesca y de la caza, si es que ésta última se presentaba realizable. Doniphan no había visto más que numerosas bandadas de ciertos volátiles en los arrecifes y las rocas de la playa; pero verse reducidos a alimentarse sólo de aves marinas era cosa triste, y de aquí la necesidad de saber cuánto tiempo podían durar,

economizando, las provisiones encerradas en el *schooner*.



[illegible]

A parte de la galleta, que tenían en cantidad considerable, había varias conservas de legumbres, jamones, empanadas de carne, compuestas de harina

de primera calidad, picadillo de cerdo y especias, *cornbeef*, salazones y otros víveres y sustancias alimenticias; pero, sin embargo, todo eso no podía durar más allá de dos meses, aun gastándolo con parquedad. Así es que desde un principio se hacía necesario recurrir a los productos del país, economizando las provisiones para el caso de que tuviesen que andar algunos centenares de millas en busca de los puertos del litoral o de las ciudades del interior.

-¡Con tal de que parte de esas conservas no estén echadas a perder! observó Baxter. Si el agua del mar ha entrado en la cala después de encallar...

-Ya lo veremos abriendo las cajas que nos parezcan averiadas, respondió Gordon. Tal vez volviendo a cocer el contenido pudieran aprovecharse...

-Me encargo de ello, dijo Mokó.

-Pues no tardes en ponerte a la faena, repuso Briant, porque en estos primeros días tendremos que vivir con las provisiones del *Sloughi*.

-¿Y por qué desde hoy mismo, replicó Wilcox, no nos ponemos a buscar huevos en las rocas que se elevan al Norte?

-¡Sí... sí...! exclamaron Dole y Costar.

-También podemos pescar, añadió Webb. ¿No hay cañas a bordo y pescado en el mar? ¿Quién quiere pescar?

-¡Yo... yo!...exclamaron a una los pequeños.

-¡Bien!... ¡Bien!... respondió Briant; pero no se trata de jugar, y no daremos cañas sino a los pescadores formales.

-Tranquilízate, Briant, repuso Iverson; cumpliremos nuestro cometido como se cumple con un deber.

-Bien: empecemos por el inventario de lo que encierra nuestro yate, dijo Gordon. Tenemos que pensar también en otras cosas tan necesarias como el alimento...

-¿Podríamos recoger algunos mariscos para almorzar? advirtió Service.

-Sea, pues, respondió Gordon. Id tres o cuatro de los pequeños. Mokó, acompáñalos.

-Sí, señor Gordon.

-¡Cuida bien de ellos! añadió Briant.

-No temáis.

El grumete, en quien se podía tener confianza, era un muchacho muy servicial muy diestro y valeroso, y estaba llamado a prestar grandes servicios a los jóvenes náufragos. Era asimismo muy adicto a

Briant, quien a su vez no ocultaba la simpatía que le inspiraba Mokó; simpatía que hubiera avergonzado a sus compañeros anglosajones.

-Vamos, exclamó Jenkins.

-¿No vas con ellos, Santiago? preguntó Briant a su hermanito.

Santiago respondió negativamente.

Jenkins, Dole, Costar e Iverson, bajo la tutela de Mokó, partieron hacia los arrecifes, que el mar acababa de abandonar, esperando encontrar en los intersticios de las piedras una buena cosecha de mariscos, especialmente ostras y cangrejos, que, crudos o cocidos, serían un componente agradable y nutritivo del almuerzo.

Como buenos chicos, saltaban y brincaban, viendo en esta excursión más placer que utilidad. Era cosa propia de sus pocos años, pues apenas les quedaba ya el recuerdo de las duras pruebas que acababan de pasar, ni se cuidaban tampoco de los peligros que les amenazaban en lo porvenir.

Desde el momento en que los pequeños se alejaron, los mayores emprendieron la tarea del inventario. Por una parte, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb hicieron el censo de las armas, de las municiones, de las ropas, de los objetos de cama y

demás utensilios de a bordo; por otra, Briant, Garnett, Baxter y Service inventariaron los vinos, cerveza, brandy, wisky y demás bebidas encerradas en el fondo de la cala, en barriles de diez a cuarenta galeones cada uno.

Gordon tomaba nota de todo ello en una cartera de bolsillo. El metódico americano poseía ya un estado completo del material de a bordo, resultando de él que poseían un velamen de repuesto, y también aparejos, muchas cuerdas, cables y otros enseres. Si el yate estuviese en estado de navegar, nada hubiera faltado para aparejarle bien; y si aquellas lonas no habían de servir más para el buque, podían aprovecharlas para otras cosas cuando se tratase de la instalación de nuestros náufragos. Algunos utensilios de pesca, redes y cañas de fondo u otras, figuraron también en el inventario; preciosos artefactos si abundaba el pescado en aquellos parajes.

En cuanto a las armas, he aquí la nota que Gordon escribió en su cartera: ocho escopetas de percusión central, utilizables para caza, y una docena de revólvers; las municiones se componían de trescientos cartuchos para las armas que se cargaban por la culata, dos toneles de pólvora, de veinticinco

libras cada uno, y bastante cantidad de plomo en perdigones y en balas. Estas municiones, embarcadas con el fin de proporcionar el recreo de la caza a los expedicionarios durante las paradas del *Sloughi* en las costas de Nueva Zelandia, se emplearían ahora para asegurar el alimento de los náufragos, ¡ojalá que no llegaran a servir para defender su vida! La cala encerraba también cierta cantidad de cohetes para las señales de noche y algunos proyectiles para las dos chalupas del yate, que también era de desear no sirviesen para rechazar los ataques de los indígenas.

Los objetos de tocador y los utensilios culinarios eran más que suficientes para las necesidades de todos, aun en el caso de que su estancia allí se prolongase; y si parte de la vajilla se había roto por el choque del *Sloughi* con los arrecifes, quedaba aun bastante para el servicio de la cocina y del comedor; verdad es que éstos no eran objetos de primera necesidad. Más valiera que las ropas de franela, o de paño, de algodón o de hilo, figurasen en gran cantidad para mudarse, según las exigencias del clima, pues si aquella tierra se encontraba en la misma latitud que Nueva Zelandia, cosa probable, puesto que desde su partida de Auckland el *schooner*

había ido siempre empujado por los vientos de Oeste, había que esperar temperaturas extremas; fuertes calores y grandes fríos, respectivamente, según las estaciones. Por fortuna, había a bordo gran cantidad de esos trajes indispensables en una excursión de varias semanas por el mar. Además, se encontraron en las maletas de la tripulación pantalones, blusas, capotes de hule y almillas de lana, que sería fácil arreglar para los pequeños, abrigándolos bien, a fin de que soportasen con menos riesgo los rigores de la estación invernal. Inútil es decir que si las circunstancias obligaban a nuestros jóvenes a abandonar el buque, cada cual llevaría su cama, pues los camarotes estaban bien provistos de colchones, sabanas, almohadas, mantas y otros objetos, que, cuidándolos, podían durar largo tiempo.

¡Largo tiempo!... Palabras que significaban tal vez... ¡siempre!

He aquí lo que Gordon anotó también en su cartera, en el capítulo de instrumentos de a bordo: dos barómetros aneróides, un termómetro centígrado de espíritu de vino, dos relojes marinos, varias trompas o bocinas de cobre de las que sirven en las noches de nieblas, y que se oyen a gran

distancia, tres catalejos, una brújula con su cubierta y otras dos más pequeñas un *storn-glace*, indicando la proximidad de las tormentas, y, en fin, varias banderas del Reino Unido, sin contar otras más pequeñas para signos de inteligencia entre dos buques. Había también un *halkettsbouts*, pequeña canoa de cautchuc que se dobla como una maleta y sirve para atravesar un río o un lago.

El cofre del carpintero encerraba un surtido bastante completo de herramientas, herrajes y clavos para las ligeras reparaciones que hubiese necesitado el yate.

Los botones, hilos y agujas no faltaban tampoco, en previsión de la rotura de los vestidos, pues las pobres madres de los desgraciados niños habían pensado en todo lo que pudiera ocurrir a aquellos pedazos de sus entrañas.

Tenían también gran provisión de fósforos, mechas de yesca, eslabones, y no debían temer, por consiguiente, la falta de fuego.

A bordo se hallaban varios mapas especiales del archipiélago neo-zelandés, inútil para estos parajes desconocidos; pero afortunadamente Gordon había llevado consigo un atlas general de Stieler, comprensivo del Antiguo y del Nuevo Mundo, siendo

este atlas lo mejor y lo más perfecto de la geografía moderna.

La biblioteca del yate contenía cierto número de buenas obras inglesas y francesas, historias de viajes y libros científicos, sin contar los famosos *Robinsones* que Service, aun con gran riesgo suyo hubiera salvado de todo peligro, como Camoëns salvó sus *Lusiadas;* lo mismo que hubiese hecho Garnett con su famoso acordeón, sacado sano y salvo de los choques del buque.

Y, por fin, no les faltaba nada para escribir; plumas, lápices, tinta, papel, y también un calendario del año 1860, en el que Baxter fue encargado de borrar los días a medida que pasaban.

-¡Es el 10 de Marzo, dijo, el día en que nuestro pobre *Sloughi* ha sido a arrojado sobre la costa! Borro, pues, ese 10 de Marzo, así como los anteriores a aquella fecha.

Hallaron también una suma de quinientas libras en oro en la caja del yate. ¡Quién sabe si ese dinero serviría para que los náufragos, encontrando algún puerto, pudieran volver a su patria!

Gordon se ocupó en contar minuciosamente los barriles que estaban en la bodega. Varios de ellos, llenos de gin, de cerveza o de vino, se habían roto, y

su contenido se había escapado por las rendijas del buque. Era una pérdida irreparable, y sería preciso, por lo tanto, economizar lo restante.

En suma; la cala encerraba cien galeones de clarete y de sherry, cincuenta de gin, de brandy y de wisky, y cuarenta toneles de cerveza, de veinticinco galeones cada uno; además, unos treinta frascos de diversos licores que encerrados en sus envoltorios de paja, habían podido resistir el choque contra los arrecifes.

Como se ve, los quince náufragos del *Sloughi* tenían asegurada la vida material durante cierto tiempo; pero lo incierto del porvenir les obligaba a examinar aquella para saber si podía proporcionar algunos recursos que les permitiera reservar las provisiones que tenían; porque si aquel país estaba desierto, no era probable salir de él como no fuera con el auxilio de algún navío que viniese por aquellos parajes y que ellos pudiesen hacerle señales que indicasen su presencia. Reparar el buque, no había que pensar en ello; esto exigía un trabajo superior a sus fuerzas, careciendo además de las herramientas necesarias al efecto. Construir uno nuevo con los desperdicios del yate, ¿para qué? Sin conocer a fondo la navegación, ¿cómo hubieran podido

atravesar el Pacifico para volver a Nueva Zelandia? No obstante, con las chalupas del *schooner* no sería difícil buscar alguna otra isla o continente, si existieran cerca; pero dichas embarcaciones habían sido arrebatadas por la tormenta y no quedaba más que la canoa, buena únicamente para navegar a lo largo de la costa.

A las doce, los pequeños, guiados por Mokó, volvieron a bordo. Traían una buena provisión de moluscos, que el grumete se puso a preparar. En cuanto a huevos, debía haberlos en gran cantidad, pues Mokó había visto muchas palomas que anidaban en los huecos del acantilado.

-Está bien, dijo Briant; uno de estos días organizaremos una cacería, que puede dar buena cosecha de aves.

-Seguramente que sí, respondió Mokó; tres o cuatro tiros nos darán pichones por docenas. En cuanto a los nidos, atándose cualquiera con una cuerda, no sería difícil apoderarse de ellos.

-Convenido, dijo Gordon; mientras tanto, si Doniphan quiere cazar mañana...

-Me conviene, replicó éste; Webb, Cross y Wilcox vendrán conmigo.

-Con mucho gusto, respondieron los tres muchachos, encantados de poder tirar a aquellos millares de volátiles.

-Sin embargo, observó Briant, os recomiendo que no matéis demasiados pichones; cuando nos hagan falta ya sabremos buscarlos. Importa mucho no desperdiciar el plomo y la pólvora...

-¡Bueno... bueno!... respondió Doniphan, poco amigo de observaciones, y sobre todo si éstas venían de parte de Briant. No es la primera vez que cazo, y no necesito consejos.

Una hora más tarde, Mokó avisó que el almuerzo estaba preparado, y todos se apresuraron a subir a bordo del *schooner* para sentarse en el comedor, en el que, a consecuencia de la inclinación del yate, la masa estaba algo pendiente hacia babor; pero esto no era un gran inconveniente para niños acostumbrados al vaivén del buque. Los mariscos, y en particular las almejas, fueron declarados excelentes, aunque su preparación dejaba mucho que desear. Mas a aquella edad, ¿no es el apetito el mejor condimento? Galletas, un buen trozo de *corn-beef,* agua fresca cogida en la embocadura del río en el momento de la bajamar, para que no tuviese

mal gusto, y advertía con algunas gotas de brandy, constituyeron esta comida, bastante aceptable.



[illegible]

La tarde se empleó en diversos trabajos de mudanza de la cala y en escoger los objetos inventariados. Durante este tiempo, Jenkins y sus compañeritos se ocuparon en pescar en el río, en donde hormigueaban una infinidad de peces de

diversa clases. Luego, después de cenar, todos se fueron a descansar, menos Baxter y Wilcox, que estaban de guardia hasta el amanecer.

Así pasó la primera noche en aquella tierra del Océano Pacífico; tierra desconocida, y, al parecer, inhabitada.

En suma: estos muchachos no carecían de ninguno de los recursos que faltaban muy a menudo a la mayor parte de los náufragos en parajes desiertos. En el estado en que se encontraban, hombres de ingenio o industriosos hubieran salido adelante; pero ellos, el mayor de catorce primaveras, si estuviesen condenados a vivir muchos años en aquellas condiciones, ¿llegarían a proveer a las necesidades de su existencia?

Esto, por lo menos, se presentaba dudoso a los jóvenes náufragos.



[illegible]

V

¿Isla o continente? -Excursión. -Briant parte solo. -Los anfibios. -Bandadas de aves. -Almuerzo. -Desde lo alto del cabo. -Los tres islotes de alta mar. -Una línea azul en el horizonte. Vuelta al «Sloughi.»

¿Isla o continente? Esa era siempre la cuestión más grave que preocupaba a Briant, Gordon y Doniphan, cuyo carácter e inteligencia hacían verdaderamente los jefes de aquella sociedad en miniatura. Pensando en el porvenir, cuando los pequeños no se acordaban más que de lo presente, hablaban muchas veces de ello. En todo caso, ya que aquella tierra fuese isla, ya continente, era indudable que no pertenecía a la zona tropical. Esto se conocía en su vegetación, compuesta de robles, abedules, hayas, alisos y pinos de diferentes clases, numerosos mirtáceos y saxífragas, que no son árboles ni arbustos, vegetales todos esparcidos por las regiones centrales del Pacífico. Hasta parecía que aquel territorio debía de tener una latitud algo más alta que Nueva Zalandia, y por consiguiente más próxima al polo austral. En este caso se podía temer que el

invierno fuese en extremo riguroso. Ya una espesa alfombra de hojas secas cubría el suelo en el bosque que se extendía al pie del acantilado. Los pinos eran los únicos que conservaban sus hojas, pues sabido es que estos árboles se renuevan de año en año sin despojarse por completo jamás.

-Me parece prudente, dijo Gordon al día siguiente en que transformaron el *Sloughi* en vivienda, no instalarnos definitivamente en esta parta de la costa.

-Ese es también mi parecer, respondió Doniphan. Si esperamos la estación de los fríos, será demasiado tarde para llegar algún sitio habitado, pues por poco que tengamos que andar, siempre será algunos centenares de millas.

-¡Paciencia! replicó Briant; no estamos aun más que a mediados de Marzo.

-Pues bien, repuso Doniphan; el buen tiempo puede durar hasta fines de Abril, y en seis semanas mucho camino se puede andar...

-¡Cuando hay caminos! replicó Briant.

-¿Y por qué no ha de haberlos?

-Sin duda, respondió Gordon. Pero si hay alguno, ¿sabemos adónde va?

-No sé más que una cosa, repuso Doniphan, y es que sería un absurdo no abandonar el *schooner* antes de la estación de los fríos, y de las lluvias, y para esto es menester que no surjan dificultades a cada paso, más vale preverlas que aventurarse como locos a través de un país desconocido.

-¡Qué pronto llamáis locos a los que no son de vuestro parecer! -replicó Doniphan.

Tal vez la respuesta de este último hubiese hecho degenerar la conversación en querella, sin la intervención de Gordon.

-De nada sirve disputar, dijo, y para salir de este atolladero es preciso empezar por entendernos. Doniphan tiene razón en decir que si estamos cerca de algún país habitado, se hace necesario ir, sin más tardanza. Pero ¿es eso posible? pregunta Briant, y tiene razón.

-¡Que diablo, Gordon! replicó Doniphan; remontándose hacia el Norte, bajando al Sur, dirigiéndonos hacia el Este, concluiríamos por llegar...

-Sí, con tal que nos encontremos en un continente, dijo Briant; pero no si estamos en una isla, y si esta isla está desierta.

-Así, pues, repuso Gordon, es preciso saber a qué atenerse. En cuanto a dejar el barco sin asegurarnos antes si hay o no un mar al Este...

-¡Ah! Sobre eso digo que él es el que nos dejará. No podrá resistir las borrascas en esta playa, exclamó Doniphan, siempre inclinado a aferrarse en sus ideas.

-Convengo en ello, replicó Gordon; y sin embargo, antes de aventurarse por el interior, es indispensable saber adónde se va.

Las razones expuestas por este último eran de tal peso, que Doniphan no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia.

-Estoy pronto a ir a la descubierta, dijo Briant.

-Yo también, respondió Doniphan.

-Y lo estamos todos, añadió Gordon; pero como sería una imprudencia llevar a los pequeños a una exploración larga y fatigosa, dos o tres de nosotros bastarán para realizar nuestro propósito.

-¡Lástima es, observó Briant, que no haya una colina bastante elevada desde la que se pueda examinar el territorio! Por desgracia, estamos en una tierra muy baja, y es lo cierto que desde alta mar no he visto ni una sola montaña en el horizonte. En verdad que no aparece por aquí más altura que este

acantilado que se eleva detrás de la playa. Más allá, sin duda, encontraremos llanuras, bosques y pantanos, a través de los que corre ese río cuya embocadura hemos explorado.

-Sería útil, sin embargo, tener un conocimiento exacto de esta comarca antes de dar la vuelta al acantilado, en donde Briant y yo hemos buscado en vano una cueva.

-Pues bien: ¿por qué no irnos al Norte de la bahía? dijo Briant; me parece que subiendo al cabo que la cierra se vería muy lejos.

-Esto es precisamente lo que yo pensaba, respondió Gordon. Sí; ese cabo, que puede tener de doscientos cincuenta a trescientos pies de altura, debe dominar el acantilado.

-Me ofrezco a ir... dijo Briant.

-¿Para qué? replicó Doniphan; ¿que se podrá ver desde allá arriba?

-¿Qué se podrá ver? ¡Lo que hay! respondió Briant.

En efecto, en la punta extrema de la bahía se alzaba un amontonamiento de rocas como cortadas a pico del lado del mar, y que del otro lado parecían unirse al acantilado. Desde el *Sloughi* hasta aquel promontorio, la distancia era, a lo más, de siete a ocho

millas, siguiendo la curva de la playa, y de cinco a vuelo de abeja, según dicen los americanos; así, pues, Gordon no debía equivocarse mucho estimando en trescientos pies sobre el nivel del mar la elevación del cabo.

Esa altura ¿bastaría para que la vista pudiera extenderse sobre el país? ¿La mirada no sería detenida hacia el Este por algún obstáculo? De todos modos, se vería lo que existía a más allá del cabo, es decir, si la costa se prolongaba indefinidamente al Norte, o si el Océano se desarrollaba más allá.

Convenía, por lo tanto, irse a la extremidad de la bahía y verificar la ascensión. Por poco que el territorio estuviese en descubierto, la vista abrazaría una extensión de varias millas.

Discutido el punto, se decidió que el proyecto es pondría en ejecución, pues si Doniphan no veía su utilidad, era sin duda porque la idea pertenecía a Briant, y no a él; mas esto no impedía que diese buenos resultados.

Acordaron también con firme resolución no abandonar el *Sloughi* hasta tener la seguridad de si había encallado en el litoral de un continente, el que no podía ser otro que el americano.

La excursión no pudo emprenderse durante los cinco días siguientes, porque el tiempo se puso nebuloso, cayendo de vez en cuando una lluvia muy fina. Si el viento no refrescaba, los vapores que ocultaban el horizonte harían inútil el proyectado reconocimiento.

Aquellos días no fueron perdidos: se emplearon en diversos trabajos. Briant se ocupaba de los niños, sobre los que velaba incesantemente, como si el esparcirse en afecto paternal fuera una necesidad de su naturaleza. Su constante preocupación en cuidarlos todo lo mejor que permitiesen las circunstancias, así es que como notase que la temperatura tenía tendencias a bajar, les obligó a ponerse vestidos de más abrigo, arreglando para ellos los que se habían encontrado en los cofres de los marineros. Esta fue una obra de sastre, en que las tijeras trabajaron más que la aguja, y para la que Mokó, que en clase de grumete sabía algo de costura, se mostró muy ingenioso. Decir que Costar, Dole, Jenkins e Iverson fueron elegantemente vestidos con aquellos anchos y largos pantalones y aquellas blusas, no es posible; pero poco importaba, con tal que estuvieran bien abrigados.

Tampoco se les dejaba ociosos. Bajó la vigilancia de Garnett o de Baxter iban a menudo a recoger mariscos en la bajamar o a pescar con redes o cañas en el río, cosa que era divertida para ellos y provechosa para todos; con la ventaja de que, ocupados alegremente, no pensaban en su situación, y si bien el recuerdo de sus padres les entristecía, la tristeza no era constante, máxime cuando a ellos no se los ocurría que tal vez no los volverían a ver jamás.

En cuanto a Gordon y Briant, podemos decir que apenas dejaban el buque, toda vez que se habían reservado el cuidado de su conservación.

Service se quedaba algunas veces con ellos, y, siempre alegre, su compañía les era útil. Amaba a Briant, y jamás se unió con aquellos de sus compañeros que hacían causa común con Doniphan; así es que Briant sentía gran afecto hacia tan buen muchacho.

-¡Vamos, esto va bien, bien! repetía a veces Service. En verdad que nuestro barco ha sido colocado perfectamente en la playa por una ola complaciente, que, tratándole con cariño, no le ha destrozado mucho... He aquí una suerte que no han tenido ni *Robinson Crusoé,* ni *Robinson Suizo* en su isla imaginaria.

¿Y qué era de Santiago Briant? Si bien ayudaba a su hermano en las diversas faenas de a bordo, apenas respondía a las preguntas que se le dirigían, apresurándose a hurtar la vista cuando se le miraba de frente.

Esta actitud de Santiago no dejaba de inspirar alguna inquietud a Briant, que, como mayor, ejercía sobre el pequeño cierta influencia. Desde la partida del *schooner,* lo hemos dicho ya, el carácter de Santiago se había modificado de tal modo; que parecía presa de los remordimientos. ¿Había cometido alguna grave falta, que no se atrevía a confesar a su hermano? Lo cierto es que más de una vez sus ojos enrojecidos atestiguaban que acababa de llorar, y Briant, impresionado, no dejaba de preguntarse si la salud de Santiago estaría en peligro. Si enferma ese niño, se decía, ¿qué cuidados podrían prestársele? Esta consideración le apenaba mucho y le impelía a interrogar a su hermano sobre lo que tenía; pero éste contestaba siempre:

-¡No... no... no tengo nada... nada!

Era imposible sacar de él otra contestación.

Desde el 11 al 15 de Marzo, los náufragos se ocuparon en dar caza a los pájaros anidados en las rocas. Iban siempre todos juntos; pero Doniphan,



Webb, Cross y Wilcox.

Wilcox, Webb y Cross procuraban apartarse de los demás de un modo tan notable, que Gordon se apesadumbraba por semejante proceder; y cuando la ocasión se presentaba propicia mediaba entre unos y otros, procurando hacerles comprender la necesidad de estar todos unidos. Pero Doniphan respondía con tanta frialdad a esas observaciones, que el americano juzgaba prudente no insistir. No desesperaba, sin embargo, de destruir esos gérmenes

de disensiones, que podían llegar a ser funestos, confiando también en que los acontecimientos quizás llegasen a conseguir lo que sus consejos no habían podido obtener.

Durante aquellos nebulosos días que impidieron emprender la excursión proyectada por la orilla de la bahía, las cacerías fueron bastante provechosas. Doniphan, apasionado por aquel ejercicio, era verdaderamente hábil en el manejo de la escopeta. Extremadamente orgulloso con su habilidad, desdeñaba todos los demás artefactos de caza, trampas, redes o ballestas. Wilcox, por el contrario, prefería éstas, con las que prestaba muy buenos servicios. Webb tiraba bien, sin pretender por eso igualarse a Doniphan. En cuanto a Cross, no tenía afición, y se contentaba con aplaudir las proezas de su primo. Conviene también mencionar a *Phan,* que se distinguía en aquellas cacerías y no titubeaba jamás en lanzarse en medio de las olas para buscar la caza caída entre los arrecifes. Es preciso confesar que entre las piezas muertas por nuestros cazadores, había gran número de aves marinas que no se podían comer; pero en cambio abundaban las palomas, los ánades y ocas, cuya carne fue muy apreciada por nuestros jóvenes náufragos. La

dirección que seguían los gansos cuando huían oyendo las detonaciones, indicaba que debían habitar el interior de aquella tierra. Algunas de esas aves necesitaban cierta preparación, que no salía siempre bien; pero no se podía ser exigente, como lo repetía muchas veces el previsor Gordon, porque era preciso economizar las conservas del yate, toda vez que, como hemos dicho antes, sólo la galleta existía en cantidad considerable, no siendo ésta la menor razón de sus afanes por realizar la ascensión del cabo, ascensión que les resolvería tal vez la importante cuestión de saber si aquella tierra era isla o continente. De eso, en efecto, dependía el porvenir, y por consiguiente la instalación provisional o definitiva en aquella parte del globo.

El 15 de Marzo el tiempo pareció favorable para el éxito de aquella empresa. Durante la noche, el cielo se despejó de los vapores amontonados por la calma, el viento de tierra lo serenó en algunas horas. Vivos rayos de sol doraron la cima de las rocas, se podía esperar que después del medio día el horizonte del Este estaría bastante limpio para examinarlo detenidamente, porque, en efecto, si por aquel lado se veía una línea continua de agua, aquella tierra era una isla, y los socorros no podrían

esperarse sino de algún buque que surcara aquellos mares.

No se habrá olvidado que la idea de esa excursión pertenecía a Briant, que resolvió hacerla solo. Mucho gusto hubiera tenido sin duda en que lo acompañase Gordon; pero el pensamiento de que sus compañeros no estuviesen bajo la vigilancia del americano, lo atormentaba demasiado.

El día 15 por la noche, después de haberse asegurado de que el barómetro señalaba buen tiempo, Briant anunció a Gordon que partiría al día siguiente al amanecer. Andar una distancia de diez u once millas, ida y vuelta no era cosa que arredrara a un muchacho vigoroso que no temía a la fatiga. El día entero le bastaría seguramente para llevar a cabo la exploración, y el americano podía tener la seguridad de que volvería antes del anochecer.

Briant partió, pues, al despuntar el día, sin que los demás tuviesen conocimiento de su marcha. Iba armado con un bastón y un revólver, por si encontrase alguna fiera, si bien es verdad que los cazadores no habían encontrado huella alguna de esos animales en sus precedentes excursiones.

Briant no olvidó un instrumento que debía facilitar mucho su empresa cuando llegase a lo alto

del promontorio: hablamos del catalejo de gran alcance y cuyos cristales eran de notable limpieza. Una cestita colgada de su cinturón encerraba algunas galletas, un trozo de carne salada, una calabaza con agua y unas gotas de *brandy*, lo suficiente para almorzar y comer si algún percance retrasara su vuelta a bordo.

El muchacho, andando a buen paso, siguió la curva de la costa, señalada en el límite de los arrecifes por una fila de plantas acuáticas, húmedas aun por las aguas de la bajamar. Una hora más tarde, dejaba detrás de sí el sitio en que Doniphan y sus compañeros cazaban las palomas. Estos volátiles no tenían nada que temer de él en aquel momento, porque no quería perder un minuto para llegar cuanto antes al pie del cabo. Siendo el tiempo bueno y el cielo completamente despejado de nubes, era preciso aprovecharle de tales circunstancias, pues si los vapores llegaban a amontonarse por la tarde hacia el Este, el resultado de la expedición sería nulo. Durante la primera hora, Briant anduvo con bastante rapidez, recorriendo la mitad del trayecto, y por lo tanto, no presentándose ningún obstáculo, contaba con llegar al promontorio sobre las ocho de la mañana; pero a medida que el acantilado se

acercaba a los arrecifes, el suelo ofrecía más dificultades, pues el camino arenoso era tanto más estrecho cuanto más avanzaba hacia las rompientes, y en vez de aquel terreno, movedizo, sí, pero seguro, que se extendía entre el bosque y el mar, en las cercanías del río nuestro joven se vio reducido a aventurarse a través de un sinnúmero de rocas resbaladizas, de balsas de agua que tenía que rodear, de piedras movedizas, sobre las que no encontraba suficiente apoyo, ocasionándole todo esto una gran fatiga, y, lo que era aun más sensible, un retraso de dos horas por lo menos.

-¡Es preciso, no obstante, que yo llegue al cabo antes de la pleamar! se decía Briant. Esta parte de la playa ha sido cubierta por la última marea, y lo estará también por la próxima hasta el pie del acantilado. Si me viese obligado a retroceder o a refugiarme sobre alguna roca, llegaría demasiado tarde. ¡Es necesario que pase, cueste lo que me cueste, antes de que las olas invadan la playa!

Y el valeroso muchacho, no haciendo caso de la fatiga que empezaba a entumecer sus músculos, procuró tomar el camino más corto. Tuvo muchas veces que quitarse botas y calcetines para atravesar anchas lagunas con el agua a media pierna, y luego,

cuando se encontraba otra vez en la superficie de los arrecifes, seguía su camino, no sin tener alguna caída, por más que las evitaba a fuerza de agilidad y destreza.

En aquella parte de la bahía las aves acuáticas abundaban más que en ninguna otra; pululaban de un modo asombroso. Vio también dos o tres parejas de focas solazándose cerca de las rompientes; no demostraban ninguna señal de espanto, ni trataron de esconderse debajo del agua, lo que hacía creer que si aquellos anfibios no desconfiaban del hombre, es porque no tenían por qué temerle; prueba segura de que hacía muchos años que ningún pescador había ido a cazarlas.

No obstante, reflexionándolo bien Briant comprendió, por la presencia de esas focas, que aquella costa tenía una latitud más elevada aun de lo que él creía, y que, por consiguiente, se hallaba más al Sur que el archipiélago neo-zelandés. El *Sloughi* había torcido el rumbo hacia el Sudeste durante su travesía en el Pacífico. Esta opinión se confirmó cuando llegado por fin al pie del promontorio, distinguió una bandada de una especie de gallinetas que frecuentan los parajes antárticos. Se movían sin cesar, agitando torpemente sus alas, que, más bien

que para volar, les sirven para nadar. No son comestibles, porque su carne es rancia y aceitosa.

Eran ya las diez. Las últimas millas habían agotado las fuerzas del joven, que extenuado y con apetito, juzgó pertinente tomar algún alimento antes de emprender la ascensión del promontorio, cuya cima se clavaba a trescientos pies sobre el nivel del mar.

Se sentó sobre una roca, al abrigo de la marea, que llegaba ya a los arrecifes. Una hora más tarde no hubiera podido pasar sin riesgo, a causa de la pleamar; mas eso no era ya de temer, y por la tarde, cuando la marea bajase, encontraría de nuevo el paso libre.

Un buen trozo de carne y algunos sorbos de agua con *brandy* fueron bastante para que Briant recuperase sus fuerzas. Solo, lejos de sus compañeros, nuestro muchacho se puso a considerar fríamente su situación, bien decidido a proseguir hasta el fin, con mayores bríos, la obra de salvación para todos. La actitud de Doniphan y de sus parciales no dejaba de preocuparle, porque veía en ello el manantial de serias disensiones; pero estaba firmemente resuelto a oponer una absoluta resistencia a todo acto que perjudicase al bien

general. Luego se acordó de su hermanito, cuyo modo de ser la daba mucho en que pensar. Parecía que aquel niño ocultaba alguna falta cometida antes de la salida del *schooner,* y se prometía instarle tanto, que le obligara a contestarle.

Después de una hora de descanso, empezó Briant la ascensión de las primeras rocas.

El promontorio, terminado en punta aguda y situado en la extremidad de la bahía, presentaba una estratificación y una formación geológica bastante rara: parecía una cristalización ígnea formada bajo la acción de fuerzas plutónicas, y se componía de rocas graníticas, en vez de calizas, parecidas a las que rodean el mar de la Mancha en Europa.

Nuestro joven observó también que un estrecho paso separaba aquel promontorio del acantilado. Más allá, al Norte, la playa se extendía fuera del alcance de la vista; pero, en suma, lo importante era que el Cabo fuese bastante alto para que la mirada alcanzase una gran extensión de terreno.

La subida fue en gran manera penosa, y gracias a su agilidad, a su audacia y a sus costumbres de la gimnasia, pudo, por fin, llegar hasta la punta, no sin haber evitado muchas veces caídas que hubieran sido mortales.

Ya en lo alto, tomó el anteojo y dirigió la visual hacia el Este. Aquella región era llana en todo lo que abarcaba la mirada. El acantilado formaba la principal altura, si bien su meseta se inclinaba al interior; y aun cuando más allá se presentaban algunas tumescencias, éstas no modificaban en nada el aspecto del país. Verdes bosques cubrían el suelo en aquella dirección, ocultando bajo su follaje el lecho de los ríos que corrían hacia el litoral. Era una superficie plana, cuyo radio podía calcularse en unas diez millas, y el mar parecía ser el límite de aquel territorio; mas para cerciorarse de si era continente o isla, hacíase preciso organizar en dirección al Oeste una excursión más larga.

Al Norte, nuestro intrépido explorador no distinguía la conclusión del terreno, que se desarrollaba en una línea recta de siete u ocho millas, y a lo lejos se divisaba un nuevo cabo, muy largo, formando una concavidad semejante a una inmensa playa arenosa, que presentaba a la imaginación la idea de un vasto desierto.

Al Sur, detrás del cabo, afilado en la extremidad de la bahía, la costa se dirigía de Noreste a Sudeste, rodeando un inmenso pantano, que formaba contraste con la desierta playa del Norte.

Briant miró con atención todos los puntos de aquel ancho perímetro. ¿Era una isla? ¿Era un continente? No se atrevería a decirlo. Todo lo que



[illegible]

podía afirmar era que, en caso de ser una isla, tenía gran extensión.

Se volvió después al Oeste. El mar resplandecía bajo los rayos oblicuos del sol, que bajaba con lentitud hacia el horizonte.

De repente, nuestro joven alzó con presteza el catalejo, fijando su mirada en alta mar.

-¡Buques!... exclamó: ¡buques que pasan por allí!...

En efecto; tres puntos negros aparecían en la superficie de las relumbrantes olas a una distancia que no llegaba tal vez a quince millas.

¡Qué emociones tan grandes experimentó Briant! ¿Sería una ilusión? ¿Era cierto que tres buques se encontraban allí?

El muchacho limpió el anteojo y miró de nuevo...

Aquellos tres puntos negros parecían, en efecto, buques de los que no se veía más que el casco, sin que ningún humo indicase que fueran *steamers* en marcha.

El joven pensó que si efectivamente eran buques, estaban demasiado lejos para distinguir sus señales, y siendo posible que sus compañeros no hubiesen visto aquellos barcos; lo mejor sería volver pronto al *Sloughi* para encender una gran hoguera en la playa, y entonces... después de la puesta del sol...

Briant, al hacer estas reflexiones, no dejaba de observar aquellos tres puntos negros. ¡Y cuál no fue su desengaño al notar que no se movían! Fijó de nuevo el anteojo, y no tardó en conocer que lo que había creído buques no eran ni más ni menos que tres islotes situados al Oeste de la costa, cerca de los que había debido pasar el *schooner* cuando la tempestad le arrastraba en medio de las nieblas.

Su decepción fue grande.

Eran ya las dos. El mar empezaba a retirarse, dejando en seco los arrecifes al pie del acantilado. Pensando que era ya tiempo de volver, Briant se dispuso a bajar del promontorio.

Quiso, sin embargo, echar una última ojeada al Este, permitiéndole tal vez la posición más oblicua del sol alcanzar a ver algún punto del territorio que no había fijado aun su atención.

Y no se arrepintió de aquella buena idea, pues distinguió más allá de los bosques una línea azulada, prolongándose de Norte a Sur en una extensión de muchas millas, y cuyas extremidades se perdían detrás de la masa compacta de árboles.

-¿Qué puede ser? se preguntó.

Y miró aun con más atención.

-¡El mar... sí... es el mar!...

El anteojo estuvo a punto de caérsele de las manos.

Puesto que el mar es extendía al Este, ya no cabía duda; no era un continente aquella tierra en la que había encallado el *Sloughi*, era una isla; una isla en aquella inmensidad del Pacífico; una isla de la que sería imposible salir.

Entonces asaltó al espíritu de Briant la consideración de todas las vicisitudes que tendrían que sufrir, y su corazón se encogió de tal modo, que dejó de sentir sus latidos; pero sobreponiéndole a aquella debilidad, impropia de su carácter, comprendió que era preciso no abatirse, por oscuro que es presentase el porvenir. Un cuarto de hora después había bajado a la playa, volviendo a tomar el camino que había seguido por la mañana, y antes a las cinco llegó al *Sloughi*, en donde sus compañeros le esperaban con gran impaciencia.

VI

Discusión. -Excursión proyectada y aplazada. -Mal tiempo. -La pesca. -Las algas gigantes. -Costar y Dole a caballo sobre un corcel poco

veloz. -Los preparativos de marcha. -De rodillas ante la cruz del sur.

Aquella misma noche, después de la cena, Briant dio cuenta a sus compañeros del resultado de la expedición, que se concretaba a esto: al Este, más allá de la zona de los bosques, había visto una línea de agua, dibujándose, de Norte a Sur. Que dicha línea de agua era el mar, no había por qué dudarlo; así, pues, podían tener la seguridad de que no era un continente, sino una isla, la tierra que les servía de refugio.

Por lo pronto, Gordon y los demás acogieron con viva emoción la nueva que su compañero les daba. ¡Cómo! ¡Estaban en una isla careciendo de todos los medios para salir de ella!

¿Había, por lo tanto, que renunciar a aquel proyecto que concibieran de buscar al Este un camino que los guiase al continente? ¿Estaban reducidos, sin más medio de salvación, a esperar el paso de algún buque por aquellos parajes?

-Pero ¿no se habrá equivocado Briant en sus observaciones? preguntó Doniphan.

-En efecto, añadió Cross; ¿no es posible que sean nubes, y no el mar, lo que has visto?...

-No, respondió Briant: estoy cierto de no haberme equivocado. Lo que he visto al Este, redondeándose al horizonte, es agua, verdadera agua.

-¿A qué distancia? preguntó Webb.

-A unas seis millas del cabo.

-¿Y más allá, añadió Webb, no hay montañas ni elevaciones de tierra?

-No; sólo el cielo...

Briant afirmaba con tanta seguridad, que no hubiera sido razonable conservar la menor duda; pero, sin embargo, Doniphan, como de costumbre, al discutir con Briant, se obstinó en su idea.

-Pues bien; repito que has podido equivocarte, y que mientras no lo veamos por nosotros mismos...

-Eso es lo que haremos, respondió Gordon, porque es preciso que sepamos a qué atenemos.

-Es menester que no perdamos momento, dijo Baxter, si queremos partir antes de que llegue el mal tiempo, caso de que nos hallemos en un continente.

-Mañana mismo emprenderemos una excursión que ha de durar algunos días; es decir, si el tiempo continúa siendo bueno, porque arriesgarse a través de los bosques del interior en malas condiciones, sería una locura.

-Está convenido, Gordon, repuso Briant; y cuando lleguemos al litoral opuesto de la isla...

-¡Si es una isla! exclamó Doniphan encogiéndose de hombros.

-Lo es, replicó Briant con un gesto de impaciencia. ¡No estoy equivocado!... He visto bien claro el mar al Este; pero Doniphan, según su costumbre, se complace en contradecirme.

-¡No eres infalible, que yo sepa, Briant!

-¡No lo soy, no! ¡Pero esta vez te convencerás de que no he cometido ningún error! Yo mismo iré a reconocer aquel mar, y si Doniphan gusta de acompañarme...

-¡Ya lo creo que iré!

-También nosotros, exclamaron tres o cuatro de los mayores.

-Bien está, repuso Gordon; ¡haya moderación, compañeros! ¡Si aun somos niños, procuremos obrar como hombres! Nuestra situación es grave, y una imprudencia pudiera agravarla aun. No debemos aventurarnos todos a través de aquellos bosques. Los pequeños no pueden seguirnos, y tampoco es conveniente dejarlos solos aquí. Que Doniphan y Briant hagan esta excursión, acompañados de otros dos.

-Yo, dijo Wilcox.

-Y yo también, exclamó Service.

-Así sea, respondió Gordon. Cuatro bastan para ello, y si tardaseis demasiado, algunos saldrán a vuestro encuentro, mientras que los demás se quedarán en el *schooner*. No olvidéis que éste es nuestro campamento, nuestra casa, nuestro *home*, que no debemos abandonar sino cuando tengamos la certeza de que nos hallamos en un continente.

-¡Estamos en una isla! respondió Briant. Lo afirmo por última vez.

-¡Ya lo veremos! replicó Doniphan.

Los acertados consejos de Gordon pusieron fin al desacuerdo de aquellos niños, y el mismo Briant, conociendo la necesidad de comprobar lo que había visto, convino en que no existía otro medio que el de atravesar los bosques del centro para llegar al litoral opuesto. Por otro lado, admitiendo que el mar se extendiera al Este, ¿no podía haber en aquella dirección otras islas, separadas sólo por un canal fácil de atravesar? Y si estas islas formaban parte de algún archipiélago; si algunas montañas se encontrasen en ellas, ¿no era útil cerciorarse de todo esto antes de tomar una determinación, pues es trataba de la salvación de todos? En lo que no cabía

duda alguna era en que al Oeste no existía tierra alguna desde aquella parte del Pacífico hasta Nueva Zelandia; razón por la cual nuestros jóvenes náufragos no podían encontrar ningún país habitado sino buscándolo hacia el lado por donde sale el sol.

Gordon acababa de decirlo; esta exploración no podía hacerse con mal tiempo; era preciso, además, raciocinar y obrar, no como niños, sino como hombres. En las circunstancias en que se encontraban, ante las eventualidades amenazadoras del porvenir, si la inteligencia de esos muchachos no se desarrollaba prematuramente, si la ligereza o la inconstancia propias de su edad sembraba la desunión entre ellos, comprometerían por completo una situación de suyo bastante grave. Estos motivos eran los que impulsaban a Gordon a mantener a todo trance la paz entre sus compañeros.

Pero por más prisa que, ya convenidos, tuvieran para emprender la marcha Briant y Doniphan, un cambio brusco que sufrió el tiempo les obligó a aplazar el viaje. Una lluvia muy fría caía a intervalos, y el barómetro bajaba, indicando borrascas, de las que no se podía prever la duración. Hubiera sido, pues, una temeridad aventurarse en tan malas condiciones.

Todos, menos los pequeños, deseaban en verdad salir de dudas; pero aun cuando tuviesen la certidumbre de hallarse en un continente, ¿podían acaso pensar en lanzarse a la ventura en medio de un país desconocido, cuando iba a empezar la estación invernal? Y si tuviesen que recorrer algunos centenares de millas, ¿podrían soportar la fatiga que resultaría de ese viaje? El más vigoroso de todos, ¿tendría fuerzas suficientes para llevarlo a cabo? ¡No! Esa expedición debía dejarse para la época en que los días son más largos, y en los que no hay que temer ni los ríos ni las lluvias del invierno. Era necesario, por lo tanto, resignarse a permanecer durante la mala estación en el *Sloughi*.

Gordon, que por su parte procuraba indagar también en qué punto del Océano habían naufragado, estudiaba en el atlas de Stieler, que contenía un mapa del Pacífico, y no encontraba, desde Auckland hasta la costa americana, hacia el Norte, más allá del grupo de islas de Pomotou, otra isla que la de Pascua y la de Juan Fernández, en la que Selkirck, un verdadero Robinsón, pasó parte de su existencia. Al Sur, ni una tierra hasta los espacios sin límites del Océano Antártico. Si miraba al Este, el mapa no señalaba más que el Archipiélago de las

islas Chiloë, o Madre de Dios, sembradas en las costas de Chile, y más abajo las del Estrecho de Magallanes y de la Tierra de Fuego, contra las que vienen a estrellarse las olas de los terribles mares del cabo de Hornos.

Si el *schooner* había naufragado en alguna de aquellas islas desiertas que confinan con las Pampas, tendrían que andar muchos centenares de millas para llegar a las provincias habitadas de Chile, de la Plata o de la República Argentina. ¿Qué socorros podían esperar en medio de aquellas inmensas soledades, en donde peligros de toda clase amenazan al viajero?

Ante tales eventualidades, era precio obrar con extremada prudencia y no exponerse a perecer miserablemente.

Esto era lo que pensaba Gordon; Briant y Baxter participaban de su modo de ver, y era de esperar que Doniphan y los suyos concluyeran por adherirse también a una determinación provechosa para todos.

El proyecto de la excursión subsistía siempre; pero por entonces fue de todo punto imposible ponerlo en práctica, pues el tiempo se hizo insoportable por las lluvias continuas y las borrascas que se desencadenaban con extremada violencia.

Mientras tanto, Gordon y sus compañeros quedaron confinados a bordo, mas no permanecieron ociosos. Aparte de los cuidados que exigía el material, tenían que reparar muchas veces las averías ocasionadas por la intemperie, pues la cubierta empezaba a abrirse, dejando filtrar el agua por las junturas, y era preciso calafatear, o sea tapar con estopas las grietas para evitarlo provisionalmente.

Lo que más urgía era buscar un abrigo más seguro, porque ciertamente el *Sloughi* no duraría mucho tiempo, y si se viesen precisados a abandonarlo en medio del invierno, ¿en dónde encontrarían un refugio, puesto que el lado del acantilado, expuesto al Oeste, no ofrecía ninguna hendidura que pudiera utilizarse? Era necesario, por lo tanto, buscar en la parte opuesta, al abrigo de los vientos del mar, y edificar, si preciso fuera, una vivienda bastante grande para aquella sociedad en miniatura.

En el ínterin debían hacerse las reparaciones más necesarias para tapar, no sólo las vías de agua, sino también las de aire abiertas en el casco.

Gordon, convencido de que el calafateo no era suficiente, tuvo la idea de cubrir las paredes del buque con las velas; pero sentía destrozar aquella

lona, que podía servir más tarde para establecer tiendas de campaña.

El cargamento, dividido en paquetes, inscritos en la cartera del americano con su número de orden,



[illegible]

podía, en un caso dado, ser transportado con rapidez al abrigo de los árboles.



—¡Pero ya no puede!— responde Gordon.

Cuando el tiempo les concedía algunas horas de calma, Doniphan, Webb y Wilcox iban a cazar palomas, que Mokó procuraba condimentar de diversos modos, con más o menos éxito.

Garnett, Service, Cross, los pequeños, y algunas veces Santiago, cuando su hermano lo exigía, se ocupaban en pescar. La bahía, llena de algas, enganchadas en los primeros arrecifes, abundaba en peces del género *notothenia,* así como en grandes merluzas. Entre los hilos de aquellas gigantescas algas, llamadas *kelps,* que miden a veces cuatrocientos pies de largo, hormigueaba un número prodigioso de pececitos, que se podían coger hasta con la mano.

Eran de oír las exclamaciones de aquellos pescadores cuando sacaban las redes o las cañas a la orilla.

-¡Los tengo magníficos! exclamaba Jenkins. ¡Oh qué grandes son!

-¡Los míos son mayores! gritaba Iverson, llamando a Dole para que lo ayudase.

-¡Ay! ¡Qué se van a escapar! decía Costar.

-Tirad, tirad, repetían Garnett o Service yendo de unos a otros; y, sobre todo, levantad pronto las redes.

-¡Pero yo no puedo!... repetía Costar, cuya carga le arrastraba a pesar cuyo.

Y todos, reuniendo sus esfuerzos, llegaban por fin a llevar las redes hasta la arena, no sin perder

algunos peces, a quienes feroces lampreas, recorriendo aquellas aguas, devoraban entre las mallas de las redes. Pero los que quedaban bastaban para las necesidades de la masa de los niños. La merluza daba una carne excelente, bien sea la comiesen fresca o conservada.

El 27 de Marzo, una importante captura dio lugar a un incidente asaz cómico.

Por la tarde, habiendo cesado de llover, los pequeños se dirigieron al río con sus útiles de pesca.

Grandes gritos se dejaron oír algún tiempo después, y aun cuando eran en verdad exclamaciones de alegría, notábase, no obstante, que llamaban a los demás en demanda de socorro.

Gordon, Briant, Service y Mokó, ocupados a bordo del *schooner,* dejaron su trabajo, y lanzándose en dirección de los gritos, recorrieron en un momento los quinientos o seiscientos pasos que los separaban del río.

-¡Llegad... llegad! gritaba Jenkins.

-¡Venid a ver a Costar y su corcel! exclamaba Iverson.

-¡Más aprisa, Briant, más aprisa, si no, se nos va a escapar! repetía con impaciencia Jenkins.

-¡Basta!... ¡Basta!... ¡Bajadme!... ¡Tengo miedo! gritaba Costar haciendo gestos de desesperación.

-¡Arre!... ¡Arre!... gritaba Dole, que de un salto se había colocado a la grupa de aquella enorme masa puesta en movimiento.

Esa masa era una de esas grandes tortugas que se encuentran algunas veces dormidas en la superficie del mar. Sorprendida en la playa por nuestros infantiles viajeros la que montaba Costar, procuraba volver a su natural elemento.

Después de haberle pasado una cuerda alrededor del cuello, que tenía fuera de la concha, los niños procuraban en vano detener al vigoroso crustáceo. Este continuaba andando, y si bien no lo hacía muy de prisa, tiraba con bastante fuerza, arrastrándoles a todos. Entonces el travieso Jenkins subió a Costar en la tortuga, y Dole, colocado detrás, sostenía al niño, que no casaba de gritar por el miedo que tenía, pues el anfibio se acercaba cada vez más al mar.

-¡Sostente!... ¡Sostente, Costar! dijo Gordon.

-¡Y ten cuidado no se desboque el caballo! exclamó Service.

Briant no pudo detener la risa, pues no había peligro alguno, en atención a que desde el momento

en que Dole soltase al niño, éste no tenía más que dejarse caer, sin otro percance que el miedo.

Era urgente apoderarse del animal, y aunque Briant y los demás hubieran unido sus fuerzas a los pequeños evidentemente no llegarían a detener la tortuga: hacíase preciso, pues capturarla antes de que llegase al agua, porque esto conseguido, estaría en completa seguridad.

-Los revólvers de que Gordon y Briant se habían provisto al salir del *schooner,* no les servían para nada, toda vez que la concha de ese anfibio resiste las balas, y si se le acometía a hachazos, escondería la cabeza y las patas, poniéndolas fuera de todo peligro.

-No hay más que un medio para apoderarnos de ella, y es ponerla boca abajo, dijo Briant.

-¿Y cómo puede ser eso? preguntó Service; este animal pesa por lo menos trescientas libras, y jamás podremos conseguir tu deseo.

-¡Cuerdas!... ¡Cuerdas!... ¡pronto!... dijo Briant.

Y seguido de Mokó, corrieron a escape hacia el *Sloughi.*

En aquel momento la tortuga no estaba más que a unos treinta pasos del mar, y apresurándose Gordon a bajar a Costar y a Dole de encima de la

concha, cogieron todos la soga con que estaba atada y tiraron con fuerza, sin llegar a detener al animal, que hubiera podido sólo remolcar el colegio entero de Chairmán.

Felizmente, Briant y Mokó llegaron antes de que alcanzara el agua, y consiguiendo pasar dos cuerdas por debajo de la tortuga, pudieron, no sin grandes esfuerzos, volverla patas arriba, con lo cual se hicieron dueños de ella; y antes de que escondiera la cabeza, Briant le dio tan buen hachazo, que, separada aquélla del tronco, quedó muerta en el acto.

-Y bien, Costar: ¿tienes miedo aun de ese anima? Y preguntó al niño.

-¡No, no, puesto que está muerto!

-¡Bueno!... exclamó Service; ¡apuesto a que no te atreverás a comerla!

-¿Se come eso?

-¡Ya lo creo!

-Pues sí, comeré, si es bueno, replicó Costar relamiéndose ya.

-Os respondo de quo es un bocado exquisito, respondió Mokó; y seguramente no se equivocaba al decir esto de la carne de tortuga.

Como no podían llevarla entera, tuvieron que despedazarla allí mismo, operación bastante repugnante; pero los jóvenes náufragos empezaban ya a acostumbrarse a las necesidades, muchas veces desagradables, de aquella vida de Robinsones. Lo más difícil fue romper la concha, cuya dureza hubiese mellado el hacha; pero lo hicieron introduciendo un cortafríos en los intersticios, y una vez abierta, cortaron la carne en varios pedazos, llevando cada uno un trozo al *Sloughi*. Aquel día todos se convencieron de que el caldo de tortuga era excelente, y que la carne puesta en las parrillas era muy delicada, por más que Service la hubiese dejado quemar en algunos sitios. *Phann* dio a conocer también que los restos del anfibio eran buenos para la raza canina.

Esta tortuga les dio por lo menos ciento cincuenta libras de carne, buena cantidad que les permitía economizar las conservas.

El mes de Marzo acabó con mal tiempo. Durante las tres semanas que pasaron desde el naufragio del *Sloughi*, cada cual trabajó lo mejor que pudo; pero a la fecha quedaba por resolver definitivamente la importante cuestión de si la tierra

en que estaban era continente o isla, y esto era necesario averiguarlo cuanto antes.

El primero de Abril el tiempo dio muestras de que no tardaría en mejorar. El barómetro subía con lentitud, y el viento venía de tierra; señales todas que anunciaban próxima calma, tal vez de larga duración; así, pues, las circunstancias se presentaban favorables para una exploración al interior.

Los mayores hablaron de ello aquel día, y después de alguna discusión se convino en reparar lo necesario para aquella expedición, tantas veces debatida.

-Supongo, dijo Doniphan, que nada nos impedirá partir mañana temprano.

-Así lo espero, respondió Briant; es preciso que estemos prontos para salir a primera.

-Creo, dijo Gordon, que esa línea de agua que has visto al Este, se encuentra a seis o siete millas del promontorio...

-Sí, contestó Briant; pero como la bahía está bastante profunda, es posible que la distancia sea menor desde nuestro campamento.

-Entonces, repuso Gordon, vuestra ausencia no podrá durar más que veinticuatro horas.

-Tendrías razón, si tuviésemos la seguridad de dirigirnos en línea recta al Este. Pero ¿encontraremos algún sendero para atravesar los bosques cuando hayamos dado la vuelta al acantilado?

-¡Oh, no será esa la dificultad que nos detenga! observó Doniphan.

-Sea, respondió Briant; pero otros obstáculos pueden cerrarnos el camino; un río, un pantano... ¡qué sé yo! Me parece prudente que nos proveamos de víveres para un viaje de algunos días...

-Y de municiones, añadió Webb.

-No hay que hablar de eso, repuso Briant; pero convengamos en una cosa, Gordon, y es en que, aun cuando no estuviésemos de vuelta a las cuarenta y ocho horas, no debes tener inquietud y has de procurar que los pequeños no se alarmen por nuestra ausencia.

-No estaré tranquilo desde el momento en que partáis; pero esa no es la cuestión. Puesto que este viaje explorativo se cree necesario, hacedlo en buen hora. Os recomiendo que no os limitéis al examen de aquel mar del Este; es preciso también reconocer el otro lado del acantilado. No hemos encontrado aquí ninguna cueva, y como algún día, por desgracia,

nos veremos obligados a abandonar este barco, será preciso establecer nuestro campamento en un punto que esté al abrigo de los vientos de mar. Pasar el invierno en esta playa me parece imposible y por otra parte...

-Tienes razón, respondió Briant; buscaremos un sitio conveniente en donde podamos instalarnos.

-Como no sea que veamos la posibilidad de dejar definitivamente esta supuesta isla, dijo Doniphan volviendo a su idea fija, tenaz siempre.

-Se comprende, aunque la estación no es propicia para ello, respondió Gordon. En fin, obraremos del modo que más convenga. Mañana, pues, partiréis.

Los preparativos no tardaron en acabarse. Víveres para cuatro días, dispuestos en saquitos que llevarían a la espalda; cuatro escopetas, cuatro revólvers, dos hachas pequeñas, una brújula de bolsillo, un anteojo de bastante potencia para examinar el territorio en un radio de tres o cuatro millas, mantas de viaje, y luego mechas de yesca, eslabones y cerillas, que completaban lo necesario para una expedición corta, pero no exenta de peligros. Era preciso también, y lo recomendó mucho Gordon, que los intrépidos expedicionarios

Briant, Doniphan, con Service y Wilcox que los acompañaban, estuviesen siempre alerta y no avanzaran sin precaución ni se separaran jamás.



El americano pensaba que su presencia hubiera sido útil entre Briant y Doniphan, pero no se atrevía

a abandonar el *Sloughi*, con el fin de velar por los pequeños; mas hablando a solas con Briant, le hizo prometer que evitaría todo motivo de discusión o querella.

Los pronósticos del barómetro se habían realizado. A la caída de la tarde, las últimas nubes desaparecieron al Occidente, dejando el cielo de un azul purísimo. Las magníficas constelaciones del hemisferio austral brillaban en el firmamento, y entre ellas se destacaba aquella espléndida Cruz del Sur que luce en el polo antártico.

En la víspera de una separación cuyas consecuencias no podían prever, Gordon y sus compañeros sentían que sus corazones latían con más fuerza, y mientras sus miradas se dirigían al cielo, pensaban en sus padres y en su país, que tal vez no volverían a ver más.

Entonces los pequeños se arrodillaron ante aquella Cruz del Sur, como lo hubiesen hecho al pie del crucifijo de una capilla, y rogaron al Criador de aquellas celestes maravillas les concediese esperanza en su divina bondad.

VII

El bosque de abedules. -Desde lo alto del acantilado. -A través del bosque. -Una barrera sobre el «creek». -El río conductor. -Campamento para la noche. -La choza. -La línea azulada. -Phann bebe.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service partieron a las siete de la mañana. El sol, subiendo en el cielo sin nubes, anunciaba uno de aquellos hermosos días que el mes de Octubre ofrece algunas veces a los habitantes de las zonas templadas del hemisferio boreal. Nuestros muchachos no tenían que temer ni el frío ni el calor, y si algún obstáculo retrasaba su marcha, provendría únicamente de la naturaleza del suelo.

Atravesaron la playa en línea oblicua para llegar más pronto al pie de las rocas. Gordon les aconsejó que se llevaran a *Phann,* cuyo instinto podría serles muy útil: he aquí por qué el inteligente animal formaba parte de la expedición.

Un cuarto de hora después de su marcha, los jóvenes habían desaparecido debajo de los árboles. Algunos pájaros revoloteaban aquí y allí; pero como

no se podía desperdiciar el tiempo, Doniphan resistió a la tentación, absteniéndose de tirar un solo tiro. El mismo *Phann* llegó a comprender que sus idas y venidas eran inútiles, concluyendo por no apartarse sino algunos pasos delante de sus amos, reconociendo el terreno.



[illegible]

El plan de nuestros exploradores consistía en seguir la base del acantilado hasta el cabo, situado al Norte de la bahía, y si antes de llegar a su extremo no habían podido pasar, se dirigirían hacia la laguna señalada por Briant. Este itinerario, aunque no fuese el más corto, era el más seguro; máximo cuando importaban poco dos o tres millas más o menos tratándose de unos muchachos llenos de vigor y buenos andarines.

Al llegar a las rocas, Briant reconoció el sitio en el que Gordon y él se detuvieron en su primera exploración. En esta parte de la muralla granítica no se ofrecía ningún paso al Sur; era, pues, preciso ir hacia el Norte para buscarlo, aunque tuvieran que llegar hasta el cabo. Necesitarían tal vez para ello un día entero; pero no podían proceder de otro modo en el caso de que el acantilado fuese infranqueable por su frente occidental.

Esta es la explicación que Briant dio a sus compañeros; y Doniphan, después de muchas tentativas para subir por una de las pendientes del talud, no encontró ninguna objeción que hacer.

Anduvieron tres o cuatro millas más, y temiendo Briant que tuviesen que ir hasta el promontorio, mostrábase impaciente por saber si encontrarían el

paso libre, pues a la hora que era, tal vez el mar cubriese ya la playa, en cuyo caso se perdía casi medio día esperando que la bajamar dejara en seco los arrecifes.

-Apresurémonos, dijo después de explicar el interés que tenía en llegar antes al flujo.

-¡Bah! respondió Wilcox. ¡Qué más da que nos mojemos algo los tobillos!

-Los tobillos, y luego el pecho, y también las orejas, replicó Briant. El mar sube lo menos cinco o seis pies. En verdad, creo que mejor hubiera sido dirigirnos al promontorio en línea recta.

-¿Por qué no lo propusiste? replicó Doniphan. Eres tú el que guías, y si nos retrasamos, la culpa será cuya.

-Sea, Doniphan. En todo caso no perdamos un instante. Pero ¿dónde está Service?

Y llamó a voces:

-¡Service!... ¡Service!...

El muchacho no estaba por allí. Después de haberse alejado con su cariñoso *Phann,* acababa de desaparecer detrás de una parte saliente del acantilado, a un centenar de pasos a la derecha.

Pero casi en aquel instante se oyeron unos gritos, seguidos de los ladridos del perro. ¿Se encontraría Service en peligro?

En un momento, Briant, Doniphan y Wilcox se unieron a su compañero, a quien hallaron parado ante un derrumbamiento reciente en aquella mole de piedra. A consecuencia, sin duda, de filtraciones, o sencillamente por la intemperie la masa calcárea se había desunido, formando una especie de medio embudo, con la punta hacia abajo, desde la cresta del muro hasta el suelo. Las paredes interiores formaban una pendiente de cuarenta a cincuenta grados, a lo sumo, presentando además algunas irregularidades, en las que nuestros pequeños exploradores encontrarían puntos de apoyo.

La ascensión, pues, para muchachos ágiles, no era difícil, y llegarían sin mucho trabajo a lo alto, si un nuevo derrumbamiento no lo impedía.

Empezaron a subir.

Doniphan se lanzó el primero al montón de piedras hacinadas en la base.

-¡Espera!... ¡Espera!... exclamó Briant. ¡No cometamos imprudencias!...

Pero Doniphan no le hizo caso, y como quería, por amor propio, adelantar a sus compañeros, y

sobre todo a Briant, llegó pronto a la mitad de la altura.

Los demás le imitaron, procurando no colocarse directamente detrás de él, a fin de evitar el choque de los cantos que se desprendían y rodaban hasta el suelo.

Sin incidente alguno llegaron a la altura, habiendo tenido Doniphan la satisfacción de ser el primero que pisara la cresta de las rocas.

En seguida sacó el anteojo y fijó si mirada a lo largo de aquellos bosques, que se perdían de vista en dirección al Este.

Era el mismo panorama de verdura y cielo que Briant había visto desde el cabo, si bien aparecía menos profundo, porque el punto de observación primero tenía unos cien pies más de altura que el acantilado.

-¿No ves nada? preguntó Wilcox.

Y Doniphan le entregó el catalejo, pintándose en sus facciones una viva satisfacción.

-No veo nada de agua, repuso Wilcox.

-Será, probablemente, porque no la haya por ese lado. Puedes mirar, Briant, y supongo que reconocerás tu error.

-Es inútil; estoy cierto de no haberme equivocado.

-¡Vaya una terquedad! No vemos absolutamente nada, y...

-Es muy natural, puesto que esto tiene menos elevación que el promontorio, lo que disminuye el alcance de la vista. Si estuviésemos a la misma altura en que estaba yo colocado, veríais la línea azul a una distancia de seis o siete millas, y no dudaríais de que está allí, sin que sea posible confundirla con las nubes.

-Eso es muy fácil de decir, replicó Wilcox.

-Y no menos fácil de probar, respondió Briant. Bajemos las rocas, atravesemos al bosque y marchemos en línea recta hasta que lleguemos.

-Bueno, replicó Doniphan; pero en verdad, no sé si vale la pena de que...

-Quédate, Doniphan, respondió Briant, quien, fiel a los consejos de Gordon, se contenía, a pesar de la mala voluntad de su compañero. Quédate; Service y yo iremos solos.

-Nosotros también, replicó Wilcox. Adelante, Doniphan, adelante.

-Cuando almorcemos, dijo Service.

-En efecto, contestaron los otros.

Y se pusieron a tomar un buen refrigerio, con el apetito y la alegría propios de los pocos años; y una vez terminada la comida, se pusieron en marcha.

La primera milla se anduvo sin obstáculo de ninguna clase, encontrándose tan sólo aquí y allí musgos y líquenes que cubrían las tumescencias pedregosas. Algunos arbolitos se agrupaban de trecho en trecho, según su especie; aquí, helechos arborescentes o licopodios; allá, brezos con sus diminutas flores, y *berberis,* que subido es se multiplican en casi todas las latitudes.

Cuando Briant y sus compañeros hubieron recorrido la meseta superior, empezaron a bajar con gran trabajo por el lado opuesto del acantilado, casi tan elevado y recto como el de la bahía; pero si no hubiesen encontrado el lecho de un torrente, seco en aquella época y cuyas sinuosidades facilitaban el descenso, se hubieran visto obligados a volver al promontorio.

Al llegar al bosque, la marcha se hizo más penosa en un suelo lleno de hierbas muy altas.

Árboles caídos obstruían el paso, y los matorrales eran tan espesos, que se hacía menester abrir camino. Los muchachos movían el hacha con la agilidad y energía de los mejores gastadores

atravesando las selvas del Nuevo Mundo; pero a cada instante tenían que detenerse, y en aquellas paradas más se cansaban los brazos que las piernas. Esto les ocasionaba mucho retraso, y el disgusto de ver que el camino recorrido no sería mucho; mas siguieron en su empresa.

Parecía, en verdad, que ningún ser humano hubiese penetrado jamás bajo la cubierta de aquel bosque, pues ni el más pequeño sendero denunciaba la acción de hombre alguno. Solamente las borrascas o la vejez habían podido derribar aquellos árboles, y las hierbas aplastadas en algunos sitios no indicaban otra cosa que el paso reciente de animales de mediana estatura, de los que se vieron huir a algunos, aun cuando no pudieron determinar a qué especie pertenecían.

Doniphan estuvo a punto muchas veces de descargar su escopeta sobre aquellos animales inofensivos; pero la razón le hizo comprender que no era prudente dar a conocer su presencia con las detonaciones de un arma de fuego; así es que, dadas sus aficiones, tuvo que apelar a toda la firmeza de carácter para no caer en la tentación de matar alguna de esas perdices de tan delicado gusto, u otros de los volátiles que revoloteaban a millares.

Reprimidos por tales razones sus ímpetus, se contentó con hacer constar que si tuviesen que residir en aquella región, la caza podría darles un alimento abundante y sustancioso.

Aquellos bosques estaban formados en su mayor parte por abedules y hayas que desarrollaban sus verdes ramas hasta una altura de cien pies. Habla también algunos cipreses, mirtáceos de una madera encarnada y muy compacta, y magníficos grupos de esos vegetales llamados *winters,* cuya corteza esparce un aroma muy parecido a la canela.

Eran las dos de la tarde cuando tuvieron que hacer una nueva parada en medio de un claro atravesado par un río poco profundo, que se llama un *creek* en la América del Norte. Las aguas de esto arroyo, de una limpidez perfecta; corrían suavemente sobre un lecho de negruzcas rocas, y al vérselo deslizar tranquilo por un somero cauce, sin nada que estorbara su marcha, podría creerse que su nacimiento no estaba lejos. En cuanto a vadearle, nada era más fácil, con sólo pasar por encima de las piedras sembradas en su lecho, algunas de las cuales llamaban la atención por la simetría con que estaban colocadas de trecho en trecho, unas sobre otras.

-¡He aquí una cosa singular! dijo Doniphan.

-¡Parece una calzada! exclamó Service, disponiéndose a pasar del otro lado.

-¡Espera, espera! le dijo Briant; deja que nos demos cuenta de la colocación de estas piedras.

-No puede admitirse que se hayan arreglado solas de ese modo, añadió Wilcox.

-No, dijo Briant; parece que se ha querido establecer un paso en este sitio del río... Veámoslo desde más cerca.

Y examinaron con detención cada uno de los guijarros de aquella estrecha vía, que no sobresalía del agua más que algunas pulgadas, debiendo ser, por lo tanto, inundada en la estación de las lluvias.

En resumidas cuentas, ¿podía decirse que la mano del hombre era la que había colocado allí esas piedras? No. Más fácil era creer que, arrastradas por la fuerza de la corriente, se habían ido amontonando poco a poco, formando una barrera natural. Esa fue la opinión de Briant y de sus compañeros, después de una minuciosa observación; induciendo a creerlo así también el hecho de que ninguna de las orillas presentaba indicio alguno de haber sido holladas por la planta humana.

El arroyo se dirigía al Noroeste. ¿Desembocaría en aquel mar que Briant aseguraba haber visto desde lo alto del promontorio?

-Es posible, dijo Doniphan, que ese río sea afluente de otro más importante que siga luego su curso hacia el Oeste.

-Ya lo veremos, dijo Briant, no queriendo entrar en discusión; pero soy de parecer que mientras corra al Este debemos seguirle, si no da muchas revueltas.

Y los cuatro viajeros se pusieron en marcha, después de atravesarle por la calzada. Salvo algunos sitios, en donde los árboles mojaban sus raíces en el agua, les fue fácil seguir la orilla, cuya dirección era siempre hacia el mismo punto; pero a las cinco y media Briant y Doniphan observaron que el riachuelo cambiaba de rumbo, corriendo ya al Norte, y tuvieron que abandonar su ribera para volver a internarse en lo más espeso de la selva, por la que caminan penosamente por en medio de la espesura de aquellas altas hierbas, y en muchos sitios necesitaba dar voces a cada instante para no extraviarse.

Después de un día entero de marcha, nada les indicó aun la proximidad de ningún mar. Briant no dejaba ya de experimentar cierta inquietud. ¿Habría

sido una ilusión aquella línea azul que vio desde lo alto del promontorio?

-¡No... no!... se decía. ¡No me he equivocado!... Eso no puede ser.

A las siete de la tarde no habían alcanzado aun el límite del bosque, y la oscuridad era ya demasiado grande para que pudiesen andar con seguridad.



El agua era dulce.

Briant y Doniphan acordaron hacer alto y pasar la noche debajo de los árboles. Con un buen trozo de *corn-beef* no se pasaría hambre, y con buenas mantas no se sentiría el frío. Pensaron encender una hoguera; pero esa precaución, muy conveniente para alejar las fieras, les hubiera comprometido en el caso de que algún indígena la observase.

-Vale más no arriesgarse a ser descubiertos, dijo Doniphan.

Todos fueron de su parecer, y no se ocuparon ya más que de cenar, pues el apetito no faltaba. Terminada la cena, y cuando se disponían a echarse al pie de un enorme abedul, Service les señaló a algunos pasos de distancia una espesa maleza, de en medio de la que salía un árbol de mediana altura, cuyas ramas caían hasta el suelo. Parecales mejor el sitio, y en él, sobre un montón de hojas secas, los cuatro se acostaron, y después del mismo verse en las mantas, no tardaron en voldar profundamente dormidos, de en que. modo que *Phann,* no obstante su obligación de velar por ellos, se dormía también.

Eran las siete cuando Briant y sus compañeros se despertaron. Los rayos oblicuos del sol alumbraban poco aun el lugar en que habían pasado la noche.

Service fue el primero que salió del matorral, y un instante después empezó con exclamaciones gritando:

-¡Briant!... ¡Doniphan!... ¡Wilcox!... ¡Venid, venid pronto!...

-¿Qué te pasa? preguntó Briant.

-¿Qué ocurre? preguntó a su vez Wilcox. ¡Con esa manía que tienes, Service, de gritar siempre, nos das unos sustos!...

-¡Bueno... bueno!... replicó el vivaz muchacho. ¡Tranquilizáos y mirad en dónde hemos dormido! No era un matorral; era una cabaña hecha con ramas,una de esas chozas que los indios llaman *ajoupa,* construida con ramas entrelazadas. Esta *ajoupa* debía de ser muy antigua, pues su techo y sus paredes no se sostenían más que por el árbol, cuyas ramas la vestían. Era en un todo igual a las que construyen los indígenas del Sur de América.

-¿Habrá aquí habitantes? dijo Doniphan mirando en derredor.

-Si no los hay, los ha habido, respondió Briant, porque esta cabaña no se ha hecho sola.

-Esto explica la existencia de la calzada del *creek,* observó Wilcox.

-¡Tanto mejor! exclamó Service; si hay habitantes, son buenas gentes, puesto que han edificado esta choza a propósito para que pasemos en ella la noche, haciéndonos un señalado favor.

Era indudable que algunos indígenas habitaban o habían habitado, en una época más o menos lejana, aquella parte del bosque. Pero que fuesen buenas gentes, como decía Service, nada era menos cierto, porque no podían ser sino indios, si esa comarca comunicaba con el Nuevo Continente, o polinesios, y tal vez caníbales, si fuera una isla de uno de los grupos de Oceanía.

Esta última eventualidad ofrecía muchos peligros: importaba, pues, ahora más que nunca, resolver la cuestión. Así es que, cuando Briant se apresuraba a emprender la marcha, Doniphan propuso a sus compañeros registrar minuciosamente la choza, que parecía abandonada desde largo tiempo.

Tal vez pudieran encontrar algún objeto, utensilio, instrumento o herramienta que les diera algún indicio sobre el antiguo habitante de aquella morada.

El lecho de hojas secas extendido en el suelo del *ajoupa* fue revuelto con cuidado, y en un rincón

Service recogió un fragmento de barro cocido, que parecía ser los restos de un porrón. Nuevo indicio del trabajo del hombre, pero que no dilucidaba el problema.

A las siete y media, y con la brújula en la mano, nuestros muchachos emprendieron de nuevo su ruta, dirigiéndose siempre al Este, en un suelo algo en declive; anduvieron así durante dos horas en medio de grandes hierbas y arbustos que dificultaban en gran manera su marcha, teniendo muchas veces que abrirse paso a hachazos.

Por fin, un poco antes de las diez lograron divisar el horizonte a través de los árboles.

Más allá del bosque se extendía una llanura sembrada de lentiscos, tomillos y helechos, y a media milla al Este estaba cerrada por un banco de arena, lamido por las aguas de aquel mar que había visto Briant, y que se extendía hasta el horizonte.

Doniphan se callaba. Sentía mucho este vanidoso joven que su compañero no se hubiera equivocado.

Briant, que no quería humillarle con su triunfo, no aparentó obtenerlo, y examinaba aquella región con el anteojo.

Al Norte, la costa, vivamente alumbrada por los rayos del sol, se encorvaba un poco a la izquierda.

Al Sur sucedía lo mismo, con la única diferencia de que la curva de la costa era mayor.

Ya no había que dudar; no era un continente, sino una isla, sobre la que la tempestad había hecho encallar el *schooner,* y era preciso renunciar a toda esperanza de salir de allí, si el socorro no venía de fuera. En alta mar nada se veía; parecía que aquella isla estaba como perdida en medio de la inmensidad del Pacífico.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service, habiendo atravesado la llanura que se extendía hasta la playa, hicieron alto al pie del banco de arena, con el objeto de almorzar en seguida y emprender otra vez el camino del bosque, pues apresurándose, quizás les fuera posible llegar al *Sloughi* antes de la noche.

La comida fue bastante triste, sin que apenas cambiasen algunas palabras.

Por fin Doniphan, cogiendo su saquito y su escopeta, se levantó, diciendo secamente:

-Partamos.

Y los cuatro, después de echar una última ojeada hacia aquel mar, se disponían a andar, cuando *Phann* echó a correr hacia la playa.

-*¡Phann!...* ¡Ven aquí, *Phann*! gritó Service.

Pero el animal siguió corriendo, oliendo la húmeda arena. Luego, brincando en medio de las pequeñas olas de la resaca, se puso a beber con avidez.

-¡Está bebiendo!... ¡Está bebiendo! exclamó Doniphan.

En un instante atravesó la playa, y cogiendo un poco de **aquella** agua en el hueco de la mano, se la llevó a los labios... ¡Era dulce!

Era, por lo tanto, un lago, y no el mar, como creían, lo que se extendía hasta el horizonte del Este.

VIII

Reconocimiento al Oeste del lago. -Bajando la orilla. -Vista de avestruces. -Un río que sale del lago. -Noche tranquila. -El contrafuerte del acantilado. -Un dique. -Restos de una canoa. -La inscripción. -La cueva.

La importante cuestión, de la que dependía la salvación de los jóvenes náufragos, quedaba aun por

resolver, pues que aquel supuesto mar era un lago, no daba lugar a dudas.

Pero ¿no era posible que dicho lago perteneciera a una isla, y que, prolongando la expedición más allá, es encontraran tal vez con un verdadero mar, sin ningún medio de atravesarlo?



Aquel lago presentaba dimensiones considerables, puesto que un horizonte de cielo le encerraba en las tres cuartas partes de su perímetro; era, pues, admisible que estuviesen en un continente, y no en una isla.



[illegible]

-Entonces hemos naufragado en el continente americano, dijo Briant.

-Siempre lo he pensado así, respondió Doniphan, y creo que no me equivoco.

-De todas maneras resulta, repuso Briant, que era agua lo que yo vi al Este.

-Sí, mas no el mar.

Esta réplica, hecha con cierta satisfacción interior, demostraba en Doniphan más vanidad que corazón. Briant no insistió; además, en interés de todos era mejor que se hubiera equivocado, porque sobre un continente no estarían prisioneros como en una isla.

Hacíase necesario, sin embargo, esperar un tiempo más favorable para emprender un viaje al Este, porque las dificultades que habían encontrado en la corta expedición que acababan de verificar serían mucho mayores cuando se tratase de ir todos juntos.

Empezaba el mes de Abril, y sabido es que el invierno, en la zona austral, se presenta mucho más precoz que en la boreal. No podían ponerse en camino basta la primavera, y, sin embargo, la estancia en aquella bahía del Oeste, sin cesar castigada por los vientos del mar, no tenía nada de agradable, y se verían en la precisión de abandonar el buque antes de terminar el mes. Así es que, puesto

que Gordon y Briant no habían podido encontrar ningún refugio en el basamento occidental el acantilado, era necesario ver si podían establecerse en mejores condiciones por el lado del lago. Esta nueva exploración se imponía, aunque ocasionase un retraso de un día o dos. Gordon experimentaría sin duda viva inquietud; pero Briant y Doniphan no titubearon, en atención a que tenían provisiones para cuarenta y ocho horas aun, y como nada anunciaba un cambio atmosférico decidiéronse a bajar hacia el Sur, costeando aquella inmensa laguna.

Otro motivo, además, les inducía a llevar más lejos sus indagaciones. Aquella parte del territorio había sido habitada, o a lo menos frecuentada por indígenas, como lo daban a entender la calzada del riachuelo y la cabaña, cuya construcción denotaba la presencia del hombre en una época más o manos reciente.

Tal vez otros indicios les darían a conocer que, si no indígenas, algún náufrago había vivido allí, como ellos, hasta llegar a alguna ciudad del continente, y esto bien merecía la pena de prolongar la exploración de aquella costa.

La cuestión, pues, consistía en determinar si debían dirigirse hacia el Sur o el Norte; pero como

yendo al Sur se aproximaban al *Sloughi,* resolvieron andar en aquella dirección.

A las ocho y media se pusieron en marcha por la llanura cubierta de dunas llenas de hierbas. *Phann* levantaba bandadas de perdices, que se refugiaban en los grupos de lentiscos o de helechos; mas no era prudente tirar, para no llamar la atención de alguna tribu de salvajes que visitara de vez en cuando el lago.

Siguiendo la orilla, tan pronto al pie de las dunas como del banco de arena, nuestros jóvenes pudieron andar unas diez millas durante el día, sin demasiada fatiga. Ninguna huella encontraron de indígenas, y si aquel territorio había estado habitado por alguien, no parecía serlo en la actualidad.

Tampoco vieron por allí fieras ni rumiantes de ninguna especie. Dos o tres veces por la tarde, algunos volátiles aparecieron en el límite del bosque pero fue imposible acercarse a ellos. Al divisarlos, Service, exclamó:

-¡Son avestruces!

-Muy pequeños, respondió Doniphan.

-Si son avestruces, replicó Briant, y estamos en un continente...

-¿Lo dudas aun? replicó Doniphan con ironía.

-Debe ser el continente americano, en el que estos animales se encuentran en gran número, continuó Briant; eso es todo lo que yo quería decir.

A eso de las siete de la tarde hicieron alto, calculando que al día siguiente, como no surgiera algún obstáculo, llegarían a *Sloughi-bay* (bahía del *Sloughi),* nombra que dieron a aquella parte del litoral en donde se perdiera el *schooner*.

De todos modos, durante aquella noche les hubiera sido imposible ir más allá en dirección al Sur, pues por allí corría uno de aquellos ríos que salían del lago, y que tendrían que atravesar nadando, cosa que la densa oscuridad que reinaba no permitía hacer, así como tampoco estudiar la disposición del terreno en que se encontraban.

Briant y sus compañeros, después de cenar, no pensaron más que en el descanso, bajo la bóveda del cielo esta vez, pues no tenían choza para resguardarse.

Todo estaba tranquilo en el lago y en la playa. Los cuatro muchachos, acostados al pie de un haya, durmiéronse con tan profundo sueño, que el trueno más recio no los hubiera despertado; así es que ni ellos ni *Phann* oyeron unos ladridos bastante cercanos, que debían ser de chacales, ni aullidos más

lejanos, que parecían ser de fieras. En aquellas comarcas, en donde los avestruces vivían en estado salvaje, era de temer encontrar jaguares o conguares, que son el tigre y el león de la América meridional.

La noche pasó sin incidente de ninguna clase; mas a las cuatro de la mañana, antes que el alba blanqueara el horizonte, el perro gruñó sordamente, oliendo el suelo como si quisiera buscar una pista.

Eran cerca de las siete cuando Briant despertó a sus compañeros, acurrucados debajo de las mantas. En seguida se levantaron, mientras que Service comía un pedazo de galleta, los demás se pusieron a examinar el terreno más allá del río.

-En verdad, exclamó Wilcox, que hemos acertado anoche en no pasar al otro lado, pues que, según se ve, es un terreno pantanoso.

-En efecto, respondió Briant; es un pantano lo que se extiende al Sur, y tan grande, que no se alcanza a ver el fin.

-¡Mirad, exclamó Doniphan, cuántos patos, cercetas y chochas revolotean en su superficie! ¡Si pudiésemos instalarnos aquí para pasar el invierno, no nos faltaría caza!

-¿Y por qué no? dijo Briant, dirigiéndose hacia la orilla derecha.

Mas atrás de esta ribera se levantaban rocas muy altas, que terminaban en un contrafuerte de tal aspecto, que parecía cortado a pico, y cuyos enveses se unían casi en ángulo recto, uno hacia el lago y otro hacia el río. ¿Sería el mismo acantilado que rodeaba *Sloughi-bay,* prolongándose al Noroeste? Esto no podía saberse sino después de un minucioso reconocimiento de aquella región.

En cuanto al río, su orilla derecha, con anchura de unos veinte pies, seguía la base de las rocas, y la izquierda era tan baja, que apenas se distinguía cortes, aguazales y barrancos de esa llanura pantanosa que se desarrollaba hasta perderse de vista al Sur. Para conocer la dirección de ese río sería preciso subir a las rocas, y Briant se prometía verificar aquella ascensión antes de volver a *Sloughi-bay*.

Se trataba, en primer lugar, de examinar el punto en que las aguas del lago se vertían en el lecho del río, que si bien no medía en el sitio en que ellos se encontraban sino cuarenta pies de latitud, debía ensanchar mucho más en su embocadura, así como también recibir quizá algún afluente, bien de los pantanos, o tal vez de la meseta superior.

-¡Venid aquí y mirad! exclamó Wilcox en el momento en que llegaba al pie del contrafuerte.

Lo que llamaba su atención era un amontonamiento de piedras formando dique, colocadas del mismo modo que las de la calzada del arroyo.

-¡Ya no cabe duda! dijo Briant.

-No, respondió Doniphan, enseñando restos de madera en el extremo del dique.

Esos restos habían pertenecido al casco de una embarcación, y se veía, entre otros pedazos, uno medio podrido y cubierto de musgo, del que pendía una argolla de hierro carcomida por la herrumbre, indicando bien a las claras, por su curva, que era parte de la roda.

-¡Una argolla! ¡Una argolla! exclamó Service.

Y todos inmóviles miraban en derredor, creyendo que iba a aparecer el hombre que se había servido de aquella canoa y levantado aquel dique.

Pero ¡vana esperanza!

Muchos años habían pasado desde que aquella embarcación había sido abandonada en la orilla del río. El hombre que se sirvió de ella había vuelto tal vez a su patria, o se había apagado su vida en aquella tierra, lejos de todo socorro.

Mas era de ver la emoción que hubo de apoderarse de nuestros jóvenes ante tales testimonios de una intervención humana, de la que no podían dudar; emoción que aumentó algún tanto cuando se fijaron en el singular modo de obrar del perro, que no parecía sino que había encontrado una pista, pues levantaba las orejas, agitaba con violencia el rabo y husmeaba el suelo, poniendo el hocico debajo de las hierbas.

-¡Mirad lo que hace *Phann!* dijo Service.

-¡Algo ha olfateado! respondió Doniphan, avanzando hacia el perro.

Este acababa de pararse, con una pata levantada y el cuello tendido, hasta que se lanzó hacia unos árboles agrupados al pie de las rocas próximas al lago.

Briant y sus compañeros lo siguieron, y algunos instantes después se detenían ante una vieja haya, en cuya corteza estaban grabadas dos letras y una fecha, dispuestas de este modo:

F. B.

1807

Nuestros jóvenes expedicionarios se hubieran quedado mucho tiempo mudos e inmóviles ante aquella inscripción si *Phann,* volviendo sobre sus

pasos, no hubiera desaparecido en el ángulo del contrafuerte.

-¡Aquí, *Phann,* aquí!... gritó Briant.

El perro no volvió, pero continuaban oyéndose sus ladridos precipitados.

-Atención, dijo Briant; no nos separemos, y estemos alerta, porque algo extraordinario sucede al perro.

Era preciso, en efecto, obrar con mucha circunspección, porque era posible que se hallase allí una tribu de esos indios feroces que infestan las pampas del Sur de América.

Los pobres náufragos del *Sloughi*, con las escopetas armadas, los revólvers en la mano y prontos a defenderse, echaron a andar, y dando vuelta al contrafuerte, se deslizaron por el ribazo del río. No bien anduvieron veinte pasos, cuando Doniphan se bajó para recoger un objeto que había en el suelo.

Era una azada, cuyo mango estaba medio podrido; una azada, fabricada en América o en Europa, y no por los salvajes de la Polinesia. Lo mismo que la argolla de la embarcación, estaba completamente oxidada, y no cabía duda de que hacía muchos años que se hallaba en aquel sitio.

Allí se veían también algunas señales de cultivo, surcos trazados con irregularidad y un cuadro de batatas, que la falta de labor había vuelto silvestres.

De repente un lúgubre aullido atravesó el espacio, y a poco *Phann* volvió, dominado por una agitación inexplicable. Daba vueltas, corría delante de sus amos, los miraba, los llamaba, y parecía que les quería decir: «seguidme.»

-¡Algo extraordinario sucede! dijo Briant, que procuraba tranquilizar al perro.

-Vamos adonde quiera llevarnos, respondió Doniphan, haciendo señas a Wilcox y a Service para que lo siguieran.

Diez pasos más allá, *Phann* se puso de pie ante un montón de maleza y de arbustos, cuyas ramas se enredaban en la base misma de las rocas.

Briant avanzó para ver si había oculto allí el cadáver de algún animal o tal vez de un hombre, descubierto por el perro; mas apartando las ramas, observó una estrecha abertura.

-¿Habrá aquí alguna cueva? exclamó echándose hacia atrás.

-Es probable, respondió Doniphan; pero ¿qué habrá ahí dentro?

-¡Ya lo sabremos! dijo Briant, quien con su hacha se puso a cortar las ramas que obstruían el orificio; y deteniéndose a escuchar, no oyó ningún ruido sospechoso.

Service trató de penetrar por el agujero, pero Briant le dijo:

-Veamos primero lo que hace *Phann*, que sin cesar lanza esos ladridos tan sordos y tan poco tranquilizadores que estamos oyendo.

Parecía natural que, si algún ser viviente hubiera estado escondido en aquella cueva, ya habría salido.

De todas maneras, era necesario saber a qué atenerse: Briant, en previsión de que el aire estuviera viciado, encendió un puñado de hierba seca y lo arrojó al interior; mas como al esparcirse por el suelo siguiesen ardiendo, fue prueba clara de que el aire era respirable.

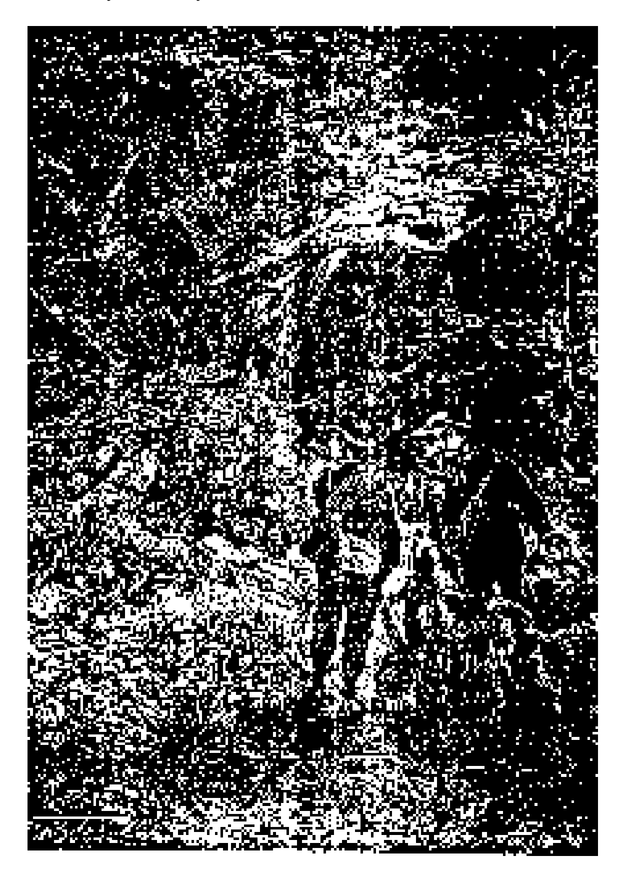
-¿Entramos?... preguntó Wilcox.

-Sí, respondió Doniphan.

-Esperad un poco para que veamos, dijo Briant.

Y cortando una rama resinosa de uno de los pinos que crecían a orillas del río, la encendió, y seguido de sus compañeros, se deslizó por entre la maleza.

El orificio medía cinco pies de alto por dos de ancho; pero aparecía agrandado en seguida, presentando un ensanche de unos diez pies por veinte respectivamente, cuyo suelo estaba cubierto de arena muy fina y seca.



[illegible]

Al entrar, Wilcox tropezó con un taburete de madera, colocado al lado de una mesa, en la que se

veía un cántaro de barro, anchas conchas que debieron servir de platos, un cuchillo, cuya hoja estaba enmohecida y mellada, dos o tres anzuelos y una taza de hoja de lata, vacía también, como el cántaro. Arrimado a la pared opuesta se veía un cofre hecho con tablas, toscamente preparadas y ajustadas, que encerraba vestidos hechos jirones. No había, pues, duda de que esta excavación había sido habitada. Pero ¿en qué época, y por quién? El ser humano que vivió allí, ¿yacía en algún rincón?... En el fondo había un miserable camastro, cubierto con una manta de lana hecha pedazos, y a la cabecera otra taza y un candelero de madera, que no conservaba ya más que un trozo de mecha carbonizada.

Nuestros muchachos se echaron hacia atrás, pensando que aquella manta ocultaba un cadáver; pero por fin Briant, más resuelto que los otros, y venciendo su repugnancia, la levantó.

No había nada.

Un instante después salieron vivamente impresionados, uniéndose a *Phann,* que no dejaba de aullar.

Bajaron entonces por el ribazo del río, y a unos cuantos pasos se detuvieron bruscamente: un sentimiento de horror les clavó en su sitio.

Allí, entre las raíces de un haya, yacían los restos de un esqueleto.

-Aquí, en este sitio, dijo Briant, vino a morir el desgraciado habitante de esa cueva, en donde vivió, sin duda, muchos años: ¡y ese silvestre abrigo, del que había hecho su morada, ni siquiera le sirvió de tumba!

IX

Visita a la cueva. -Muebles y utensilios. -Las bolas y el lazo. -El reloj. -El cuaderno casi ilegible. -El mapa del náufrago. -En dónde se hallan. -Vuelta al campamento. -La orilla derecha del río. -La hondonada. Las señales de Gordon.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service guardaban un profundo silencio. ¿Quién era aquel hombre que había muerto en aquel sitio? ¿Era un náufrago, a quien los socorros habían faltado hasta su última hora? ¿A qué nación pertenecía? ¿Había llegado

joven, o viejo, a aquel aislado punto de la tierra? ¿Había muerto anciano ya? Si era un náufrago, ¿había tenido compañeros de desgracia que con él escapasen de la catástrofe, quedándose por fin solo después de la muerte de sus compañeros?

Los diferentes objetos encontrados en la cueva, ¿pertenecían a un buque, o los construyó él?

¡Cuantas reflexiones, cuantas dudas de tan difícil solución!

Pero si aquel hombre había encontrado refugio en un continente, ¿por qué no había partido en busca de una ciudad del interior o de un puerto del litoral? ¿La distancia que tenía que recorrer era tan grande, o tan penosa, que obligase a renunciar a ella? Lo cierto es que aquel desgraciado había caído, debilitado por la enfermedad o por la vejez, y que no habiendo tenido suficientes fuerzas para volver a la cueva, había fallecido al pie de aquel árbol. Y si los medios le habían faltado para buscar su salvación, bien por el Norte, o ya por el Este de aquel territorio, ¿no sucedería lo mismo a los jóvenes náufragos del *Sloughi*?

Nuestros valerosos muchachos comprendieron la necesidad de practicar en la cueva un minucioso registro, pues tal vez encontrarían algún documento

que les diera a conocer el origen de aquel hombre y la duración de su estancia, siendo además muy conveniente saber si podrían instalarse allí durante el invierno, después de abandonar el *schooner*.

-Venid, dijo Briant.

Y seguidos de *Phann,* penetraron por segunda vez en la cueva.

El primer objeto que llamó su atención fue un paquete de velas, fabricadas con estopa y grasa, colocadas sobra una tabla sujeta en la pared de la derecha. Service encendió una, colocándola en el candelero.

Teniendo ya luz, principiaron por reconocer las condiciones de la cueva. No presentaba ningún indicio de humedad, a pesar de no tener otra ventilación que el orificio que le servía de entrada. Sus paredes eran tan secas como si fueran de piedra, sin ninguna de aquellas filtraciones cristalinas que en algunas grutas de pórfido o de granito forman las estalactitas. Su orientación la ponía al abrigo de los vientos del mar, y si bien era muy oscura, este inconveniente se combatía con facilidad haciendo una o dos aberturas que proporcionasen luz y renovasen el aire.

Sus dimensiones eran de treinta pies de largo por veinte de ancho; algo pequeña para dormitorio, comedor, cocina y almacén; pero como no se trataba más que de una estancia de cinco o seis meses, sufrirían con paciencia aquella molestia.

Briant hizo después un inventario de los objetos encerrados en ella. Pocos eran, en verdad; aquel desgraciado había debido llegar allí en un completo estado de desnudez. El camastro, una mesa, un taburete y un cofre, fue el único mobiliario que encontraron. Menos favorecido aquel infeliz que los náufragos del *Sloughi,* no había tenido, como ellos, un material completo a su disposición, pues los chicos no hallaron en la cueva más que algunas herramientas, una azada, un hacha, dos o tres utensilios de cocina, un tonel que debía haber contenido aguardiente, un martillo, dos cortafríos y una sierra. Estos objetos debían haber sido transportados en la embarcación cuyos restos se hallaban a orillas del río.

Las investigaciones continuaron, dando por resultado el hallazgo de una navaja de varias hojas, rotas en su mayor parte, un pasador, un compás y una olla de hierro. Ningún instrumento de marina aparecía ni brújula, ni anteojo, ni siquiera un arma

para cazar o para defenderse de los indígenas o de las fieras.

Sin embargo, como era preciso comer, aquel hombre se habría visto ciertamente obligado a usar trampas para coger aves u otros animales. Un instante después ya sabían a qué atenerse respecto a este particular, porque Wilcox exclamó:

-¿Qué es esto?

-Un juego de bolos, respondió Service.

-¡Un juego de bolos! repitió sorprendido Briant.

Pero conoció en seguida el uso a que habían sido destinadas las dos piedras redondas que Wilcox acababa de coger del suelo. Era uno de tantos artefactos de caza, llamadas *bolas*, que se componen de dos, atadas por una cuerda, y que usan mucho los indios de la América meridional. Cuando una mano hábil lanza aquellas bolas, se enrollan en las piernas del animal, paralizando sus movimientos y haciéndolo presa del cazador.

Encontraron también un lazo, formado con una larga correa: este instrumento es maneja lo mismo que las *bolas*, pero a una distancia más corta.

Tal fue el inventario de los objetos encontrados en la gruta.

Briant y sus compañeros eran mucho más ricos; más también es cierto que éstos eran unos niños, y el otro era un hombre.

Pero ese hombre, ¿era un simple marino o un oficial, cuya inteligencia se había desarrollado con el estudio? Difícil hubiera sido adivinarlo sin un nuevo descubrimiento, que permitió caminar con más seguridad en la vía de la certidumbre.

A la cabecera del camastro, y debajo de un pedazo de la manta que Briant había movido, Wilcox encontró un reloj colgado de un clavo.

Este reloj, menos ordinario que los que usan los marineros, tenía dos tapas de plata, con una cadena del mismo metal, de la que pendía la llave.

-¡La hora!... ¡Veamos la hora! exclamó Service.

-La hora no nos dirá nada, respondió Briant. Probablemente este reloj se habrá parado muchos días antes de la muerte de su dueño.

Briant abrió la tapa con mucho trabajo; las agujas señalaban las tres y veintisiete minutos.

-Pero, dijo Doniphan, este reloj tendría grabado algún nombre... Esto puede indicar...

-Tienes razón, replicó Briant.

Y después de mirar en el interior, leyó estas palabras: *Delpeuch, Saint-Maló,* el nombre del fabricante y sus señas.

-¡Era un francés, un compatriota mío! exclamó Briant conmovido.

No había que dudar ya; un francés había vivido en aquella cueva hasta que la muerte puso término a tanta miseria.

Otra prueba vino pronto a confirmar la primera. Doniphan movió el camastro, y encontró en el suelo un cuaderno, cuyas hojas, amarillentas, estaban escritas con lápiz; por desgracia, la mayor parte se hallaban borradas; mas sin embargo, pudieron descifrar algunas palabras, y entre otras éstas: *Francisco Baudoin.*

Un nombre y apellido que correspondían perfectamente a las iniciales grabadas en el árbol por el náufrago. Ese cuaderno debía de ser el diario de su vida desde que arribó a aquella costa. En los fragmentos que Briant pudo descifrar, se encontraba también otro nombre: *Duguay-Trouin,* que sin duda era el nombre del buque que se había perdido en aquellos lejanos parajes del Pacífico.

Al principio del cuaderno había una fecha, la misma que estaba inscrita en el árbol debajo de las iniciales, y que debía ser la del naufragio.

Hacia, pues, cincuenta y tres años que Francisco Baudoin había llegado a aquel litoral.

Más que nunca, nuestros pequeños amigos se dieron cuenta de la gravedad de su situación. Si un hombre, un marino, habituado a rudos trabajos, no había podido salir de allí, ¿era posible que lo verificasen ellos?

Otro nuevo hallazgo iba a probarles además que toda tentativa era inútil.

Hojeando el cuaderno, Doniphan encontró un papel doblado entre las hojas. Era un mapa, trazado con una tinta particular, que debía componerse de agua y hollín.

-¡Un mapa!... exclamó.

-Dibujado, de seguro, por Francisco Baudoin, añadió Briant.

-Si es así, ese hombre no podía ser un simple marinero, dijo Wilcox, sino uno de los oficiales del *Duguay-Trouin,* puesto que tenía capacidad bastante para levantar un mapa.

-¡Será tal vez de!... exclamó Doniphan.

Sí; era un mapa del territorio en que se hallaban. A primera vista se conocía perfectamente *Sloughi-bay,* los arrecifes, la playa en donde habían establecido su campamento, el lago del que Briant y sus compañeros habían seguido la orilla occidental, los tres islotes de alta mar, el acantilado, formando curva hasta las márgenes del río, y los bosques que cubrían toda la parte central.

En la opuesta orilla del lago había otros bosques, que se extendían hasta los bordes de otro litoral, bañado por el mar en todo su perímetro.

Era, pues, imposible buscar la salvación hacia el Este. Briant tenía razón; el mar rodeaba aquel supuesto continente... ¡Era una isla, y he aquí el motivo por qué Francisco Baudoin no había podido salir de allí!

Fácilmente se conocía en aquel mapa que los contornos de la isla estaban dibujados con bastante exactitud, demostrando además que el náufrago había recorrido aquel terreno en todos sentidos, puesto que se dejaban ver los principales accidentes geográficos, siendo él sin duda el que había construido el *ajoupa* o choza donde durmieron los niños la primera noche de su exploración, y aquella

calzada del riachuelo que tan profunda sorpresa les causara.

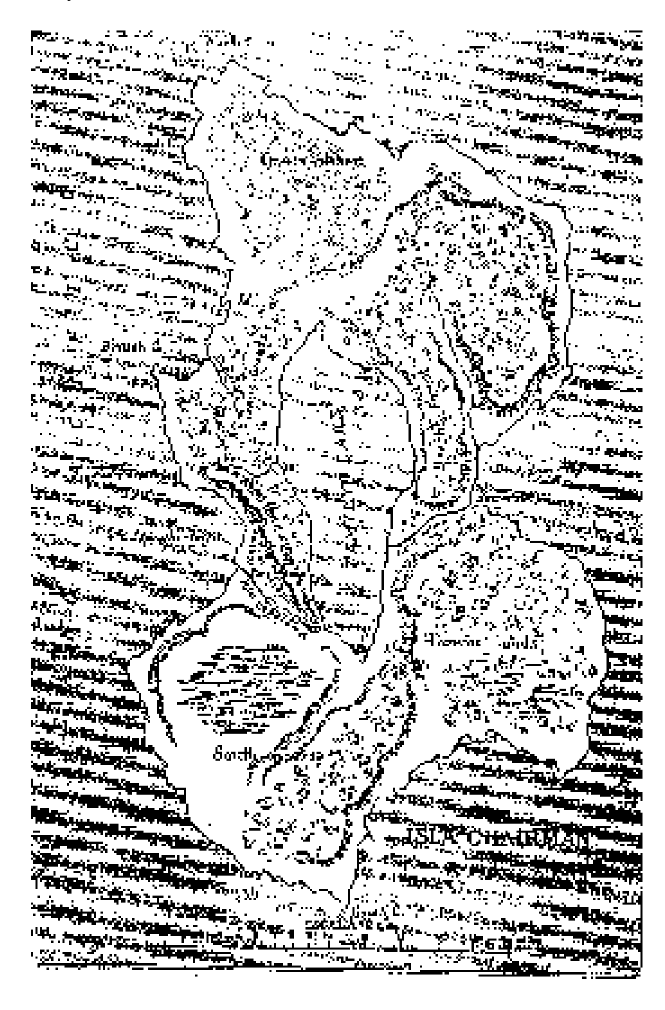
Según el mapa de Francisco Baudoin, aquel territorio afectaba una forma oblonga, y parecía una enorme mariposa con las alas desplegadas, siendo estrecho en su parte central, entre *Sloughi-bay* y otra bahía que estaba al Este. Había además una tercera, mayor que las otras en la parte meridional. En medio de un cuadro de grandes bosques se desarrollaba el lago, de dieciocho millas de largo por cinco de ancho; dimensiones bastante grandes para que Doniphan y sus compañeros no hubieran podido percibir nada en sus orillas del Norte, del Este y del Sur. Varios ríos salían de aquel lago, y el más notable era el que, corriendo delante de la cueva, desembocaba en *Sloughi-bay,* cerca del campamento.

La única altura algo importante de esta isla parecía ser el acantilado, formando curva desde el promontorio, al Norte de la bahía, hasta la margen derecha del río. El mapa señalaba la costa septentrional como arenosa y árida, mientras que del otro lado del río se extendía un inmenso pantano, que concluía en un agudo cabo hacia el Sur.

Al Noroeste y al Sudeste aparecían largas hileras de dunas, que daban a aquella parte del litoral un aspecto muy diferente de *Sloughi-bay*. En fin; si la escala que se encontraba al pie del mapa era exacta, la isla medía unas ciento cincuenta millas de Norte a Sur, por veinticinco en su parte más ancha de Este a Oeste; y, teniendo en cuenta las irregularidades de su configuración, presentaba un desarrollo de ciento cincuenta millas de circunferencia.

En cuanto a saber a qué punto de la Polinesia pertenecía, o si se hallaba o no en medio del Pacífico, era imposible saberlo.

Era, pues, una instalación definitiva, y no provisional, la que se imponía a los náufragos del *Sloughi*, y puesto que la gruta les ofrecía un excelente refugio, convenía transportar allí todo el material antes de que las primeras borrascas del invierno concluyesen de destruir el *schooner*.



Convenía, por consiguiente, volver al campamento sin más tardar.

Gordon debía estar lleno de inquietud, porque habían pasado ya tres días desde la partida de Briant y sus compañeros, y temía que les hubiera sucedido algo.

Acordaron, pues, emprender la vuelta aquel mismo día a las once.

Era inútil subir otra vez al acantilado, puesto que el mapa indicaba que el camino más corto era seguir la orilla derecha del río que corría de Este a Oeste. Había que andar unas siete millas, que bien podían recorrerse en lo que restaba hasta el anochecer.

Pero antes de alejarse, nuestros jóvenes quisieron realizar una de las obras de misericordia. Abrieron una fosa al pie del mismo árbol en que Francisco Baudoin grabó las iniciales de su nombre, y colocaron en ella los restos secos del desgraciado náufrago, plantando encima una cruz de madera.

Después que cumplieron esta piadosa ceremonia, volvieron a la cueva, cuyo orificio taparon para que ningún animal penetrara en ella, y después de haber apurado lo que les quedaba de comestibles, emprendieron su ruta por la margen derecha del río.

Briant no cesaba de examinar su curso para ver si sería fácil, con una embarcación cualquiera o una balsa, utilizar aquella vía fluvial para el transporte de todo el material del *Sloughi,* aprovechando la marea alta, cuya acción se hacía sentir hasta el lago.

Lo temible sería se cambiara en torrente, o que la falta de anchura o de profundidad le hiciese impractible; pero, gracias a Dios, no sucedió así, toda vez que en el espacio de tres millas que habían andado ya, el río se presentaba en excelentes condiciones de navegación. Sin embargo, a las cuatro de la tarde tuvieron que dejar de seguir la orilla, porque estaba cortada por una hondonada pantanosa, en la que no se podía andar sin peligro, y esto les obligó a tomar otra vez el camino del bosque.

Con la brújula en la mano, Briant se dirigió entonces hacia el Noroeste para ir a *Sloughi-bay* por el trayecto más corto; pero se retrasaron bastante, porque las hierbas eran tan altas, que dificultaban mucho la marcha, y además la oscuridad llegó muy pronto, por causa de la espesura de los abedules, de los pinos y de las hayas. En tan malas condiciones anduvieron dos millas, y a las siete no sabían en donde se encontraban, temiendo haberse extraviado.

¿Tendrían qué pasar la noche debajo de los árboles? Eso era lo de menos, si no se hubieran acabado las provisiones.

-Marchemos siempre, dijo Briant; andando en la dirección indicada, no tenemos más remedio que llegar a S*loughi-bay*.

-Como no sea que ese mapa nos haya dado falsas indicaciones, respondió Doniphan, y resulta que ese río no sea el que desemboca en la bahía.

-¿Y por qué no ha de ser éste, Doniphan?

-¿Qué motivos tienes para creer lo contrario, Briant?

Como se ve, Doniphan, que no estaba satisfecho con el triunfo de su compañero, se obstinaba en no creer exacto el mapa del náufrago. Y, sin embargo, no se podía negar que en la parte recorrida por nuestros jóvenes, la carta geográfica presentaba el país tal cual era.

Briant no quiso discutir, y prosiguieron resueltamente su camino.

A las ocho, no sabiendo por dónde andaban (tan grande era la oscuridad), observaron de repente que por un claro del bosque aparecía una luz bastante viva, propagándose por el espacio.

-¿Qué es esto?... dijo Service.

Es una estrella errante, según creo, dijo Wilcox.

-¡No, es un cohete!... replicó Briant; un cohete lanzado desde el *Sloughi*.

-¡Y por consiguiente una señal de Gordon! exclamó Doniphan, que contestó con un tiro.

Un segundo cohete se vio en el espacio; Briant y sus compañeros, sin duda alguna ya respecto al punto en donde se encontraban, marcharon en aquella dirección, y tres cuartos de hora después llegaban al campamento del *Sloughi*.

Era, en efecto, el americano, que por temor de que se hubiesen extraviado, había tenido la buena idea de lanzar al espacio algunos cohetes a fin de señalarles la posición del *schooner*.

Excelente idea, sin la que nuestros cuatro muchachos no hubieran descansado de sus fatigas en sus camitas del yate.

X

Relato de la exploración. -Se deciden a dejar el «Sloughi.» -Descarga y rompimiento del yate. -Una borrasca que acaba con él. -Acampados debajo de la tienda. -Construcción de una balsa.

-Carga y embarque. -Dos noches en el río. -Llegada a «French-den.»

Ya pueden figurarse nuestros lectores la acogida que se hizo a los cuatro exploradores: Gordon, Cross, Baxter, Garnett y Webb les dieron un abrazo, y los pequeños se les colgaron del cuello.

Habían tenido tanto miedo de no volverlos a ver, temían que se hubiesen extraviado, que hubieran caído en mano de los indígenas, o que hubieran sido pasto de algunos animales carnívoros: hubo, en fin, exclamaciones de júbilo y buenos apretones. *Phann* tomó parte, como era natural, en aquella alegría, y mezclaba sus ladridos a los *hurras* de los niños.

Ya estaban de vuelta, y no quedaba más que saber el resultado de la expedición; pero como se encontraban cansados, lo dejaron para el siguiente día.

-¡Estamos en una isla!

Esto fue todo lo que Briant dijo, y era lo bastante para que el porvenir apareciese bajo los más sombríos colores. A pesar de eso, Gordon acogió la noticia sin mucho desaliento.

-¡Bueno! lo esperaba, parecía decir, y no me sorprende.

Al día siguiente, al amanecer, los mayores, Gordon, Briant, Doniphan, Baxter, Cross, Wilcox, Service, Webb, Garnett, también Mokó, que era de buen consejo, se reunieron en la proa del yate, mientras los demás dormían. Briant y Doniphan tomaron la palabra, cada uno a su vez, poniendo a sus compañeros al corriente de cuanto les había sucedido. Dijeron que una calzada colocada en un río y los restos de un *ajoupa* o choza oculta en un espeso matorral, les habían hecho creer que el país estaba habitado. Manifestaron que aquella vasta extensión de agua que había creído el mar, no era otra cosa que un lago; explicaron cómo nuevos indicios les habían conducido hasta la cueva, cerca del sitio de donde el río salía de aquella inmensa laguna; y, por fin, refirieron el descubrimiento del esqueleto de Francisco Baudoin y el hallazgo del cuaderno y del mapa levantado por el náufrago, que indicaba que era una isla aquella tierra en la que se había perdido el *Sloughi*.

Briant y Doniphan no omitieron ningún detalle, y después de su relato, todos juntos, mirando aquel mapa, comprendieron que no podían hacer nada, y

que la salvación tenía que venir de fuera. El que menos se asustó fue el americano. Gordon no tenía familia que le esperase en Nueva Zelandia, así es que con su espíritu práctico, metódico y organizador, la idea de fundar y regir una pequeña colonia no le asustaba. Veía en ello una ocasión de ejercitar sus gustos naturales, y procuró dar alientos a sus compañeros, prometiéndoles, si querían secundarle, una existencia bastante soportable.

El americano, después de examinar detenidamente el mapa de Francisco Baudoin, y viendo las grandes dimensiones de la isla, creyó imposible que no estuviese señalada en el mapa del Pacífico del atlas de Stieler. Pero después de un detenido examen se convenció de que, fuera de los archipiélagos, cuyo conjunto comprende la Tierra de Fuego; el de la Desolación, de la Reina Adelaida, de Clarence, etc., ningún otro constaba en aquellos mares. Era, pues, una isla desconocida, no pudiendo tampoco saber su situación en el Pacífico, por carecer instrumentos necesarios al objeto.

De todo lo ocurrido, observado y calculado, se decía que era preciso proceder a una instalación definitiva antes de que llegase el invierno.

-Lo mejor será que vivamos en la cueva que hemos descubierto, dijo Briant, puesto que nos ofrece un abrigo seguro.

-¿Es bastante grande para que quepamos todos? preguntó Baxter.



[illegible]

-No, respondió Doniphan: tal cual es, estaremos bastante estrechos; pero me parece fácil agrandarla. Tenemos herramientas y...

-Tal vez no estemos con mucha comodidad, observó otro joven; de cualquier modo es necesario ir allá y luego veremos.

-Y sobre todo, añadió Briant, traslademonos lo más pronto posible.

Gordon, apoyando el parecer de este último, dijo que era, en efecto, muy urgente, porque el *schooner* cada vez se hacía menos habitable, en atención a que las últimas lluvias, seguidas de calores bastante fuertes, habían contribuido a que se abriera por muchos lados, y el aire y el agua penetraban por varios sitios a la vez; y si por causa del equinoccio, que duraba aun, se desencadenase una borrasca en aquella costa, el *Sloughi* es haría pedazos en pocas horas. Era urgentísimo, por lo tanto, abandonarlo en seguida y destrozarlo después para utilizar lo que pudiera sacarse de él, vigas, tablas, hierro, cobre, y llevarlo todo a French-den (gruta francesa), nombre que dieron a la cueva, en recuerdo al pobre náufrago.

-Y mientras tanto, ¿dónde habitaremos? preguntó Doniphan.

-Levantaremos una tienda de campaña a orillas del río, entre los árboles, respondió Gordon.

-Ese es el mejor partido que podemos tomar, dijo Briant, y conviene hacerlo sin perder una hora.

Urgía, en efecto, empezar, porque se necesitaba lo menos un mes de trabajo asiduo para descargar el material y las provisiones, desbaratar el yate y construir una balsa para acarrearlo todo antes de Mayo, que, como es sabido, corresponde a Noviembre en el hemisferio boreal.

Con mucha sensatez había escogido Gordon la orilla del río para establecer el nuevo campamento, puesto que el transporte debía verificarse por agua, dado que no era posible otra vía más directa ni más cómoda, porque aprovechando durante varios días la marea alta que alcanzaba hasta el lago, una balsa llegaría a su destino sin demasiado trabajo.

-Ya sabemos que la parte superior de aquel río era navegable, y Briant y Mokó, en una nueva excursión que hicieron en la canoa, reconociéndolo hasta la hondonada, pudieron cerciorarse de que ningún obstáculo se oponía a su proyecto.

Los días siguientes se emplearon en disponer el nuevo campamento. Ataron con buenas cuerdas las ramas más bajas de diferentes hayas, que sirvieron

de sostén a la gran vela de repuesto del yate, y fijándola en el suelo por fuertes amarras, llevaron allí las camas, los utensilios de primera necesidad, las armas, municiones y los fardos que contenían las provisiones de boca. Como la balsa debía construirse con los restos del *schooner*, era necesario proceder cuanto antes a su demolición.

El tiempo no podía ser mejor, y si bien soplaba a veces un viento bastante fuerte, como venía de tierra, no interrumpía para nada el trabajo de nuestros náufragos.

El 15 de Abril ya no quedaban en el buque más que los objetos de gran peso, las goas de plomo sirviendo de lastre, la hornilla y otros que no podían moverse sin un aparato adecuado. En cuanto a las cosas propias del buque, vergas, obenques, cadenas, áncoras, amarras y demás, todo estaba ya cerca de la tienda.

No tenemos por qué decir que no es descuidaban en proveer a las necesidades de cada día. Doniphan, Webb y Wilcox consagraban algunas horas a la caza, y los pequeños recogían mariscos en cuanto la marea dejaba en descubierto los arrecifes. Daba gusto ver a Jenkins, Iverson, Dole y Costar moverse como una nidada de polluelos entre las

rocas; algunas veces se mojaban las piernas, lo que les valía un regaño de Gordon, mientras Briant los disculpaba. Santiago acompañaba también en sus ocupaciones a los pequeños, pero sin participar jamás de su alegría.

El trabajo marchaba, pues, a las mil maravillas, con un método en el que se conocía la intervención del americano, cuyo sentido práctico no le abandonaba nunca. Doniphan se doblegaba a sus órdenes, lo que no hubiera hecho con Briant ni con nadie. En suma, reinaba un perfecto acuerdo entre todos.

La segunda quincena de Abril no fue tan buena. La temperatura tuvo una baja sensible, y varias veces, por la madrugada, el termómetro señaló cero. Por precaución, creyeron conveniente ponerse trajes de más abrigo, especialmente los pequeños, cuyo cuidado constituía la incesante preocupación de Briant. Tenía con ellos suma vigilancia, ya para que no se enfriasen los pies, ya para que no se expusieran a un aire frío cuando estaban sudando. Al menor constipado les obligaba a acostarse al lado de un buen brasero, que no se apagaba ni de noche ni de día. Varias veces, Dole y Costar, por hallarse resfriados, no pudieron salir de la tienda; pero

Mokó, por indicaciones de Briant, no ahorraba las tisanas, cuyos ingredientes habían encontrado en el botiquín del *schooner*.

Comenzó el desarme del yate: las planchas de cobre que cubrían los costados del buque se quitaron con muchísimo esmero, para que, conservadas en buen estado, pudiesen servir en *French-den,* o sea en la cueva francesa; y una vez arrancado el blindaje, las tenazas, las pinzas y los martillos ayudaron a demoler el casco. Este trabajo lo hacían los pobres chicos con mucha lentitud; pero el 25 de Abril una borrasca vino a ayudarles con apreciable oportunidad.

Durante la noche, no obstante el mucho frío que hacía, se levantó una violenta tormenta; los relámpagos alumbraban el espacio, y el ruido del trueno no cesó en toda la noche, con gran espanto de los pequeños. Felizmente no llovió; pero fue necesario atar varias veces la lona, que el viento amenazaba arrancar, y si resistió, fue merced a la corpulencia de los árboles que la sostenían. No sucedió así con el yate, que, expuesto a los golpes del mar, se deshizo por completo. He aquí por qué dijimos que la borrasca había auxiliado en su trabajo a nuestros náufragos con oportunidad apreciable.

Vueltos al siguiente día a su ocupación, no tuvieron otra cosa que hacer sino recoger los restos del buque y transportarlos a la orilla derecha del río, a algunos pasos de la tienda. Gran trabajo, en verdad; más con tiempo, aun cuando no sin gran fatiga, se llevó a buen fin. Era cosa curiosa verlos enganchados a algún pesado madero tirando todos a la vez y excitándose por mil gritos; las cuerdas les servían de palanca, y con maderos redondos hacían correr las cosas de más peso, ¡Lástima que esos pobres muchachos no tuviesen consigo al padre de Briant y al de Garnett, porque el ingeniero y el capitán les hubieran corregido muchas faltas que cometieron y debían cometer aun! Sin embargo, Baxter de una inteligencia privilegiada en cuanto a mecánica, desplegó mucha destreza y mucho celo.

Por fin, el 28 por la noche todo lo que quedaba del *Sloughi* había sido llevado al sitio de embarque. Lo más difícil estaba hecho, puesto que el río era el encargado de llevarlo todo a *French-den*.

-Desde mañana empezaremos a construir la balsa, dijo Gordon.

-Sí, añadió Baxter; y para no tener que lanzarla luego al agua, propongo que la construyamos en la superficie del río.

-No será nada cómodo, dijo Doniphan.

-No importa, probamos, respondió el americano. Si tenemos más trabajo para armarla, no tendremos que cavilar para ponerla a flote.

Este modo de proceder era, en efecto, preferible, y aceptado por todos desde la siguiente mañana, se dispusieron los primeros maderos de aquella balsa, que había de ser de dimensiones bastante grande para recibir una carga muy pesada.

Las vigas arrancadas del *schooner,* la quilla partida en dos, el palo de mesana, el trozo del mayor roto a tres o cuatro pies del puente, el bauprés y la verga de mesana, habían sido transportados a un sitio de la orilla, que no cubría la marca sino en la pleamar. Esperaron, pues, aquel momento, y cuando el flujo levantó los maderos, los empujaron hacia el río, en donde los reunieron con otros más pequeños, colocados en sentido inverso, atándolos fuertemente. De este modo obtuvieron una base sólida de unos treinta pies de largo por quince de ancho. Trabajaron sin descanso durante todo el día, y cuando la noche llegó, Briant tuvo la precaución de atar los maderos a los árboles para que la pleamar no se lo llevara todo río arriba, ni la marea baja hacia el mar.

Cansadísimos después de tan laborioso día, cenaron con gran apetito y durmieron sin despertarse hasta la mañana siguiente.



Tratábase ahora de colocar la plataforma de la balsa; utilizaron para ello las tablas del puente y del casco del *Sloughi*. Esta tarea necesitó tres días, a pesar de la prisa con que trabajaban, porque no

había tiempo que perder, en atención a que algunas cristalizaciones es iban formando ya en la superficie de los charcos y también en las orillas del río. El abrigo de la tienda era también insuficiente, a pesar del brasero, y apenas si se resguardaban del frío apretándose unos contra otros, envueltos en las mantas. Era imprescindible apresurarse para empezar la instalación definitiva en *French-den,* porque allí, así a lo menos lo esperaban, sería posible resistir los rigores del invierno, tan rudos en aquellas latitudes; así es que colocaron la plataforma del mejor modo posible para que no se deshiciera en el camino y se hundiese todo el material en el lecho del río, que eso hubiera sido para ellos de penosa y tristísima trascendencia.

-No importa que tardemos veinticuatro horas más, dijo Wilcox.

-Sí importa, repuso Briant, pues tenemos interés en concluir antes del día 6 de Mayo.

-¿Por qué? preguntó Gordon.

-Pasado mañana entramos en el plenilunio, repuso Briant, y las mareas crecerán durante algunos días. Cuanto más fuertes sean, más nos ayudarán a remontar el curso del río. Piénsalo bien, Gordon; si tuviésemos que sirgar, es decir, tirar de la balsa con

cuerdas o empujarla con bicheros, jamás llegaríamos a vencer la corriente.

-Tienes razón, respondió el americano; es preciso partir, lo más tarde, dentro de tres días.

Y convinieron en no descansar hasta que todo estuviese concluido.

El 3 de Mayo se ocuparon del cargamento, y lo hicieron con el cálculo y cuidado necesarios para que al marchar la balsa no perdiera el equilibrio.

Todos trabajaron, cada uno según sus fuerzas. Jenkins, Iverson, Dole y Costar fueron los encargados de acarrear las cosas más menudas, como utensilios, herramientas e instrumentos, y ponerlos sobre la plataforma, en donde Briant y Baxter las disponían metódicamente, siguiendo las indicaciones de Gordon. En cuanto a los objetos de más peso, Baxter estableció una especie de cabrestante con poleas encontradas a bordo, lo que permitió levantar los fardos con más facilidad y dejarlos caer sin choque alguno en la balsa.

Procedieron con tanta prudencia y celo, que en la tarde del 5 de Mayo cada objeto estaba en su sitio, no restándoles más que hacer que soltar las amarras. Esto se llevaría a efecto al día siguiente, a las ocho

de la mañana, hora en que la marca empezaría a influir en la embocadura del río.

Todos se hallaban satisfechos de su obra; los pequeños operarios pensaban que, concluido su trabajo, iban a poder descansar hasta la noche, descanso bien merecido por cierto; pero no sucedió tal, pues una proposición muy razonable del americano les dio aun que hacer.

-Compañeros, dijo; pues que vamos a alejarnos de la bahía, no podremos vigilar el mar, y si algún buque viniera por este lado, sería imposible hacer señales pidiendo amparo; así es que opino que colocando un mástil en el acantilado con una bandera, bastará, así lo espero, para llamar la atención de cualquier barco que pase cerca de la isla.

-La proposición se aceptó por unanimidad, y uno de los palos fue arrastrado hasta el pie de las rocas, cuyo talud, cerca de la orilla del río, ofrecía una pendiente bastante fácil de subir. Cuando llegaron a la cima, plantaron el mástil a una profundidad bastante grande para que resistiese a los embates de los vientos, y por medio de una cuerda, Baxter izó el pabellón inglés, que Doniphan saludó con una descarga de su escopeta.

-¡Hombre, hombre! dijo Gordon dirigiéndose a Briant; mira a Doniphan, que acaba de tomar posesión de la isla en nombre de Inglaterra.

-Me extrañaría mucho que no le perteneciera ya, respondió Briant.

Gordon hizo una mueca, en son de protesta, pues él, según el modo que tenía de hablar cuando se ocupaba de aquella isla, daba a entender que la creía americana.

El 6 de Mayo, a la salida del sol, todos estaban en pie, y comenzaron a deshacer la tienda y a transportar las camas a la balsa, cubriéndolo todo con las velas para que ningún objeto sufriera desperfecto alguno.

A las siete los preparativos estaban terminados. La plataforma se había dispuesto de tal modo, que podían instalarse en ella dos o tres días, si necesario fuese; y en cuanto a las provisiones, Mokó había apartado lo preciso para el viaje, sin necesidad de encender fuego.

A las ocho y media se colocaron todos en la balsa, poniéndose los mayores en los bordes, armados con bicheros o palos, único medio de dirigirla.

Un poco antes de las nueve la marea empezó a subir, y entonces un crujido sordo se dejó oír en el maderamen; pero después de este esfuerzo, ninguna dislocación era de temer.

-¡Atención! gritó Briant.

-¡Atención! replicó Baxter.

Ambos estaban junto a las amarras que detenían la embarcación por delante y por detrás.

-¡Estamos prontos! exclamó Doniphan, colocado con Wilcox en la parte anterior de la plataforma.

Y después de asegurarse de que la balsa andaba a impulsos de la marea, Briant gritó:

-¡Largad!

La orden fue ejecutada sin dilación, y libre ya de toda amarra, la débil embarcación remontó lentamente la corriente, llevando a remolque la canoa.

La alegría fue general cuando vieron que aquella pesada máquina se ponía en movimiento, y de seguro que si hubieran construido un navío de tres puentes, no hubiesen estado tan satisfechos.

¡Perdonémosle este pequeño sentimiento de vanidad!

La orilla derecha, llena de árboles, era algo más elevada que la izquierda, estrecho ribazo que seguía a lo largo de los pantanos. Briant, Baxter, Doniphan, Wilcox y Mokó ponían todo su cuidado en evitar que la embarcación atracase en aquella orilla, manteniéndola lo más cerca posible de la derecha, en donde el flujo se hacía sentir con más fuerza.

El curso del río, desde su salida del lago hasta su embocadura, era de unas seis millas, y como no podían recorrer más que dos durante la pleamar, necesitarían lo menos tres días para llegar a *French-den*.

A las once, iniciándose ya el descenso de las aguas, se apresuraron a amarrar fuertemente la balsa para que no retrocediera, pues si es verdad que podían también aprovechar la marea de la noche, no era razonable aventurarse en la oscuridad.

-Creo que cometeríamos una imprudencia, dijo Gordon, porque los choques podrían ocasionarnos desperfectos, y soy de parecer que no viajemos más que de día.

Esta proposición era demasiado sensata para no obtener la aprobación general, pues valía más tardar que comprometer el precioso cargamento entregado a la corriente del río.

Como tenían que estar medio día y una noche entera en el mismo sitio, Doniphan y sus compañeros de caza, aprovechando la ocasión y seguidos de *Phann,* desembarcaron en la margen derecha.

Gordon les recomendó que no se alejaran mucho, lo que tuvieron en cuenta, trayendo, sin embargo, dos hermosas avutardas y varias perdices, que conservó Mokó para la primera comida que hicieran en la cueva francesa.

Durante aquella pequeña excursión, Doniphan no descubrió ningún indicio que revelase la presencia antigua o reciente de seres humanos, siendo lo único que llamó su atención algunos volátiles de gran tamaño que huían precipitadamente por entre los matorrales.

El día acabó sin novedad, y Baxter, Webb y Cross, prontos a cualquier evento, velaron toda la noche, hasta que, llegadas las nueve y tres cuartos de la mañana, comenzaron a navegar en las mismas condiciones que la víspera.

La noche había sido fría, y el día lo fue también. Era, por lo tanto, urgente que llegasen cuanto antes a su nueva morada, pues ¿qué sería de ellos si el río se helara o si algún témpano saliera del lago

dirigiéndose a la Bahía de Sloughi? Y sin embargo, no era fácil andar más aprisa durante el flujo, e imposible remontar la corriente en la bajamar.

A la una de la tarde hicieron alto al lado de la hondonada que Briant y sus compañeros habían visto a su vuelta a la bahía Sloughi, y Mokó, Doniphan y Wilcox montaron en la canoa para reconocer aquel barranco, no deteniéndose sino por falta de agua. Este charco parecía ser una prolongación de los pantanos, y muy rico en aves acuáticas. Doniphan mató algunas chochas, que se guardaron con las avutardas y las perdices.

La noche fue tranquila, pero glacial, y a pesar de todas las precauciones que se tomaron, sufrieron mucho frío sobre aquellas tablas, especialmente los pequeños, hasta el punto de que Jenkins e Iverson, dejándose llevar de su mal humor, se quejaron por haber dejado el campamento de *Sloughi-bay*, siendo preciso que Briant les diera aliento con caricias y dulces palabras.

Por fin, al día siguiente por la tarde, y con la ayuda de la marea, que duró hasta las tres y media, la balsa llegó cerca del lago y atracó a la orilla, frente a *French-den,* o sea la cueva de Francisco Baudoin.

XI

Primeras disposiciones en el interior de «French-den.» -Descarga de la balsa. -Visita a la tumba del náufrago. -Gordon y Doniphan. -La hornilla de la cocina. -Caza de polo y de pluma. -El ñandú. -Proyectos de Service. -Se acerca el Invierno.

El desembarque se verificó en medio de los gritos de júbilo de los pequeños, para los que todo cambio en la vida ordinaria equivalía a un nuevo juego. Dole brincaba en el ribazo como un cabrito; Iverson y Jenkins corrían hacia el lago, mientras que Costar, hablando aparte con Mokó, le decía:

-Nos has prometido una buena comida, grumete.

-Pues bien, pasaréis sin ella, señor Costar, respondió Mokó.

-¿Y por qué?

-Porque no tendré tiempo de guisar hoy.

-¡Cómo! ¿No se comerá?

-No, pero se cenará y las avutardas no serán menos buenas en la cena.

Y Mokó se reía, enseñando sus hermosos y blancos dientes.

El niño, después de darle una palmadita en el hombro en señal de buena amistad, fue a reunirse a sus compañeros, y Briant dio a todos ellos orden de que no se alejaran, con el fin de no perderlos de vista.



[illegible]

-¿No vas con ellos? preguntó a su hermano.

-No, prefiero estar aquí, respondió Santiago.

-Mejor sería que hicieras un poco de ejercicio, repuso Briant. ¡No estoy contento contigo, Santiago!... ¡Me ocultas algo!... ¿Estás malo?

-No, no tengo nada.

Siempre la misma respuesta; esto preocupaba a Briant, que resolvió aclarar sus dudas, a trueque de reñir con su hermano.

Pero no había que perder tiempo si querían pasar la noche en la gruta.

Tratábase, en primer lugar, de que los que no la conocían fuesen a verla; así es que, después de amarrar la balsa, Briant rogó a sus compañeros que le acompañasen, y el grumete se proveyó de un farol, cuya luz, aumentada por los cristales, despedía viva claridad.

Las malezas que tapaban el orificio de la cueva se encontraban en el mismo estado que las dejó Briant; prueba segura de que ningún ser humano ni animal habían penetrado en ella.

Después de apartar las ramas, todos se deslizaron por la estrecha abertura. Con la luz del farol, la gruta se alumbró mucho mejor que con las ramas de pino o las velas del náufrago.

-¡Qué estrechos vamos a estar aquí! dijo Baxter, que acababa de medir la profundidad de la gruta.

-¡Bah! exclamó Garnett: se ponen las camas unas encima de otras como en un camarote...

-¿Para qué? replicó Wilcox; bastará colocarlas bien en el suelo...

-Entonces ya no quedará sitio para andar, dijo Webb.

-No, pero...

-Pero, le interrumpió Service, lo principal era que tuviésemos un abrigo. Supongo que Webb no pensaba encontrar aquí una habitación completa con salón, comedor, alcoba, sala de fumar, cuarto de baño...

-No, dijo Cross; pero sería menester un sitio en que se pudiera guisar.

-Guisaré fuera, dijo Mokó.

-Eso sería muy incómodo con el mal tiempo, dijo Briant. Así es que mañana mismo debemos colocar aquí la hornilla del *Sloughi*.

-¡La hornilla en el mismo sitio en que tenemos que comer y dormir! replicó Doniphan con marcado disgusto.

-Pues bien, respirarás sales, lord Doniphan, exclamó Service soltando una carcajada.

-Si me conviene, señor pinche, replicó el altanero muchacho frunciendo el entrecejo.



-¡Vamos, vamos!... se apresuró a decir Gordon. Que la cosa sea o no agradable, será preciso tener paciencia por ahora; además, la hornilla, no sólo servirá para guisar, sino también para calentarnos.

En cuanto a agrandar esto, dado caso de que sea posible realizarlo, tenemos el tiempo que dura el invierno: contentémonos, pues, con lo que hay, e instalémonos lo mejor posible.

Antes de cenar, entraron todas las camas y las arreglaron unas al lado de otras encima de la arena.

Esta mudanza ocupó a los chicos hasta el anochecer, en cuya hora, transportando la mesa grande del comedor del yate, la colocaron en medio de la cueva, y Garnett, ayudado por los pequeños, que la traían los diversos utensilios de a bordo, se encargó de prepararla para la cena.

Mokó, que auxiliado por Service había dispuesto un hogar entre dos gruesas piedras al pie del contrafuerte del acantilado, encendió lumbre con ramas secas, que Wilcox y Webb fueron a buscar debajo de los árboles del ribazo, y a eso de las seis la olla esparcía un olor muy apetitoso, mientras que una docena de perdices colocadas en una barrita de hierro, se asaban delante de un buen fuego, encima de una gran fuente que recibía su jugo, y en la que Costar hubiese de buena gana mojado un trozo de galleta. Dole e Iverson daban concienzudamente vueltas al asador, y *Phann* los miraba con gran interés.

A las siete estaban todos reunidos en la única habitación de *French-den,* comedor y dormitorio a la vez. Los taburetes y sillas de tijera y de mimbres del *Sloughi,* habían sido traídos al mismo tiempo que los bancos del puesto de la tripulación. Nuestros muchachos, servidos por Mokó y por sí mismos, comieron opíparamente. Una buena sopa muy caliente, un trozo de *corn-beef*, el asado de perdices, galleta en vez de pan, agua fresca con una tercera parte de *brandy,* un pedacito de queso de Chester y algunos vasos de sherry en los postres, les indemnizaron de las malas comidas de los días anteriores.

A pesar de la gravedad de su situación, los pequeños se entregaban a la alegría propia de su edad, y Briant no quiso reprimir ni su algazara ni sus risas.

Terminada la cena, y no obstante la fatiga del día, Gordon, guiado por un sentimiento de religioso respeto, propuso a sus compañeros hacer una visita a la tumba de Francisco Baudoin, cuya morada ocupaban ellos; y aceptada la idea por todos, nuestros jóvenes dieron la vuelta al contrafuerte y se detuvieron, cerca de un montón de tierra, en el que se veía una cruz de madera; y entonces, los

pequeños arrodillados y los mayores inclinados ante aquella tumba, dirigieron una oración a Dios por el alma del desgraciado náufrago.

A las nueve se acostaron, y Wilcox y Doniphan, que estaban de guardia, encendieron una gran hoguera a la entrada de la cueva para ahuyentar a los animales y caldear el interior de la gruta.

Al día siguiente, 9 de Mayo, y durante los tres sucesivos, se necesitó de todos los brazos para la descarga de la balsa, pues como las nubes se amontonaban ya con el viento Oeste, anunciando lluvia o nieve, y el termómetro no se movía casi de cero, importaba mucho que cuantas cosas podían echarse a perder, municiones y provisiones sólidas y líquidas, se guardaran en *French-den*.

Por espacio de algunos días, y ante la urgencia del trabajo, los cazadores no se ocuparon mucho en dar culto a Diana; pero como las aves acuáticas abundaban sobremanera en la superficie del lago o en los pantanos, Mokó no se encontró nunca desprovisto. Chochas, patos y cercetas daban a Doniphan ocasión de demostrar su destreza, sin abandonar su perentoria obligación, no obstante observar que Gordon no veía sin pena lo que costaba la caza en plomo y pólvora, y de saber que

quería economizar las municiones, cuya exacta cantidad tenía apuntada en su cartera.

-Doniphan, es preciso escatimar tiros, le dijo un día; se trata de nuestro interés para lo porvenir.

-Convenido, respondió Doniphan; pero es necesario también economizar las conservas en aras de ese mismo interés, pues de no hacerlo así, nos arrepentiríamos de ello, si se presenta algún día la ocasión de dejar la isla...

-¡Dejar la isla! dijo Gordon. ¿Somos capaces acaso de construir un buque que pueda hacerse a la mar?

-¿Y por qué no? Hemos de intentarlo, para el caso de que se encuentre por aquí algún continente... No tengo yo ganas de morir en este desierto, como el compatriota de Briant.

-Bien está, respondió el americano; pero a pesar del deseo que tenemos todos de partir, no estará demás que nos habituemos a la idea de vernos obligados a permanecer aquí años y años.

-¡No desmientes tu carácter, Gordon! exclamó Doniphan. Estoy cierto de que te gustaría mucho fundar en estos parajes una colonia...

-Sin duda, si no se puede otra cosa.

-¡Ya lo creo! Mas juzgo que no serán muchos de tu parecer, ni siquiera tu amigo Briant.

-Ya tendremos tiempo de discutir esta cuestión, replicó Gordon. Y A propósito de Briant, permíteme que te diga que no te portas bien con él. Es un buen compañero, que nos ha dado muchas pruebas de cariño...

-¡Cómo no! replicó Doniphan con el tono desdeñoso peculiar en él. Briant tiene todas las buenas cualidades. Es una especie de héroe...

-No, Doniphan. Tiene defectos, lo mismo que nosotros; pero tus sentimientos respecto de él pueden traer una desunión que haría mucho más penosa nuestra existencia. Briant es estimado de todos...

-¡Oh, de todos! Mucho decir es eso.

-Lo es de la mayor parte, y no sé por qué Wilcox, Cross, Webb y tú no queréis hacer caso de nada de lo que dice. Es una observación amistosa la que te hago, Doniphan, y estoy cierto de que reflexionarás acerca de ella...

-Ya está hecho, Gordon.

El americano conoció bien claramente que aquel orgulloso muchacho estaba poco dispuesto a seguir

sus consejos, y esto lo afligía mucho, haciéndole prever grandes disgustos para el porvenir.

Ya hemos dicho que la descarga de la balsa necesitó tres días, y que una vez terminada esta operación, no les quedaba otro quehacer sino el de desbaratar aquella embarcación, cuyas maderas y tablas podían utilizarse en el interior de *French- den*.

Desgraciadamente, no cupo todo el material en la cueva; y si ésta no se podía agrandar, tendría que construirse un sotechado para poner los fardos al abrigo de la intemperie. Mientras tanto, siguiendo los consejos de Gordon, aquellos objetos fueron amontonados en el ángulo del contrafuerte y cubiertos con lonas embreadas.

El día 13, Baxter, Briant y Mokó procedieron a la armadura de la hornilla, que, arrastrada sobre maderos redondos hasta el interior de la gruta, fue instalada junto a la pared de la derecha, cerca de la entrada, para que el tiro se efectuase en mejores condiciones. La colocación del tubo presentó alguna dificultad; pero como las paredes eran de piedra caliza no muy sólida, Baxter llegó a perforarla, y pudo ajustar perfectamente el cañón de la chimenea para facilitar la salida del humo. Por la tarde, Mokó

encendió lumbre, viendo con gran satisfacción que la hornilla funcionaba a las mil maravillas.

Durante la semana siguiente, Doniphan, Webb, Cross, Service, Wilcox y Garnett pudieron satisfacer sus aficiones de cazadores. Un día que se internaron en el bosque de abedules y hayas, a media milla de *French-den,* hacia el lago, encontraron en algunos sitios indicios seguros del trabajo del hombre, pues hallaron zanjas cubiertas con ramaje y bastante profundas, para que los animales que cayesen en ellas no pudieran salir; pero el estado de aquellas zanjas las denunciaba como muy antiguas, y una de ellas encerraba los restos de un animal cuya especie era difícil clasificar.

-Son huesos de una bestia de gran tamaño, dijo Wilcox saltando al fondo y sacando aquellos restos blanqueados por el tiempo.

-Son los huesos de un cuadrúpedo, añadió Webb; aquí están las cuatro patas.

-Como no sea que los haya aquí de cinco, respondió Service; en esté caso sería un carnero o una ternera fenomenal.

-Siempre te estás burlando, Service, dijo Cross.

-Las bromas inocentes no están prohibidas, dijo Garnett.

-Lo cierto es, repuso Doniphan, que esta bestia debía ser grande. ¡Mirad qué cabeza y qué mandíbulas armadas con sus colmillos! Service puede bromear cuanto quiera; pero si este animal resucitara, me parece que nuestro jocoso compañero no tendría ganas de reir.

-¡Bien contestado! exclamó Cross, dispuesto siempre a apoyar a su primo.

-¿Supones, pues, preguntó Webb a Doniphan, que se trata de un carnívoro?

-No cabe duda.

-¿Un león? ¿Un tigre?... dijo Cross, no muy tranquilo.

-Si no es un tigre o un león, es, por lo menos, un jaguar o un conguar.

-¡Será preciso andar alerta! dijo Webb.

-¡Y no aventurarnos demasiado lejos! añadió Cross.

-¿Lo oyes, *Phann*? dijo Service, volviéndose hacia el perro. Hay fieras aquí.



[illegible]

Phann respondió con un alegre ladrido, que no demostraba ninguna inquietud.

Nuestros cazadores se dispusieron a volver a su morada.

-Se me ocurra una idea, dijo Wilcox; y es la de que, si volviésemos a cubrir esta zanja, tal vez algún otro animal se dejaría coger en la trampa.

-Como quieras, respondió Doniphan, aunque me gusta más tirar a los animales en libertad que cogerlos en un foso.

Wilcox, llevado por su afición de armar lazos, se apresuró a poner en práctica la idea. Sus compañeros le ayudaron cortando follaje y ramas, y colocando los palos más largos atravesados, disimulando después completamente con las hojas la abertura de la zanja. Para reconocer el sitio, Wilcox fue rompiendo algunas ramas hasta la orilla del bosque, y hecho esto, volvieron todos a la gruta.

La caza de pluma abundaba, abasteciendo la mesa de nuestros isleños. Además de las avutardas y de las perdices, se veía gran número de martinetes, cuyo plumaje, lleno de lunarcitos blancos, se parece al de las pintadas; y en cuanto a la caza de pelo, se componía de *tucutucos*, especie de roedores que podían reemplazar ventajosamente al conejo; de *maras*, liebres de un gris rojizo, con una media luna negra encima del rabo, cuya carne se parece mucho a la del aguti; de *pichis*, mamíferos de piel escamosa, que ofrece un alimento de sabor delicioso; de *pecaris*,

que se parecen a pequeños jabalíes, y de *guaculis*, iguales a los ciervos en cuanto a agilidad.

Doniphan mató algunos de estos animales; pero como era bastante difícil aproximarse a ellos, el consumo de plomo y de pólvora no estaba en relación con los productos, con gran disgusto del joven cazador.



[illegible]

Gordon le hizo ciertas observaciones, que ni sus compañeros ni él tuvieron en cuenta.

Durante estas excursiones, no dejaron tan laboriosos jóvenes de hacer un buen acopio de dos preciosas plantas reconocidas por Briant en su primera expedición al lago: apio silvestre y berros, cuyos tallos pequeños tienen excelentes condiciones antiescorbúticas, y desde entonces estos vegetales figuraron como medida higiénica en todas las comidas.

No habiéndose helado aun la superficie del lago ni la del río, pescaron también algunas truchas y sollos que, como es sabido, son muy agradables al paladar, y no dejaban de abundar en aquellas aguas. Un día en que Iverson volvió triunfalmente llevando un magnífico salmón, con el que había luchado mucho tiempo, a trueque de romper las cañas, exclamaron sus compañeros:

-Si en la época en que este pescado remonta el río pudiéramos coger algunos, ¡qué buena cosa sería para el invierno!

Como es de suponer, nuestros incansables cazadores hicieron varias visitas a la trampa sin ningún resultado; pero un día, el 17 de Mayo, en que Briant y algunos otros fueron al bosque con objeto

de ver si cerca de la gruta encontraban alguna cavidad natural que sirviera de almacén para los materiales, sucedió que, pasando cerca de la zanja, oyeron unos gritos guturales que salían de allí.

Briant se dirigió en seguida hacia aquel lado, mas lo alcanzó Doniphan, que no quería nunca dejarse adelantar por nadie; los demás seguían a algunos pasos de distancia con las escopetas preparadas, mientras que *Phann* andaba con las orejas caídas y el rabo tieso.

Cuando estuvieron a unos veinte pasos del foso, los gritos redoblaron, y vieron entre las ramas un agujero bastante grande, producido sin duda por la caída del animal que dentro de la zanja estaba.

No sabiendo a qué especie pertenecía, era preciso estar preparados a todo evento.

-¡Anda, *Phann*, anda! gritó Doniphan.

El perro se lanzó en seguida ladrando, pero sin demostrar la menor inquietud.

Briant y Doniphan corrieron hacia la zanja, y cuando pudieron ver lo que era, exclamaron:

-¡Venid!... ¡Venid!...

-¡No es un jaguar? preguntó Webb.

-¿Ni un conguar? añadió Cross.

-No, respondió Doniphan: es un animal de dos pies; es un avestruz.

En efecto, así era, pudiendo felicitarse de que tales volátiles habitasen aquellos bosques, porque su carne es excelente, sobre todo la pechuga.

Sin embargo, si no era dudoso que fuese un avestruz de mediana estatura, su cabeza, parecida a la del ganso, y sus plumas de un gris blancuzco, le acusaban como perteneciente a la especie de los ñandús, tan numerosos en medio de las Pampas del Sur de América; y aun cuando el ñandú no puede entrar en comparación con el avestruz africano, el hallado en la trampa honraba, no obstante, la fauna del país.

-¡Es preciso cogerle vivo! dijo Wilcox.

-¡Ya lo creo! exclamó Service.

-No será fácil, respondió Cross.

-Probemos, repuso Briant.

Si el vigoroso animal no había podido escaparse, fue porque sus alas no le permitían elevarse al nivel del suelo, y porque sus patas no podían agarrarse a las paredes verticales de la zanja. Wilcox bajó, con gran riesgo de recibir algún picotazo que hubiera podido herirle de alguna gravedad; pero tuvo la suerte de tirar su blusa a la cabeza del volátil con tan

buena estrella, que el avestruz fue reducido a la más completa inmovilidad, siendo entonces fácil atarlo por las patas, y entre todos consiguieron sacarlo del foso.

-¡Por fin le tenemos! exclamó Webb.

-¿Y qué haremos con él?... preguntó Cross.

-¡Es muy sencillo! replicó Service, que no dudaba de nada. Le llevamos a *French-den,* le amansaremos, y nos servirá de montura. Me encargo de él, y obraré en un todo siguiendo el ejemplo de mi amigo Jack, el del *Robinsón Suizo*.

Poco probable era utilizar el avestruz con arreglo a los deseos de Service, a pasar del precedente por él citado; pero como no había inconveniente en llevarlo a la gruta, así se verificó.

Cuando Gordon vio llegar al ñandú, se asustó, tal vez pensando que era una boca más que alimentar; pero acordándose de que las hierbas y las hojas bastarían para su manutención, le hizo buena acogida. En cuanto a los pequeños, fue una alegría para ellos admirar aquel animal y acercarse a él después que lo hubieron atado con una cuerda; y al saber que Service se proponía domesticarlo hasta el punto de poderlo montar, le hicieron prometer que los llevaría a la grupa.

-Sí, sí, lo haré, si sois buenos, amiguitos, respondió Service, a quien los niños miraban como a un héroe.

-¡Ya lo veremos! exclamó Costar.

-¡Cómo! ¿Tú también, Costar? replicó Service. ¿Te atreverías a montar sobre este animal?

-Detrás de ti y agarrándome bien... creo que sí.

-Acuérdate bien del miedo que tuviste cuando estabas encima de la tortuga.

-No es lo mismo, respondió el pequeño, porque este a lo menos no se meterá debajo del agua.

-No; pero puede irse por el aire, dijo Dole.

Estas últimas palabras dejaron a los niños pensativos.

Desde su llegada a la gruta, Gordon había organizado su vida y la de sus compañeros de una manera regular, y abrigaba el propósito de normalizar en lo posible, tan luego como la instalación fuese completa, las ocupaciones de cada uno, y sobre todo cuidar mucho de no dejar a los más pequeños abandonados a sí mismos. Sin duda que estos se prestarían a ayudar a los mayores en la medida de sus fuerzas; pero ¿por qué no se habían de continuar las lecciones empezadas en el colegio Chairmán?

Tenemos libros que nos permiten proseguir nuestros estudios, dijo Gordon, y lo que hemos aprendido y aprenderemos aun, justo es que se lo enseñemos a los niños.

-Sí; tienes razón, respondió Briant; y si algún día Dios permite que abandonemos esta isla y que volvamos al seno de nuestras familias, demostremos que no hemos perdido el tiempo.

Convinieron, pues, en que se redactaría un programa, y que después de sometido a la aprobación general, se seguiría escrupulosamente.

La idea era excelente: en los largos días de invierno, cuando ni grandes ni pequeños pudieran salir de la gruta, bueno sería que se ocupasen en algo y con provecho para su inteligencia; pero mientras tanto, lo que más incomodaba a los huéspedes de *French-den* era la estrechez de la única habitación que tenían, en la que estaban amontonados; era, por lo tanto, preciso consagrarse, sin dilación, a buscar los medios de agrandarla.

XII

Ensanche de «French-den.» -Ruido sospechoso. -Desaparición del perro.- Reaparición de éste. -Apropiación y mudanza del «hall.» -Mal tiempo. -Nombres dados a las diversas partes del territorio. -La isla Chairmán. -El jefe de la colonia.

Durante las últimas excursiones, nuestros jóvenes cazadores habían examinado muchas veces, y en todos sentidos, el acantilado, con la esperanza de encontrar alguna otra excavación que les sirviese de almacén en donde poder encerrar los géneros y el material que habían tenido que dejar fuera; mas como estas indagaciones no dieron ningún resultado favorable, les fue preciso volver a su primera idea, es decir, a la de añadir algunas habitaciones a la cueva de Francisco Baudoin.

Si las paredes de aquella gruta fueran de granito, aquellos niños no hubieran podido hacer de ningún modo semejante trabajo; pero en una piedra caliza que el pico o el azadón desmoronarían sin grandes dificultades, les era fácil realizar su intento. La duración de la obra importaba poco, antes bien les

daría ocupación para algún tiempo, y hecha con cierta parsimonia, podrían terminarla sin grandes fatigas y sin riesgos, disminuyéndose las probabilidades de producirse derrumbamientos ni filtraciones.

No había necesidad de hacer barrenos, toda vez que las herramientas bastarían, como habían bastado para perforar la pared y colocar el tubo de la hornilla. Además, Baxter, no sin gran trabajo en verdad, había ensanchado la abertura de la cueva lo bastante para cerrarla con una de las puertas del *Sloughi*, abriendo también a derecha e izquierda de la entrada dos ventanas que permitían que circulasen el aire y la luz con más facilidad en el interior de la gruta.

Hacía ya una semana que el mal tiempo se dejaba sentir, produciéndose violentas borrascas en la isla; mas gracias a su orientación, *French-den* no se resintió por ello.

Como los cazadores estaban casi ociosos por no tener más caza que algunas aves acuáticas en las cercanías del lago, no congelado aun, pero próximo a estarlo, aprovecharon los malos días para emprender el trabajo de que hemos hablado antes, y el

27 de Mayo atacaron con el pico la pared de la derecha.

-Excavando en dirección oblicua, dijo Briant, es posible que desemboquemos hacia la parte del lago y consigamos así otra entrada a la gruta, cosa que nos ofrecería la ventaja de guardar mejor los alrededores, y la no menor de poder salir por un lado si el temporal no nos lo permitiese por el otro.

Cuarenta y cinco pies, a lo sumo, separaban la cueva del sitio indicado, no teniendo más que hacer una galería en aquella dirección, con ayuda de la brújula, y Baxter propuso abrirla algo estrecha para no producir derrumbamientos, dejando su ensanche para cuando la profundidad pareciera suficiente. De este modo reunirían las dos habitaciones por un corredor que podría cerrarse en sus dos extremos, y en el que abrirían lateralmente una o dos cuevas.

Este plan era el mejor, teniendo, entre otras ventajas, la de facilitar con prudencia el sondeamiento del macizo, cuya perforación podía abandonarse con tiempo si se produjera alguna filtración.

Desde el 27 al 30 de Mayo, el trabajo se hizo en buenas condiciones, y como la piedra era muy blanda, fue preciso dar solidez a las paredes de la

galería por medio de tablas, lo que no dejó de ser bastante embarazoso y difícil. Aun cuando no todos los muchachos podían ocuparse en aquella obra, a causa de la estrechez del sitio, no por eso estaban ociosos. Gordon y algunos de sus compañeros se entretenían en concluir de desbaratar la balsa, con el fin de que la plataforma y los maderos pudiesen destinarse a otros usos, no sin cuidar al mismo tiempo de los objetos amontonados en el ángulo del contrafuerte, pues las lonas, a pesar de estar embreadas, no los preservaban por completo de la humedad.

La abertura de la galería se hacía con mucha lentitud. Cuando tenía cuatro o cinco pies de largo, un incidente inesperado llamó poderosamente la atención de los pequeños trabajadores, en la tarde del día 30 de Mayo.

Briant, acurrucado en el extremo de la misma, creyó oír un ruido sordo, que parecía provenir del interior de la piedra que perforaban, y suspendiendo su trabajo para escuchar con más atención, el ruido llegó distintamente a su oído.

Salir del agujero, ir en busca de Gordon y Baxter, y darles parte de lo que ocurría, fue obra de un instante.

-¡Ilusión! respondió Gordon. Has creído oír...

-Colócate donde yo estaba, dijo Briant; aplica el oído a la pared, y escucha.

Gordon se introdujo en la galería, saliendo algunos instantes después exclamando:

-No te has equivocado. He oído así como unos gruñidos lejanos.

Baxter escuchó a su vez, diciendo al salir:

-¿Qué será?

-No puedo comprenderlo, respondió el americano; es necesario avisar a Doniphan y a los demás.

-A los pequeños no, añadió Briant, pues tendrían mucho miedo.

Pero como en este momento acababan todos de entrar para comer, los chiquitines se enteraron de lo que ocurría, cosa que les causó gran sorpresa.

Doniphan, Wilcox, Webb y Garnett penetraron sucesivamente en la galería, mas no oyeron nada: el ruido había cesado, y creyendo que sus compañeros habían padecido un error, decidieron, no obstante las protestas de Briant y los otros, continuar el trabajo, como lo hicieron en el instante mismo en que concluyeron la comida.

Durante toda la tarde nada volvieron a oír; mas a eso de las nueve de la noche los gruñidos empezaron de nuevo, atrayendo la atención de *Phann,* que entrando en la galería, salió al poco tiempo con el pelo erizado, los labios contraídos hasta enseñar los dientes y ladrando con fuerza, cual si contestara a los gruñidos, que se dejaban oír perfectamente.

Los pequeñuelos que, ya sorprendidos, habían experimentado algún susto, viendo al perro de aquel modo, fueron presa de un verdadero espanto.

Los que saben que la imaginación de los niños ingleses esta influida por la acción de esas leyendas tan familiares a los países del Norte, en las que figuran trasgos, duendes, gnomos, silfos, ondinas y genios, no extrañarán les digamos que Dole, Costar, Jenkins e Iverson estaban sobrecogidos de espanto.

Briant procuró tranquilizarlos en cuanto le fue posible, obligándoles a acostarse; y si se durmieron, fue muy tarde, no sin saberse, cuando despertaron, que habían soñado con fantasmas, espectros y seres sobrenaturales que habitaban, según los acongojados niños, en las profundidades del acantilado.

Gordon y los demás continuaron hablando en voz baja de aquel extraño fenómeno; escuchando sin

cesar, se aseguraron de que no dejaba de reproducirse el fenómeno, y observaron que *Phann* persistía en sus manifestaciones de grande irritación.

Por fin, dominados por la fatiga, se acostaron todos, excepto Briant y Mokó, que continuaron volando, y un silencio profundo comenzó a reinar en la cueva de Francisco Baudoin.

Al día siguiente se levantaron todos muy temprano. Baxter y Doniphan, notando que el perro iba y venía sin mostrar inquietud, penetraron en la galería; pero nada oyeron.

-Pongámonos a trabajar, dijo Briant.

-Sí, respondió Baxter; tiempo habrá de suspender las labores si sobreviene algún percance.

-¿No sería posible, observó Doniphan, que el ruido que tanto nos ha alarmado haya sido producido por el murmullo de algún manantial?

-No, dijo Wilcox; pues si así fuera, se continuaría oyendo, y ya ves que ahora no se oye nada.

-Es de sospechar, respondió Gordon, y yo me inclino a creerlo así, que semejante ruido provenga sencillamente del viento que entra por algunas aberturas que haya en la cresta del acantilado.

-Subamos a la meseta dijo Service, y tal vez las descubramos.

La proposición fue aceptada.

A unos cincuenta pasos, bajando el ribazo, había un sendero que facilitaba la subida a las rocas. En pocos instantes, Baxter y otros dos o tres subieron y avanzaron hasta colocarse encima de *French-den;* pero fue trabajo inútil, porque no encontraron ninguna hendidura que pudiera dar paso al aire, y cuando bajaron, estaban tan a oscuras como al principio respecto a aquel extraño fenómeno, que los pequeños creían ser cosa del otro mundo, y que tanto les aterraba.

El trabajo de perforación siguió, sin que nada ocurriera de particular.

Por la tarde, Baxter notó que desde hacía pocos momentos la pared, al ser golpeada, ofrecía un sonido tal cual si estuviese hueca. ¿Existiría quizás alguna cavidad natural a través de la galería, siendo allí donde se produjera el ruido que tanto les llamó la atención? La hipótesis de una segunda excavación contigua a *French-den* no tenía nada de inadmisible, y era de desear que se comprobara, porque les ahorraría mucho trabajo y mucho tiempo.

Alentados por tan consoladora esperanza, continuaron sus labores aquel día con más ardor que nunca, y tanto, que al sentarse al anochecer para

cenar, se hallaban cansadísimos y sin ganas de hablar la más mínima palabra.

El perro no estaba con ellos.

Por lo regular, a las horas de la comida *Phann* no faltaba nunca ni dejaba de colocarse al lado de su amo. Aquella noche su sitio se veía vacío, y al notarlo, el americano comenzó a llamarlo; pero el perro no acudió.

Gordon salió en seguida al umbral de la puerta, y continuó llamándole.

Silencio completo.

Doniphan y Wilcox corrieron entonces, el uno hacia el lago, y e1 otro en dirección a la orilla del río, y le buscaron por todas partes en vano.

Phann no se encontró.

Seguramente, el perro no oía la voz de su amo, porque, en caso contrario, hubiera acudido inmediatamente. ¿Se habría extraviado? No era posible ni sospecharlo siquiera. ¿Había perecido peleando con alguna fiera? Podía ser, y de todas las explicaciones de su desaparición, esa aparecía la más aceptable, si bien al mismo tiempo la más triste; pero eran las nueve de la noche, y como una profunda oscuridad envolvía el espacio, resolvieron dejar las

investigaciones para después que amaneciera el inmediato día.

Todos se hallaban muy inquietos y altamente disgustados, pensando que aquel inteligente animal, a quien tanto querían y que tan útil podría serles, había tal vez desaparecido para siempre.

Unos se tendieron en sus camas, otros se sentaron al lado de la mesa; pero ninguno se acordaba de dormir: les parecía que estaban más solos, más aislados aun que antes, más alejados todavía de su país y de sus familias.

De repente, en medio del silencio de la noche, nuevos gruñidos prolongados se dejaron oír, con la circunstancia de que esta vez parecían más bien aullidos de esos en que prorrumpen los animales a impulsos del dolor, que rugidos de amenaza, como los que lanzan las fieras en presencia del enemigo a quien tratan de intimidar.

-¡Allí es, allí!... exclamó Briant entrando en la galería.

Todos se levantaron cual si hubiesen visto una aparición, y el espanto se apoderó de nuevo de los pequeños, que se cubrían la cabeza con las mantas.

Briant salió del agujero diciendo:

-Es preciso que haya allí una cueva cuya entrada esté al pie de las rocas.

-Y en la que es probable que algunos animales se refugien de noche, exclamó Gordon.

-Así debe ser, replicó Doniphan; mañana mismo iremos a buscarla.

En aquel momento se oyó un fuerte ladrido, y al mismo tiempo aullidos que partían, al parecer, del interior de la piedra que perforaban.

-¿Estará *Phann* allí, exclamó Wilcox, peleando con alguna fiera?

Briant, que acababa de volver a la galería, escuchó con el oído pegado a la pared, y nada oyó: los ruidos habían cesado.

Pero, ya fuese que *Phann* estuviera allí o no, es indudable que existía una segunda excavación, comunicando con el exterior por medio de algún agujero, tapado quizás por malezas enredadas en la base del acantilado.

La noche pasó sin dejarse oír ruido alguno.

Al amanecer, las indagaciones emprendidas hacia el lago y del lado del río no dieron más resultado que las practicadas anteriormente en la meseta de las

rocas; y aunque llamaron por todas partes al perro, éste no se dejó ver por ningún lado.

Briant y Baxter se pusieron de nuevo a trabajar con tanto afán, que el pico y el azadón no descansaban. Durante la mañana, la galería ganó dos pies más de longitud. De cuando en cuando, los muchachos se detenían y escuchaban; pero ya no se oía ningún ruido.

El trabajo, interrumpido a las doce para almorzar, empezó de nuevo una hora más tarde, si bien se habían tomado todas las convenientes precauciones para el caso de que un golpe de pico reventase la pared y diera paso a algún animal. Los pequeños se colocaron al lado del ribazo, y Doniphan, Wilcox y Webb, con escopetas y revólvers en las manos, estaban pronto a cualquier evento.

A eso de las dos, Briant dio un grito. Su pico acababa de atravesar la piedra caliza, que se derrumbó en parte, dejando ver una abertura bastante ancha.

Y el joven salió, reuniéndose a sus compañeros, que no sabían qué pensar; pero antes de que abriera la boca para hablar, se oyó un fuerte roce por las paredes de la galería, y un animal se lanzó en la habitación de *French-den*.

Era *Phann.*

Sí, *Phann,* que en seguida se abalanzó a un cubo de agua y se puso a beber con avidez. Luego, meneando la cola, y sin ninguna muestra de irritación, vino a saltar alrededor de su amo.

No había, pues, nada que temer ya.

Briant tomó entonces un farol y se introdujo en la galería. Gordon, Doniphan, Wilcox, Baxter y Mokó le siguieron. Un instante después, habiendo pasado por el orificio producido por el derrumbamiento, se encontraron en medio de una sombría excavación, en la que no penetraba ningún rayo de luz.

Era otra cueva igual a *French-den* en longitud y latitud, pero mucho más profunda, y cuyo suelo estaba cubierto de una arena finísima en una superficie de cincuenta metros cuadrados.

Al pronto, temieron que el aire de aquella caverna no fuera respirable; pero no debía ser así, puesto que la luz del farol brillaba en toda su intensidad, y claro es que aquella atmósfera debía estar en movimiento, dado que se comunicaba con el exterior por medio de alguna abertura. ¿Cómo, si así no fuese, había penetrado *Phann* en ella?

En aquel momento Wilcox tropezó con un cuerpo inerte, y tocándolo con la mano, observó que estaba frío.

Briant acercó la luz.

-¡Es un chacal! Exclamó Baxter.

-Sí; es, en efecto, un chacal estrangulado por nuestro valeroso *Phann*, replicó Briant

-He aquí, pues, la explicación del ruido que oíamos, añadió el americano.

Pero si uno o varios animales habían tomado aquella cueva para su habitual morada, ¿por qué abertura entraban en ella?

Era menester, averiguarlo.

Briant salió, y andando al pie de las rocas, dio voces de vez en cuando hasta que por fin respondieron a sus gritos los que salían del interior. De este modo descubrió una estrecha boca, oculta entre las malezas al ras del suelo, de la que se servían los chacales; pero como por la entrada vertiginosa de *Phann* en ella se había producido un desplome parcial en el orificio, interceptándolo, he aquí explicado por qué el perro no pudo volver al lado de su amo.

Ya en la cueva, ¡qué satisfacción tan intensa experimentaron nuestros jóvenes náufragos! Habían

realizado sus deseos con gran ahorro de trabajo, pues se encontraron allí con una habitación ya hecha, y mejor que la que ellos proyectaban, como dijo Dole; una ancha gruta, desconocida por Francisco Baudoin.



Doniphan, Wilcox y [illegible]

Ensanchando la abertura, tendrían una salida más conveniente para satisfacer todas las exigencias del servicio interior; así es que nuestros pequeños Robinsones reunidos en la nueva caverna y llenos de júbilo, lanzaban al aire alegres hurras, a los que se unían los ladridos de *Phann*.

¡Con cuánto ardor pusieron manos a la obra para transformar la galería en un corredor practicable!

Esta segunda cueva, a la que dieron el nombre de *hall*, justificado por sus dimensiones, sirvió para encerrar provisionalmente el material, ínterin se abrían otra en las paredes laterales del corredor. Se destinaría también a dormitorio y gabinete de trabajo, mientras que la primera pieza se reservaría para cocina, comedor y despensa; pero como proyectaban también hacer de ella el definitivo almacén general, Gordon propuso darle el nombre de *Store-room*, esto es, local para las provisiones, o almacén; nombre que se adoptó por unanimidad.

En seguida procedieron a la mudanza de las camas, que fueron simétricamente colocadas en el *hall,* en donde no faltaba anchura. Arreglaron también el mobiliario del *Sloughi*; divanes, sillones, mesas, armarios, etc., y, lo que era más importante

aun, las estufas del comedor y del salón del yate, para caldear con ellas tan vasta habitación. Baxter fue después el encargado de colocar una puerta en la nueva entrada y de abrir dos ventanas que dieran suficiente luz al *hall,* alumbrado por la noche con un farol pendiente de la bóveda.

En estos arreglos consumieron quince días, y tiempo era ya de que concluyesen, porque si bien el río no parecía aun extremado, la atmósfera se agitaba con tanta violencia, que se prohibió toda salida.

En efecto; la fuerza del viento era tal, que a pesar del abrigo de las rocas, levantaba las aguas del lago como si hubiera sido el mar. A veces, el río, empujado por la borrasca, amenazaba cubrir el ribazo y extenderse hasta el contrafuerte; pero como, por fortuna, ni *Store-room,* o primera cueva, ni el *hall,* o sea la segunda, se encontraban directamente expuestas a los furores del aire, que soplaba del Oeste, las estufas y la cocina, alimentadas con leña muy seca, de la que habían hecho gran acopio, funcionaron perfectamente.

Gracias a Dios, habiendo encontrado a tiempo aquel nuevo abrigo, las provisiones no tenían nada que temer de la inclemencia del tiempo ni de la

humedad, pues aquellas grutas estaban perfectamente oreadas y enjutas.

Gordon y sus compañeros, recluidos a la sazón en aquellas habitaciones por causa de la crudeza de la estación, tuvieron sobrado tiempo para arreglar su morada, poniéndole condiciones de abrigo y comodidad. Ensancharon el corredor y abrieron dos caramanchones, destinando uno de ellos, cerrado con puerta, para las municiones, a fin de evitar todo peligro de explosión.

Aunque los cazadores no podían cazar más que alguna que otra ave acuática, de las que Mokó no acertaba nunca a quitar el gusto a cieno, provocando esto protestas o bromas, la comida estaba asegurada.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que un rincón de *Store-room* había sido reservado para el ñandú, mientras se le construyese un cercado fuera.

Una vez completa la instalación, Gordon acariciaba el pensamiento de redactar un programa, al que tendrían que someterse todos, una vez aprobado por mayoría, cual si fuese la ley que rigiera aquella pequeña sociedad o colonia.

Después de la vida física, era preciso pensar en la intelectual, máxime cuando ignoraban lo que

podría durar su estancia en aquella isla; y si por fortuna llegaran algún día a abandonarla, ¡qué satisfacción experimentarían por haber aprovechado el tiempo! Cierto es que carecían de maestros; pero con los libros de la biblioteca del *schonner* podían los mayores aumentar sus conocimientos, consagrándose al mismo tiempo a la enseñanza de los pequeños, resultando de aquí una ocupación en que emplearían útil y agradablemente las largas horas del invierno.

El día 10 de Junio, después de cenar, se hallaban todos reunidos en el hall alrededor de las estufas, que esparcían agradable calor, cuando la conversación recayó sobre la necesidad de dar nombres a las principales partes geográficas de la isla.

-Sería muy útil y muy práctico, dijo Briant.

-Sí, busquemos nombres, prorrumpió Iverson; y sobre todo, que sean bonitos.

-Así lo han hecho todos los Robinsones reales o imaginarios, replicó Webb.

-Pero, compañeros; dijo Gordon: ¿qué creéis que somos nosotros?

-¡Un colegio de Robinsones! exclamó Service.

-Además, continuó el americano, dando nombres a la bahía, a los ríos, a los bosques, al lago, al acantilado, a los pantanos y a los cabos, nos será fácil reconocerlos.

Esta propuesta fue adoptada por unanimidad, y no pensaron desde aquel instante en otra cosa que en buscar en la imaginación nombres adecuados a cada punto.

-Ya tenemos *Sloughi-bay,* en la que encalló nuestro yate, dijo Doniphan, y me parece conveniente dejarle aquel nombre, al que estamos acostumbrados.

-Seguramente, dijo Cross.

-Lo mismo haremos con *French-den,* nuestra morada, añadió Briant, en recuerdo del pobre náufrago cuyo sitio ocupamos.

A esto no se hizo ninguna observación, ni aun siquiera por Doniphan, no obstante que la propuesta había sido hecha por Briant.

-Y ahora, dijo Wilcox, ¿cómo llamaremos al río que desemboca en *Sloughi-bay?*

-*Zealand,* propuso Baxter; este nombre nos recordará el de nuestro país.

-¡Adoptado! ¡Adoptado¡

-¿Y el lago? -preguntó Garnett.

-Puesto que el río ha recibido el nombre de Zelandia, dijo Doniphan, demos al lago uno que nos recuerde a nuestras familias, y llamémosle *Family-lake* (lago de la familia).

Y se admitió por unanimidad.

Como se ve, el acuerdo era completo, y obedeciendo a un patriótico sentimiento, dieron por nombre *Auck1and-hill* (colina de Auckland) al acantilado. En cuanto al cabo desde lo alto del que Briant había creído descubrir el mar al Este, se le llamó, por su indicación, *False-sea-point* (punta del falso mar). Las demás denominaciones que se adoptaron fueron éstas:

Se llamó *Traps-woods* (bosque de las trampas) a la parte de la selva en que se había descubierto la zanja. *Bog-woods* (bosque de la hondonada) a la otra parte, situada entre *Sloughi-bay* y el acantilado. *South-moors* (pantanos del Sur) al lugar pantanoso que cubría toda la parte meridional de la isla. *Dike-creek* (arroyo de la calzada) al río en que encontraron la barrera hecha con piedras. *Wreck-coast* (costa de la tempestad) a la en que el yate había encallado, y, en fin, *Sport-terrace* (meseta del *sport)* al sitio rodeado por las orillas del río y del lago, formando delante del *hall*

una especie de pradera, que sería destinada a los ejercicios que indicara el programa.

En cuanto a las demás partes de la isla, se les daría nombre a medida que se reconociesen y según los incidentes que se produjeran en ellos.

No obstante, les pareció bueno designar también con nombres propios los principales cabos marcados en el mapa de Francisco Baudoin. El del Norte se llamó *North-cape*, y el del Sur *South-cape*, y los tres que se encontraban al Oeste, sobre el Pacífico, *French-cape, Bristisch-cape* y *American-cape,* en honor de las tres naciones francesa, inglesa y americana, representadas en la pequeña colonia.

¡Colonia, sí! Esta denominación fue propuesta para indicar que la instalación no tenía ya carácter provisional, siendo inspirada por Gordon, siempre preocupado más bien en organizar su vida en aquel dominio, que procurar salir de él. Estos pobres muchachos no eran ya los náufragos del *Sloughi*, sino los colonos de la isla. Pero ¿de qué isla? Era menester bautizarla también.

-¡Toma!... ¡Toma!... ¡Bien sé yo cómo deberíamos llamarla! exclamó Costar.

-¿Lo sabes tú? preguntó Doniphan.

-¡Bien por el pequeño Costar! Exclamó Garnett.

-¡Sin duda la llamará la isla *Baby*! replicó Service.

-¡Vamos, fuera bromas! dijo Briant. Veamos tu idea, Costar.

El niño no se atrevía ya a decirlo.

-Habla, Costar, habla, repuso Briant, animándole con el gesto. Estoy cierto de que tu idea es buena.



-Pues bien, dijo el niño; puesto que somos todos discípulos del colegio Chairmán, llamémosla *isla Chairmán.*

No se podía encontrar nombre más adecuado; así es que fue admitido por unanimidad, y Costar se mostró muy orgulloso de su triunfo.

Habiendo llegado la hora del descanso, iba a levantarse la sesión, cuando Briant pidió la palabra.

-Compañeros, dijo: ahora que hemos dado un nombre a nuestra isla, ¿no sería conveniente que eligiésemos un jefe para gobernarla?

-¿Un jefe? replicó con viveza Doniphan.

-Sí, pues me parece que estaríamos mejor si uno de nosotros tuviese autoridad sobre los demás. Lo que se hace en todas las naciones, ¿no puede hacerse también en la *isla Chairmán?*

-¡Sí, sí, un jefe, nombremos un jefe! exclamaron a la vez grandes y pequeños.

-Bien está, dijo entonces Doniphan; pero con la condición de que sea para un tiempo determinado, un año, o...

-Y que pueda ser reelegido, añadió Briant.

-Concedido. ¿Y a quién nombraremos? preguntó Doniphan con ansiedad.

El envidioso tenía el temor de que, sino le nombraban a él, la elección recayese sobre Briant. Pero se desengañó bien pronto.

-¿A quién nombraremos? replicó Briant. La elección no es dudosa. Al más cuerdo de todos: a nuestro querido compañero Gordon.

-¡Sí, sí!... ¡Bien dicho!... ¡Viva Gordon! ¡Viva!...

El americano quiso rehusar el honor que le hacían, prefiriendo organizar a mandar. Sin embargo, reflexionando en la perturbación que las pasiones tan ardientes de aquellos muchachos, convertidos prematuramente en hombres por la acción de las circunstancias, podía ocasionar en lo sucesivo, se persuadió de que su autoridad no sería inútil.

Y he aquí cómo Gordon fue proclamado jefe de la infantil colonia de aquella isla.

XIII

El programa de estudios. -Observancia del domingo. -Bolas de nieve. -Doniphan y Briant. -Grandes fríos. La cuestión de combustible. -Expedición a «Traps-woods.» -Excursión a la

bahía «Sloughi.» -Focas y pingüinos. -Un castigo público.

El invierno había comenzado ya. ¿Cuál sería su duración? Cinco meses por lo menos, si la isla se encontraba a más altura que Nueva Zelandia.



¡Con qué [illegible]

Las observaciones meteorológicas anotadas en la cartera de Gordon, eran: que el invierno, habiendo empezado en Mayo, es decir, dos meses antes que el Julio de la zona austral, correspondiente al Enero de la boreal, se podía calcular que concluiría a mediados de Septiembre.

Si a tal cálculo se unía el de que, fuera de ese período; las tempestades son muy frecuentes durante el equinoccio, no sería aventurado suponer que la vida de reclusión se alargaría, viéndose imposibilitados nuestros muchachos para emprender largas excursiones por el centro o por los alrededores de la isla. Convencido de esto, Gordon creyó llegado el momento de organizar la vida interior en mejoren condiciones, y se dispuso a redactar un programa que rigiese las ocupaciones diarias.

Se suprimirían las prácticas del *faggisme*, de las que hemos hablado en la descripción del colegio Chairmán. Todos los esfuerzos del americano tendían a que sus subordinados se acostumbrasen a creerse ya hombres y a obrar como tales; así, pues, no habría ya *fags* en *French-den,* es decir, que los pequeños no tendrían obligación de servir a los mayores. Pero fuera de esto, se respetarían las

tradiciones, que son, según el autor de la *Vida de colegio en Inglaterra,* la fuerza mayor de las escuelas inglesas.

En aquel programa se trazarían con claridad las obligaciones que correspondían a los pequeños, muy distintas, por cierto, de las de los mayores. Éstos, maestros y protectores; aquellos, discípulos y protegidos.

Verdad es que no conteniendo la biblioteca de *French-den* más que un número restringido de obras científicas y algunas de viajes, los mayores no podrían proseguir sus estudios sino en parte muy pequeña; mas uniendo esto poco a lo que les ilustrarían las dificultades de la existencia, la lucha para proveer a sus necesidades y la precisión de ejercitar su juicio o su imaginación ante las eventualidades de todas clases, aprendiendo a conocer lo que cuesta la vida, naturalmente podían y debían enseñar mucho, y he aquí por qué los mayores estaban llamados a ser profesores de los pequeños, teniendo para con ellos la obligación de enseñarles cuanto sabían.

Sin embargo, lejos de cansar a los niños con un trabajo impropio de su edad, habían de procurar ir aprovechando todas las ocasiones de ejercitar sus

cuerpos, al par que cultivar sus inteligencias. Cuando el tiempo lo permitiese, y abrigándoles bien, les harían salir para que corriesen al aire libre, obligándoles a hacer algún trabajo manual con arreglo a las fuerzas de cada uno.

En suma, el programa fue redactado, inspirándose su autor en estos principios, que son la base de la educación anglosajona:

«Siempre que un trabajo sea necesario, hacedlo.

»No perdáis jamás la ocasión de hacer un esfuerzo posible.

»No eludáis ninguna fatiga, pues ninguna es inútil.»

Poniendo estos preceptos en práctica, el cuerpo se hace fuerte y el alma se vigoriza.

Y he aquí el reglamento, tal cual se sometió a la aprobación general:

Dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, trabajo en común en el hall. Cada uno a su vez, Baxter, Doniphan, Cross y Briant, de la quinta división, y Wilcox y Webb de la cuarta, darían lección a sus compañeros de tercera, segunda y primera. Les enseñarían Matemáticas, Geografía e Historia, ayudándose con las pocas obras de la biblioteca y sus anteriores estudios. De este modo

no olvidarían lo que habían aprendido en el colegio. Además, dos veces a la semana, domingo y jueves, tendrían conferencia, es decir, que un asunto científico, histórico o de actualidad, sería puesto a la orden del día, para que los mayores, hablando en pro o en contra, discutiesen, resultando de aquí ilustración para todos y distracción general.

Gordon, como jefe de la colonia, haría respetar este programa, que no había de modificarse sino en caso de nuevas eventualidades.

Tomaron también algunas medidas respecto a la duración del tiempo. Tenían el calendario del *Sloughi* y los relojes de a bordo; pero era menester borrar cada día que pasaba y dar cuerda a estos últimos para que señalasen la hora exacta. Dos de los mayores fueron encargados de aquellos cuidados; Wilcox, de los relojes, y Baxter, del calendario; y ciertamente que en ambos se podía confiar.

En cuanto al barómetro y el termómetro, Webb debía apuntar diariamente los cambios observados.

Se convino también en que se escribiría un diario de todo lo que había ocurrido y ocurriese durante la estancia en la isla Chairmán.

Baxter aceptó esta obligación, y gracias a él, el diario de *French-den* estaría escrito con minuciosa exactitud.

Un trabajo no menos importante, y que no admitía dilación, era el lavado de las ropas, para el que afortunadamente no faltaba jabón. Los niños se ensuciaban mucho cuando jugaban o pescaban en las orillas del río, y no pocas veces les reñía Gordon por éste motivo, amenazándoles con castigarlos. Esta era una labor que Mokó entendía perfectamente; pero no pudiendo hacerlo solo por la gran cantidad de ropa que había que lavar, se acordó que los mayores ayudasen al grumete en aquella faena, para conservar en buen estado la lencería de *French-den*.

El día siguiente era domingo, y ya es cosa sabida el rigor con que se guardan esos días en Inglaterra y en América. La vida está como en suspenso en villas, pueblos y aldeas. Durante los domingos, está prohibida toda clase de diversiones o distracciones, y esta regla se impone lo mismo a los niños que a las personas mayores.

¡Las tradiciones! ¡Siempre las famosas tradiciones!

Sin embargo, se convino en que los habitantes de la isla Chairmán se apartarían algún tanto de tal rigorismo, y aquel domingo los colonos se permitieron hacer una excursión por las orillas de *Family-Lake;* pero como hacía mucho frío, al volver después de dos horas de paseo, hallaron muy agradable la temperatura en el hall y muy sabrosa en *Store-room* la comida caliente, de cuyo *menú* había cuidado con esmero el jefe de *French-den.*

La tarde terminó con un concierto, en el que el acordeón de Garnett hizo las veces de orquesta, mientras que los otros chicos cantaban con más o menos afinación, pero siempre con un aplomo muy propio de la raza sajona. El único de esos niños que tenía verdaderamente una voz muy armoniosa, era Santiago; mas como por su inexplicable disposición de espíritu y su melancolía no tomaba parte en ninguna de las distracciones de sus compañeros, rehusó cantar, por más que se lo rogaron, una de aquellas canciones infantiles de las que tan pródigo se manifestaba en el colegio Chairmán.

Aquel domingo, que principió con una alocución del «reverendo Gordon,» como decía Service, terminó por una oración, y a las diez todos dormían

con tranquilo sueño bajo la custodia de *Phann,* que no era mal centinela.

Durante el mes de Junio, el frío fue en aumento, Webb hizo notar que el barómetro se sostenía en su indicación de veintisiete pulgadas, mientras que el termómetro centígrado señalaba de diez a doce grados bajo cero. En el momento en que mudaba el viento Sur a Oeste, los alrededores de *French-den* se cubrían de una espesa capa de nieve, y los pequeños colonos aprovechaban la ocasión para hacer bolas más o menos grandes y armar con ellas una de aquellas batallas tan de moda en Inglaterra. Algunas cabezas se resintieron de semejante juego, y cierto día, uno de los peor librados fue Santiago, que no asistía a aquella diversión sino como mero espectador. Una bola lanzada con demasiada fuerza por Cross, le alcanzó, aunque no le fuese dirigida, y el golpe le arrancó un grito de dolor.

-¡No lo he hecho a propósito! dijo Cross.

-Ya lo supongo, replicó Briant, atraído por el grito de su hermano; pero haces mal en tirar con tanta fuerza.

-¿Y por qué, repuso Cross, Santiago se ha colocado en ese sitio, siendo así que no quiero jugar?

-¡Cuántas palabras para nada! exclamó Doniphan.

-Bien, bien, no es grave, respondió Briant, comprendiendo que Doniphan buscaba una ocasión de intervenir en la contienda; pero te ruego, Cross, que no lo repitas.

-En verdad que... replicó Doniphan con tono burlón; mas si confiesa no haber querido hacerlo...

-No sé por qué intervienes en esto, Doniphan, siendo así que la cuestión es exclusiva entre Cross y yo...

-Y también me afecta a mí, te replico, Briant, ya que lo tomas tan a pecho, respondió Doniphan.

-Como quieras, y cuando quieras, repuso Briant cruzándose de brazos.

-¡En seguida! exclamó Doniphan.

En aquel momento, Gordon llegó muy a propósito para impedir que aquella querella concluyera por golpes. Culpó a Doniphan, que se sometió, entrando de pésimo humor en *French-den;* pero era de temer que algún nuevo incidente hiciera que los dos rivales vinieran a las manos.

La nieve no dejó de caer durante cuarenta y ocho horas. Para divertir a los niños, Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza

muy grande, una nariz enorme y una boca desmesurada; una cosa así como el ogro de los cuentos de Perrault. Y, debemos confesarlo: si durante el día Dole y Costar se atrevían a tirarle pelotazos, no lo miraban sin miedo cuando la oscuridad le daba formas gigantescas.

-¡Vaya con los cobardes! exclamaban Iverson y Jenkins, que se hacían los valientes, sin estar mucho más tranquilos que sus compañeros.

A fines de Junio fue preciso renunciar a toda diversión fuera de la gruta. La nieve alcanzó una altura de tres o cuatro pies, y aventurarse siquiera a un centenar de pasos fuera de la gruta, hubiera sido arriesgarse a no volver.

Los jóvenes colonos estuvieron quince días completamente encerrados. Durante este tiempo se observó el programa estrictamente. Se dieron las conferencias en los días señalados para ellas, causándoles un verdadero placer, y no sorprenderá a nuestros lectores si les decimos que Doniphan, con su facilidad para discurrir y su instrucción, ya adelantada, ocupó el primer lugar. ¡Lástima que se mostrase tan orgulloso, pues dicho orgullo, con ser tan desmedido, echaba por tierra sus buenas cualidades!



[illegible]

Aunque, por efecto de la inclemencia del tiempo, aun en las horas de recreo permanecían en el *hall*, la salud de los niños no se resintió por eso, merced a la renovación del aire que se hacía de una a otra habitación por el corredor. La cuestión

higiénica era de las más importantes; porque si uno de ellos enfermara, ¿cómo podrían prestarle los cuidados que hubiera de necesitar? Felizmente, no sucedió así, y aparte ligeros resfriados o anginas leves, que algunos días de cama y bebidas calientes curaron con rapidez, nada grave ocurrió en la salud de los colonos.

Otra era la cuestión que les preocupaba en alto grado. El agua necesaria para el abastecimiento de *French-den* se sacaba del río durante la marea baja para que no tuviera mal gusto; pero cuando la superficie de aquel río estuviera helada, no se podría obrar del mismo modo. Gordon habló con Baxter, su «ingeniero asesor,» de las medidas que convendría adoptar, y este, después de algunos momentos de reflexión, propuso establecer, para evitar la congelación, un conducto subterráneo que condujera el agua desde el río, por debajo del ribazo, hasta *Store-room*. Era una obra difícil en verdad, habida consideración de las circunstancias que rodeaban a tan jóvenes náufragos; y si Baxter salió airoso de ella, fue debido a que tenía a su disposición uno de los tubos de plomo que sirvieron para abastecer los camarotes del *Sloughi*. El servicio

de agua, pues, quedó asegurado en el interior de aquella morada.

En cuanto al alumbrado, había aun bastante aceite para las lámparas y los faroles; pero después del invierno sería necesario hacer provisión de un líquido combustible, o fabricar velas con las grasas que Mokó iba reservando.

Algunos chacales, acosados por el hambre, vinieron varias veces a Sport-terrace; pero Doniphan y Cross los espantaban a tiros. Sin embargo, un día fueron tan numerosos, que si *Phann* no los hubiese olfateado y denunciado oportunamente para que los colonos con prontitud atrancaran las puertas del *hall* y de *Store-room,* el ataque hubiera sido inevitable y tan terrible como son siempre los de las fieras.

La alimentación de la pequeña colonia daba mucho que pensar a su jefe. No siendo posible cazar en cantidad conveniente, por efecto de los temporales y los hielos, era menester echar mano de las provisiones del yate, y Gordon veía con mucha pena que se alargaba en su cartera la columna de los gastos, mientras que la de existencias disminuía. Mokó, participando de la preocupación de su jefe, ponía de su parte cuanto le era dable, y aprovechaba las avutardas que había conservado y los salmones

que tenía en salmuera; pero no debe olvidarse que *French-den* encerraba quince personas que alimentar, asistidas de un apetito propio de muchachos de ocho a catorce años.



[illegible]

Wilcox era, como ya hemos indicado otra vez, muy entendido en todo lo que concierne a la instalación de trampas, ballestas, lazos y demás recursos que suministra el higiénico y útil arte, de *Nemrod,* pero esto producía tan corto surtido de carnes frescas, que no era suficiente para librar a Gordon de su preocupación, ni al grumete de sus cavilaciones económicas en la cocina.

El ñandú también preocupaba a Service para darle de comer: como no es animal carnívoro, su amo se veía obligado a buscar hierbas y raíces debajo de la nieve, no sin gran riesgo de su vida; mas ¿qué no hubiera hecho para procurar buen alimento a su animal favorito?

-¡Qué corcel voy a tener! repetía muchas veces.

Sin embargo, el avestruz adelgazó bastante durante aquel interminable invierno; pero no fue culpa de su fiel guardián, y era de esperar que cuando llegase la primavera volvería a recuperar sus perdidas carnes.

El 9 de Julio, Briant, habiendo salido de *French-den* muy de madrugada, observó que el viento acababa de cambiar al Sur; y el frío era tan intenso, que se volvió apresuradamente al *hall*, dando cuenta a Gordon de esta modificación de la temperatura.

-Era de temer, respondió el americano, y no me extrañaría tuviésemos que sufrir aun algunos meses de riguroso frío.

-Eso nos demuestra, añadió Briant, que el *Sloughi* nos llevó, en su vertiginosa marcha marítima, mucho más al Sur de lo que suponíamos.

-Sin duda, dijo Gordon; y sin embargo, nuestro atlas no señala ninguna isla en el espacio del mar antártico.

-Es cosa inexplicable, y en verdad que no sé hacia qué lado podríamos dirigirnos si llegásemos a abandonar esta isla.

-¡Dejar nuestra isla! exclamó Gordon. ¿Aun piensas en ello, Briant?

-¡Siempre! Si pudiésemos construir una embarcación que, mal o bien, se sostuviera en el agua, no titubearía un instante en lanzarme a la ventura en el mar.

-¡Bueno!... ¡Bueno!... replicó el americano. ¡No hay prisa!... Esperemos siquiera a que nuestra pequeña colonia esté organizada, y entonces...

-¡Ay, mi buen amigo! repuso Briant; ¡olvidas que allá tenemos familia!...

-¡Es verdad, es verdad!... Pero, en fin, ¡no somos tan desgraciados aquí! Esto marcha... y vamos a ver, ¿qué nos falta?

-Muchas cosas, Gordon, respondió Briant, que no juzgó oportuno prolongar la conversación sobre este punto. Mira, en este momento está faltando combustible.

-¡Oh! ¡Aun no hemos quemado todos los árboles de la isla!

-No, pero urge hacer provisión de leña, porque la que tenemos se está acabando.

-Pues bien, hoy mismo, replicó Gordon. Veamos el termómetro.

Éste, que colocado dentro de *Store-room* indicaba cinco grados bajo caro, no obstante hallarse cerca de la hornilla llena da lumbre, sacado fuera de la estancia no tardó en bajar a diecisiete.

Era un frío vivísimo, y seguramente se recrudecería si el tiempo permanecía sereno y seco durante algunas semanas. La temperatura de *French-den* había bajado de un modo sensible, a pesar de las dos estufas y de la hornilla, que funcionaban sin cesar.

A las nueve, después del desayuno, decidieron ir a *Traps-woods* para traer una carga de combustible.

Cuando la atmósfera está en calma, las temperaturas más bajas pueden arrostrarse sin gran contrariedad; mas no es así cuando reina ese aire sutil, del que es difícil preservarse. Felizmente, aquel día el viento se notaba apenas, y el cielo tenía una limpidez perfecta, por lo que la nieve se había endurecido y permitía andar, siempre que se cuidara de asentar bien los pies, lo mismo sobre *Family-Lake* que sobre el río *Zealand*, enteramente helados; y si hubieran tenido un trineo enganchado a perros o rengíferos, hubiesen podido recorrer el lago en toda su superficie en algunas horas.

Mas no se trataba de esa expedición, sino de ir al bosque para renovar la provisión de combustible, que era de imprescindible necesidad.

El transporte de la leña iba a ser muy penoso, no pudiendo hacerse sino llevando cada uno una carga; pero Mokó discurrió un medio, que se apresuraron a utilizar hasta tanto que pudiesen construir cualquier vehículo con los restos del yate. Dicho medio consistía en sacar la gran mesa de *Store-room*, que medía doce pies de largo por cuatro de ancho, y poniéndola en el sentido inverso de su posición natural, la ataron con cuerdas, y cuatro de los

mayores la arrastraron por encima de la nieve en dirección a *Traps-woods*.

Los pequeños, con la nariz muy colorada, iban delante corriendo y saltando con *Phann,* que los incitaba a jugar. De vez en cuando se subían a la mesa por el gusto de hacerse llevar en coche, según decían ellos. A cualquiera le hubiese alegrado, ciertamente, verlos tan contentos y con tan buena salud.

Todo estaba blanco entre *Auckland-hill* y *Family-Lake*. Los árboles, cargados de carámbanos que parecían cristales, semejaban una decoración de alguna comedia de magia. Bandadas de pájaros revoloteaban por todas partes. Doniphan y Cross no habían olvidado sus escopetas, e hicieron bien, pues se vieron huellas sospechosas, que no eran de chacales ni de jaguares.

-Tal vez sean gatos monteses de esos que llaman *paperos,* dijo Gordon. ¡Son muy temibles!

-¡Oh, si no son más que gatos!... respondió Costar encogiéndose de hombros.

-Bien, los tigres también son gatos, replicó Jenkins.

-Service, ¿es verdad que todos esos señores de la raza felina son malos? preguntó Costar.

-Muy malos, contestó Service; cogen y se comen a los niños como si fueran ratones.

Esta respuesta no dejó de asustar a Costar.

Nuestros colonos recorrieron con bastante prontitud la media milla que separa a *French-den* de *Traps-woods*, y se pusieron a derribar algunos árboles, de los que arrancaron algunas ramas pequeñas para no llevarse más que las gordas, que eran más a propósito para las estufas y la hornilla. La mesa-trineo recibió una buena carga; pero se deslizaba con tanta facilidad por encima de la nieve helada y tiraban todos con tanto afán, que a las doce habían hecho dos viajes. Después del almuerzo volvieron al trabajo, que se suspendió a las cuatro para ocuparse, por mandato de Gordon, que sabía hacerse obedecer, en aserrar, partir y encerrar la leña, ocupación que duró hasta la hora de acostarse.

Durante seis días, aquel acarreo continuó sin descanso, asegurando así el combustible para algunas semanas.

El 15 de Julio, el calendario inglés señala San Swithin, que tiene igual fama que San Medardo en Francia.

-Vamos, dijo Briant; si llueve hoy, tendremos agua durante cuarenta días.

-¿Y qué nos importa, respondió Service, puesto que estamos en la mala estación? ¡Ah, sí estuviésemos en verano!...

Y en verdad que los habitantes del hemisferio austral no tienen por qué inquietarse de la influencia que puedan tener en el tiempo San Medardo o San Swithin, que son Santos de Invierno en nuestras antípodas.

Llovió aquel día; pero la lluvia no hizo cuarentena, a pesar de la creencia vulgar en Inglaterra y Francia; el viento saltó al Sudeste, y los fríos fueron tales, que el termómetro bajó a veintisiete grados bajo cero.

¡Irresistible tiempo!

Gordon prohibió toda salida, pues al aire libre el aliento se helaba y no se podía coger ningún objeto de metal sin experimentar un dolor igual al de una quemadura. Como es de suponer, tomaron toda clase de precauciones para que la temperatura interior se conservase a un grado suficiente; pero a pesar de todas estas prevenciones, sufrieron mucho por la falta de ejercicio, hasta el punto de que Briant no veía sin gran pena que los niños se ponían descoloridos y tristes. Sin embargo, aparte algunos constipados y algunas bronquitis inevitables por la

crudeza del temporal y que se curaron fácilmente con bebidas calientes, la salud de nuestros jóvenes colonos no se resintió mucho de aquel tiempo tan cruel.

El 16 de Agosto, el estado de la atmósfera se modificó con el viento Oeste, y el termómetro subió hasta marcar doce grados bajo cero.

Doniphan, Briant, Service y Baxter pensaron entonces en hacer una excursión a *Sloughi-bay,* o sea al primitivo campamento, pues sabían que partiendo muy de mañana, podían estar de vuelta por la tarde.

Deseaban observar si la costa era frecuentada por ciertos anfibios, que son huéspedes habituales de las regiones antárticas, y además, una vez allí, dedicarían algún rato a reponer el pabellón inglés, que, como recordarán nuestros lectores, habían izado sobre un mástil en el acantilado antes de abandonar aquel sitio; pabellón que sin duda debían haber destrozado las borrascas. Por consejo de Briant, se clavaría también en el asta una tablilla indicando la situación de *French-den,* para el caso en que algunos marinos, habiendo visto la bandera, desembarcaran en la playa.

Gordon asintió a ese proyecto, pero encargándoles repetidamente que estuviesen de

vuelta al anochecer. En consecuencia, nuestros expedicionarios salieron el 19 antes de la alborada: el cielo estaba sereno, alumbrado por los pálidos rayos de la luna en su cuarto menguante.

Las seis millas que separaban *Sloughi-bay* de *French-den* fueron rápidamente recorridas, pues estando helado el charco *Bog-woods,* no fue necesario dar rodeo alguno, lo que abrevió el camino; así es que a las nueve de la mañana Doniphan y sus compañeros llegaban a la playa.

-¡Vaya una bandada de aves! exclamó Wilcox.

Y señalaba algunos millares de pájaros que, parecidos a grandes patos, se hallaban colocados en fila en las puntas de los arrecifes.

-¡Parecen soldados a quienes el General va a pasar revista! dijo Service.

-Son *pingüinos,* respondió Baxter, y no valen un tiro. Estos estúpidos volátiles, que se sostenían en una postura casi vertical, debida a que tienen muy atrás sus patas, ni siquiera pensaron en huir, hasta el punto de que se les hubiera podido matar a palos. Tal vez Doniphan hiciera intención de tirar a alguno; pero como Briant tuvo la prudencia de no oponerse a ello, bastó ese implícito asentimiento para que

Doniphan mudara de idea. Los pingüinos no sufrieron ningún percance.

Mas si esos pájaros no servían para nada, nuestros jóvenes vieron gran número de otras clases de animales, cuya grasa podía servir para el alumbrado de *French-den* en el próximo invierno.

Eran focas, de la especie llamada *focas de trompa,* que se solazaban encima de las rompientes, cubiertas de hielo; pero para matar algunas era preciso cortarles la retirada, y en cuanto Briant y sus compañeros se aproximaron, comenzaron a huir dando saltos extraordinarios, y desaparecieron debajo del agua. Sería necesario, para darles caza, organizar una expedición especial y en otras condiciones.

Después de almorzar frugalmente con las provisiones que habían llevado, los colonos recorrieron la bahía en toda su extensión. Una capa blanca la cubría desde la embocadura del río *Zealand* hasta el promontorio de *False-sea-point,* pues el suelo estaba cubierto con más de dos pies de nieve.

Los últimos restos del *Sloughi* es encontraban enterados en ella.

El mar, siempre desierto hasta el extremo límite de aquel horizonte, fue saludado por Briant, que no

le había visto en tres meses, y saludó también, dándole vida en su imaginación, más allá, a centenares de leguas, a Nueva Zelandia, cuya tierra no desesperaba de volver a pisar algún día.

Baxter se ocupó en mudar la bandera y en clavar la tablilla, indicando la situación de *French-den* a seis millas remontando el curso de río, y a la una de la tarde es pusieron de nuevo en camino para regresar a su vivienda.

Doniphan mató unas cuantas avefrías que revoloteaban en la superficie del río, y a las cuatro, aun compañeros y él entraban en la gruta. Gordon, puesto al corriente de lo que había pasado y enterado de que muchas focas frecuentaban *Slou-ghi-bay,* aseguró que se les daría caza tan luego como el tiempo lo permitiera.

El invierno iba, por fin, a concluir muy pronto; durante la última semana del mes de Agosto y la primera de Septiembre, fuertes chubascos trajeron un rápido cambio en la temperatura. La nieve no tardó en disolverse, y el hielo del lago se rompió con un ruido ensordecedor. Los témpanos que no se deshicieron, entraron en la corriente del río, amontonándose unos encima de otros, formando

una barrera que se desbarató completamente hacia el 10 de Septiembre.

Así pasó aquel invierno. Merced a las precauciones tomadas, la pequeña colonia no padeció mucho. Todos gozaban de perfecta salud, y los estudios siguieron su curso ordinario, sin que Gordon se viese obligado a usar de mucha severidad.

Un día, sin embargo, tuvo que corregir a Dole, cuya conducta necesitaba un severo castigo.

Muchas veces, aquel testarudo muchacho había rehusado aprender su lección, y Gordon lo había reñido; pero como el niño continuara sin hacer caso de las observaciones del jefe de la colonia, fue condenado a recibir algunos azotes.

Sabido es que los niños ingleses no miran como denigrante esa clase de castigo. No obstante, Briant hubiera protestado contra aquella manera de obrar, ni no hubiese tenido la obligación de respetar las decisiones de Gordon.

Dole recibió, pues, algunos zurriagazos que le aplicó Wilcox, designado por la suerte en el presente caso, para funcionar como ejecutor público, y el castigo fue tan ejemplar, que el caso no volvió a acontecer.

El día 10 de Septiembre se cumplieron los seis meses primeros de las forzadas vacaciones de los alumnos de Chairmán, desde que el *Sloughi* se perdió en los arrecifes de la isla del mismo nombre.

XIV

Últimos fríos. -El carro. -La primavera. -Service y su nandú. -Preparativos para una expedición al Norte. -Las madrigueras. -«Stop-river.» -Fauna y flora. -Extremidad de «Family-Lake.» -«Sandy-desert.»

Con el buen tiempo, nuestros jóvenes colonos se propusieron realizar algunas de las excursiones proyectadas durante las largas noches de invierno.

El mapa de Francisco Baudoin no señalaba ninguna tierra alrededor de la isla, pero era posible que el pobre náufrago no la hubiera divisado, pues no poseyendo anteojo alguno, era imposible que con la simple vista distinguiera nada más allá de algunas millas. Nuestros colonos, mejor provistos, descubrirían tal vez lo que aquel no pudo alcanzar a ver.

Pero antes de visitar las diversas regiones de la isla, se trató de explorar el territorio comprendido entre *Auckland-hill*, *Family-Lake y Traps-woods.* ¿Cuáles eran sus recursos? ¿Cuál era su riqueza en árboles y arbustos que se pudieran aprovechar? Esto era lo primero que debían saber. La marcha quedó fijada para los primeros días de Noviembre. La primavera se retrasó algún tiempo, porque encontrándose la *isla Chairmán* en una latitud bastante alta, tuvo que sufrir muy malos tiempos, debidos al equinoccio.

Hasta mediados de Octubre, los cambios atmosféricos se manifestaron con sin igual violencia; las piedras del acantilado *Auck1and-hill* gemían azotadas por las ráfagas del Sur, que atravesando los pantanos, sin luchar con obstáculo alguno, llevaban consigo las emanaciones heladas del mar antártico. Veinte veces aquellos vendavales arrancaron las puertas de *Store-room,* penetrando por el corredor hasta el *hall,* y nuestros jóvenes sufrieron tal vez más por aquel temporal que por los intensos fríos del invierno.

Para más aburrimiento, parecía que los pájaros habían emigrado buscando un refugio en regiones más abrigadas y menos expuestas a tan recias tormentas equinocciales, y hasta los peces se

ocultaban por la agitación de las aguas, que mugían en las orillas del lago.

Sin embargo, los colonos no estaban ociosos. Como la mesa no podía ya servir de vehículo, puesto que el hielo había desaparecido, Baxter ideó fabricar un aparato a propósito para acarrear los objetos de gran peso. Al efecto, utilizó dos ruedas dentadas, de igual tamaño, de un torno del *schonner*. Después de haber ensayado, aunque en vano, romper los dientes de aquellas ruedas, llenó los intervalos con cuñitas de madera, cubiertas con un círculo metálico, y después de unirlas por una barra de hierro a manera de eje, se colocó sobre él una sólida plataforma, resultando así un carro, si bien muy basto, en disposición de prestar, como lo prestó, grandes servicios. Inútil nos parece añadir que, a falta de caballo, mula o burro, los más vigorosos serían los encargados de arrastrarlo.

¡Ah! Si llegaran algún día a apoderarse de cualquier cuadrúpedo, ¡cuántas fatigas se ahorrarían!. ¿Por qué la fauna de la isla Chairmán, fuera de algunos carnívoros, era más rica en volátiles que en rumiantes? Sería demasiada felicidad para ellos, y en particular para Service, que, ganoso de cabalgar, fuera como fuera, se lamentaba de que su avestruz

no quisiera domeñarse a vivir con la mansedumbre que crea siempre la domesticidad.

En efecto; el ñandú no habla perdido nada de su carácter salvaje. No dejaba que se aproximasen a él sin defenderse con el pico y las patas, y procuraba sin cesar romper sus ligaduras con el afán de huir y de perderse pronto por entre los árboles de *Traps-woods*, gozando a su placer de las delicias que a todo ser animado proporciona siempre la libertad.

Service, no obstante, no perdía las esperanzas. Había dado al ñandú el nombre de Brausewind, como lo había hecho con el suyo Jack, según leyera en *el Robinsón Suizo*; pero aunque nuestro muchacho había juzgado cuestión de amor propio el amansar al animal, no conseguía nada ni por buenos ni por malos tratamientos.

Sin embargo, dijo un día, aludiendo a la novela de Wyss, que no se cansaba de leer:

-Jack llegó a conseguir que su avestruz se transformara en un rápido corcel.

-Es verdad, le replicó Gordon; pero entre tu héroe y tú hay tanta diferencia como entre tu avestruz y el suyo.

-¿Cuál es?

-Sencillamente la que separa la imaginación de la realidad.

-¡No importa! replicó Service. ¡Llegaré a amansarle, o nos veremos los dos!

-Pues bien, respondió el americano riendo; me extrañaría menos oírle hablar que verlo obedecer.



[illegible] la nueva bandera, y [illegible]

A despecho de las bromas de sus compañeros, Service estaba muy decidido a montar su ñandú en cuanto el tiempo lo permitiese. Así es que, imitando en un todo a Jack, construyó una especie de guarnición de tela con ojeras movibles, para guiarle a derecha o izquierda, según su gusto. ¿Por qué no había de tener éxito, puesto que el héroe de Wyss le obtuvo? Hizo también un collar, que llegó a fijar al cuello del animal; pero en cuanto a la capucha, fue imposible colocársela en la cabeza.

El equinoccio tocaba a su fin; el sol tomaba fuerza y el cielo se serenaba, comenzando ya los árboles a brotar a impulsos del calor vivificante del luminoso astro.

Los colonos podían ya estar fuera días enteros. Los trajes de abrigo, pantalones de fuerte paño, camisetas o blusas de lana, habían sido sacudidos, limpiados y guardados en los cofres designados al efecto por Gordon. Nuestros jóvenes, encontrándose más ágiles con sus trajes ligeros, celebraban alegremente la vuelta del buen tiempo, teniendo además la esperanza, que no les abandonaba nunca, de hallar algún medio que modificase ventajosamente su situación.

Durante el verano podía acontecer que un buque visitara aquellos parajes; y si pasaba cerca de la isla Chairmán, ¿por qué no había de arribar viendo la bandera que ondeaba en la cresta de *Auckland-hill?*

En la segunda quincena de Octubre los cazadores hicieron alguna que otra excursión en un radio de dos millas en derredor de *French-den,* proporcionando a Mokó ocasión para mejorar en algo las comidas. Gordon no cesaba de recomendar la economía de las municiones, lo cual contrariaba mucho a Doniphan. Wilcox tendía lazos, con los que cogió algunos pares de perdices, avutardas y hasta de esas liebres *maras*, cuya carne se parece a la del aguti. Muchas veces en el día iban los colonos a mirar aquellos lazos, porque los chacales y otros carnívoros encontraban muy cómodo comerse las piezas cogidas de este modo, y en verdad era cosa triste trabajar para que aquellas fieras utilizasen el producto de la industria de nuestros muchachos; así es que cuando daban caza a algunos de estos animales dañinos en las antiguas trampas y en otras nuevas colocadas en la linde del bosque, los mataban sin piedad.

Doniphan dio muerte a varios de esos *pecaris* y *guaculis*, jabalíes y ciervos de pequeña estatura, cuya

carne es muy sabrosa. En cuanto a los ñandúes, nadie sintió no poderlos alcanzar, en vista del poco éxito obtenido por Service en su ensayo para domesticar el suyo; y bien claro se vio esto cuando en la mañana del 26 el terco muchacho quiso montar su avestruz, al que había puesto la guarnición, no sin mucho trabajo.

Estaban todos reunidos en *Sport-terrace* para asistir a este interesante espectáculo. Los niños miraban a su compañero con cierto sentimiento de envidia, mezclado de alguna inquietud, y en el momento decisivo titubeaban sobre si rogar o no a Service que los pusiera a la grupa; los mayores se encogían de hombros, y Gordon procuró disuadir a Service de que llevara a cabo una prueba que le parecía peligrosa; pero obstinándose éste en realizar su propósito, tomaron todos el partido de dejarle hacer su voluntad.

Mientras Garnett y Baxter tenían al animal con la cabeza cubierta por una capucha y las ojeras bajadas, Service, después de varias tentativas infructuosas, llegó a saltar sobre el ñandú, diciendo con voz algo temblona:

-¡Soltadle!

El avestruz, privado de la vista y sintiéndose sujetado por el muchacho, que le apretaba fuertemente con las piernas, se quedó inmóvil; mas apenas levantó Service las ojeras por medio de la cuerda que servía también de rienda, el ñandú dio un salto prodigioso y partió como una flecha en dirección al bosque.

Service no era dueño ya de su fogosa montura, y en vano procuró detenerla cegándola de nuevo; pues por un brusco movimiento de cabeza el animal se quitó la capucha, que cayó sobre su cuello, en el que el muchacho se agarraba con todas sus fuerzas; y, por fin, por medio de una violenta sacudida, se desembarazó del jinete en el mismo momento en que el ñandú iba a desaparecer bajo los árboles de *Traps-woods*.

Los compañeros de Service acudieron, y cuando llegaron a su lado, el avestruz estaba ya lejos.

Felizmente, habiendo caído el muchacho sobre una capa de hierba muy espesa, no se hizo ningún daño.

-¡Qué animal más estúpido! exclamó lleno de confusión. ¡Ah, si vuelvo a cogerlo!...

-No lo volverás a ver ya, respondió Doniphan, que se complacía en burlarse de su compañero.

-Decididamente, dijo Webb, tu amigo Jack era mejor jinete que tú.

-Es que mi ñandú no estaba suficientemente domesticado, respondió Service.

-Ni podía estarlo nunca, replicó Gordon. Consuélate, Service; nada hubieras conseguido de esa bestia, y no olvides que en la novela de Wyss no todo es verdad.

Al principiar el mes de Noviembre el clima continuaba favorable para una expedición de algunos días. Se trataba de reconocer la orilla occidental de *Family-Lake* hasta la punta del Norte; y como el tiempo estaba sereno y el calor no era excesivo, no había inconveniente en pasar unas cuantas noches al aire libre.

Los cazadores debían formar parte de la excursión; y como había de prolongarse algo, y, por lo tanto, ofrecer algunas peripecias, Gordon juzgó conveniente partir con ellos, siendo Briant y Garnett los encargados de cuidar a sus compañeros que se quedaban en *French-den*. Más adelante Briant emprendería otro viaje con objeto de visitar la parte inferior del lago, bien costeando sus orillas con la canoa, o ya atravesándolo, puesto que, según el

mapa, no tenía más que cuatro o cinco millas de anchura.

Al llegar la mañana del 5 de Noviembre, y dispuestos los expedicionarios Gordon, Doniphan, Baxter, Wilcox, Webb, Cross y Service, emprendieron su marcha después de despedirse de sus amigos.

En *French-den* ningún cambio debía operarse en la vida de todos los días. Fuera de las horas de estudio, los niños seguirían pescando, como de costumbre, en el lago o en el río, lo que constituía su recreo favorito. Pero no vaya a creerse que porque Mokó no formaba parte de la caravana, los expedicionarios se verían reducidos a comer mal, no; Service estaba con ellos; y como muchas veces ayudaba a Mokó en las operaciones de la cocina, hizo valer su talento culinario para acompañar a los viajeros, quizás impelido por su esperanza de encontrar a su avestruz.

Gordon, Doniphan y Wilcox iban armados con escopetas, llevando además un revólver a la cintura. Cuchillos de monte y dos hachas pequeñas completaban su armamento. Habían acordado no gastar plomo ni pólvora sino para defenderse o para matar algunas piezas de caza mayor, en el solo caso

de que no se las pudiese coger de un modo menos costoso.

Baxter, según sabemos, era un muchacho tan previsor como diestro, y previendo que llegara a ser algún día muy necesario servirse del lazo y de las bolas, las arregló, y ejercitándose en su manejo, adquirió muy pronto notable habilidad y destreza para lanzarlos. Es verdad que hasta entonces no lo había ensayado sino en objetos inmóviles, y nada probaba que los resultados estuviesen en armonía con sus deseos, arrojando aquellos contra un animal corriendo; pero los llevó consigo por si se presentaba el caso de utilizarlos.

Gordon se llevó también el *halkett-boot,* bote de cautchuc, muy portátil, puesto que, según dijimos oportunamente, se doblaba como una maleta y no pesaba más de diez libras.

Era muy conveniente tener a mano esta canoa, pues el mapa del náufrago consignaba la existencia y posición de dos ríos tributarios del lago, y tal vez necesitasen de aquel bote para atravesarlos. Según dicho mapa, del que Gordon llevaba una copia para consultarlo o comprobarlo, la ribera occidental de *Family-Lake* se desarrollaba en un largo próximamente de dieciocho millas, teniendo en

cuenta su curva. La expedición, según se ve, y en el caso de que los viajeros no experimentasen ningún retraso, necesitaría dos o tres días por lo menos.

El americano y sus compañeros, precedidos por *Phann,* dejaron *Traps-woods* a su izquierda, y anduvieron a buen paso por el suelo arenoso de la ribera, no tardando mucho en salvar la distancia hasta entonces recorrida en las excursiones que habían hecho desde su instalación en la gruta; y traspuesto dicho terreno, se hallaron en un sitio en que las hierbas eran tan altas, que dificultaban la marcha de nuestros jóvenes; pero no tuvieron por qué sentir aquel retraso, pues *Phann* empezó a rastrear, quedando por fin inmóvil delante de media docena de madrigueras.

Indudablemente el perro había olfateado algún animal, sin duda encamado, y Doniphan, llevado de sus aficiones, preparaba su escopeta, cuando Gordon le detuvo.

-Economiza la pólvora, Doniphan, le dijo; te lo suplico; economiza las municiones.

-¡Quién sabe, Gordon, si nuestro almuerzo estará ahí dentro! respondió el joven cazador.

-¡Y también la comida!... añadió Service, bajándose y mirando las madrigueras.

-Si hay algún bicho aquí, respondió Wilcox, lo obligaremos a que salga sin que nos cueste un perdigón.

-¿Cómo puede ser eso? preguntó Webb.

-Ahumándolo, como se hace con las zorras cuando están en las madrigueras.

Y Wilcox, cogiendo algunos puñados de hierbas secas, las colocó delante de los agujeros y las encendió; un momento después, diez o doce roedores salían medio sofocados, procurando huir, pero en vano. Eran conejos *tucutucos*, de los que Service y Webb mataron algunos con un palo, mientras que *Phann* estrangulaba también a cuantos cogía.

-¡He aquí un excelente asado!... dijo Gordon.

-Y yo me encargo de ello, añadió Service, deseoso de llenar sus funciones de jefe de cocina. ¿Queréis comerlos ahora mismo?

-En la primera parada, contestó el americano.

Necesitaron más de media hora para salir de aquella pradera, tan cubierta de malezas, y más allá encontraron la playa llena de dunas, cuya arena finísima se levantaba al menor soplo de aire.

A la altura en que se hallaban, el reverso de *Auckland-hill* quedaba ya a más de dos millas hacia

Oeste, lo cual se explicaba por la dirección del acantilado en su curva desde *French-den* hasta *Sloughi-bay*. Toda esta parte de la isla estaba oculta por aquel bosque tan espeso, que Briant y sus compañeros habían atravesado en su primera expedición al lago, rogado por el riachuelo de que hicimos mención al ocuparnos de ello, y al que habían dado el nombre de *Dike-creek*.

El mapa indicaba que ese *creek* desembocaba en el lago, y a su embocadura fue precisamente adonde nuestros jóvenes llegaron a las once de la mañana, después de haber andado unas seis millas.

Al llegar a dicho punto hicieron alto al pie de un magnífico pino, encendieron lumbre entre dos piedras, y algunos instantes después dos *tucutucos*, desollados por Service, se asaban al amor de una gran llama, y *Phann,* echado al lado del hogar, se complacía en husmear el buen olor que se desprendía de aquellos roedores.

Almorzaron con buen apetito, sin tener queja de ese primer ensayo de Service en el arte culinario. Los *tucutucos* bastaron, y no tuvieron que tocar a las provisiones que llevaban consigo, como no fuera algo de galleta, que hacía las veces de pan.

Concluido el almuerzo, emprendieron de nuevo la marcha, y atravesaron el *creek* por un vado, sin necesidad del bote, cuyo servicio les hubiese consumido mucho tiempo.



[illegible]

La orilla del lago, algo pantanosa, les obligó a seguir de nuevo las lindes del bosque, sin perjuicio

de dirigirse hacia el Este tan luego como lo permitiese el buen estado del terreno.

Los árboles eran siempre de la misma clase: hayas, abedules, pinos de varias especies, y encinas. Millares de pájaros de diversas castas revoloteaban debajo del follaje, cantando o silbando a porfía; y allá a lo lejos y muy alto, se veían algunas de aquellas aves de rapiña muy comunes en la América del Sur.

Service, acordándose sin duda de *Robinsón Crusoé,* sentía mucho que no tuviese loros en la isla, porque tal vez uno de aquellos habladores pájaros le hubiera indemnizado de los malos ratos que le proporcionó la educación, tan poco aprovechada, del avestruz.

La caza abundaba por doquier, y Gordon no pudo rehusar a Doniphan el placer de matar un *pecari*, que serviría para el almuerzo del siguiente día.

Anduvieron hasta las cinco de la tarde, hora en que llegaron a orillas del segundo río señalado en el mapa; era otro desagüe del lago que desembocaba en el Pacífico, más allá de *Sloughi-bay,* después de rodear el Norte de *Auckland-hill.*



Gordon resolvió detenerse en aquel sitio. Después de haber andado doce millas, era justo cenar y descansar. Este nuevo río fue llamado *Stop-river* (río de la parada).

Nuestros jóvenes establecieron su campamento debajo de los primeros árboles del ribazo, y los tucutucos formaron el plato principal de la cena, que Service condimentó con bastante acierto.

Pero estaban muy cansados, y como la necesidad que tenían de dormir era mayor que la de comer, resultó que, si bien es verdad que las bocas se abrían a impulsos del hambre, los ojos se cerraban obedeciendo al sueño; así es que, apenas concluyeron de cebar, encendieron una gran hoguera, y se tendieron delante de ella envueltos en sus mantas. Wilcox y Doniphan velaron por turno, a fin de alimentar la hoguera para mantener las fieras a respetable distancia.

La noche pasó sin ningún incidente, y al rayar el día todos estaban prontos a ponerse otra vez en camino, como lo hicieron sin dilación alguna.

Tenían necesidad de atravesar el río, pero como no era vadeable, echaron mano del bote. Esta débil barquilla no podía conducir más que una sola persona, así es que hubo necesidad de pasar siete veces y repasar otras tantas, lo que exigió más de una hora; pero poco importaba semejante dilación, en gracia a que ni las municiones ni las provisiones se mojaran.

Phann no quiso manifestarse cual perro comodón, y metiéndose en el agua, hizo a nado la travesía en un momento.

Pasado el río, el terreno estaba enjuto, y Gordon dirigió otra vez la expedición hacia la orilla del lago, adonde llegaron a las diez de la mañana; y después de almorzar muy bien con buenos trozos de carne de *pecari* asada, y galleta, tomaron el camino con dirección al Norte.

Nada indicaba aun que el extremo de lago estuviese próximo, pues el horizonte del Este se veía siempre cerrado por una línea circular de cielo y agua; pero a medio día Doniphan miró con el anteojo, y dijo:

-¡Ya está aquí la otra orilla! Todos se pusieron a mirar por aquel lado, y, efectivamente, las copas de los árboles comenzaban a distinguirse por aquel lado.

-No nos detengamos, replicó Gordon, y procuremos llegar antes de que anochezca.

Una árida llanura, con algunas dunas, y sembrada acá y allá de matas de juncos, se extendía hasta perderse de vista en dirección al Norte. La parte septentrional de la isla Chairmán no se componía, por lo visto, sino de anchos espacios arenosos que contrastaban con los verdes bosques del centro. El americano le dio el nombre de *Sandy-desert* (desierto de arena.)

A las tres, la orilla opuesta apareció distintamente, redondeándose a menos de dos millas al Este. Esta región parecía completamente abandonaba de todo ser viviente, como no fuera algunas aves marinas que pasaban por allí para ir a refugiarse en las rocas del litoral.

En verdad que si el *Sloughi* hubiese abordado en aquel sitio, nuestros pobrecitos náufragos hubieran creído verse privados de todo recurso. En vano buscarían, en medio de aquel desierto, una morada tan abrigada como *French-den,* y al faltarles el abrigo del *schonner* no hubieran, de seguro, hallado refugio alguno.

¿Era necesario ir más adelante en la misma dirección para reconocer por completo aquella parte de la isla que parecía inhabitable? ¿No sería preferible dejar para otra vez la exploración de la orilla derecha del lago, en donde otros bosques quizás pudieran ofrecer nuevas riquezas? Indudablemente que sí; y además, para averiguar si la isla Chairmán estaba o no cerca del continente americano, había que dirigir las indagaciones por la región del Este.

Doniphan propuso, sin embargo, llegar hasta la extremidad del lago, que no debía estar lejos, toda y

vez que la dobla curva de sus orillas se acentuaba más a cada instante. Lo realizaron así, y al llegar la noche hacían alto en el fondo de una caleta, en el ángulo Norte de *Family-Lake*.

En aquel sitio no se veía ni un ángulo ni una hierba, ni siquiera musgo o liquen seco. Los faltó el combustible, y para dormir se vieron precisados a echarse sobre la arena, cubriéndose con sus mantas.

Durante aquella noche nada turbó el silencio en *Sandy-desert*.

XV

Camino que siguieron para la vuelta. -Excursión hacia Oeste. -Trulca y algarrobo. -Árbol de té. -El torrente de «Dike-creek». -Vicuñas. -Noche intranquila. -Guanacos. -Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo. -Vuelta a «French-den.»

A doscientos pasos de la caleta se alzaba una duna de unos cincuenta pies de altura, observatorio muy a propósito para que Gordon y sus compañeros pudieran echar una ojeada sobre aquella región.

A la salida del sol se apresuraron a subir hasta la cima de la duna, y desde allí dirigieron los anteojos hacia el Norte.

Si aquel desierto arenoso se prolongaba hasta el litoral, como lo indicaba el mapa, era imposible divisar su fin, pues el horizonte de mar debía encontrarse a más de doce millas al Norte y a más de siete al Sur, y en esta suposición les pareció inútil remontar más allá en la parte septentrional de la isla Chairmán.

-Entonces, preguntó Cross, ¿qué vamos a hacer ahora?

-Volvernos por donde hemos venido, respondió el americano.

-¡Pero no antes de desayunarnos! se apresuró a decir Service.

-Pon la mesa, contestó Webb.

-Puesto que tenemos que volver sobre nuestros pasos, observó Doniphan, ¿no podríamos seguir otro camino para regresar a la gruta?

-Lo ensayaremos, respondió Gordon.

-Me parece, replicó Doniphan, que si siguiéramos la orilla derecha de *Family-Lake,* nuestra exploración sería completa.

-Resultaría demasiado larga, respondió el americano. Según el mapa, tendríamos que andar treinta o cuarenta millas, y necesitaríamos siete u ocho días para ello, suponiendo que ningún obstáculo se presentara en el camino, y semejante tardanza pondría muy inquietos a los de *French-den,* y nada exige les produzcamos tal inquietud.

-Sin embargo, añadió Doniphan, tarde o temprano será necesario reconocer aquella parte de la isla.

-Sin duda, respondió Gordon, y pienso organizar una expedición con este objeto.

-Doniphan tiene razón, dijo Cross; tenemos interés en no volver por el mismo camino.

-Bien, replicó Gordon. Propongo que sigamos la orilla del lago hasta *Stop-river,* y luego marcharemos directamente hacia el acantilado, cuya base seguiremos.

-¿Y por qué volver a bajar por esa orilla? preguntó Wilcox.

-En efecto, Gordon, añadió Doniphan. ¿Por qué no vamos por lo más corto, atravesando esta llanura arenosa para llegar a los primeros árboles de *Traps-woods*, que es hallan a tres o cuatro millas, cuando más, al Sudoeste?

-Porque nos conviene, no lo dudes, atravesar *Stop-river,* respondió Gordon; estamos ciertos de que en ese camino por donde hemos andado ya, no hallaremos obstáculos, mientras que más abajo podríamos encontrar dificultad, si el río se cambiase en torrente; lo más seguro es, a mi parecer, no entrar en el bosque sino por la orilla derecha del *Stop-river.*

-¡Siempre prudente, Gordon! exclamó Doniphan, no sin una ligera ironía en el acento.

-¡Es mi deber! respondió el americano.

Y bajando la duna, se sentaron un momento en la caleta, tomaron un ligero refrigerio, arrollaron las mantas, y cogiendo sus armas echaron a andar a buen paso por el mismo camino que la víspera.

El cielo estaba magnífico, y apenas si una ligera brisa rizaba las aguas del lago; si el tiempo continuaba así siquiera durante treinta y seis horas, Gordon y sus compañeros llegarían a *French-den* al anochecer del siguiente día.

Desde las seis de la mañana a las once anduvieron sin gran cansancio las nueve millas que separaban la punta del lago, de *Stop-river.* Doniphan mató dos magníficas avutardas moñudas, de plumaje negro, con manchas amarillas en el lomo y blancas en la pechuga, proporcionándose de ese modo un

rato de buen humor a sí mismo y de satisfacción a Service, siempre pronto a preparar para el asado cualquier animalejo que cayera en sus manos, como lo hizo una hora más tarde con los cazados por Doniphan, después de atravesar otra vez el río en el *halkett-boot*.

-Henos aquí ya en el bosque, dijo Gordon, y espero que Baxter encontrará ocasión de lanzar sus lazos o sus bolas.

-El caso es que hasta ahora no han servido para nada, respondió Doniphan, quien, tratándose de caza, no apreciaba más que su carabina.

-Esto no sirve para los pájaros, replicó Baxter.

-Pájaros o cuadrúpedos, no tengo confianza en esos artefactos, dijo Doniphan.

-Ni yo, añadió Cross, siempre dispuesto a apoyar la opinión de su primo.

-Esperad siquiera a que Baxter haya tenido ocasión de servirse de ellos, antes de dar vuestro parecer, respondió el americano. Estoy cierto de que nos dará una sorpresa agradable; y no debemos olvidar que si las municiones llegan a concluírsenos, el lazo y las bolas no faltarán nunca...

-¡Antes faltaría la caza!... replicó el incorregible muchacho.

-Ya lo veremos, dijo Gordon, y mientras tanto almorzaremos.

Los preparativos necesitaron algún tiempo, porque Service quería que la avutarda estuviese muy a punto, y es menester, en efecto, más de una hora para la cocción de una de estas aves, que suelen pesar de veinticinco a treinta libras, y miden cerca de tres pies desde el pico a la cola, siendo de las mayores que constituyen la familia de las gallináceas. Una vez asada, desapareció como por encanto hasta el último trozo, pues *Phann,* a quien dieron el armazón, no dejó tampoco nada.

Concluido el almuerzo, los graves viajeros penetraron en la parte aun desconocida de *Traps-woods,* que *Stop-river* atraviesa antes de confundirse con el Pacífico.

El mapa indicaba que dicho río se inclinaba en su curso a Noroeste, dando vueltas a la extremidad del acantilado, y que su embocadura esta ¡situada más allá del promontorio *False-Sea-point.* Fijado en esto, Gordon resolvió abandonar la ribera de *Stop-river*, porque, siguiéndola, serían llevados en una dirección completamente opuesta a *French-den,* cuando lo que él quería era llegar por el camino más

corto a las primeras rocas de *Auckland-hill*, para seguir su base bajando al Sur.

Así es que después de orientarse por medio de la brújula, el americano empezó a marchar en dirección al Oeste, por donde los árboles, siendo menos espesos que en la parte Sur de *Traps-woods,* dejaban más libre el paso por un suelo menos cubierto de brozas y malezas.

Entre los abedules y las hayas he abrían algunos claros que dejaban penetrar los rayos del sol, merced a los cuales, las flores silvestres, hermoseando la tierra y perfumando el ambiente, mezclaban sus vivos colores con el verde de los arbustos y de la alfombra de césped.

Los coquetones jovencitos cogieron algunas de esas flores y adornaron con ellas las solapas de sus chaquetas.

Gordon, por su parte, y ayudado de sus conocimientos en botánica, hizo un descubrimiento muy útil, que en más de una ocasión había de aprovechar a la pequeña colonia. Atrajo su atención un arbolito muy frondoso, de hojas poco desarrolladas, y de cuyas ramas, llenas de espinas, pendía una pequeña fruta rojiza, del tamaño de un guisante.

-¡Este árbol es el *trulca,* si no me equivoco! exclamó. Es una fruta muy apreciada por los indios.



[illegible]

-Si no es nociva, respondió Service, comamos, puesto que nada cuesta.

Y antes de que el americano pudiera impedirlo, Service se llevó a la boca dos o tres de ellas.

¡Cuántas muecas hizo! Sus compañeros reían a carcajadas al verle escupir la abundante saliva que el ácido de aquella fruta le producía.



-¡Y tú, Gordon, que decías que esto se comía! exclamó Service, cuando pudo hablar.

-No he dicho tal cosa, repitió el americano. Si los indios hacen gran consumo de esta fruta es para fabricar un licor que obtienen por la fermentación, y añado que dicho licor será para nosotros un precioso recurso cuando nuestra, provisión de *brandy* se haya agotado; pero con la condición de ser parcos al servirnos de él, porque es una bebida que se sube fácilmente a la cabeza. Llevaremos un saquito de trulcas, si os parece, y haremos un ensayo en *French-den*.

-Sí, sí, las llevaremos, repitieron todos a una.

Y se pusieron a cogerlas, sin calcular lo difícil de la operación, a causa de los millares de espinas que defienden a dicha fruta; pero Baxter y Webb facilitaron la recolección haciendo caer gran cantidad de ellas en el suelo, dando ligeros golpes en las ramas.

Más allá encontraron varios algarrobos, árbol muy común en las tierras próximas a la América del Sur. Las vainas de aquel vegetal dan también, por la fermentación, un licor muy fuerte. Esta vez, Service se abstuvo de probar nada, e hizo bien, porque aquella fruta azucarada produce en la boca una sequedad bastante penosa, no pudiéndose mascar impunemente sus semillas.

Otro descubrimiento de no menor importancia se verificó por la tarde, un cuarto de milla antes de llegar a *Auckland-hill*. El aspecto del bosque se había modificado bastante; con el aire y el calor los vegetales se desarrollaban de un modo portentoso, los árboles desplegaban sus ramas a sesenta u ochenta pies de altura, cubiertos de nacientes hojas, y millares de pájaros de todos colores gorjeaban en ellas. Entre aquellos árboles se destacaba el haya antártica, que conserva en toda estación su tierno verdor, y un popo menos elevados, pero magníficos también, los *winthers,* cuya corteza tiene el mismo sabor que la canela, cosa que agradó mucho a Service. Gordon reconoció también, entre todos aquellos vegetales, el *pernettia,* árbol de té, que crece hasta en las más altas latitudes, y cuyas aromáticas hojas ofrecen en infusión, una habida muy saludable.

-He aquí una cosa que podrá reemplazar nuestra provisión de té, dijo Gordon. Cojamos algunos puñados de hojas, y más tarde haremos acopio para el invierno.

Eran las cuatro, poco más o menos, cuando nuestros exploradores llegaron casi al extremo Norte de *Auckland-hill*. Por aquel sitio, aunque el acantilado pareciese menos alto que en los alrededores de la

gruta, era imposible ascender a él, pues las rocas estaban en sentido perpendicular; mas poco importaba eso, puesto que no se trataba sino de seguir su base, dirigiéndose hacia el río *Zealand*.

Dos millas más allá oyeron el murmullo de un torrente que corría por un estrecho desfiladero, y que les fue fácil vadear.

-Este debe ser el río que descubrimos en nuestra primera expedición al lago, dijo Doniphan.

-¿El que tenía la calzada de piedras? preguntó Gordon.

-El mismo, contestó Doniphan, y por este motivo le llamamos *Dike-creek*.

-Pues bien, acampemos en su orilla derecha, repuso el americano. Son cerca de las cinco, y ya que tenemos que pasar todavía una noche al aire libre, más vale que sea aquí, al abrigo de estos árboles. Mañana por la noche espero que dormiremos en nuestras camas.

Service se ocupó de la comida, para la que tenía en reserva la segunda avutarda: la asó y la sirvió a sus compañeros. ¡Asado, siempre asado! Pero hubiera sido una injusticia echárselo en cara a Service, que no tenía medios de variar la manera de guisar los alimentos.

Mientras tanto se comía, Gordon y Baxter se habían internado otra vez en el bosque, buscando aquel nuevos arbustos y plantas, y éste la ocasión de utilizar su lazo y sus bolas, aunque no fuese más que para poner término a las burlas de Doniphan. Ambos habían anclado apenas un centenar de pasos en la espesura, cuando Gordon, llamando a Baxter con una seña, le enseñó un grupo de animales retozando en la hierba.

-¡Son cabras! dijo Baxter en voz baja.

-O a lo menos se les parecen mucho, respondió el americano; procuremos cogerlas...

-¿Vivas?

-Sí, Baxter, vivas, repuso su compañero; es una felicidad que Doniphan no nos haya seguido, porque hubiera matado una, y las demás hubiesen huido. ¡Acerquémonos despacio, a fin de que no nos sientan llegar!

Aquellos graciosos animales no se habían asustado aun. Sin embargo, una de aquellas cabras, madre sin duda, olfateaba el aire, pronta a marcharse con su rebaño a la primera señal de alarma. De repente, se dejó oír una especie de silbido, y las bolas acababan de escaparse de las manos de Baxter, distante unos veinte pasos del grupo de animales.

Diestra y vigorosamente lanzadas, se enredaron alrededor del cuello de una cabra, mientras que las demás desaparecían entre los árboles.

Gordon y Baxter corrieron hacia el rumiante, que procuraba desembarazarse de las bolas, y la ataron, imposibilitándole para huir; cogieron también, dos cabritos, que el instinto había detenido al lado de su madre.

-¡Hurra! exclamó Baxter, embargado por la alegría. ¡Hurra! Pero, dime: ¿son cabras?

-No, respondió Gordon. Me parece más bien que son vicuñas.

-¿Y estos animales dan leche?

-¡Ya lo creo!

-Pues en ese caso, ¡vivan las vicuñas!

Gordon no se equivocaba. Las vicuñas se parecen a las cabras, sólo que sus patas son más largas, su pelo corto y fino como la seda, y su cabeza pequeña y desprovista de cuernos. Estos animales frecuentan principalmente las Pampas de América, y también los terrenos del estrecho de Magallanes.

Es fácil adivinar la acogida que sus compañeros harían a Baxter y al americano cuando volvieran al campamento, el uno tirando de la madre con las cuerdas de las bolas, y el otro con un cabrito debajo

de cada brazo. Puesto que su madre les daba aun de mamar, era fácil criarlos sin demasiado trabajo, y ¡quién sabe si esto sería el núcleo de un futuro rebaño, muy conveniente para la colonia! Doniphan sintió mucho no haber podido tirar a alguna de aquellas piezas; pero tuvo que contesar que, para cogerlas vivas, las bolas valían más que las escopetas.

Comieron, o más bien cenaron, alegremente. La vicuña, atada a un árbol, se puso a pacer, mientras sus pequeñuelos saltaban alrededor de ella.

La noche no fue tan tranquila como lo había sido en la llanura de *Sandy-desert.* Esta parte del bosque era visitada por animales más temibles que los chacales, y cuyos gritos participaban a la vez del aullido y del ladrido. A las tres de la mañana la alarma fue grande, porque esta vez eran verdaderos rugidos los que se oían.

Doniphan, de guardia al lado del fuego, con su escopeta en la mano, no había creído necesario todavía despertar a sus compañeros; pero aquellos rugidos se hicieron tan violentos, que Gordon y los demás es despertaron.

-¡Qué sucede? preguntó Wilcox.

-Debe de ser una manada de fieras que ronda por aquí, dijo Doniphan.

-Serán jaguares o conguares, respondió el americano.

-Unos y otros se parecen mucho.

-No del todo, Doniphan; el conguar es menos peligroso que el jaguar. Pero cuando van en manadas, son carnívoros muy temibles.

-Estamos prontos a recibirlos, replicó Doniphan.

Y sin esperar respuesta, se puso a la defensiva, mientras sus compañeros se armaban con los revólvers.

-No tiréis hasta que estéis muy seguros de dar en el blanco, aunque creo que la hoguera impedirá que esos animales se acerquen aquí...

-¡No están lejos! exclamó Cross.

En efecto, cerca debían andar, a juzgar por la inquietud de *Phann,* a quien detenía su amo con mucho trabajo. Pero la oscuridad no permitía distinguir absolutamente nada en el interior del bosque.

Sin duda aquellas fieras tenían por costumbre venir a beber de noche en el arroyuelo, y encontrando el sitio ocupado, demostraban su desagrado por formidables rugidos. ¿Se contentarían

con esto, o sería preciso rechazar una agresión cuyas consecuencias podían ser funestas?

De repente, a unos veinte pasos, se divisaron bultos que se movían, y Doniphan disparó su arma, después de lo cual se oyeron rugidos más violentos. Los viajeros entonces, con los revólvers empuñados, estaban prontos a hacer fuego, si las fieras se precipitaban sobre el campamento.

Baxter cogió una rama encendida, y la lanzó vigorosamente del lado en que no veían ya unos ojos relucientes como carbones encendidos.

Un instante después, aquellos animales, uno de los cuales debió ser herido por Doniphan, abandonaron el sitio, perdiéndose en las profundidades del bosque.

-¡Ya se marcharon! exclamó Cross.

-¡Buen viaje! añadió Service.

-¿Y no pueden volver? preguntó Cross.

-No es probable, respondió Gordon; pero es prudente que velemos hasta que sea de día.

Pusieron más leña en la hoguera, cuya viva llama fue alimentada hasta las primeras luces del alba, a cuya hora levantaron el campamento y se internaron en la espesura para ver si alguna de aquellas fieras había muerto del tiro.

A unos veinte pasos el suelo estaba impregnado de sangre, y hubiera sido muy fácil encontrar a aquel animal, con la ayuda de *Phann*, si Gordon no hubiera juzgado inútil aventurarse en lo interior del bosque. Así es que no pudieron saber si aquellas fieras eran jaguares, conguares u otros carnívoros no menos peligrosos; pero lo importante era que todos estuviesen sanos y salvos.

Puestos nuestros expedicionarios de nuevo en marcha a las seis de la mañana, no tenían tiempo que desperdiciar si querían recorrer en el día las nueva millas que a *Dike-creek* separaban de *French-den*.

Service y Webb se encargaron de llevar las pequeñas vicuñas, y la madre no se hizo de rogar para seguir a Baxter, que la llevaba atada.

El camino, al pie de *Auckland-hill,* era poco variado. A la izquierda se extendía, cual verde cortina formada por la frondosidad de los árboles, tan pronto apiñados hasta no ser fácil penetrar, como menos espesos y dejando algunos claros. A la derecha, una muralla perpendicular, cuya altura crecía a medida que oblicuaba al Sur.



A las once almorzaron, y para no perder tiempo, comieron los fiambres que llavaban consigo, poniéndose en seguida en camino, andando con mucha rapidez, y parecía que nada vendría a retrasar su marcha, cuando a eso de las tres un tiro sonó debajo de los árboles.

Doniphan, Webb y Cross, acompañados por *Phann,* se encontraban a un centenar de pasos más adelante; sus compañeros no podían verlos ya, pero oyeron estos gritos:

-¡Alerta... compañeros, alerta! Estas voces tenían por objeto avisar a Gordon, a Wilcox, a Baxter y a Service para que estuviesen con cuidado.

De repente un animal de gran talla apareció en la espesura.

Baxter, que acababa de enarbolar el l*azo,* lo lanzó, después de haberle dado vueltas por encima de su cabeza; y lo hizo con tanta destreza, que el nudo corredizo de la larga correa se arrolló al cuello del cuadrúpedo, que procuraba en vano desembarazarse de él; mas como era en extremo vigoroso, hubiera arrastrado a Baxter, si Gordon, Wilcox y Service no hubiesen cogido el otro extremo del lazo, que ataron al tronco de un corpulento árbol.

Casi en seguida, Webb y Cross salían del bosque, seguidos por Doniphan, que exclamó con tono de mal humor:

-¡Maldito animal!... ¡No sé cómo he errado el tiro!

-Baxter no ha errado, compañero, respondióle Service; y aquí le tenemos, vivo y muy vivo.

-¡Qué importa, si tendremos que matarlo! replicó Doniphan.

-¡Matarlo! repuso Gordon. ¡Matarlo, cuando tan a propósito nos viene para el tiro!

-¡Esto! exclamó Service.

-Es un guanaco, respondió Gordon, y estos animales se estiman mucho en las cuadras de la América del Sur.

Por útil que pudiera ser ese guanaco, Doniphan sintió mucho no haberle matado; pero se guardó muy bien de dar a conocer su pensamiento, y se acercó para examinar de cerca aquella hermosa muestra de la fauna chairmaniana.

Aunque la Historia natural clasifique al guanaco en la familia de los camellos, no se parece en nada al animal de este nombre, tan común, en el Africa Septentrional. El guanaco, con su largo cuello, su fina cabeza, aun piernas largas y delgadas, señal de agilidad, y su piel aleonada con manchas blancas, no era inferior a los más hermosos caballos de raza americana. Seguramente que podrían emplearle en rápidas carreras, amansándolo primero y

amaestrándolo después, como se hace, según dicen, en las granjas de la Pampas argentinas.

Además, este animal es bastante tímido, y cuando Baxter aflojó el nudo corredizo, que casi la estrangulaba, no dio señales de quererse escapar, y fue fácil conducirle atado con la cuerda del lazo, cual si fuese una brida.

Decididamente aquella excursión al Norte de *Family-Lake* iba a ser provechosa para la colonia. El guanaco, la vicuña y sus cachorritos, el descubrimiento del árbol de té, de las trulcas y del algarrobo, merecían que se hiciera una buena acogida a Gordon, y sobre todo a Baxter, que no teniendo nada de vanidoso, como Doniphan, no se enorgullecía por sus triunfos.

El americano estaba contentísimo viendo que el lazo y las bolas prestaban grandes servicios. Es verdad que Doniphan era un excelente tirador, con quien se podía contar; pero su destreza costaba siempre algunas cargas de pólvora y de plomo.

Gordon se propuso alentar a sus compañeros para que se amaestrasen en el ejercicio en que Baxter era ya profesor, y cuyo ejercicio utilizan los indios con mucha ventaja.

Según el mapa, quedaban aun cuatro millas que recorrer antes de llegar a *French-den,* y nuestros jóvenes se apresuraron para llegar antes del anochecer.

No le faltaban ganas a Service de montar sobre el guanaco con el fin de hacer su entrada triunfal en aquella magnífica montura; pero Gordon no quiso permitirlo, por no estar amansado aun, cual convenía para servirse de él.

-Supongo que cuando lo domestiquemos no nos dará muchas coces, dijo; y en el caso, poco probable, de que no quisiera dejarse montar, será preciso, por lo menos, que tire del carro. ¡Paciencia, pues, Service, y no olvides la lección que recibiste del avestruz!

A las seis divisaron *French-den*.

El pequeño Costar, que jugaba en *Sport-terrace*, dio la noticia de la llegada de sus compañeros. Briant, seguido de los demás, aceleró el paso hasta unirse con los que esperaban, quienes con alegres *¡hurras!* acogieron la vuelta de los exploradores, después de algunos días de ausencia.

XVI
Inquietud de Briant por Santiago. -- Construcción del cercado. -Azúcar de arce. -Exterminio de las zorras. -Nueva expedición a «Sloughi-bay» -El carro enganchado. -Matanza de focas. -Las fiestas de Navidad. -Hurras a Briant.

Ninguna novedad habla ocurrido en *French-den* durante la ausencia de Gordon. El jefe de la pequeña colonia no tenía más que alabanzas para Briant, a quien los pequeños demostraban un sincero cariño; y si Doniphan no fuera de un natural tan altanero y envidioso, hubiera apreciado también sus buenas cualidades; mas por desgracia no sucedía así, y merced al ascendiente que ejercía sobre Wilcox, Webb y Cross, éstos hacían causa común con él cuando se trataba de contrariar al joven francés, tan diferente por carácter de sus compañeros anglo-sajones.

Briant no se cuidaba de ello; cumplía con lo que consideraba su deber, sin preocuparse jamás de lo que se pensaba de su conducta. Su gran pesar era la actitud de su hermano, a quien había interrogado de nuevo, sin obtener más respuesta que ésta:

-No... hermano... no. ¡No tengo nada!

-¿No quieres confesarlo? le dijo. ¡Haces mal!... ¡Sería un gran consuelo para ti, lo mismo que para mí! ¡Cada día observo que estás más triste y más sombrío!... Vamos, soy tu hermano mayor, y tengo derecho a saber la causa de tu pena... ¿Qué falta has cometido?

-Hermano, respondió por fin Santiago, como si no pudiese resistir a algún secreto remordimiento; lo que he hecho... tú tal vez... me lo perdonarías... pero los demás...

-¡Los demás!... ¡Los demás!... exclamó Briant. ¿Qué quieres decir, Santiago?

Las lágrimas corrieron por las mejillas del pobre niño; pero a pesar de la insistencia de su hermano, sólo dijo:

-¡Más adelante lo sabrás todo!... ¡Más adelante!...

Después de esta respuesta, puede comprenderse fácilmente cuál sería la inquietud de Briant. ¿Qué falta tan grave podía haber cometido Santiago? Eso es lo que quería saber, de cualquier modo que fuese; así es que cuando Gordon hubo de volver de su excursión, la habló de lo confesado a medias por su hermano, rogándole interviniera en el asunto.

-¿Para qué? le respondió con mucha cordura el americano. Más vale dejar a Santiago que obre con entera libertad. Lo que ha hecho será alguna falta cuya importancia exagera. Esperemos, pues, a que espontáneamente se explique.

Desde el inmediato día, 9 de Noviembre, los jóvenes colonos se pusieron a la faena, pues el trabajo no faltaba. En primer lugar, fue preciso atender a las reclamaciones de Mokó, cuya despensa empezaba a estar desprovista, no obstante que las redes, ballestas, lazos y trampas habían funcionado varias veces. En realidad, lo más urgente era caza mayor, y para obtenerla hacíase preciso construir trampas bastante fuertes con que coger vicuñas, pécaris y guaculis sin gastar pólvora ni plomo, y a esta operación consagraron todo el mes de Noviembre, que corresponde a Mayo en las latitudes del hemisferio septentrional.

El guanaco, la vicuña y sus cachorritos habían **sido instalados** provisionalmente debajo de los árboles más cercanos a la gruta, y allí, atados con largas cuerdas, que les permitían moverse en cierto radio, pacían tranquilamente. Esto les bastaba durante el buen tiempo; pero como para el invierno sería necesario arreglarles un abrigo más

conveniente, Gordon proyectó construir al pie de *Auckland-hill,* del lado del lago y junto a la puerta del *hall*, un establo con algún terreno alrededor a manera de corral, y cercado todo por una empalizada.

Pusieron manos a la obra, y un verdadero taller se organizó bajo la dirección de Baxter. Era un gusto ver a aquellos muchachos manejar con más o menos destreza las herramientas de carpintería que habían encontrado en una caja a bordo del *Sloughi.* Si echaban a perder alguna cosa, no se descorazonaban por esto, y volvían a empezar de nuevo. Árboles de un grueso mediano, cortados a flor de tierra y despojados de su ramaje, sirvieron de pies derechos para formar la empalizada, de un espacio bastante grande para que una docena de animales pudiesen vivir allí con toda comodidad. Estos troncos, bien hundidos en el suelo y unidos por travesaños, eran suficientes para resistir al empuje de las fieras, caso de que tratasen de franquearlo o derribarlo. El establo, cuyo techo cubrieron con una lona embreada, fue construido con el maderamen de la obra muerta del buque, ahorrándose de casi todo el trabajo de aserrar unos cuantos árboles para proveerse de tablas. Una seca y espesa cama, un buen alimento de hierba, musgo y hojas de que se

haría gran acopio, era todo cuanto se necesitaba para que los animales domésticos se conservasen en perfecto estado de salud.

No hay para qué decir que hasta que el cercado se terminara, el guanaco y las vicuñas se recogían todas las noches en Store-room, por temor a los chacales, zorras y demás fieras que rondaban de noche, demasiado cerca de *French- den.*

Garnett, y Service especialmente, encargados de cuidar esta cuadra, hallaron pronto su recompensa viendo que el guanaco y las vicuñas se amansaban cada día más.

Verdad es que sus cuidados se aumentaron, porque el cercado no tardó mucho en recibir nuevos huéspedes, como fueron un segundo guanaco que se bahía dejado coger en una de las trampas del bosque, un par de vicuñas, macho y hembra, de que se apoderó Baxter con ayuda de Wilcox, que empezaba también a manejar perfectamente las bolas, y un ñandú que *Phann* cogió a la carrera.

Gran alegría recibió Service al ver llagar al avestruz, recordando sin duda al primero que cazaron; pero bien pronto se convenció de que con este animal alcanzaría lo que con el otro; esto es, gastar la paciencia, sin conseguir domesticarlo.

Mientras Garnett y Service, como acabamos de decir, se ocupaban del cuidado de los animales, Wilcox y algunos de sus compañeros no dejaban de preparar trampita y lazos, que iban a mirar todos los días. Iverson y Jenkins, pequeños ambos, tuvieron también su parte de atenciones serias, pues cuidaban con mucho esmero un corral que encerraba algunas avutardas, faisanes, pintadas y *tinamous* que se habían cogido con lazos.

Como se ve, Mokó tenia ahora a su disposición, no sólo la leche de las vicuñas, sino también huevos de las aves del corral, y de seguro que hubiera preparado alguna vez cualquier plato de dulce si Gordon no le hubiera recomendado que economizara el azúcar; así es que únicamente los domingos y algún que otro día de fiesta se veía en la mesa un plato extraordinario, con gran contento de Dole y Costar, que se regalaban a boca llena.

Pero si no era fácil fabricar azúcar, ¿sería posible hallar alguna sustancia que hiciera sus veces?

Estudiando sus *Robinsones,* decía Service que no había más que buscar, y que se hallaría, pues así lo había aprendido en ellos. Gordon buscó, pues, y concluyó por descubrir en medio de los matorrales de *Traps-woods,* un grupo de árboles que tres meses

más tarde, en los primeros días de otoño, se cubrirían de un follaje de color de púrpura, ofreciendo a la vista un hermoso efecto.

-Son arces, dijo; árboles que dan azúcar.

-¡Árboles de azúcar! exclamó Costar.

-No, goloso, respondió Gordon. He dicho que dan azúcar. No te relamas, pues.

Este era uno de los más importantes descubrimientos que los jóvenes colonos habían hecho desde su instalación en la gruta. Practicando una incisión en el tronco de esos arces, Gordon obtuvo un líquido producido por la condensación de la savia, que, solidificándose, daba una materia azucarada. Aunque inferior en calidad sacarina a lo jugos de la caña y de la remolacha, esa sustancia no era menos preciosa para las necesidades de la cocina, y mejor, en todo caso, que los productos similares que se sacan de los abedules en la primavera.

Teniendo azúcar, no tardaron en fabricar licor. Por consejo de Gordon, Mokó ensayó tratar por la fermentación los frutos del trulca y del algarrobo. Después de haberlos machacado en una cuba, valiéndose de una pesada maza de madera, tuvo el gusto de ver que dieron un caldo, cuyo sabor le hizo conocer que hubiera bastado para endulzar las

bebidas calientes a falta del azúcar de arce. En cuanto a las hojas cogidas del árbol de té, les pareció que eran casi tan buenas como las de la odorífera planta china; así es que en sus excursiones por el bosque no dejaron de hacer abundante acopio de aquellas salutíferas hojas.

Como se ve, la *isla Chairman* abastecía a sus habitantes, si no de lo superfluo, a lo menos de lo necesario para la vida. Lo que les faltaba, con gran pesar suyo, eran legumbres frescas y verduras, teniendo que contentarse con las que estaban en conserva, y que Gordon economizaba lo que podía. Briant procuró cultivar aquellas batatas, vueltas al estado silvestre, que el náufrago francés había sembrado al pie del acantilado; pero su ensayo no dio resultado satisfactorio. Felizmente, el apio, según se recordará, crecía en abundancia en las orillas del lago; y no habiendo razón, por lo tanto, para economizarlo, hacía las veces de las verduras, sin que por eso perdieran la esperanza de hallar con qué reemplazarlo en alguna de sus excursiones por el campo.

Las redes tendidas durante el invierno en la orilla izquierda del río, habían sido transformadas para la

caza en la estación cálida, y muchas perdices y otros pájaros se dejaron prender en ellas.

Doniphan tenía muchas ganas de explorar la vasta región de *South-moors*, al otro lado del río *Zealand,* mas no se atrevió a aventurarse a través de aquellos inmensos pantanos, cubiertos en gran parte por las aguas del lago, mezcladas con las del mar en la época de las crecidas.

Wilcox y Webb cogieron cierto número de agutis tan grandes como liebres, cuya carne blancuzca y algo seca, es intermedia entre la del conejo y la del puerco. Hubiera sido muy difícil cogerlos a la carrera, aun con la ayuda de *Phann;* pero cuando estos animales se hallan en su madriguera, basta silbar suavemente para traerlos al orificio y apoderarse de ellos.

Diferentes veces nuestros jóvenes cazaron también algunas mofetas, glotones grises y zorrillos, parecidos a las martas por su hermosa piel negra rayada de blanco, si bien tienen la contra de que exhalan un olor fétido.

-¿Cómo pueden sufrir ellos mismos el hedor que despiden? preguntó Iverson.

-¡Ya lo creo! ¡Por la costumbre! respondió Service.

El lago, poblado de una infinidad de peces, les daba, entre otros, hermosas truchas; pero tenían también el defecto de conservar, a pesar de la cocción y del condimento, un gusto a cieno nada agradable. Es verdad que podían recurrir a la pesca, en *Sloughi-bay,* de aquellas ricas merluzas que se refugiaban a millares entre las algas y los *fucus*, y luego, cuando llegara la época en que los salmones remontan el río *Zealand,* Mokó procuraría hacer un buen acopio de este pescado, que, conservado en salmuera, aseguraría un buen alimento para el invierno.

Por una indicación de Gordon, que se valía de todos los medios para escatimar las municiones, Baxter se ocupó en fabricar algunos arcos de flexibles ramas de fresno y flechas de caña con un clavo en su remate, lo que permitió a Wilcox y a Cross, los mejores tiradores de la colonia después de Doniphan, matar de vez en cuando alguna caza menuda.

Sin embargo, por más opuesto que era Gordon, según hemos dicho, a que se gastase la pólvora, se presentó una circunstancia que la obligó a apartarse de su habitual propósito.

Un día, era el 7 de Diciembre, Doniphan le llamó aparte y le dijo:

-Estamos intestados de chacales y zorras. Vienen a manadas durante la noche, destruyen los lazos y se comen la caza que allí encuentran. ¡Es menester acabar con ellos de una vez.!

-¿No se pueden poner trampas? dijo Gordon, que comprendía demasiado bien lo que su compañero quería.

-¡Trampas!... respondió Doniphan, que ni había perdido nada de su desdén para aquellos artefactos de caza. ¡Trampas! Si se tratara solamente de los chacales, son bastante estúpidos y se dejan coger en ellas algunas veces; pero las zorras son muy diferentes; en gran manera astutas, desconfían, a pesar de todas las precauciones que toma Wilcox, y el mejor día nos encontraremos con que en nuestro corral y cercado no quedará una ave.

-Pues bien, ya que es necesario, respondió Gordon, concedo algunas docenas de cartuchos; pero procurad no desperdiciar los tiros.

-Está bien, cuenta con ello, Gordon. La próxima noche nos pondremos en acecho al paso de estos animales, y haremos tal matanza, que no los volveremos a ver en mucho tiempo.

Esa destrucción era, en efecto, urgente. Las zorras de aquellas regiones, en particular las de América del Sur, son, según parece, más ladinas aun que las de Europa, pues hacen grandes estragos en los alrededores de las haciendas, teniendo bastante inteligencia para cortar las tiras de cuero con que amarran los caballos a las reses en los pastos.

Llegada la noche, Doniphan, Briant, Wilcox, Baxter, Webb, Cross y Service fueron a apostarse en los alrededores de un *covert,* nombre que se da en el Reino Unido a unos anchos espacios de terrenos, salpicados de breñas y zarzales. Este *covert* estaba situado cerca de *Traps-woods*, por el lado del lago.

Phann no era de la partida, porque hubiera perjudicado más bien que ayudado en aquella emboscada, toda vez que no se trataba de seguir una pista. Además, las zorras no dejan ninguna emanación a su paso, y por eso, los mejores perros no encuentran su huella.

Eran las once cuando Doniphan y sus compañeros se pusieron en acecho.

La noche estaba muy oscura, y ni el más ligero soplo de la brisa turbaba el silencio que reinaba en el bosque, permitiendo oír el paso de las zorras por la seca hierba.

Un poco antes de las doce, Doniphan notó la aproximación de una manada de aquellos animales, que atravesaban el *covert* para ir a beber al lago.

Los cazadores esperaron, no sin impaciencia, que hubiera unos veinte reunidos, lo que necesitó algún tiempo, porque avanzaban con mucha circunspección, como si hubieran adivinado que les tendían alguna emboscada.. De repente, a una señal de Doniphan, varios tiros se oyeron, dando todos en el blanco, pues cinco o seis zorras rodaron por el suelo, mientras que las demás, huyendo, se escabullían por derecha e izquierda; pero casi todas iban mortalmente heridas. Al amanecer se encontraron diez de estos animales tendidos entre los matorrales; y como la matanza duró tres noches seguidas, la pequeña colonia se libró de aquellas peligrosas visitas que amenazaban la vida de los habitantes del cercado, y además proporcionó a los muchachos unas cincuenta hermosas pieles de un gris plateado, que, destinadas a alfombras o a abrigos, podían prestarles gran servicio.

El 15 de diciembre se verificó una gran expedición a la bahía *Sloughi;* y como el tiempo no podía ser mejor, Gordon decidió que todos formasen parte de ella, cosa que celebraron los niños

con gran alegría. Saliendo al amanecer, era probable que estuvieran de vuelta antes de la noche; pero si sobreviniera algún percance que los retrasara, ningún inconveniente había en que acamparan debajo de los árboles.

Esta expedición tenía por principal objeto cazar las focas que en la época de los fríos frecuentaban el litoral de *Wrech-coast* para utilizar su aceite; porque como las grasas y líquidos combustibles para alumbrado se consumieron en grandes cantidades durante las largas noches de invierno, estaban ya a punto de faltar, no quedando de las velas que habían hallado fabricadas por el náufrago francés, más que dos o tres docenas; así es que urgía aprovisionarse de ellas, y eso preocupaba mucho al previsor Gordon.

Mokó había conservado, es verdad, alguna grasa de los rumiantes, roedores y animales de toda clase; pero como no era mucha, se consumiría muy pronto con el gasto diario. ¿No sería posible obviar este inconveniente con alguna sustancia que diera la naturaleza, preparada ya, o sin preparación? A falta de aceite vegetal, ¿no podría la pequeña colonia suministrarse aceites animales?

Era seguro que así sucedería si llegaban a matar cierto número de aquellas focas que venían a solazarse en el banco de arrecifes de *Sloughi-bay* durante el verano; pero era menester apresurarse, porque estos anfibios no tardarían en buscar las aguas más al Sur, en los parajes del Océano austral.

Como se ve, la proyectada expedición tenía una gran importancia, y los preparativos se hicieron de modo que diera felices resultados.

Hacía algún tiempo que Service y Garnett se habían aplicado, con regular éxito, a enganchar a los dos guanacos para amaestrarlos en el tiro, a cuyo efecto Baxter había fabricado unas cabezadas jaquimas, urdiendo filamentos vegetales con tirillas cortadas de pedazos de lona; y si aun no se les podía montar, ya era posible, por lo menos, dedicarlos al arrastre del carro, que, como se recordará, habían, aunque toscamente construido.

El vehículo fue cargado con municiones, provisiones de boca y diversos utensilios, entre otros una ancha vasija y media docena de barriles vacíos, que volverían llenos de aceite de foca, pues más valía despedazar aquellos animales al lado del mar que llevarlos a *French-den,* en donde el aire se hubiera viciado con aquellos malos olores.

Partieron al amanecer, andando sin dificultad las dos primeras horas. El carro no iba muy deprisa, a causa de que el suelo, bastante desigual, de la orilla derecha del río *Zealand,* no se prestaba a la tracción de los guanacos; pero las dificultades aumentaron considerablemente cuando tuvieron que rodear la hondonada de *Bog-woods* entre los árboles del bosque; y como las piernecitas de Dole y de Costar se resintieron mucho en aquella caminata, Gordon, por indicación de Briant, les dijo que subieran al carro para que descansaran sin necesidad de interrumpir el viaje.

Hacia las ocho, mientras que los guanacos surcaban con trabajo la orilla de la hondonada, unos gritos fuertes, lanzados por Cross y Webb que iban delante, llamaron la atención de Doniphan, que inmediatamente, y seguido luego por todos los demás, acudió a ver lo que sucedía.

En medio del cieno de *Bog-woods,* y a un centenar de pasos de distancia, se revolcaba un enorme cuadrúpedo. El joven cazador conoció ser un hipopótamo, que, felizmente para él, desapareció antes de que fuera posible mandarle una bala.

-¿Qué clase de animal es ese tan grande? preguntó Dole asustado.

-Es un hipopótamo, le respondió el americano.

-¡Un hipopótamo! ¡Vaya un nombre extraño!

-Es, como si dijéramos, un caballo anfibio, dijo Briant.

-¡Pero no se parece en nada al caballo! repuso Costar.

-No, exclamó Service, y creo que sería mejor que le hubieran llamado *puercopótamo*.

Esta reflexión, natural y lógica, provocó una alegre carcajada en los pequeños.

Ya eran más de las diez cuando nuestros viajeros llegaron a la playa de *Sloughi-bay* e hicieron alto cerca de la orilla del río, en el mismo sitio en que acamparon durante la construcción de la balsa.

Un centenar de rocas se hallaban allí retozando entre las rocas o calentándose al sol. Las había hasta encima de la arena, más allá de los arrecifes.

Estos anfibios no debían estar acostumbrados a la presencia de los hombres, que sin duda no habían visto jamás, puesto que la muerte del náufrago francés se remontaba a unos veinte años atrás; así es que, abandonando su acostumbrada prudencia, las más viejas no se habían puesto de centinela para avisar a las demás si se presentaba algún peligro. Sin embargo, era preciso no asustarlas de antemano,

porque no hubieran tardado en desaparecer, con perjuicio de los colonos.

El primer cuidado de los expedicionarios cuando llegaron, fue echar una ojeada hacia el horizonte; pero el mar se encontraba completamente desierto: la *isla Chairmán* estaba lejos, sin duda, de todo camino marítimo.

Podía suceder, no obstante, que algún buque pasara cerca de aquellos parajes, y en este caso, un puesto de observación colocado en el acantilado, o bien en el cabo, con uno de los cañones del *schooner* para hacer las señales, hubiera sido mejor que el mástil clavado en *Auckland-hill;* mas como para esto sería necesario permanecer constantemente allí, y lejos, por consiguiente, de *French-den,* Gordon lo juzgaba impracticable, y hasta el mismo Briant, a quien preocupaba siempre la idea de volver al lado de su familia, era de la opinión que Gordon.

Sensible ciertamente fue para todos que *French-den* no estuviera al lado de *Sloughi-bay*.

Después de un rápido almuerzo y en el momento en que el sol de medio día convidaba a las focas para que se calentasen en la playa, los colonos se prepararon para cazarlas. Durante esta operación, Iverson, Jenkins, Dole y Costar se quedaron en el

campamento, bajo la custodia de Mokó para atender a los guanacos, que pacían debajo de los árboles, y para cuidar de que *Phann* estuviese amarrado, pues no convenía soltarle en medio de aquel rebaño de anfibios.

Todas las armas de fuego de la colonia habían sido llevadas, juntamente con una buena cantidad de municiones, que Gordon no había escatimado esta vez, porque se trataba del interés general.

Ya dispuestos para la cacería, comprendieron que lo primero que debía hacerse era cortar la retirada a las focas por el lado del mar, a cuyo fin Doniphan, que tenía (por unánime consentimiento de sus compañeros) el cuidado de dirigir la maniobra, les mandó que bajasen hasta la embocadura del río, escondiéndose cuanto pudiesen en el ribazo, y después seguir por detrás de los arrecifes, de cuyo modo cerrarían el paso a las focas.

Este plan fue ejecutado con mucho acierto, y los cazadores, separados por una distancia de quince a veinte metros uno de otro, formaron un semicírculo sobre el mar y la playa.

Entonces, a una señal de Doniphan, todos se levantaron y dispararon sus escopetas; cada tiro hizo una víctima. Las focas que no habían sido heridas,

asustadas por el ruido de los tiros, se precipitaron dando brincos hacia los arrecifes, persiguiéndolas los colonos con los revólvers. Doniphan, entregado por completo a su pasión favorita, hacía cosas maravillosas, mientras que sus compañeros le imitaban lo mejor que podían.

Esta matanza sólo duró pocos minutos, aunque los anfibios fueron perseguidos hasta las últimas ropas. Los que sobrevivieron desaparecieron en las olas, dejando unos veinte muertos en la playa.

La expedición, como se ve, había salido bien, y los cazadores, de vuelta a su campamento, se instalaron debajo de los árboles para quedarse allí unas treinta y seis horas, según sus cálculos.



[illegible]

Ocuparon toda la tarde en una tarea que no dejaba de ser repugnante; pero como era indispensable, todos se pusieron resueltamente a la faena. En primer lugar, era necesario transportar todas las focas a la arena, lo que no dejó de ser algo penoso, porque aquellos animales, de regular tamaño, pesaban mucho.

Mientras tanto, Mokó preparó la vasija encima de dos piedras, la llenó de agua del río, y encendió lumbre. Las focas, partidas en trozos de cinco o seis libras, fueron colocadas en ella, y después de algunos instantes de ebullición, comenzó a desprenderse un aceite muy claro, que nadaba en la superficie, y con el cual llenaron los toneles.

Como la ocupación a que se habían entregado era muy desagradable, por causa del punzante hedor que despedía la carne al cocerse, todos se tapaban las narices y eran de oír las bromas que se ocurrían a aquella gente alegre, con motivo de tan ingrato perfume; pero era necesario obrar a pesar de todo, y hasta el delicado *lord Doniphan* no escaseó su trabajo, que empezó de nuevo al amanecer.

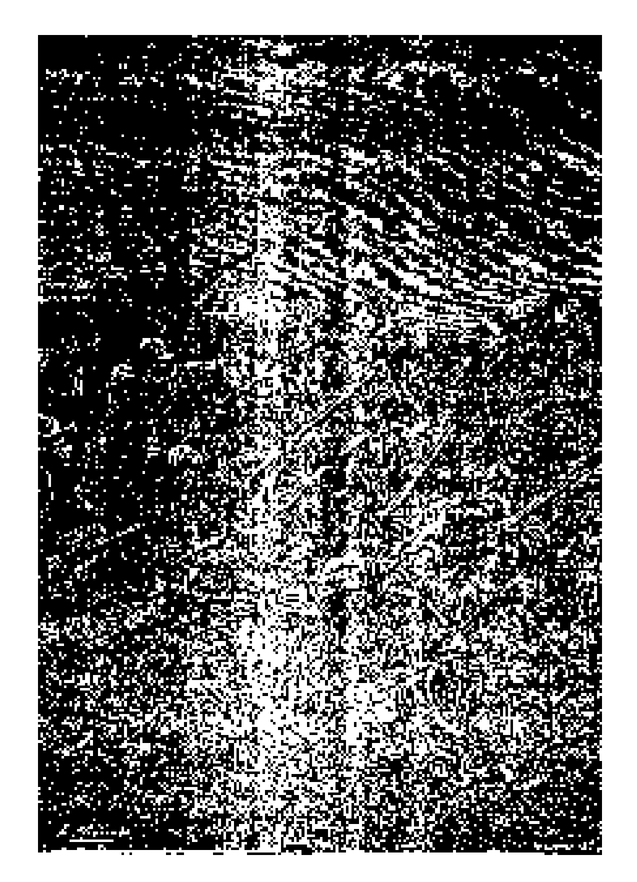
Al fin del segundo día, Mokó había recogido algunos centenares de galones de aceite, que parecieron bastar para el alumbrado de *French-den* durante todo el invierno, de lo cual se alegraron mucho, toda vez que no les sería dable recoger más por entonces, porque las focas no volverían a presentarse en los arrecifes, y era seguro que no se dejarían ver ya en la bahía hasta que el tiempo les hiciera olvidar el espanto que habían sufrido.

Al rayar el alba del día tercero, los colonos levantaron el campamento. La víspera por la tarde, el carro había sido cargado con los barriles y demás utensilios; así es que llegado el momento de marchar, no hubo más que enganchar los guanacos y salir andando, como lo hicieron; pero siendo la carga de mayor peso que antes, los guanacos caminaban con gran lentitud, no sólo por la pesadez del vehículo, sino por ir el terreno cuesta arriba, hasta *Family-Lake*.

En el momento de la partida se oían los graznidos ensordecedores de mil aves de rapiña, que, viniendo del interior de la isla, se disputaban los restos de aquellas carnes muertas, de que pronto no quedaría ni rastro.

Después de un postrer saludo a la bandera del Reino Unido, que flotaba en la cresta del acantilado, y después de una postrera mirada hacia el horizonte del Pacífico, la colonia se puso en marcha, remontando la orilla derecha del *Zealand*.

Ningún incidente se produjo durante la vuelta. A pesar de las penalidades del camino, los guanacos, ayudados por los colonos en los pasos difíciles, cumplieron bien su cometido y llegaron a la gruta antes de las seis de la tarde.



[illegible]

Los días que siguieron a aquella expedición fueron empleados en los trabajos habituales. Probaron el aceite en los faroles, y vieron con satisfacción que, no obstante su clase inferior, bastaría para el alumbrado, librándose así de pasar a oscuras las largas noches de invierno.

Navidad, tan alegremente festejada por los anglo-sajones, se acercaba. Gordon quiso que se celebrara del modo más solemne que les fuera posible, pues sería como un recuerdo dirigido a la patria querida, como un envío de los afectos del corazón hacia sus desconsoladas familias.

Gordon anunció, pues, que los días 25 y 26 de Diciembre serían días de asueto. Se celebraría la Nochebuena en la isla *Chairmán,* como se celebra en otros países el día de año nuevo.

Esta proposición fue acogida con manifestaciones de gran júbilo; habría ciertamente, según dispuso el americano, una gran comida, para la que Mokó prometía esmerarse mucho, toda vez que la despensa se hallaba bien provista; Service y el negrito conferenciaban frecuentemente respecto a tan importante asunto culinario, mientras que Dole y Costar, engolosinados de antemano, acechaban sin cesar para ver si sorprendían el secreto de sus deliberaciones.

El gran día llegó por fin.

Encima de la puerta del hall, o sea la de la sala, colocaron Baxter y Wilcox artísticamente unas cuantas banderas y banderolas, lo que daba a *French-den* un aspecto de fiesta.

Por la mañana, un cañonazo disparado por Doniphan despertó alegremente los ecos de *Auckland-hill*.

En seguida los niños vinieron a ofrecer a los mayores sus felicitaciones, que les fueron paternalmente devueltas. Costar recitó un pequeño discurso dirigido al jefe de la colonia, dándole las gracias en nombre de todos sus súbditos por el acierto con que los gobernaba.

Cada cual se puso sus mejores trajes; el tiempo estaba magnífico y hubo, antes y después del almuerzo, paseos por las orillas del lago y distracciones diversas en *Sport-terrace*.

Habían llevado consigo muchos de aquellos juegos tan en uso en Inglaterra, y que se componen de bolos, pelotas, mazas y raquetas; así es que podían jugar al *golf*, que consiste en rodar bolas de goma hasta hacerlas entrar en algunos de los agujeros hechos a larga distancia; al *foot-ball*, cuya grandísima pelota de cuero se lanza con el pie; a los *bowls*, o sean bolos de madera ovalados, de los que hay que corregir con destreza la desviación debida a su forma, y, en fin, a los *fives*, que se parece a nuestro tradicional juego de pelota.

El día fue muy divertido, y los pequeños especialmente se entregaron por completo a la alegría propia de sus pocos años. No hubo discusiones ni querellas. Briant se dedicó a entretener a los niños, si bien con el disgusto de no poder conseguir que su hermano Santiago participase de sus diversiones, y Doniphan, con sus parciales Webb, Cross y Wilcox, jugaban separados de los demás, a pesar de las observaciones del juicioso americano. Por fin, cuando una nueva descarga de artillería anunció la hora de la comida, y los jóvenes colonos se sentaron a la mesa.

Sobre ésta, cubierta con blanquísimo mantel, se veía un árbol de Navidad, colocado en el centro y rodeado de flores. De sus ramas pendían banderitas inglesas, americanas y francesas.

Es verdad que Mokó se había distinguido en la elección de los manjares, y se mostró muy satisfecho por los plácemes que lo dirigieron, así como a Service, su colaborador.

Un agutí estofado, un salmorejo de *tinamous*, una liebre asada, rellena de hierbas aromáticas, una avutarda con los alones levantados, como presentan a los faisanes en *belle vue,* tres cajas de legumbres en conserva, un *pudding,* ¡y qué *pudding*! dispuesto en

forma de pirámide, con las tan apreciadas pasas de Corinto mezcladas con frutas de algarrobo, y que estuvo más de ocho días remojándose en un baño de *brandy;* luego algunas copas de clarete, licores, te y café.

El aniversario del cristianismo en la isla *Chairmán* fue, como se ve, bastante festejado por sus habitantes.

Al final de la comida Briant brindó por Gordon, quien contestó brindando a su vez y bebiendo a la salud de la colonia y en recuerdo de sus respectivas familias.

En fin, Costar se levantó, y en nombre de los niños dio las gracias a Briant por los desvelos y los cuidados que había tenido para con ellos.

El joven francés no pudo ocultar la viva emoción que le embargaba oyendo los *¡ hurras!* que resonaron en honor suyo, y que solamente no encontraron eco en el corazón de Doniphan.

XVII

Preparativos para el próximo invierno. -Proposición de Briant. -Partida de Briant, de Santiago y de Mokó. -Travesía de «Family-Lake.» -El «East-river.» -Un puertecito en la embocadura. -El mar en el Este. -Santiago y Briant. -Vuelta a «French-den.»

Ocho días después empezó el año 1861, y en aquella parte del hemisferio austral nuestros jóvenes colonos se bailaban en pleno verano.

Hacía cerca de diez meses que los náufragos del *Sloughi* habían encallado en aquella isla, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

Durante este período, hay que reconocerlo así, su situación había mejorado poco a poco, y parecía asegurada la vida material. ¡Pero estaban siempre solos en una tierra desconocida! Los únicos socorros que podían esperar tenían que venir de fuera. ¿Llegarían antes de concluir el verano, o se verían obligados a sufrir los rigores de un nuevo invierno, tan crudo en aquella región? Hasta aquí habían gozado de una perfecta salud, merced a la previsión del jefe de aquella sociedad, que lo vigilaba todo, lo que

no dejaba a veces de provocar algunas murmuraciones por su severidad, pues Gordon no permitía imprudencia alguna ni excesos de ninguna clase; máximo cuando hacíase preciso prevenir cualquiera de esas enfermedades que no perdonan, sino raras veces, a los niños. En suma; si el presente era llevadero, el porvenir no dejaba de inspirar serias inquietudes, y Briant, a cualquier precio que fuera, hubiera querido abandonar la *isla Chairmán.*

Esto era de todo punto imposible.

Con la única embarcación que poseían, con aquella débil canoa, era un disparate crasísimo atreverse a emprender una travesía que podía ser larga, si la isla no pertenecía a algún grupo del Pacífico, o si el continente más cercano estuviera a algunos centenares de millas; pues aun cuando dos o tres de los más atrevidos se sacrificasen para ir en busca de una tierra al Este, ¿a cuántos peligros no se expondrían antes de alcanzarla? Y en cuanto a construir un buque bastante grande para atravesar el Pacífico, ¿podían ellos hacerlo? Seguramente que no, por ser un trabajo que superaba a sus fuerzas.

El pobre Briant no sabía qué imaginar para la salvación de todos.

Esperar, y siempre esperar; trabajar para hacer más cómoda cada día la habitación en la gruta, era lo único que podía procurarse.

Luego, si no en el presente verano, porque la necesidad de prevenirse contra las bajas temperaturas apremiaba, en el siguiente y lo antes posible, acabarían de reconocer su isla.

Convencidos de esto, cada cual se consagró resueltamente a su faena, pues recordando lo riguroso que era el invierno en aquella latitud, y teniendo presente que durante semanas y meses el mal tiempo les obligaría a encerrarse en el *hall,* no querían desperdiciar la ocasión de precaverse contra el frío y el hambre, enemigo los más capitales y crueles que allí se podían presentar.

Para combatir el frío en *French-den* era menester acaparar combustible, y por corto que fuera el otoño, seguramente que no acabaría sin que Gordon hiciese almacenar una cantidad suficiente de leña para alimentar las estufas noche y día. Hacíase también necesario pensar en el ganado que estaba en el cercado y en el corral; trasladarlo a *Store-room, o* sea a la gran habitación destinada a cocina y comedor, sería muy incómodo y hasta antihigiénico. Lo mejor, por lo tanto, era procurar sostener la temperatura

del establo a un grado conveniente, caldeándola por medio de un hogar; y en la construcción de éste, Baxter, Briant, Service y Mokó emplearon el primer mes del año.

En cuanto a las provisiones de boca para la invernada, Doniphan y sus compañeros de caza se encargaron de abastecer la despensa, a fin de que el jefe de cocina no diese rienda suelta a su mal humor. Todos los días recorrían las trampas, y lo que no servía para el alimento diario, iba a aumentar las reservas, de las que, dispuestas con diferentes preparaciones, el negrito cuidaba con gran esmero.

Por largo, pues, que fuese el invierno, la comida no había de faltar.

Hacía ya muchos días que Briant pensaba en hacer una nueva exploración para reconocer la parte oriental de *Family-Lake*.

Quería saber si había allí bosques, pantanos o dunas, y si ofrecía nuevos recursos que pudieran utilizarse. Habló de ello con Gordon, considerando necesaria aquella expedición, por el motivo que a seguida expuso.

-Aunque nos consta que el mapa del náufrago francés Francisco Baudoin es bastante exacto, dijo Briant, me parece que no estaría demás reconocer el

Pacífico, al Este de nuestra isla. Tenemos a nuestra disposición excelentes anteojos, cosa que no poseía mi compatriota, y ¿quién sabe si no descubriremos algunas tierras que él no pudo ver? Su mapa presenta la isla *Chairmán* como solitaria; mas muy bien podrá no ser así.

-La misma idea te persigue sin cesar, le respondió Gordon, y tienes muchas ganas de salir de aquí...

-Lo confieso, amigo mío; estoy cierto de que piensas como yo. ¿No debemos encaminar todos nuestros esfuerzos a volver lo más pronto posible al seno de nuestras familias?

-Puesto que lo quieres, sea, respondió el americano. Organizaremos una expedición.

-¿En la que todos tomaremos parte? preguntó Briant.

-No; pero deberán acompañarte seis o siete de nuestros compañeros.

-Es demasiado. Siendo tantos, no habría más remedio que dar vuelta al lago por el Norte o por el Sur, y esto exigiría mucho tiempo y mucha fatiga.

-¿Qué te propones, entonces?

-Atravesarlo con la canoa, y para esto basta que vayamos tres.

-¿Y quién gobernará la embarcación?

-Mokó, respondió Briant. Conoce las maniobras, y yo entiendo algo también. Con una vela, si el viento nos favorece, o con dos remos en el caso contrario, navegaremos fácilmente y recorreremos en poco tiempo las cinco o seis millas que mide el lago en dirección al río, que, según el mapa, atraviesa los bosques del Este, y bajaremos hasta su embocadura.

-Está bien, respondió Gordon. Apruebo tu idea, y yo acompañaré con gusto a Mokó en este viaje explorativo.

-No, amigo mío; yo lo haré, puesto que no estuve en la expedición al Norte del lago. Ahora me toca a mí ser útil a mis compañeros, y reclamo...

-¡Útil! exclamó Gordon. ¿Cuántos servicios no nos has prestado ya, mi querido Briant? Te has sacrificado más que ninguno, y te debemos mucho agradecimiento.

-¡Vamos, Gordon; exageras! Todos hemos cumplido con nuestro deber. Vamos: ¿está ya convenido?

-Como gustes. ¿Quién será el tercer expedicionario? No te propongo a Doniphan porque...

-¡Oh, le aceptaría por compañero con mucho gusto! respondió Briant. No tiene mal corazón; es valeroso, diestro, y si no fuera por su carácter envidioso, sería un buen camarada; creo que se enmendará cuando comprenda que no procuro sobrepujarle en nada, y llegaremos a ser un día, estoy cierto de ello, muy buenos amigos; pero he pensado llevarme a otro...

-¿A quién?

-A mi hermano: su estado me apesadumbra cada día más. Alguna falta grave tiene que reprocharse, y no quiere decirlo. Tal vez durante esta excursión, estando solo conmigo...

-Tienes razón; llévate a Santiago, y empieza ya tus preparativos de marcha.

-No serán largos, pues nuestra ausencia no durará más que veinticuatro o treinta y seis horas.

Aquel mismo día el americano participó a sus compañeros la proyectada expedición. Doniphan se mostró muy despechado por no tomar parte en ella; y como se quejara a Gordon, éste le hizo comprender que las condiciones en que iba a hacerse el viaje no permitían que fueran más de tres personas, y que, como Briant la había ideado, justo era que la pusiera en ejecución.

-¡Todas las preferencias son siempre para él! ¿No es verdad, Gordon?



-Eres injusto, Doniphan; injusto para con Briant y para conmigo.

Doniphan no insistió y se reunió a sus parciales Wilcox, Cross y Webb, con quienes pudo hablar a sus anchas de la contrariedad que experimentaba.



Cuando el grumete supo que iba a trocar sus funciones de cocinero por las de patrón de canoa, no pudo ocultar su alegría, y, sobre todo, siendo para acompañar a Briant, a quien profesaba un entrañable cariño.

Service haría las veces de Mokó, regocijándose mucho de ello, pensando en que podría guisotear a

su antojo sin que nadie le estorbara, y Santiago pareció bastante satisfecho por ir con su hermano y por dejar la gruta algunos días.

La canoa fue aparejada con una vela latina que Mokó envergó y enrolló a lo largo del mástil. Se llevaron dos escopetas, tres revólvers, municiones en cantidad suficiente, tres mantas de viaje, provisiones líquidas y sólidas, capotes de hule para caso de lluvia, cuatro remos, y no olvidaron la copia del mapa del náufrago, para anotar nombres a medida que fueran descubriendo nuevas partes dignas de mención.

El día 4 de Febrero, a eso de las ocho de la mañana, y después de haberse despedido de sus compañeros, Briant, Santiago y Mokó se embarcaron en el dique del río *Zealand*. El tiempo era hermosísimo y soplaba una ligera brisa del Sudeste. La vela fue desplegada, y colocado Mokó en la popa, asió el gobernalle, dejando a Briant el cuidado de tener la escota. Aunque la superficie del lago se hallaba apenas rizada, la canoa sintió vivamente el efecto de la brisa, y cuando se encontró algo adentro, su velocidad se aceleró hasta el punto de que media hora más tarde los colonos que observaban el curso de la embarcación desde *Sport-*

terrace no divisaban ya mas que un puntito negro, que pronto se perdería de vista.

Mokó estaba, como hemos dicho, en la popa, Briant en medio y Santiago se sentó a proa, al pie del mástil. Durante una hora divisaron aun las altas cimas de *Auckland-hill;* luego todo desapareció, y sin embargo, no divisaban aun la orilla opuesta del lago, que, según sus cálculos, no debía de estar muy lejos. Desgraciadamente, como sucede casi siempre cuando el sol va tomando fuerza, el viento dejó de soplar, no manifestándose ya sino por algunas ráfagas.

-Es de sentir, dijo Briant, que la brisa no haya durado todo el día.

-Peor sería, Sr. Briant, dijo Mokó, que el viento fuera contrario.

-¡Eres filósofo, Mokó!

-No sé lo que significa esa palabra, respondió el grumete; pero tengo por costumbre conformarme con los acontecimientos.

-¡Pues en eso consiste la filosofía!

-Bien por la filosofía, y pongámonos a remar, Sr. Briant, porque es de desear que alcancemos la orilla antes de que anochecer. Después de todo, si no

llegamos a desembarcar, no tendremos más remedio que resignarnos a los caprichos de la suerte.

-Tienes razón, y voy a tomar un remo; coge tú el otro, y que Santiago cuide del timón.

-Dime lo que tengo que hacer, Mokó, respondió Santiago, y maniobraré lo mejor que pueda.

El negrito amainó la vela, que no se hinchaba ya, pues el viento se había echado por completo, y los tres muchachos almorzaron muy de prisa; colocado luego a proa el grumete, Santiago sentado a popa y su hermano en el centro, la canoa, vigorosamente dirigida, navegó a todo correr, virando algo a Noroeste, según indicaba la brújula.

La embarcación se hallaba entonces en el centro de aquella vasta extensión de agua, y cual si estuviera en alta mar, la superficie del lago se veía rodeada por una línea periférica de ciclo. Santiago observaba con mucha atención el Este, para ver al aparecía la costa opuesta a *French-den*.

A eso de las tres, el grumete, mirando con el anteojo, dijo que divisaba algunas señales que indicaban la aproximación de la tierra, y un poco más tarde Briant se cercioró de que Mokó no se equivocaba. A las cuatro, algunas copas de árboles se mostraban por encima de una ribera bastante baja,

consistiendo en esto sin duda la razón de que desde la cima del cabo *False-sea-point* Briant no hubiera podido verlos. La isla *Chairmán* no encerraba, pues, otra altura que la del acantilado entre *Sloughi-bay* y *Family-Lake*.

Faltaban aun dos o tres millas para llegar a la orilla oriental. Briant y Mokó manejaban los remos con ardor, cansándose bastante, porque el sol calentaba mucho. En algunos sitios las aguas eran tan claras, que dejaban ver el fondo, lleno de plantas acuáticas, en las que retozaban millares de peces de varias clases.

Por fin, a las seis de la tarde la canoa atracó en un ribazo que cubría las ramas de grandes encinas y de pinos marítimos.

Este ribazo, bastante elevado, no se prestaba a un desembarque, y fue necesario seguir navegando media milla aun hacia el Norte.

-He aquí el río señalado en el mapa, exclamó de pronto Briant.

-Ya lo veo, y me parece regular que le bauticemos, dijo Mokó.

-Tienes razón. Llamémosle *East-river,* puesto que corre hacia Oriente.

-Está bien, dijo Mokó; y ahora no tenemos más que seguir su curso para llegar a la embocadura.

-Eso lo haremos mañana, Mokó; pasaremos aquí la noche, y al amanecer dejaremos que la canoa siga la corriente, lo que nos permitirá examinar ambas orillas.

-¿Desembarcamos? preguntó Santiago.

-Sí, respondió Briant, y acamparemos debajo de los árboles.

Los tres muchachos saltaron a la orilla, que limitaba una pequeña caleta, y después de amarrar fuertemente la canoa al tronco de un árbol, desembarcaron las armas y las provisiones, encendieron un buen fuego debajo de una enorme encina, cenaron galleta y carne fiambre, y envolviéndose después en las mantas, no tardaron en dormirse profundamente. Como medida de prevención, cargaron las armas; pero la noche pasó sin incidente alguno.

-¡Vamos, en marcha! exclamó Briant despertándose el primero a las seis de la mañana.

En algunos minutos estuvieron prontos, y la canoa entró en la corriente; mas ésta era tan rápida, que fue necesario recurrir a los remos para mantener la embarcación en medio del río.

-Es probable, dijo Mokó, que si el mar dista de aquí más de cinco o seis millas, una sola marea baste para llevarnos a él, pues esta corriente es mucho más veloz que la del *Zealand*.

-¡Ojalá sea así! respondió Briant; pero a la vuelta creo que necesitaremos tres o cuatro para remontar el curso de este río.

-Tenéis razón, señor Briant; y, si os parece, nos volveremos en seguida...

-Sí; en cuanto lleguemos al mar y veamos si hay o no alguna tierra cerca de la Isla.

La canoa corría con una velocidad que Mokó apreciaba en una milla por hora. El *East-river* seguía una dirección casi rectilínea, y su lecho era más profundo que el del *Zealand* y menos ancho, lo cual explicaba la rapidez de su corriente y hacía temer a Briant el encuentro de algunos torbellinos que les impidiera seguir en ruta.

Se hallaban en pleno bosque, en medio de una vegetación muy vigorosa, del mismo género que la de *Traps-woods,* con la única diferencia de que aquí las encinas, los alcornoques y los pinos eran en mayor número que allí.

Briant, aunque menos instruido en botánica que Gordon, conoció cierto árbol, de cuya clase se ven muchos ejemplares en Nueva Zelandia.

Este árbol, que desplegaba su copa a unos sesenta pies del suelo, presentaba unas frutas cónicas de tres o cuatro pulgadas de largo, puntiagudas y revestidas por una especie de escama reluciente.

-¡Debe ser el pino que da los piñones! exclamó Briant.

-Si no os equivocáis, dijo Mokó, detengámonos un instante, porque vale la pena de que lo hagamos así.

Y atracaron la canoa a la orilla izquierda, adonde Briant y su hermano saltaron, volviendo poco después con una buena provisión de piñones. Precioso hallazgo para los golosos de la pequeña colonia y también para los demás, porque, según les dijo más tarde Gordon, dicha fruta da un excelente aceite.

Aquel bosque debía ser tan rico, por lo menos en fauna, como el que estaba corca de *French-den,* pues Briant vio a través de los árboles muchos ñandúes, vicuñas, algunos guanacos y otros animales, que ciertamente hubieran ofrecido a Doniphan, si allí se encontrara, buenas ocasiones

para lucir su destreza; mas Briant no hizo caso tampoco de los deseos que a él mismo asaltaron, en atención a que, teniendo bastantes provisiones de boca, no quería malgastar sus municiones.

Las once serían cuando notaron que el bosque se presentaba menos frondoso, pues se veía de vez en cuando algún claro entre los árboles, y además la brisa traía ciertas emanaciones que anunciaban la proximidad del mar, hasta que algunos minutos después, más allá de un grupo de magníficas encinas, vieron los niños de repente una línea azulada en el horizonte.

La corriente arrastraba siempre la canoa, aunque con menos rapidez, y la marea no tardaría mucho en hacer sentir sus efectos en el *East-river,* cuya anchura era en aquel sitio de cuarenta a cincuenta pies. Llegaron, por fin, cerca de las rocas que se levantaban en el litoral, y Mokó arrimó la canoa a la orilla izquierda, la ató fuertemente, e hizo que Briant y su hermano desembarcaran detrás de él.

¡Qué aspecto tan diferente a la del Oeste de la *isla Chairmán* ofrecía esta costa! En ella había también, como en *Sloughi-bay,* una profunda bahía, pero con la circunstancia de que la del Oeste tenía una ancha playa de arena, rodeada por un banco de

arrecifes, mientras que la que acababan de descubrir presentaba un gran amontonamiento de rocas, en las que, según lo vio Briant, hubieran podido hallar veinte grutas en vez de una.

Esta costa era, por consiguiente, perfectamente habitable, y si el *schooner* hubiera encallado en aquel sitio, hubiesen podido ponerlo al abrigo de los huracanes en la embocadura del río, que formaba un puerto natural, en el que no faltaba agua ni aun en la bajamar.

Briant fijó en primer lugar sus miradas en la extremidad de aquella vasta bahía, que se desarrollaba en un sector de unas quince millas entre dos puntas arenosas, y que más bien merecía llamarse golfo.

Estaba completamente desierta, pues ni siquiera el más pequeño buque se veía en su perímetro, que por cierto se dibujaba con mucha limpieza. En cuanto a continente o tierra, nada se veía, absolutamente nada. La *isla Chairmán* estaba tan sola por el Oriente como por el Occidente; el náufrago francés había tenido razón al no señalar en su mapa ninguna tierra en aquellas direcciones.

Si dijéramos que Briant experimentó un gran desengaño, sería apartarnos de la verdad. Esperaba

aquel aislamiento; mas, sin embargo de eso, creyó oportuno dar a aquella parte de la isla el nombre de *Deception-bay* (bahía del Desengaño).

-¡Vamos, dijo: no es por aquí por donde tomaremos el rumbo Nueva Zelandia!

-¡Bah, señor Briant! replicó Mokó; ya nos iremos algún día por este camino o por otro. Pero mientras tanto, me parece que debíamos almorzar.

-Sea, respondió Briant; pero apresurémonos. ¿A qué hora podremos empezar a remontar la corriente?

-Si quisiéramos aprovechar la marea, sería menester nos embarcáramos ahora.

-En este momento es imposible, dijo Briant. Tengo empeño en observar mejor el horizonte, y quiero subirme a alguna roca cuya altura me permita dominar la playa.

-Entonces tendremos que esperar la siguiente pleamar, que no se hará sensible en el *East-river* hasta las diez de la noche.

-¿Temes navegar a esa hora? preguntó Briant.

-No, señor, y lo haremos sin peligro, pues estamos en el plenilunio. Además, el curso del río es tan recto, que basta gobernar con los palos, aun

cuando baje la marea; y si la corriente se hiciera demasiado fuerte, haremos alto al amanecer.

-Bien, Mokó, estamos de acuerdo; y puesto que podemos disponer de algunas horas, aprovechémoslas para completar nuestra exploración.

Todo el tiempo que pasó entre el almuerzo y la comida, los tres muchachos lo emplearon en recorrer aquella parte de la costa, abrigada por grandes grupos de árboles que avanzaban hasta la base misma de las rocas. En cuanto a la caza, no faltaba en más o menos abundancia. Briant mató un par de *tinamous* para la comida de la tarde.

El aspecto característico de aquel litoral era el amontonamiento de enormes rocas de granito, con un desorden verdaderamente grandioso, que se parecía al campo de Karnac, cuya irregular disposición no es debida a la mano del hombre. Allí se veían aquellas profundas excavaciones, que se llaman *chimeneas* en ciertos países antiguamente habitados por los celtas, y no hubiera sido difícil instalarse entre sus paredes. Briant halló, en un espacio de menos de media milla, más de una docena de grutas, tan abrigadas todas, que el muchacho se preguntaba por qué razón el náufrago

francés no se había establecido en aquella parte de la isla. No podía dudarse de que la había visitado, puesto que estaba señalada en el mapa, y es que, sin duda, establecido ya en *French-den* antes de su exploración hasta la bahía del Este, no quiso mudar de vivienda. A eso de las dos, cuando el sol empezaba a declinar, el momento pareció favorable para proceder a una minuciosa investigación del mar, Briant, Santiago y Mokó intentaron trepar por un montón de rocas que se parecía a un oso monstruoso, y que se elevaba a un centenar de pies por encima del puerto: si llegaron a su cima, no fue sin grandes riesgos. Desde allí, mirando hacia atrás, se dominaba el bosque, que se extendía hasta el lago; en el Sur, la vista abarcaba una gran extensión de dunas amarillentas y entrecortadas por algunos grupos de abetos; en el Norte, el contorno de la bahía terminaba en una punta que formaba el límite de una llanura arenosa situada algo más allá. En suma, la *isla Chairmán* no era fértil más que en su parte central, en donde el agua del lago le daba vida, desahogándose en varios ríos que salían de sus orillas.

Briant dirigió después su catalejo hacia la parte oriental del horizonte, y nada vio por aquel lado;

nada más que la inmensidad del mar, circunscrita por la bóveda celeste.

Una hora llevaban ya de incesante observación los tres muchachos, e iban ya a bajarse, cuando Mokó detuvo a Briant.

-¿Qué es lo que hay allá lejos? preguntó señalando al Noroeste.

-Y Briant fijó el catalejo en el punto indicado.

Allí, casi en el límite del horizonte, se veía como una mancha blancuzca, que hubiérase podido confundir con una nube si el cielo no hubiera sido de una sin igual pureza; y después de haberse fijado mucho Briant, aseguró que aquella cosa no se movía, y que su forma no variaba de ningún modo.

-No comprendo lo que es, dijo; como no sea una montaña...

Algunos instantes después, habiendo bajado bastante el sol hacia su ocaso, se observó que la mancha había desaparecido. ¿Existiría por allí alguna tierra, o la mancha blancuzca no era más que un reflejo luminoso del agua? Esta última hipótesis fue la que Santiago y Mokó admitieron, aun cuando Briant conservó para sí algunas dudas respecto de ella.

Concluida la exploración, volvieron a la embocadura del *East-river,* y Santiago recogió alguna leña para que el negrito preparase el asado de *tinamous*.

Después de comer, Briant y su hermano fueron a dar un paseo por la playa, esperando la hora de la marca para embarcarse, y Mokó siguió por la orilla izquierda del río en busca de piñones. Cuando volvió, empezaba a oscurecer, y aun cuando al llegar al lado de la canoa vio que ambos hermanos no habían regresado, como no podían estar muy lejos, el grumete no se inquietó por aquella tardanza; pero como oyera gritos y gemidos, se sobrecogió en gran manera. No se equivocaba: aquella voz era la de Briant. ¿Le amenazaría algún peligro?

El pobre negrito no titubeó un solo instante en correr hacia la playa; mas después de haber dado la vuelta a las últimas rocas que cerraban el puertecito, lo que vio le impidió seguir adelante.

Santiago estaba arrodillado a los pies de su hermano. Parecía implorarle gracia y pedirle perdón. Esos eran los gemidos que Mokó había escuchado.

El grumete, por discreción, hubiera querido retirarse, pero era demasiado tarde. Lo oyó todo, y comprendió de lo que se trataba. Conocía ya la falta

que Santiago había cometido, y que acababa de confesar a su hermano, oyendo que éste exclamaba:

-¡Desgraciado!... ¿Cómo? ¿Eres tú... tú quien ha hecho eso?... Tú tienes la culpa...

-¡Perdóname, hermano mío, perdóname!...

-¡He aquí el motivo que te alejaba de tus compañeros!... ¡Les tenías miedo! ¡Y lo comprendo! ¡Ah! ¡Que no lo sepan nunca!... ¡No!... ¡Nunca, ni una palabra!...

Mokó hubiera dado cualquier cosa por no haber sorprendido aquel secreto; pero como le repugnaba fingir con Briant, algunos instantes después, encontrándose a su lado en la canoa, le dijo en voz baja:

-Señor Briant, todo lo he oído.

-¡Cómo! ¿Sabes que Santiago?...

-Sí, y es menester perdonarle...

-¿Lo perdonarán los demás?

-Tal vez, respondió Mokó; pero más vale que no sepan nada, y, por mi parte tened la seguridad de que seré mudo.

-¡Ah! ¡Gracias, mi buen Mokó! murmuró Briant apretándole la mano.

Durante las dos horas que tardaron en embarcarse, el joven no dirigió la palabra a su

hermano, que, sentado al pie de una roca, estaba aun más abatido que antes de ceder a las instancias de Briant confesándole su culpa.

Hacia las diez, la marea empezó a subir, y los tres muchachos se colocaron en la canoa, que fue rápidamente arrastrada por la corriente. La luna, que salió temprano, alumbraba bastante para que la navegación se hiciera sin peligro hasta las doce y media, hora en que la bajamar les obligó a empuñar los remos; mas durante una hora apenas si adelantaron media milla.

Briant propuso que se detuvieran hasta el amanecer, esperando la pleamar, y así lo verificaron. A las seis de la mañana prosiguieron su ruta, y a las nueve estaban en las aguas de *Family-Lake*.

Allí Mokó desplegó la vela, y con una buena brisa que vino a favorecerles, se dirigieron hacia *French-den*.

A las seis de la tarde, y después de una feliz travesía, durante la que Briant y su hermano no habían hablado una palabra, la canoa fue vista por Garnett, que pescaba a la orilla del lago.

Algunos instantes después nuestros exploradores saltaban a tierra, acogiéndolos Gordon con grandes muestras de cariño.

XVIII

El pantano salado. -Los zancos. -Exploración por el «South-moors». -En previsión del invierno.- Diferentes juegos. - Entre Doniphan y Briant. -Intervención de Gordon. -Inquietudes por el porvenir. -Elecciones del 10 de junio.

Briant juzgó prudente ocultar aun a Gordon el secreto sorprendido por Mokó, respecto a la falta cometida por su hermano; pero en cuanto al relato de su expedición, lo hizo detalladamente cuando todos sus compañeros estaban reunidos. Describió en todas sus partes la costa oriental de la *isla Chairmán,* el curso del *East-river,* a través de los bosques que separan el lago de la costa, bosques muy abundantes en árboles de hoja perenne. Afirmó que su instalación hubiera sido mucho más fácil en aquella parte del litoral, añadiendo, sin embargo, que no había por qué abandonar *French-den.* En cuanto a lo que a todos preocupaba, es decir, a la proximidad de alguna tierra, Briant declaró que no había descubierto ninguna; no obstante, hizo mención de aquella mancha blancuzca que descubrió en el horizonte, y cuya presencia se explicaba,

prometiéndose examinarle de nuevo cuando hicieran otras excursiones. En suma, lo que por desgracia era demasiado cierto, es que la *isla Chairmán* debía hallarse a muchos centenares de millas de cualquier continente o archipiélago.

Convenía, pues, armarse de ánimos para luchar contra las contrariedades de la vida, y concretarse a esperar la presencia de casuales e incalculados socorros; y así es que cada cual se dio de nuevo al trabajo para preparar todo lo necesario en previsión del próximo invierno, sobresaliendo Briant en celo y en valor. Este buen muchacho parecía menos comunicativo que antes de su reciente excursión, demostrando, como su hermano, una propensión a apartarse de los demás. Gordon, al notar este cambio en el carácter de su amigo, observó también que siempre que se presentaba una ocasión de hacer algo en que se corrieran peligros, Briant se lo encargaba a Santiago, y éste lo desempeñaba apresuradamente y sin murmurar. Como Briant no dijo jamás una palabra respecto de esto, Gordon no quiso preguntarle nada, si bien tenía casi la certeza de que ambos hermanos habían tenido una explicación.

El mes de Febrero se pasó en diversos trabajos. Habiendo notado Wilcox que muchos salmones remontaban el río *Zealand,* se tendieron redes de una a otra orilla, cogiéndose en ellas buena cantidad de aquel sabroso pescado. La necesidad de conservarlos obligó a los colonos a proveerse de una cantidad bastante grande de sal, y, al efecto, Briant y Baxter hicieron varios viajes a *Sloughi-bay,* estableciendo allí una pequeña salina en la arena, en donde la sal se posaba después que las aguas del mar se habían evaporado bajo la acción de los rayos solares.

Durante la primera quincena de Marzo, tres o cuatro de nuestros colonos exploraron parte de la comarca pantanosa de *South moors*, que se extendía en la orilla izquierda del río *Zealand.*

Doniphan fue el que ideó aquel reconocimiento, Baxter fabricó al efecto algunos pares de zancos, pues como aquel pantano estaba en algunos sitios cubierto de una capa de agua, aquellos zancos les permitirían aventurarse, sin mojarse los pies, hasta encontrar un terreno seco.

Hechos aquellos preparativos, Doniphan, Webb y Wilcox, después de atravesar al río en la canoa, desembarcaron en la orilla izquierda, llevando cada cual su escopeta.

Al saltar en el ribazo, calzáronse los zancos para entrar en el pantano.

Phann los acompañaba; pero como el fiel animal no temía mojarse las patas, saltaba regocijado por los charcos de agua.



[illegible]

Después de andar una milla al Suroeste, Doniphan, Wilcox y Webb llegaron a una parte seca, en donde, quitándose los zancos, pudieron perseguir la caza con más comodidad.

Millares de aves acuáticas se presentaron a su vista: chochas, becadas, ánades, gallinetas, cercetas y otras varias. Doniphan y sus dos compañeros hubieran podido matar centenares de aquellas aves, sin desperdiciar ni una perdigonada; pero fueron razonables y se contentaron con algunas docenas de volátiles que *Phann* iba a recoger y traía a las manos, como perro bien enseñado.

Sin embargo, Doniphan tuvo la tentación, aun cuando resistió a ella, de matar algunos otros animales que, a pesar del talento culinario de Mokó, no hubieran podido comerse, aun guisados. Allí había algunas de esas hermosas zancudas, cuya cabeza está adornada con un penacho de blancas plumas. Pero nuestro joven cazador no pudo contenerse al ver una bandada de *flamencos*, con las alas de color de fuego, muy aficionados a las aguas salobres, y cuya carne es tan sabrosa como la de la perdiz. Estos volátiles, colocados en fila, estaban confiados en la vigilancia de sus espías y centinelas, quienes dieron un chillido parecido al sonido de una

trompeta, en el momento en que notaron el peligro. Al ver aquellas magníficas muestras de la ornitología de la isla, Doniphan se abandonó a sus instintos, echó a correr, y Webb y Wilcox le siguieron sin resultado alguno, pues los *flamencos* huyeron con tanta velocidad, que en un instante se perdieron de vista. Doniphan y sus compañeros ignoraban que, aproximándose con cuidado, pueden tirarse con toda comodidad esas aves, pues las detonaciones las aturden, pero no las hacen huir. En vano fue que los jóvenes cazadores buscaran aquellos soberbios palmípedos, que medían más de cuatro pies desde la punta del pico al extremo de la cola; porque, dada la señal por los centinelas, desaparecieron todos hacia el Sur, antes de que tuvieran siquiera tiempo de preparar las escopetas.

No obstante, los muchachos no se arrepintieron de haber hecho aquella correría, pues volvieron con bastante caza, prometiéndose renovarlas, toda vez que los primeros fríos harían más fructuosas sus excursiones.

Gordon lo preparaba todo para que los fríos no lo cogieran desprevenido; así es que hizo un acopio tal de combustible para caldear también el establo y los corrales, que aun cuando el invierno durase seis

meses o más, ni el aceite de foca para el alumbrado, ni la leña, les había de faltar.

Estos trabajos no impedían seguir el programa de estudios. Los mayores daban lecciones a los pequeños, y durante las conferencias que se celebraban dos veces a la semana, Doniphan seguía haciendo alarde de su superioridad, cosa que le granjeaba pocos amigos, pues fuera de sus parciales, ninguno de los demás le quería bien.

Y sin embargo, contaba suceder a Gordon en la jefatura de la isla, cuando dentro de dos mesas terminase éste en sus funciones.

Lleno de amor propio, pensaba que le pertenecía por todos conceptos, y consideraba como una injusticia el que antes no le hubiesen elegido.

Wilcox, Cross y Webb le alentaban con aquellas ideas, y tanteaban el terreno respecto a la futura elección, diciéndole que juzgaban asegurado el éxito.

Doniphan, no obstante, no tenía mayoría entre sus compañeros; los más pequeños, especialmente, no parecían dispuestos en su favor, ni tampoco en el de Gordon.



[illegible]

Todo esto no pasaba inadvertido para el americano, y aunque podía ser reelegido, no

manifestaba empeño en conservar el puesto, comprendiendo claramente que la severidad que había usado durante *su año de presidencia* le había enajenado los votos. Sus maneras algo duras y su espíritu, demasiado práctico a veces, habían desagradado en muchas ocasiones a sus gobernados, y Doniphan confiaba en ese descontento, pues le consideraba como un motivo más para que la elección recayera en él.

Como se ve, cuando el día de la votación llegase, habría sin duda una lucha interesante y digna de ser presenciada.

Lo que los pequeños reprochaban principalmente a Gordon, era su economía, demasiado exagerada y sostenida, respecto a los platos de dulce. Además, los reñía irremisiblemente cuando entraban en la gruta con una mancha o un desgarrón, y, sobre todo, cuando los zapatos estaban rotos, pues necesitando éstos incesantes composturas, hacían muy grave la cuestión de calzado. Luego, con pretexto de que perdían muchos botones, les obligó a que todas las noches le presentaran sus trajes; y si por desgracia algún botón faltaba, les arrestaba o les privaba de los postres. Entonces Briant intervenía, intercediendo tan pronto por Jenkins como por

Dole, y esto le hacía popular. Los niños sabían también que los dos cocineros, Service y Mokó, eran muy adictos a Briant, y si éste fuera algún día jefe de la *isla Chairmán,* podían prometerse un bello porvenir, que no carecería de golosinas.

¡Y véase de qué nimiedades penden algunas veces las cosas de la vida! Esta Colonia, ¿no es ciertamente la imagen viva de la sociedad, y estos niños que, como todos, tienden a exhibirse desde el principio de su existencia, no son el fiel retrato de los hombres serios en sus manifestaciones de ciudadanos?

En cuanto a Briant, ni siquiera el buen muchacho se ocupaba de la cuestión electoral; trabajaba sin cesar, no economizando su fatiga ni la de su hermano; eran siempre los primeros en ponerse a la faena, y los últimos en dejarla, como el deber fuera mayor para ellos que para los otros.

Todos se ocupaban en algo, según las prescripciones reglamentarias de la colonia; mas no invertían el día entero en el trabajo y en el estudio, pues el programa había reservado algunas horas para recreo, en atención a que, para gozar de buena salud, es conveniente entregaras a ejercicios gimnásticos.

Nuestros muchachos cumplían con ese precepto de la higiene, subiendo, a fuerza de puños, a los árboles, estribándose en los bordes de una cuerda enrollada al tronco; saltaban anchos espacios apoyándose en un largo palo; se bañaban en el lago, y los que no sabían nadar, pronto lo aprendieron; verificaban carreras, recibiendo un premio el primero que llegaba a la meta, y se ejercitaban también en el manejo de las bolas y del lazo.

Otras veces se distraían con alguno de aquellos juegos, tan en uso entre los jóvenes ingleses, pues poseían, además de los que hemos mencionado ya, el *crocket* y los *rounders*, que consisten, con pequeñas diferencias entre sí, en lanzar, por medio de un largo palo, una pelota sobre unas clavijas de madera puestas en cada uno de los ángulos de un vasto pentágono regular; los *quoits*, que exigen mucha fuerza en los brazos y buen golpe de vista. Conviene describir este último juego con algunos detalles, porque cierto día fue causa de una reyerta, muy de sentir, entre Briant y Doniphan.

Era el 25 de Abril por la tarde. Ocho de los colonos repartidos en dos campos, Doniphan, Webb, Cross y Wilcox, por un lado, y Briant, Baxter,

Garnett y Service por otro, jugaban una partida de *quoits* en *Sport-terrace.*

En la superficie de ese terreno plano, dos *hobs,* o sean dos barras de hierro cilíndricas, habían sido clavadas a una distancia de unos cincuenta pies una de otra. Cada uno de los jugadores estaba provisto de dos *quoits*, especie de tejoletas o planchitas de metal redondas, con un agujero en el centro y más delgadas en la circunferencia que en el medio.

Los jugadores deben lanzar aquellas sucesivamente, de modo que una encaje en la primera barra y después la otra en la segunda. Si el que tira acierta, gana dos puntos por cada tejoleta que ensarte; mas si los tejos no encajan, pero se acercan a las barras, se apuntan solamente un tanto.

Aquel día la animación de los jugadores era grande, y como Doniphan estaba de un lado y Briant del otro, cada cual se esforzaba en que la victoria perteneciera a su campo.

Ya se habían jugado dos partidas, ganando la primera Briant y sus compañeros con siete tantos, mientras que sus adversarios ganaron la segunda con seis. Estaban jugando la tercera, que era la decisiva; ambos campos tenían cinco puntos, y no quedaban más que dos tejoletas para tirar.

-A ti te toca, Doniphan, fíjate bien, dijo Webb; estamos en lo último y se trata de ganar.

-No tengas cuidado, replicó éste.

Y se puso en actitud de tirar, los pies bien colocados uno delante del otro, teniendo el tejo en la mano derecha, el cuerpo algo inclinado y ligeramente vuelto sobre el flanco izquierdo para asegurar mejor la puntería.

Se veía que aquel vanidoso muchacho ponía todo su cuidado en aquella jugada: apretaba los dientes y estaba pálido y ceñudo.

Después de haber apuntado con cuidado, lanzó el tejo de modo que describiese van arco, y lo lanzó vigorosamente, pues la clavija estaba a una distancia de cincuenta pies.

El tejo no alcanzó la barra sino en su borde externo, y, en vez de encajarse en ella, cayó a tierna, no ganando, por consiguiente, más que un tanto.

Doniphan no pudo detener un gesto de despecho, hiriendo iracundo el suelo con el pie.

-¡Es lástima! dijo Cross; pero aun no hemos perdido.

-¡No por cierto! añadió Wilcox; tu tejo está al pie de la barra, y como Briant no encaje el suyo, le desafió a que dé mejor.

En efecto, si el tejo que este último iba a lanzar no se ensartaba en la clavija, perdía la partida, porque era muy difícil que estuviera más cerca de la meta que el de Doniphan.

-¡Apunta bien!... ¡Apunta bien!... exclamó Service.

Briant no respondió, a fin de no herir la susceptibilidad de Doniplian; y si quería asegurar la partida, más era por consideración a sus compañeros que por complacencia propia.

Se puso en posición y arrojó con tanta destreza el tejo, que éste quedó perfectamente encajado en la barra.

-¡Siete puntos! exclamó triunfalmente Service. Hemos ganado la partida.

Doniphan es adelantó vivamente.

-¡No!... ¡No habéis ganado! dijo.

-¿Por qué? preguntó Baxter.

-¡Porque Briant ha hecho trampa!

-¿Yo? dijo éste palideciendo intensamente.

-Sí, respondió Doniphan; no tenías los pies en la raya, pues te has adelantado dos pasos.

-¡No es cierto! exclamó Service.

-¡Te equivocas! repuso Briant; mas aun, cuando fuese verdad lo que dices, debo observarte que

habría sido un error de mi parte, y que no permitiré diga nadie que he faltado a la lealtad en el juego.

-¡Hombre, hombre! ¿No *permitiré* has dicho? repitió Doniphan con un movimiento de hombros.

-¡Y lo repito! respondió Briant que empezaba ya a no ser dueño de él mismo. Y en primer lugar, te probaré que mis pies estaban perfectamente colocados en la raya.

-¡Sí... sí!... dijeron Baxter y Service.

-¡No... no!... replicaron Webb y Cross.

-¡Ved la huella de mis zapatos en la arena! repuso Briant. Y como Doniphan no ha podido equivocarlos, yo le digo que ha mentido adrede.

-¡Que miento yo! exclamó Doniphan, acercándose lentamente a su compañero.

Webb y Cross se colocaron detrás de éste para apoyarle, mientras que Baxter y Service estaban prontos a ayudar a Briant, caso de que hubiera lucha.

Doniphan había tomado la actitud de los boxeadores; tiró su chaqueta, dobló hasta el codo las mangas de su camisa y arrolló su pañuelo alrededor de su muñeca.

Briant, que había recuperado su sangre fría, quedaba inmóvil como si le repugnara batirse con

uno de sus compañeros y dar tal ejemplo a los demás colonos.

-Has hecho mal en insultarme, Doniphan, y te portas peor aun provocándome.

-En efecto, respondió Doniphan con tono del más profundo desprecio; siempre se hace mal provocando a los que no saben responder a las provocaciones.

-Si no lo hago, dijo Briant, es porque no me conviene.

-¡Porque tienes miedo!

-¡Miedo yo!

-¡Sí, porque eres un cobarde!...

Briant, al oír aquel nuevo insulto, levantó sus mangas y avanzó resueltamente hacia Doniphan.

Ambos adversarios estaban ya prontos a la pelea.

En muchos colegios ingleses esa lucha que se conoce en Inglaterra con el nombre de *boxe,* forma en cierto modo parte de la educación, y se ha notado que los jóvenes hábiles en dicho ejercicio, muestran más paciencia y mansedumbre que los demás, y no buscan querellas por un *quítame allá esas pajas.*

Briant, en su calidad de francés, no era partidario de esa pelea a puñetazos, siempre dirigidos a la cara, y dicho se está que no tenía tanta habilidad como su

adversario, quien, en honor de la verdad, era diestrísimo en el pugilato.

La lucha iba a comenzar, cuando Gordon avisado por Dole, se apresuró a intervenir.

-¡Briant!... ¡Doniphan!... exclamó.

-¡Me ha llamado embustero!... dijo este último.

-¡Después de haberme dicho que yo hacía trampas en el juego, y de haberme llamado cobarde!... respondió Briant.

En aquel momento todos estaban reunidos al lado del americano, mientras que ambos adversarios habían retrocedido algunos pasos; Briant estaba cruzado de brazos, y Doniphan en la misma postura que antes de la llegada del jefe de la colonia.

-Doniphan, dijo entonces Gordon con tono severo; conozco a Briant, y estoy cierto de que el provocador no ha sido él, sino tú.

-¡Verdaderamente, Gordon; bien se conoce que siempre estás en contra de mí!...



-¡Cuando lo mereces! respondió el americano.

-¡Lo mismo me da! Pero que la culpa sea de Briant o mía... ¡Si rehusa batirse, es un cobarde!

-¡Y tú un mal muchacho, que das muy malos ejemplos a tus compañeros!... ¡Cómo! ¿No te basta

que nos hallemos en una situación grave, sino que procuras sembrar la discordia entre nosotros, y atacas sin cesar al mejor de todos cuantos estamos aquí?...

-Briant, da las gracias a Gordon, dijo Doniphan. Y ahora... ¡en guardia!

-¡Pues bien, no! exclamó el americano. ¡Soy vuestro jefe, y me opongo a todo acto de violencia entre vosotros! Briant, entra en *French-den*. ¡En cuanto a ti, Doniphan, ve adonde te plazca a desahogar tu ira, y no vuelvas por aquí hasta que comprendas que yo he cumplido con mi deber!

-¡Bien dicho! exclamaron todos, menos los parciales de Doniphan. ¡Hurra por Gordon!... ¡Hurra por Briant!...

Ante esa igualdad de pareceres, no hubo más remedio que obedecer. Briant entró en el hall, y cuando Doniphan volvió a la hora de acostarse, no demostró intención alguna de volver a empezar la querella. Sin embargo, se conocía que guardaba en su corazón un gran rencor, que su enemistad para con Briant había crecido, y que no aprovecharía la lección que el americano le había dado en presencia de sus compañeros.



[illegible]

Estas disensiones eran muy sensibles, por lo mucho que afectaban a la tranquilidad de la pequeña colonia, pues ejerciendo Doniphan sobre Webb, Cross y Wilcox una influencia tal que le daban la

razón en todo, ¿no era de temer una escisión en lo porvenir?

La calma quedó restablecida, aunque las pasiones no acalladas, y desde aquel día nadie hizo alusión a la pasada discordia, continuando los trabajos preventivos contra los rigores del invierno, que ya no se haría esperar.

En la primera semana de Mayo el frío se hizo sentir lo bastante para que Gordon diera la orden de que se encendieran las estufas y es alimentasen sin cesar día y noche, haciéndose preciso también caldear el establo y demás dependencias; cuidado que correspondía a Garnett y a Service.

En aquella época algunas aves se preparaban para la emigración. ¿Hacia qué regiones se dirigían? Sería, sin duda, a las comarcas septentrionales del Pacífico o del continente americano, que les ofrecían un clima más benigno que el de la isla *Chairmdn*.

Entre aquellos pájaros, ocupaban el primer lugar las golondrinas, maravillosos emigrantes capaces de recorrer con gran rapidez distancias considerables. Briant, preocupado sin cesar en buscar un medio de salir de la isla, ideó aprovechar la marcha de aquellas aves, para dar a conocer la situación de los náufragos del *Sloughi*. A este fin, cogió algunas docenas de di-

chos pájaros, cosa fácil, pues habían llegado a anidar basta el interior de *Store-room*, y les colgó en el cuello un diminuto saquito de tela, que encerraba un escrito indicando poco más o menos en qué parte del Pacífico debería ser buscada la *isla Chairmán,* rogando al mismo tiempo, al que fuera aquel papel, que escribiera lo ocurrido a Auckland, capital de Nueva Zelandia.

Hecho esto, soltaron las golondrinas los jóvenes colonos, y llenos de emoción, les dijeron: Hasta la vuelta, mirando cómo desaparecían en dirección del Noroeste.

Era una esperanza tal vez ilusoria, y sin embargo, Briant hizo muy bien en no desperdiciar aquel medio que la Providencia ponía a su alcance.

Las primeras nieves empezaron a caer el 25 de Mayo, o sea algunos días antes que el anterior; pero si bien ese adelanto podía ser indicio de un invierno más riguroso que el precedente, por fortuna, y gracias a la provisión de su jefe, no faltarían a nuestros colonos ni luz, ni calor, ni alimentación sana y abundante, habiéndoles ya obligado el jefe a ponerse trajes de abrigo, pues el americano velaba sin cesar para que las medidas higiénicas se observaran con todo rigor.

Durante este último período fue cuando la colonia de *French-den* se resintió de una secreta agitación, y mil sutilezas y ardides bullían en aquellas jóvenes cabezas, pues estaba concluyéndose el año de mando conferido a Gordon.

Todo se volvían conciliábulos, y hasta puede decirse intrigas, que tenían intranquila a aquella sociedad en miniatura. Ya se sabe que el americano quería no mezclarse en nada, pues le era indiferente que lo reeligieran o no; y Briant, como era de origen francés, no podía pensar siquiera en gobernar una colonia compuesta en su mayor parte de ingleses.

Sin demostrarlo en la más mínima cosa, el verdaderamente inquieto, con motivo de aquella elección, era Doniphan. Con su inteligencia nada común y su valor, del que nadie dudaba, era evidente que hubiera tenido muchas probabilidades de triunfo su candidatura, si su carácter altanero y envidioso, y su afán de dominar en todo, no hubiesen empañado sus buenas cualidades.

A pesar de los vehementes deseos que abrigaba de obtener el mando, se lo vio, ya fuese porque creyera firmemente suceder a Gordon, o bien porque su orgullo la impidiera pedir votos, afectar una completa indiferencia, dejando a sus amigos

Wilcox, Cross y Webb que trabajasen para asegurarle el sufragio.

Llegó el 10 de Junio.

Por la tarde se procedería al escrutinio. Cada cual debía escribir en un pedacito de papel el nombre de aquel para quien quería dar su voto, y la mayoría de los sufragios decidiría la elección.

La colonia contaba con catorce votantes, pues Mokó, en su calidad de negro, no podía pretender, ni pretendía tampoco, ser elector. Siete votos y uno más fijarían la elección del nuevo jefe.

La votación empezó a las dos, bajo la presidencia de Gordon, que llenó sus funciones con aquella seriedad propia de los anglo-americanos.

El resultado del sufragio fue el siguiente:

Briant . . . . 8 votos.
Doniplian. . . . 3 »
Gordon . . . . 1 »

Ni este último ni Doniphan quisieron votar. Briant dio en voto a Gordon.

Al oír proclamar aquel resultado, Doniphan no pudo ocultar su desencanto, ni la profunda irritación que experimentaba.

Briant, muy sorprendido por haber obtenido mayoría de votos, estuvo a punto de rechazar la

honra que se le dispensaba; pero sin duda una idea que se le vino a la imaginación, mirando a su hermano, le hizo reflexionar, y dijo:

-¡Gracias, compañeros; acepto!

Y desde aquel día Briant era jefe de la colonia durante un año.

XIX

El mástil de las señales. -Grandes fríos. -El flamenco. -Destreza de Santiago. -Desobediencia de Doniphan y de Cross. -La niebla. -Santiago entre las brumas. -Los cañonazos de «French-den» -Los puntos negros. -Actitud de Doniphan.

Lo que sus compañeros se habían propuesto eligiendo a Briant, era recompensarle por su carácter servicial, por el valor de que había dado tantas pruebas y por su incansable celo en pro del común interés. Desde el día en que había tomado el mando del *schooner* durante la travesía de Nueva Zelandia a la isla *Chairmán,* no había retrocedido ante ningún peligro ni rehuido ningún trabajo; y aun cuando su

nacionalidad era diferente de la de los demás colonos, todos lo querían, y particularmente los pequeños.

No es de extrañar, por lo tanto, que todos votaran por él.

Doniphan y sus parciales eran los únicos que se negaban a reconocer las cualidades de que estaba adornado Briant; pero en su fuero interno bien sabían que obraban injustamente.

Aun cuando Gordon comprendía que esa elección había de aumentar la disidencia, y no obstante abrigar el temor de que Doniphan y sus parciales obrasen de un modo que diera que sentir, no por eso dejó de felicitar calurosamente al elegido, pues tenía un espíritu demasiado justo para no aprobar lo hecho. Por su parte, él quedaba en mejor aptitud para entregarse por completo a la contabilidad de *French-den,* que era su ocupación favorita.

No tardó mucho en saltar a la vista de todos que Doniphan y sus amigos estaban resueltos a no soportar el estado actual de cosas; pero Briant se propuso no darles la más mínima ocasión de queja, para que no se entregasen a ningún exceso.

En cuanto a Santiago, fue una gran sorpresa para él ver que su hermano aceptaba el cargo que se le confiaba.

-¿Quieres, pues?... le dijo, sin acabar de expresar su pensamiento, que Briant completó, respondiéndole en voz baja:

-Sí, quiero que estemos en posición de hacer mucho más de lo que hemos hecho hasta aquí para redimir tu falta.

-Gracias, hermano, respondió Santiago; y te suplico no me escatimes el trabajo.

Antes de que los grandes ríos impidiesen toda excursión a *Sloughi-bay,* Briant tomó una medida que no dejaba de tener su utilidad.

Ya se acordarán nuestros lectores de que un mástil, como señal, se había puesto en lo alto del acantilado; mas como el pabellón izado en la punta de aquél estaba hecho jirones, importaba colocar allí algo a propósito resistir la incesante furiosa acción de las tormentas invernales. Por consejo de Briant, Baxter construyó con juncos, que abundaban en la orilla del pantano, una especie de globo que no se destrozaría con los aires, puesto que podría correr por los intersticios que dejaban los juncos trenzados. Terminado aquel trabajo, hicieron una última

excursión a la bahía *Sloughi* el día 17 de Junio, y aquel globo, visible en un radio de varias millas, sustituyó al pabellón del Reino Unido.

A la vuelta a *French-den,* viendo Briant que el termómetro bajaba de un modo sensible, hizo que colocaran la canoa en el ángulo del contrafuerte, y la cubrieron con una tela embreada para que se conservase mejor.

Baxter y Wilcox tendieron algunos lazos y abrieron nuevas trampas en el límite de *Traps-woods*, colocando también las redes en el río para recoger los peces que las violentas brisas del Sur arrastrarían al interior de la isla.

Alguna que otra vez Doniphan y sus amigos, montados en los zancos, hacían alguna excursión a *South-moors* y volvían cargados de caza, economizando, por supuesto, los tiros, dado que, en cuanto al gasto de municiones, Briant se mostraba tan parco como lo había sido Gordon.

En los primeros días de Julio el río empezó a helarse, y no tardaría en suceder lo mismo con el lago, pues la temperatura bajaba sin cesar, toda vez que después de unas violentas ráfagas, el aire había mudado a Sudeste, el cielo se despejó, y el

termómetro señalaba a la sazón veinte grados bajo cero.

El programa establecido para el invierno volvió a imperar en las mismas condiciones que el anterior. Briant velaba constantemente para que todos cumplieran con su deber, mas sin abusar jamás de su autoridad, y era de ver cómo Gordon le ayudaba, dando a los demás ejemplo de obediencia; Doniphan y sus amigos, dicho sea en su honor, no dieron muestra alguna de insubordinación. Se ocupaban diariamente en ir a registrar las trampas y lazos, servicio que les había sido particularmente encargado; pero continuaban en su costumbre de vivir en cierto modo separados de sus compañeros, cuchicheando entre sí y no mezclándose en las conversaciones, ni aun en las veladas. ¿Preparaban acaso alguna maquinación? ¡Quién podía saberlo! En suma, Briant no tenía que reprenderles en nada, contentándose con ser justo para todos, y haciendo muchas veces con su hermano, que rivalizaba en celo con él, los trabajos más duros y penosos. Gordon notó que en aquellos días el carácter de Santiago se iba modificando, y Mokó veía con placer que el pobre niño tomaba ya parte en los juegos de sus compañeros.

Los estudios llenaban aquellas horas interminables que el frío obligaba a pasar en el hogar. Jenkins, Dole, Iverson y Costar hacían sensibles progresos en sus lecciones con los mayores, quienes, instruyendo a los pequeños, se instruían a su vez. Luego, durante las largas veladas, se leían en alta voz reseñas de viajes, por más que Service hubiera preferido la lectura de sus Robinsones. Algunas veces también el acordeón de Garnett hacía las delicias de los contertulios, acompañando los cantos de los chicos, y concluido el concierto, cada cual ocupaba su camita.

La constante preocupación de Briant era la vuelta a Nueva Zelandia, no opinando en esto como Gordon, que no pensaba más que en la organización de la colonia en la *isla Chairmán*. Los esfuerzos de Briant en pro de su idea fija constituían, a su entender, el objetivo principal de su presidencia. Pensaba sin cesar en aquella mancha blancuzca que había distinguido en *Deception-bay*. ¿Será aquella la tierra? se preguntaba. Y si lo fuese, ¿por qué no construir una embarcación para ir hasta allí? Pero cuando hablaba con Baxter de estas cosas, éste movía la cabeza, comprendiendo que semejante trabajo superaba a sus fuerzas.

-¡Ah! exclamaba muchas veces Briant. ¿Por qué no somos más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres?

Durante las largas noches de invierno, aunque parecía que la gruta debía estar al abrigo de cualquier asechanza hubo, sin embargo, algunas alarmas, producidas por los chacales que rondaban por los alrededores; mas Doniphan y algunos otros sacaban de las estufas pedazos de leña encendidos y los tiraban a aquellas fieras, lo cual bastaba para espantarlas.

Dos o tres veces también se presentaron algunos jaguares y conguares; pero a éstos se les recibía a tiros, y aun cuando jamás se acercaban lo bastante para ser heridos mortalmente, se conseguía ahuyentarlos, librando así a la cerca de los ataques de aquellos carnívoros.

El 24 de Julio, Mokó tuvo ocasión de desplegar su talento culinario en la preparación de una pieza de caza, con la que se regalaron mucho nuestros jóvenes.

Wilcox, ayudado por Baxter, había fabricado y tendido a cierta altura lazos de nudo corredizo para coger caza mayor. Esta clase de lazos es colocan, por

lo regular, en los bosques frecuentados por gamos, y no es raro que produzcan buenos resultados.



[illegible]

En *Traps-woods* no fue un gamo el que se dejó coger, pero sí un magnífico *flamenco*, que se enganchó en aquel nudo corredizo con tanta desgracia, que cuando Wilcox fue a registrarlo, halló al animal completamente ahogado. Aquella ave,

perfectamente desplumada, vaciadas sus entrañas, relleno el vientre con hierbas aromáticas y asada, ofreció un excelente plato; hubo un pedazo de pechuga y de muslo para cada cual, y hasta un trocito de lengua, que es, seguramente, el mejor bocado que puede comerse en este mundo.

La primera quincena de Agosto se señaló por cuatro días de un frío excesivo; Briant se sobrecogió viendo que el termómetro había bajado hasta treinta grados bajo cero, y prohibió a los pequeños todo contacto con el aire exterior, pues no se podía salir de *French-den* sin que la falta de todo calor se sintiese hasta en la medula de los huesos, y los mayores no salían más que en caso de necesidad, o bien cuando lo exigía el cuidado de los habitantes del corral.

Aquel excesivo frío duró, felizmente, muy poco, toda vez que, saltando el viento al Oeste, ocasionó espantosas borrascas, que no causaron ningún daño en la gruta, porque para derribar aquel acantilado hubiera sido necesario la acción de un gran terremoto. El arbolado fue el que más sufrió; pero eso resultaba conveniente para los muchachos, quienes se ahorrarían el trabajo cuando tuvieran que renovar su provisión de combustible.

Estas borrascas modificaron el estado de la atmósfera, hasta el punto de que los grandes fríos tuvieron fin, y desde entonces el termómetro subió a 7 y 8 grados bajo cero.

En la segunda quincena de Agosto pudo Briant proseguir las faenas en el exterior, exceptuando la pesca, por estar aun el río muy congelado; pero hicieron muchas visitas a las trampas y a los lazos, no faltando casi nunca carne fresca en la mesa de *Store-room*.

El cercado aumentó también muy pronto su población, pues además de una manada de polluelos de avutarda y de las pintadas, la vicuña dio a luz cinco hijuelos, que Garnett y Service cuidaban con mucho interés.

Siendo el hielo bastante consistente, Briant tuvo la idea de proporcionar a sus compañeros una diversión muy apreciada en Nueva Zelandia. Baxter fue encargado de construir algunos pares de patines, cosa que alegró sobremanera a los jóvenes colonos, encantados por la ocasión de desplegar su habilidad en aquel ejercicio.

El 25 de Agosto, pues, hacia las once de la mañana, Briant, Gordon, Doniphan, Webb, Cross, Wilcox, Baxter, Garnett, Service, Jenkins y Santiago

salieron de *French-den,* dejando a Iverson, Dole y Costar al cuidado de Mokó y de *Phann* para ir a buscar un sitio en el que la capa de hielo presentara una extensión propicia para patinar. Briant se proveyó de una corneta para llamar a sus gobernados en el caso de que su ardor les llevara demasiado lejos, al deslizarse sobre la corteza helada del lago.

Habían almorzado bien antes de salir, contando estar de vuelta para la hora de comer, y no tenemos por qué decir que Doniphan y Cross llevaron sus escopetas por si se presentaba la ocasión de cortar los vuelos a alguna atrevida ave acuática que pretendiese ser testigo de la habilidad, torpeza o temeridad de los colonos; por más que Briant y Gordon, que no eran aficionados a los patines, acompañaron a los demás para evitar cualquier imprudencia.

Necesitaron andar cerca de tres millas hasta hallar un sitio a propósito para el ejercicio que iban a practicar, porque cerca de la gruta los hielos no ofrecían ni la profundidad ni la ternura requeridas para esta clase de diversiones. Se detuvieron, por fin, después de atravesar *Traps-woods*, en un magnífico

campo de maniobras que hubiera bastado para un ejército de patinadores.

Antes de dar la señal para empezar el juego, Briant reunió a sus compañeros y les dijo:

-Supongo que no necesito recomendaros que seáis cuerdos, y que este ejercicio no sea cuestión de amor propio. Si no hay por qué temer que el hielo se rompa, esto puede suceder con los brazos y con las piernas. No os alejéis demasiado, y en el caso en que esto sucediera, no olvidéis que Gordon y yo os esperamos aquí; y cuando oigáis el sonido de la corneta, es señal de que todos debéis volver a uniros con nosotros.

Después de estas recomendaciones, los patinadores se lanzaron al lago, tranquilizándose Briant viéndolos desplegar gran habilidad. Hubo algunas caídas sin consecuencia, que provocaron la risa de todos.

Sin contradicción alguna los mejores patinadores eran Doniphan, Cross, y sobre todo Santiago, que sobresalía por la velocidad y precisión con que trazaba las más complicadas curvas; hacía maravillas patinando hacia adelante y hacia atrás, con un pie o con los dos, derecho o encorvado, y describiendo círculos con perfecta regularidad y destreza.

Briant experimentaba gran satisfacción al ver que su hermano por fin tomaba parte en las diversiones.

Es indudable que Doniphan, apasionado por todos los ejercicios corporales, sentía alguna sorda envidia por el triunfo de Santiago, pues no tardó mucho en alejarse de la orilla, a pesar de las recomendaciones de Briant; y haciendo una seña a Cross, le gritó:

-¡Eh, Cross! Veo allí una bandada de ánades; allá, al Este. ¿No la ves tú?

-Sí.

-Tienes tu escopeta y yo la mía. ¿Vámonos a cazar?

-¡Pero Briant ha prohibido!...

-¡Déjame en paz con tu Briant!... ¡En marcha!... Y a escape.

En un momento los dos muchachos anduvieron media milla persiguiendo a aquellas aves.

-¿Adónde irán? dijo Briant.

-Han visto algunos pájaros, respondió Gordon, y el instinto de la caza...

-¡Di más bien el de la desobediencia! repuso Briant.

-¿Pero temes que les suceda algo?

-¡Quién sabe! Es una imprudencia alejarse... Mira la distancia que han recorrido ya.

Y, en efecto, Doniphan y Cross no aparecían a lo lejos más que como dos puntos negros sobre el horizonte del lago, y si bien es verdad que tenían tiempo suficiente para volver, porque el día duraría aun algunas horas, era, no obstante, una imprudencia retirarse tanto, porque en aquella época del año era de temer cualquier cambio repentino en la atmósfera, producido por la modificación del aire.

Juzguen nuestros lectores cuál fue el disgusto de Briant cuando a eso de las dos de la tarde el horizonte se ocultó repentinamente por la interposición de una espesa capa de niebla.

¡Qué inquietud! Doniphan y Cross no aparecían, y los vapores acumulados no permitían ver la orilla oriental.

-¡He aquí lo que yo temía! exclamó Briant. Y ahora, ¿cómo encontrarán su camino?

-¡Toca la corneta! respondió Gordon.

Briant dio tres golpes prolongados, y escuchó, esperando que aquellos atolondrados muchachos le



[illegible]

respondieran con algún tiro; pero ni él ni el americano oyeron nada.

La bruma, cada vez más espesa, se desarrollaba a menos de un cuarto de milla de la ribera, y como se

elevaba al mismo tiempo hacia las zonas superiores, ocultaba completamente el lago.

Briant llamó entonces a los que se hallaban más inmediatos, quienes no tardaron a reunírsele.

-¿Qué haremos? preguntó Gordon.

-Todo cuanto se pueda para encontrarlos antes de que se extravíen entre la niebla. Es menester que uno de nosotros vaya siguiendo la misma dirección que han tomado y procure que oigan la corneta.

-¡Estoy pronto! dijo Baxter.

-¡Nosotros también! dijeron otros dos o tres.

-¡No... yo iré! dijo Briant.

-¡Yo, yo, hermano mío! dijo Santiago; con mis patines los alcanzaré pronto.

-Pues bien, respondió Briant; ve, Santiago, y escucha con cuidado, por si oyes algún tiro... Toma esta corneta, con la que podrás darles a conocer tu presencia.

-¡Bueno, hermano mío!

Un instante después Santiago había desaparecido entre las brumas, cada vez más opacas.

Briant, Gordon y los demás escuchaban atentamente el sonido de la corneta; pero pronto la distancia recorrida por Santiago apagó por completo aquel sonido.

Pasó media hora sin que se oyera ninguna señal que indicara que los ausentes volvían a la orilla.

¿Qué sería de ellos si la noche los sorprendiera en el lago?

-¡Si siquiera tuviéramos armas de fuego! exclamó Service; tal vez...

-¡En la gruta las hay!... No perdamos un instante... ¡En marcha!... dijo Briant.

-Era el mejor partido que podían tomar, pues importaba sobre todo indicar, lo mismo a Santiago que a Doniphan y a Cross, la dirección que debían seguir para encontrar la orilla de *Family-Lake*.

En menos de media hora Briant y sus compañeros recorrieron las tres millas que los separaba de *French-den*.

En esta ocasión no se trataba de economizar la pólvora. Wilcox y Baxter cargaron sus escopetas, y tiraron hacia el Este. Ninguna contestación se oyó.

Eran ya las tres y media. La niebla tenía tendencia a ser más densa a medida que el sol bajaba hacia el horizonte, y era de todo punto imposible ver nada de lo que hubiera en la superficie del lago.



—¡Allí, al Este! [illegible] dijo Doniphan.

-¡Preparemos el cañón! dijo Briant.

Uno de los dos que poseían fue arrastrado hasta el medio de *Sport-terrace,* y puesto en conveniente puntería; lo cargaron con un cartucho con pólvora sola y Baxter iba a disparar, cuando Mokó le sugirió la idea de poner un taco de hierba untado de grasa,

para que la detonación tuviera más fuerza, y el grumete no se equivocaba.

El tiro salió.

En medio de una atmósfera tan perfectamente tranquila, era imposible que aquel estampido no se oyera a muchas millas de distancia.

Escucharon... ¡Nada aun!

Durante una hora se hicieron disparos de diez en diez minutos. No podía admitirse que Doniphan, Cross y Santiago se equivocasen sobre la significación de aquellas descargas, que de seguro oirían, pues dichas detonaciones debían repercutir en toda la superficie del lago, porque, como sabe todo el mundo, la niebla es gran propagadora de los sonidos.

Por fin, un poco antes de las cinco, algunos tiros se dejaron oír por el Noroeste.

-¡Son ellos! exclamó Service.

Y en seguida Baxter contestó a aquellas señales con un disparo.

Algunos instantes después se divisaron dos sombras a través de las brumas, que estaban menos densas en la orilla que en el centro de *Family-Lake*.

Eran Cross y Doniphan.

Santiago no venía con ellos.

Nuestros lectores pueden figurarse la angustia que se apoderó de Briant. Su hermano no pudo encontrar a los dos cazadores, que ni siquiera habían oído el sonido de la corneta. En el momento de la partida de Santiago en busca de Doniphan y de Cross, éstos, procurando orientarse, habían tomado ya la dirección de la gruta, mientras que Santiago les buscaba al Este; y si aquellos imprudentes muchachos no hubieran oído a cañonazos, jamás hubieran hallado su camino.

Briant, entregado a su dolor, no se acordaba de dirigir una reprimenda a Doniphan por su desobediencia, que podía ocasionar muy tristes consecuencias. Si Santiago se viese reducido a pasar la noche en el lago con una temperatura tal vez de diez o doce grados bajo cero, ¿podría resistir un frío tan intenso?

-¡Soy yo el que debía haber ido... yo, sí! repetía sin cesar Briant, a quien Gordon y Baxter procuraban consolar.

Dispararon aun algunos cañonazos, que Santiago hubiera oído seguramente si se hubiese hallado en las cercanías de *French-den*, a cuyos disparos hubiera contestado tocando la corneta.

Y ya la noche llegaba, y con ella aumentaba el peligro; pero, sin embargo, una circunstancia favorable se produjo al anochecer. La brisa que empezó a soplar del Oeste, como todas las tardes, a la puesta del sol, rechazó las nieblas hacia el Este, siendo, por lo tanto, menores las dificultades con que tendría que luchar el pobre Santiago para llegar a *French-den.*

Para auxiliarle en medio de la oscuridad de la noche, una sola cosa podía hacerse, cual era la de encender una gran fogata en la ribera a fin de que sirviese de señal; y ya Wilcox, Baxter y Service amontonaban hierba seca, cuando dijo Gordon:

-¡Esperad!

Y miraba con el anteojo hacia Noroeste.

-Me parece que veo un punto negro que se mueve, dijo.

Briant cogió el anteojo.

-¡Alabado sea Dios! ¡Es él! exclamó. ¡Es Santiago! ¡Sí, es él!...

Y todos empezaron a palmotear de alegría, lanzando gritos que podían oírse a una milla de distancia.

Santiago adelantaba rápidamente; sus patines se deslizaban en el hielo con la rapidez de una flecha; algunos minutos más, y llegaba.

-¡Parece que no viene solo! exclamó Baxter, que no pudo detener un gesto de sorpresa.

Y, en efecto, fijándose con más atención, se veía que otros dos puntos negros se movían a unos cien pies detrás de él.

-¿Qué será?... dijo Gordon.

-¡Hombres!... respondió Baxter.

-¡No!... ¡Parecen animales!... dijo Wilcox.

-¡Fieras, tal vez!... exclamó Doniphan.

Y no se equivocaba; cogió su escopeta, y sin titubear un instante avanzó al encuentro de Santiago.

En pocos minutos le alcanzó, y disparó sobre los dos animales, que desaparecieron en seguida.

Eran dos osos, que nuestros colonos no esperaban hallar entre la fauna de la *isla Chairmán,* no habiendo visto ninguno hasta entonces. ¿Vendrían de fuera, aventurándose en los témpanos que flotaban por el mar? Esto parecía indicar que algún continente no estaba lejos. Bueno sería pensar en ello.

Fuera lo que fuese, Santiago estaba en salvo, y su hermano le apretaba contra su corazón.

Después de muchas felicitaciones, abrazos y apretones de manos, el valeroso muchacho contó que habiendo tocado varias veces la corneta para llamar a sus compañeros, él también se extravió en lo más espeso de las brumas, encontrándose en la imposibilidad de orientarse cuando oyó los primeros cañonazos.

-No puede ser más que el cañón de *French-den,* me dije; y procuré saber por qué lado venía el sonido. Me hallaba entonces a varias millas de la orilla, en el Noroeste del lago; en seguida me dirigí con toda la velocidad posible en la dirección indicada, cuando de repente, en el momento en que la niebla empezaba a desaparecer, me encontré en presencia de dos osos, que se abalanzaron a mí. A pesar del peligro, la calma no me abandonó un solo instante, y merced a la rapidez de mi carrera, pude escapar; mas si me hubiera caído, estaba perdido sin remedio.

Y entonces, llevando aparte a Briant, le dijo en voz baja:

-Gracias, hermano; gracias por haberme permitido...

El jefe de la colonia le apretó la mano sin contestar.

Y luego, cuando Doniphan iba a pasar el umbral del *hall*, le dijo Briant:

-Te había prohibido alejarte, y ya ves cómo tu desobediencia ha podido ocasionar una gran desgracia. Sin embargo, aunque te hayas portado mal, Doniphan, debo darte las gracias por haber salvado a mi hermano, y te las doy de todo corazón.

-He cumplido con mi deber, y nada más, respondió con mucha frialdad aquel altanero muchacho, sin tocar siquiera la mano que Briant le había tendido.

XX

Una parada en la punta Sur del lago. -Doniphan, Cross, Wilcox y Webb. -Separación. -La región de los «Downs-lands.» -El East-river. -Bajando a la orilla izquierda. -Llegada a la embocadura.

Seis semanas después de estos acontecimientos, un día, a las cinco de la tarde, cuatro de los jóvenes colonos acababan de detenerse en la extremidad meridional de *Family-Lake*.

Era el 10 de Octubre. La influencia primaveral comenzaba ya a hacerse sentir. Los árboles empezaban a revestirse de tiernas hojas, y una agradable brisa rizaba ligeramente la superficie del lago, alumbrado aun por los últimos rayos del sol, que doraba la vasta llanura de *South-moors*. Numerosas bandadas de pájaros volvían gorjeando a buscar sus guaridas nocturnas en la enramada del bosque o en las grietas del acantilado. Sólo algunos árboles de hojas persistentes, como las encinas y los pinos, rompían la monótona aridez de aquella parte de la *isla Chairmán*. El marco vegetal del lago estaba truncado en dicho sitio, y para volver a encontrar la espesa cortina formada por los bosques, era menester recorrer algunos kilómetros por una u otra orilla.

En aquel momento, un buen fuego encendido al pie de un pino marítimo despedía un agradable olor, proveniente de los ánades que se asaban delante de un hogar colocado entre dos piedras. Después de cenar, cuatro valientes muchachos que allí estaban no tenían más que envolverse en sus mantas, y mientras que uno de ellos se quedaría velando, los otros tres se entregarían a las dulzuras del sueño.

Aquellos cuatro jóvenes eran Doniphan, Cross, Webb y Wilcox, y he aquí en qué circunstancias se habían separado de sus compañeros.

Durante las últimas semanas de este segundo invierno que los jóvenes colonos acababan de pasar en *French-den,* las relaciones se habían puesto muy tirantes entro Doniphan y el jefe de la colonia. Nuestros lectores no habrán olvidado con que despecho vio aquél la elección de su rival, y esto había sido causa de que su carácter se hiciera más irritable y más envidioso aun, no resignándose, sin gran trabajo, a someterse a la jefatura de Briant, y no resistiéndose muchas veces abiertamente a sus mandatos, por saber muy bien que la mayoría de sus compañeros no le habría apoyado. No obstante, en varias ocasiones manifestó tan mala voluntad, que Briant no había tenido más remedio que reprocharle su conducta. Desde los incidentes que ocurrieron el día en que patinaron en el lago, su insubordinación aumentó considerablemente, y Briant comprendió que iba a llegar el momento en que su vería obligado a castigar su rebeldía.

Hasta entonces, muy inquieto por lo que pasaba, Gordon había conseguido que Briant se contuviera; pero éste sentía que su paciencia se agotaba, y que

en pro del común interés, y para el mantenimiento del buen orden, un acto de autoridad se hacía necesario. En vano el americano amonestaba a Doniphan para atraerle a mejores sentimientos, pues nada adelantó, adquiriendo sólo la convicción de que si alguna vez tuvo algún ascendiente sobre aquel muchacho tan soberbio, lo había perdido enteramente, porque Doniphan no le perdonaba el haber hecho muchas veces causa común con su rival.

Esto tuvo por resultado destruir la concordia tan necesaria para la tranquilidad de los habitantes de *French-den,* notándose de tiempo atrás que existía así como una incomodidad moral, que hacía muy penosa la existencia.

Excepción hecha de las horas de la comida, Doniphan y sus parciales Cross, Webb y Wilcox, completamente dominados por él, hacían vida separada de los demás. Cuando el mal tiempo les impedía ir de caza, se reunían en un rincón del *hall*, hablando siempre en voz baja.

-Estoy cierto, dijo un día Briant al americano, de que traman alguna cosa.

-¡Pero no en contra tuya! respondió Gordon. ¡No será para ocupar tu puesto! ¡Doniphan no se

atreverá!... ¡Todos estamos contigo.. bien lo sabes tú, y él no lo ignora!...

-Es posible que piense en separarse de la colonia.

-Es de temer, Briant, y me parece que no tenemos derecho para impedírselo.

-¿Qué harán lejos de nosotros?

-Tal vez no traten de eso.

-Te equivocas, Gordon; y tanto es así, que he visto a Wilcox copiar el mapa del náufrago, y eso lo hace, de seguro, para llevárselo.

-¿Wilcox ha hecho eso?

-Sí, amigo mío; y en verdad, no sé si para que cesara este estado de cosas, valdría más que dimitiera mi cargo en favor tuyo o del mismo Doniphan... De este modo quitaría todo motivo de rivalidad...

-¡No, Briant! respondió el americano con energía. ¡No!... ¡Faltarías a tus deberes para con aquellos que te han elegido, y para contigo mismo!...

Pasaron los últimos fríos. En los primeros días de Octubre, el tiempo mejoró tanto, que las superficies del lago y del río se deshelaron por completo, y entonces, en la velada del 9 del indicado mes, Doniphan dio a conocer la decisión que había

tomado de dejar la gruta con sus tres amigos Webb, Cross y Wilcox.

-¿Queréis abandonarnos? dijo Gordon.

-¿Abandonaros?... ¡No, Gordon! respondió Doniphan. Sólo hemos formado el proyecto de establecernos en otra parte de la isla.

-¿Y por qué? preguntó Baxter.

-Por una razón muy sencilla; porque decidimos vivir a nuestro antojo, y además, lo digo con toda franqueza, porque no queremos recibir órdenes de Briant.

-¿Qué tienes que reprocharme, Doniphan?

-Nada, sino que seas nuestro jefe, respondió este último. Lo ha sido ya un americano, ahora es un francés el que nos gobierna... Ya no falta más sino que nombren a Mokó...

-¿Hablas en serio? preguntó Gordon.

-Lo serio es, respondió Doniphan con altanería, que si place a nuestros compañeros tener por jefe a uno que no sea inglés, semejante cosa no acomoda ni a mis amigos ni a mí.



-Está bien, respondió Briant; sois libres, y podéis marchar y llevaros la parte de los objetos que os correspondan.

-Jamás hemos dudado de ello, Briant, y desde mañana abandonaremos vuestra compañía.



[illegible]

-¡Ojalá no tengáis que arrepentiros de vuestra determinación! añadió Gordon, comprendiendo que toda insistencia sería inútil.

He aquí el proyecto que Doniphan había resuelto poner en ejecución.

Cuando Briant hizo el relato de su excursión a la parte oriental de la isla, afirmó que la pequeña colonia hubiera podido instalarse allí en muy buenas condiciones, pues las rocas presentaban muchas grutas; los bosques confinaban con la playa, y el *East-river* abastecía aquella comarca de agua dulce y abundante. La caza de pelo y de pluma abundaba en sus orillas; en fin, la vida debía de ser allí por lo menos, tan cómoda como en *French-den.* Además, la distancia no era grande entro este punto y *Deception-bay* para impedir toda comunicación, en caso de absoluta necesidad.

Después de haber reflexionado seriamente en todas aquellas ventajas, Doniphan decidió a Wilcox, Webb y Cross para que fuesen a establecerse con él en el otro litoral de la isla.

El insurrecto, llamémoslo así, no se proponía atravesar el lago, sino seguir la orilla hasta la punta meridional, doblarla y remontarse por la parte opuesta hasta el *East-river,* explorando de paso una

comarca que no conocían, y continuar el curso del río hasta su embocadura. El camino era bastante largo, unas quince o dieciséis millas; pero sus compañeros y él lo recorrerían cazando, y de este modo Doniphan evitaba el embarque en la canoa, cuya maniobra exigía manos más expertas que las suyas. No quería llevarse más que el *halkett-boat,* o sea la barquita de goma, para atravesar los ríos que encontrasen en la parte oriental.

Esta primera expedición no tenía otro objeto que reconocer el litoral de *Deception-bay,* para escoger el sitio más conveniente en que fijarse de un modo definitivo; así es que no queriendo incomodarse llevando bagaje, no tomaron más que dos escopetas, cuatro revólvers, dos hachas, municiones en cantidad suficiente, cañas de pescar, mantas de viaje, una brújula de bolsillo, la canoa de cautchuc y algunas conservas, porque no dudaban que la caza les daría lo suficiente para alimentarse durante una excursión que no duraría más que seis o siete días, dejando para cuando volvieran a *French-den,* después de haber hallado una vivienda a su gusto, el recoger los objetos que les pertenecían y conducirlos en el carro.

Cuando Gordon, o algunos otros de sus compañeros, fueran a visitarles, se les haría buena acogida; pero en cuanto a participar de la vida común en las condiciones actuales, estaban decididos a no consentirlo jamás.

Al amanecer del día siguiente, en que participaron al jefe de la colonia su determinación; Doniphan, Cross, Wilcox y Webb se despidieron, mostrándose muy tristes por aquella despedida los que quedaban en *French-den*. Doniphan y sus amigos estaban tal vez más conmovidos de lo que aparentaban, aunque muy decididos a realizar su proyecto, en el que la terquedad tenía mucha parte. Después de atravesar el río *Zealand* en la canoa, que Mokó volvió otra vez al lado del dique, se alejaron sin apresurarse demasiado, examinando aquella parte inferior de *Family-Lake,* que se estrechaba poco a poco, formando punta; y también la inmensa llanura de *South-moors,* de la que no se veía el fin ni al Sur ni al Este.

Doniphan mató algunas aves; pero comprendiendo que no debía desperdiciar las municiones, se contentó con lo necesario para el alimento del día.

El cielo estaba cubierto, pero sin amenaza de lluvia, y la brisa parecía estar fija al Nordeste. Durante aquel día, los cuatro muchachos recorrieron apenas cinco o seis millas, y llegando a las cinco de la tarde a la extremidad del lago, se detuvieron allí para pasar la noche.

Tales son los acontecimientos que tuvieron lugar en *French-den* desde los últimos días de Agosto basta el 11 de Octubre.

Doniphan, Cross, Wilcox y Webb estaban ahora lejos de sus compañeros, de los que ninguna consideración hubiera debido separarlos. ¿Hallábanse aislados ya? ¡Tal vez sí!

Pero decididos a realizar su proyecto hasta el fin, no pensaban sino en crearse una nueva existencia en algún otro punto de la isla *Chairmán*.

Después de una noche bastante fría, que pudieron soportar merced a una buena lumbre, se dispusieron a partir. La punta meridional de *Family-Lake* presentaba un ángulo muy agudo en la unión de ambas orillas, de las que la de la derecha se dirigía casi en rumbo recto hacia el Norte. En la parte oriental la comarca aparecía pantanosa, aun cuando el agua no inundaba el suelo, algunos pies más alto que el nivel del lago. Algunas tumescencias

cubiertas de hierba y sombreadas por árboles raquíticos, eran los únicos accidentes que presentaba aquella región, a que Doniphan dio el nombre de *Downs-lands,* o sea tierra de las dunas; pero no queriendo aventurarse a través de lo desconocido, resolvió seguir la orilla hasta llegar al *East-river* y continuar después por el misino camino que recorriera en otro tiempo Briant, proponiéndose explorar después la región de *Downs-lands* hasta la costa.

Sus compañeros y él discutieron este proyecto antes de ponerse en marcha.

-Si las distancias están exactamente marcadas en el mapa, dijo Doniphan, debemos hallar el *East-river* a unas siete millas de la punta del lago, y podremos estar allí esta noche sin cansarnos demasiado.

-¿Y por qué no acortamos la distancia, dirigiéndonos hacia el Nordeste, a fin de llegar precisamente a la embocadura?

-En efecto; eso nos ahorraría lo menos la tercera parte del camino, añadió Webb.

-Sin duda, respondió Doniphan; pero no me parece prudente aventurarnos por sitios desconocidos, a trueque de tener que retroceder después, mientras que, siguiendo la orilla del lago, es

muy probable que ningún obstáculo nos impida llegar al río.

-Y además, añadió Cross, tenemos interés en explorar el curso del *East-river*.

-Nos interesa en gran manera, replicó Doniphan, pues ese río establece una comunicación directa entre la costa y el lago, y además, siguiendo aquella ruta, tendremos ocasión de visitar también la parte del bosque que atraviesa.

Dicho esto, se pusieron en marcha a buen paso. Una estrecha calzada, tres o cuatro pies más alta que el lago, lo dominaba a la izquierda, mientras que la llanura de las dunas se extendían hacia la derecha. El suelo, que subía de una manera bastante sensible, permitía suponer que el aspecto de aquella región variaría completamente algunas millas más allá.

Y así sucedió.

A eso de la una, Doniphan y sus amigos se detuvieron para almorzar en el borde de una pequeña ensenada, sombreada por algunas hayas. Desde allí, y hasta donde alcanzaba la vista, no se divisaba más que una masa confusa de árboles que ocultaban el horizonte.

Un aguti, que Wilcox mató aquella mañana, hizo los gastos del almuerzo, que Cross, especialmente

encargado de llenar las funciones de Mokó, preparó lo mejor que pudo, y apenas concluyeron de almorzar, los cuatro muchachos se volvieron a poner en marcha, siguiendo siempre la orilla de *Family-Lake.*

El bosque, cuyo límite era el lago, tenía poco más o menos las mismas especies de árboles que *Traps-woods,* habiendo en éste más pinos y encinas que abedules y hayas; pero todos eran soberbios por sus dimensiones.

Doniphan notó también, con gran satisfacción, que la fauna era tan variada como en la parte occidental, pues vio varios guanacos, vicuñas y una bandada de ñandúes, que huyeron a toda prisa, después de haber apagado su sed. Las liebres maras, *los tucutucos, los* pécaris y la caza de pluma pululaban en los matorrales.

A las seis de la tarde hicieron alto en un sitio en que la orilla estaba cortada por una corriente que servía de desagüe al lago; era el *East-river,* río de que ya hemos hablado, y que no les fue difícil reconocer, porque Doniphan descubrió debajo de un grupo de árboles, en el fondo de una estrecha caleta, huellas recientes de un campamento, es decir, las cenizas de un hogar.

Allí fue donde Briant, Santiago y Mokó habían pasado la primera noche de su expedición a *Deception-bay*.

Doniphan y sus amigos acamparon, pues, en el mismo sitio, y durmieron debajo de los mismos árboles que habían servido de abrigo a aquellos.

Ocho meses antes, cuando Briant se detuvo en aquel lugar, estaba muy lejos de pensar que cuatro de sus compañeros vendrían allí a su vez con la intención de vivir separados de los demás, en aquella parte de la isla *Chairmán*.

Y tal vez Cross, Wilcox y Webb, viéndose lejos de la abrigada mansión de *French-den,* sintieron algún pesar por haber cometido semejante calaverada; pero su suerte estaba ahora ligada a la de Doniphan, y éste tenía demasiada vanidad para reconocer sus culpas, excesiva terquedad para renunciar a sus proyectos, y gran envidia para consentir en doblegarse ante su rival.

Al amanecer, el cabecilla propuso atravesar inmediatamente el *East-river*.

-Necesitarnos hacerlo, dijo; hagámoslo, pues, ahora, y caminando con ligereza llegaremos antes de concluir el día a su embocadura, que no dista de aquí más de cinco o seis millas.

-Luego, dijo Cross, como en aquella orilla fue donde Mokó hizo provisión de piñones, los cogeremos nosotros también, pues son muy sabrosos.

Desdoblaron el *halkett-boat.* Y puesto en el agua, Doniphan atravesó el río. Una cuerda atada en la popa, y que Wilcox sostenía por la punta, sirvió para atraerlo otra vez, y así pasaron todos a la orilla opuesta.

Después de esto, Wilcox se echó el barquichuelo a la espalda, y emprendieron otra vez la marcha, que no dejó de ser bastante penosa, a causa de la altura de las hierbas, de los árboles derribados por los huracanes y de los muchos charcos que tuvieron que rodear. Doniphan hizo notar a sus amigos que el náufrago francés no había dejado huella alguna de su paso en aquella parte de la isla, como lo hizo en los bosques de *Traps-woods;* y sin embargo, no era dudoso que la había explorado, puesto que el mapa de Francisco Baudoin indicaba con toda exactitud el curso del *East-river*.

A las doce se detuvieron para almorzar en el sitio precisamente en donde se hallaban los piñones. Cross cogió cierta cantidad de aquella fruta, que les sirvió de postre, y después continuaron su marcha

durante un espacio de dos millas, no sin luchar con las penosas dificultades que les ofrecía la espesura del matorral, haciéndoles detener a cada paso.

Tanta demora fue causa de que nuestros jóvenes no llegasen hasta el anochecer al límite del bosque; y como la oscuridad no permitía reconocer el litoral, decidieron pernoctar en aquel sitio, desde donde se oía perfectamente el mugido de las olas.

Como es consiguiente, organizaron el campamento, y algunos pájaros asados les sirvieron de comida, o más bien docena, si tenemos en cuenta lo avanzado de la hora, acostándose en seguida, habiendo antes convenido, por prudencia, alimentar el fuego durante toda la noche, quedando Doniphan encargado de aquel cuidado durante las primeras horas, siendo relevado después por otro y otro hasta el amanecer.

Wilcox, Cross y Webb, tendidos debajo del ramaje de un enorme pino, y muy cansados por la marcha de aquel día, se durmieron inmediatamente.

Mucho trabajo lo costó a Doniphan luchar con el sueño; pero, sin embargo, resistió, y cuando llegó el momento de su relevo, sus compañeros disfrutaban de un reposo tan dulce, que no quiso despertar a ninguno; y como en el bosque reinaba

una tranquilidad tan perfecta que permitía gozar allí de tanta seguridad como en *French-den,* después de echar algunas brazadas de leña en el hogar, Doniphan se tendió al pie del árbol, cerró en seguida los ojos, y, durmiéndose, no los volvió a abrir hasta el momento en que el sol subía majestuosamente por el vasto horizonte del mar.

XXI

«Exploración de «Deception-bay». -«Bear-rock harbour.» - Proyectos de vuelta a «French-den.» -Reconocimiento por el Norte de la isla. -El «North-creek.» -Espantosa borrasca. -Noche de alucinaciones. -Al amanecer.

El principal cuidado de nuestros muchachos cuando se levantaron, fue el de bajar por la corriente del agua basta la embocadura del río, y cuando llegaron no pudieron menos de mirar con avidez aquel mar que veían por primera vez.

Estaba desierto.

-Y sin embargo, dijo Don han, si, como todo lo hace creer, la *isla Chairmán* no se halla lejos del

continente americano, las naves que salen del estrecho de Magallanes yendo hacia los puertos de Chile y del Perú tienen que correrse al Oriente, y he aquí una razón más para que vivamos en esta costa, que si bien ha recibido de Briant el nombre de *Deception-bay,* espero que no justificará por mucho tiempo una denominación de tan mal agüero.

Aun cuando Doniphan, al hablar de tal modo, procuraba quizás dar una disculpa o a lo menos un pretexto por haberse separado de sus compañeros de *French-den,* a verdad es que, bien considerado, tenía razón al decir que era probable el paso de algún buque por aquella parte del Pacífico al oriente de la *isla Chairmán,* para arribar a los puertos de la América del Sur.

Doniphan observó el horizonte con el anteojo, visitó después la embocadura del *East-river* y vio, como lo había visto Briant, que la Naturaleza había formado allí un puertecito, en el que cualquier buque podía estar al abrigo del viento y del embate de las olas. Si el *Sloughi* hubiese arribado a aquella parte de la *isla Chairmán,* hubiera sido fácil impedir que encallara y conservarle intacto para utilizarlo en ocasión propicia.

Detrás de las rocas que formaban el puerto se agrupaban los primeros árboles del bosque, que se extendían, no sólo hasta el lago, sino también en dirección al Norte, en donde la mirada no distinguía otra cosa que un horizonte de verdura. En cuanto a las aberturas o grutas de las masas graníticas del litoral, Briant no había exagerado, y, por lo tanto, no tenían más que escoger; así es que Doniphan, encontrando prudente no alejarse mucho del río, se decidió por una, que además era tan abrigada, por lo menos, como *French-den,* con la ventaja de que tenía más amplitud, pues comprendiendo una serie de concavidades anejas, se podrían hacer habitaciones separadas, destinadas a varios usos y servicios.

Aquel día fue empleado en explorar la costa en una extensión de dos millas. Doniphan y Cross mataron algunos *tinamous*, mientras que Wilcox y Webb pescaban en el *East-river,* cerca de su embocadura, en donde cogieron media docena de peces y algunos mariscos que abundaban entre las rocas. No les faltarían pues, variados alimentos en su nueva morada.

Nuestros lectores no habrán olvidado que en su excursión a la embocadura del río, Briant había subido a una altísima roca, que presentaba la forma

de un oso gigantesco. Doniphan se admiró de aquella singular hechura, y como toma de posesión bautizó el puertecito dominado por aquella enorme piedra con el nombre de *Bear-rock-harbour,* o esa puerto de la roca del oso, que figura ahora en el mapa de la *isla Chairmán.*

Doniphan y Wilcox subieron por la tarde a *Bear-rock* para examinar detenidamente la bahía; pero nada extraordinario vieron, ni tierra, ni buque, ni siquiera aquella mancha blancuzca de que había hablado Briant.

Comieron al anochecer debajo de un magnífico grupo de árboles, cuyas ramas caían sobre el río, y después trataron de esta cuestión: ¿Convenía volver inmediatamente a *French-den* para traer los objetos necesarios a su instalación definitiva en la gruta de *Bear-rock*?

-Me parece, dijo Webb, que no debemos retrasarnos, porque si volvemos por el Sur del lago, necesitamos algunos días.

-Pero, replicó Wilcox, cuando volvamos aquí, ¿no sería mejor atravesar el lago y seguir el curso del río? Lo que Briant ha hecho, ¿por qué no lo haríamos nosotros?

-Ganaríamos tiempo y nos ahorraríamos mucha fatiga, añadió Webb.

-¿Qué te parece, Doniphan? Preguntó Cross.

Doniphan reflexionaba sobre aquella proposición, que ofrecía grandes ventajas.

-Tienes razón, Wilcox, respondió; embarcándose en la canoa gobernada por Mokó...

- Si el grumete consiente en ello, replicó Webb con tono de duda.

-¿Y por qué no había de consentir? repuso Doniphan. ¿No tengo yo tanto derecho en mandarle como Briant? Además, no se trata de otra cosa sino de que nos guíe por el lago...

-¡Será preciso que obedezca! exclamó Cross; porque si nos viésemos obligados a transportar por tierra todo nuestro material, no acabaríamos nunca, y además el carro no puede atravesar el bosque; es necesario, pues, servirnos de la canoa...

-¿Y si rehusan dárnosla? repuso Webb

-¡Rehusar! exclamó Doniphan. ¿Quién puede rehusárnosla?

-Briant. ¿No es el jefe de la colonia?

-¡Él rehusar! repitió Doniphan. ¿Aquella embarcación es acaso más suya que nuestra?... Si Briant se permitiera negármela...

Doniphan no acabó su pensamiento; pero bien se veía que ni sobre este punto ni sobre cualquier otro el imperioso muchacho se sometería jamás a los consejos de su rival; mas, como dijo muy bien Webb, era inútil discutir esta cuestión, siendo su parecer que Briant les facilitaría todos los medios necesarios para que es instalasen en *Bear-rock,* y, por lo tanto, lo que había que hacer era decidir si volverían en seguida a *French-den.*

-Me parece lo más acertado, dijo Cross.

-Entonces, mañana mismo.

-No, respondió Doniphan. Antes de partir quisiera reconocer la parte Norte de la isla. En cuarenta y ocho horas podemos estar de vuelta aquí. ¡Quién sabe si no hay en aquella dirección alguna tierra que el náufrago francés no haya podido ver, y que, por tanto, no figura en el mapa! Sería poco razonable instalarse aquí sin saber a qué atenerse en esto punto.

Doniphan tenía razón, y aun cuando este proyecto ocasionaba un retraso de dos o tres días, se decidió que se pondría en ejecución sin más tardanza.

Al día siguiente, 14 de Octubre, los cuatro muchachos partieron al amanecer, y tomaron el rumbo Norte, siguiendo el contorno del litoral.



En una extensión de tres millas, las rocas se desarrollaban entre el bosque y el mar, no teniendo en su base más que una playa arenosa de unos cien pies de ancho.

A las doce, Doniphan y sus compañeros hicieron alto para almorzar, dejando detrás de sí la última roca.

En aquel sitio encontraron una cueva corriente de agua que desembocaba en la bahía; pero observado su curso Sudeste y Nordeste, daba lugar a suponer que no salía del lago, como *East-river*. Dicha corriente, que iba a parar a una estrecha ensenada, salía después de ella, atravesando la región superior de la isla. Doniphan la llamó *North-creek,* esto es, arroyuelo del Norte, porque en realidad no merecía otro calificativo.

Sin titubear lo atravesaron en el barquichuelo de goma, y no tuvieron después más que costear el bosque, cuyo límite era la orilla izquierda.

Poco después de ponerse nuevamente en marcha, se oyeron dos detonaciones.

Eran dos tiros disparados por Doniphan y Cross en las circunstancias siguientes:

Eran las tres de la tarde; siguiendo los expedicionarios el curso del *North-creek,* se habían corrido hacia Noroeste más de lo que convenía, puesto que querían llegar a la costa septentrional, se disponían a variar de rumbo, cuando Cross detuvo a Doniphan exclamando:

-¡Mira!... ¡Mira allí!...

Y señalaba una enorme masa de un rojo oscuro que se agitaba entre las altas hierbas y por entre los juncos de la orilla del riachuelo y por debajo de las ramas de los árboles, que se inclinaban hasta el agua.

Doniphan hizo señas a Wilcox y Webb de que no se moviesen, y seguido de Cross, con la escopeta preparada, se deslizaron sin hacer ruido hacia aquella enorme masa.

Era un animal de gran tamaño, que se hubiera parecido a un rinoceronte si su cabeza hubiera tenido cuernos, y si su labio inferior fuera más prolongado.

Un instante después, sonó un tiro, y en seguida otro; Doniphan y Cross habían descargado casi a un tiempo sus escopetas; pero como se hallaban a una distancia de ciento cincuenta pies, el plomo no produjo ningún efecto en la dura piel de aquel animal que, saltando al ribazo, desapareció en el bosque.

Pero Doniphan, que había tenido tiempo bastante para observarlo, conoció que era un anfibio completamente inofensivo; un *anta,* animal que suele encontrarse a veces en las cercanías da los ríos del Sur de América.

En aquel lado de la isla *Chairmán,* la vegetación se desarrollaba de un modo asombroso; los árboles estaban de tal manera apiñados, que no dejaban penetrar ni un rayo de sol a través de su fronda, y como las hayas se encontraban allí por millares, aquel sitio recibió el nombre de *Breechs-forest* (bosque de hayas).

Durante aquel día anduvieron nueve millas, quedándoles otro tanto para alcanzar el Norte de la isla, adonde llegarían al siguiente día.

Al amanecer, volvieron a ponerse en camino, pues como el tiempo amenazaba variar, tenían necesidad de apresurar su marcha. El aire del Poniente soplaba con violencia, y las nubes, aunque sostenidas en una zona bastante elevada para esperar que no se resolvieran tan pronto en agua, indicaban una próxima tormenta; pero como arrostrar el viento, aun muy fuerte, no era gran cosa para unos muchachos ya acostumbrados a hacer frente a los temporales más duros, apretaron el paso, no sin luchar contra la borrasca, que les cogía de lado.

Aquella jornada fue muy penosa, y era de temer que la noche fuera peor que el día.

En efecto, a eso de las cinco de la tarde el ruido del trueno se dejó oír en medio del fulgor da los relámpagos.

Doniphan y sus compañeros no retrocedieron; la idea de que se aproximaban al Norte les alentaba y como el bosque seguía siempre muy frondoso, tendrían el recurso de guarecerse debajo de los árboles para resguardarse de la lluvia; pero el viento se desencadenaba con demasiado empuje para que lloviera, y además la costa no debía de estar lejos ya.

Hacia las ocho, el mugido da la resaca, ese ruido que no se confunde con ningún otro, llegó a los oídos de nuestros jóvenes, indicándoles la presencia de un banco de arrecifes en aquella parte de la isla.

El cielo, velado ya por espesos vapores, se oscurecía poco a poco, y era menester que se apresuraran si habían de aprovechar los últimos rayos de luz en mirar el mar a lo lejos. Mas allá de los árboles se hallaba una playa de un cuarto de milla de ancho, en la que las espumosas olas saltaban después de chocar contra los arrecifes del Norte.

Los jóvenes, aunque muy cansados, tuvieron todavía bastante ánimo para echar a correr, pues querían, por lo menos, echar una ojeada por aquella parte del Pacífico antes de que faltase por completo

la luz. ¿Sería un mar, o tan sólo un estrecho canal que separaba aquella costa de un continente o de una isla?

De repente, Wilcox, que marchaba a algunos pasos delante de los demás, se paró, señalando una mata negruzca que se veía en la orilla de la playa. ¿Tendrían que habérselas con algún monstruo marino, o tal vez con alguna ballena o ballenato encallado en la arena?

Era una embarcación, acostada por la banda de estribor; y más allá, en la orilla de la playa, Wilcox vio dos cuerpos humanos, echados en la arena a pocos pasos de la tumbada nave.

De pronto, nuestros jóvenes cambiaron la dirección de su carrera, y emprendieron la marcha hacia el punto de la playa en donde se hallaban aquellos cuerpos tendidos en la arena, y cadáveres tal vez.

Llegaron; mas sobrecogidos de espanto, y no pensando siquiera en que aquellos desgraciados podían conservar todavía un resto de vida, ni en que importaba prodigarles cuidados inmediatos, volviéronse precipitadamente a buscar un refugio debajo de los árboles.

La noche se presentó oscura, y los relámpagos que la alumbraban de cuando en cuando no tardaron en apagarse también. En medio de aquellas profundas tinieblas, el viento rugía, mezclándose con el ruido de las olas al estrellarse contra los arrecifes.

¡Qué tempestad tan horrible! Los árboles crujían por todas partes, no sin peligro para los que se resguardaban debajo de sus ramas; pero era imposible acampar en la playa, pues la arena, levantada por el viento, azotaba la cara como si fuera metralla.

Durante toda la noche, Doniphan y sus amigos permanecieron en el mismo sitio, sin poder cerrar los ojos, sufriendo cruelmente con el frío, pues no habían podido encender lumbre en atención a que se hubiera esparcido en seguida a diestra y siniestra, con peligro de incendiar las ramas muertas amontonadas en el suelo.

Y luego, la emoción los tenía desvelados. ¿De dónde vendría aquella barca?... Y esos náufragos, ¿a qué nación pertenecerían?... ¿Habría alguna tierra en las cercanías, puesto que una embarcación había abordado a la isla? ¿Provendría tal vez de algún

buque grande que se perdiera en lo más fuerte de la borrasca?

Aquellas preguntas eran tan naturales, como admisibles estas hipótesis, que Doniphan y Wilcox, apretados uno contra el otro, efecto de haberse sobrecogido de estupor, se comunicaban en voz baja.

La situación de ánimo de nuestros jóvenes era penosa, y además sus cerebros, exaltados, padecían grandes alucinaciones; se les figuraba oír gritos lejanos, y cuando el aire cedía algunos instantes, escuchaban con atención, preguntándose si otros náufragos no estaban errantes por la playa. ¡No! Era una ilusión de sus sentidos. Nada se oía, aparte de los mugidos de la violenta tempestad.

Ya repuestos un poco de la excitación que sufrieran, y más en calma, se arrepintieron de haber cedido al primer movimiento de espanto, y querían volver a la playa; pero se encontraron faltos de la fuerza moral y física necesaria. Ellos que, entregados a sí mismos desde hacía tanto tiempo, se creían hombres, comprendían en aquel instante que no eran más que niños en presencia de los primeros seres humanos que hallaron desde el naufragio del *Sloughi*.

Pero al fin, recuperada por completo la tranquilidad de espíritu, reflexionaron que, a pesar de todo, tenían un deber que cumplir. Al amanecer volverían a la playa, abrirían una fosa en la arena y darían sepultura a los dos cadáveres, después de rezar por el descanso de sus almas.

¡Qué interminable les pareció la noche! Les parecía que el alba no llegaría nunca para disipar sus horrores. ¡Si siquiera hubieran podido darse cuenta del tiempo consultando sus relojes!... pero fue imposible encender una cerilla, aun resguardándola con las mantas.

Wilcox tuvo la idea de recurrir a un medio muy sencillo para saber la hora. Se había fijado muchas veces en que dando cuerda a su reloj, el *remontoir* daba doce vueltas por las veinticuatro horas, o sea una vuelta para cada dos horas. Había dado cuerda a las ocho; bastábale, pues, contar el número de vueltas que quedaban, para saber las horas que habían transcurrido. Cogió su reloj, y no teniendo que dar más que cuatro vueltas para que tuviera toda la cuerda, comprendió que debían de ser las cuatro de la madrugada, y que, por consiguiente, el día no tardaría en aparecer.

En efecto; poco después los primeros albores de la mañana se dejaron ver por el Oriente. La borrasca no se había calmado, y como las nubes bajaban hacia el mar, la lluvia les alcanzaría antes de que pudieran llegar a *Bear-rock*.

Esto les contrarió bastante; pero como tenían que cumplir con su deber para con los náufragos, apenas hubo alguna claridad, se dirigieron hacia la playa, luchando contra el empuje del vendaval.

La embarcación estaba encallada cerca de una pequeña duna; mas los dos cuerpos que habían visto tendidos y con aspecto cadavérico, ya no estaban allí...

Doniphan y Wilcox examinaron el circuito; pero... nada, ni siquiera las huellas.

-¡Esos desgraciados, exclamó Wilcox, debían de estar vivos, puesto que han podido levantarse!...

-¿En dónde estarán? preguntó Cross.

-¿En dónde estarán, dices? respondió Doniphan señalando el mar. ¡Pues allí, adonde seguramente la marea baja los ha arrastrado! Y este último se corrió hasta los arrecifes para mirar con su anteojo la superficie de las aguas.

No vio nada.

Los cuerpos de los náufragos habían sido acaso sepultados en el líquido y revuelto elemento.

Doniphan entonces se reunió con sus amigos, que estaban al lado de la abandonada chalupa.

Tal vez encontrarían allí alguno que sobreviviera a la catástrofe.

La embarcación estaba vacía.

Era una chalupa de buque mercante, con un puente en la proa, cuya eslora contaba unos treinta pies. No se hallaba ya en estado de navegar; la obra muerta de estribor había sido hundida hasta la línea de flotación, efecto de los choques que sufriera al encallarse. Un trozo de mástil, roto en su base, algunos pedazos de vela enganchados acá y acullá, y restos de cuerdas era todo cuanto quedaba de sus aparejos. No hallaron ni provisiones, ni utensilios, ni armas. ¡Nada en los cofres, nada en ninguna parte!

En la popa, dos nombres indicaban a qué buque había pertenecido, y cuál era su procedencia:

SEVERN-SAN FRANCISCO

¡San Francisco! ¡Uno de los puertos del litoral de California!...

El barco era de nacionalidad americana.

La costa sobre la que los náufragos del *Severn* habían sido arrojados por la tempestad, no tenía más que el mar por horizonte.

XXII

Una idea de Briant. -Alegría de los pequeños. -Construcción de una cometa. -Experiencia interrumpida. -Kate. -Los supervivientes del «Severn.» -Peligros que corren Doniphan y sus compañeros. -Abnegación de Briant. -Todos reunidos. -La situación tal cual es. -Precauciones tomadas. -Modificación en la vida. -El árbol «vaca.»

Desde la partida de los colonos insurrectos la tristeza se apoderó de los demás compañeros, pues todos vieron con grandísimo pesar aquella separación, cuyas consecuencias podían ser muy graves en lo porvenir. Seguramente que Briant no tenía nada que echarse en cara; pero su pena era cada vez mayor, por ser su jefatura la causa de aquella escisión.

En vano Gordon procuraba consolarle, diciéndole:

-¡Ya volverán, Briant, y más pronto de lo que ellos creen! Por más terco que sea Doniphan, las circunstancias podrán más que él. Apostaría cualquier cosa a que antes de los fuertes fríos estarán de vuelta en *French-den*.



[illegible]

Briant sacudió la cabeza, no atreviéndose a contestar. Era posible que alguna circunstancia los reuniera otra vez; pero conociendo el carácter de Doniphan, tenía que ser muy grave la situación para verse obligado a regresar.

«Antes de los fuertes fríos,» había dicho Gordon. ¿Estarían, pues, condenados los jóvenes colonos a pasar un tercer invierno aun en la isla *Chairmán?* ¿No recibirían ningún socorro antes de la indicada época? ¿Tan así había que admitir que aquellos parajes del Pacífico no serían frecuentados por ningún buque, ni siquiera mercante, que llegara a ver el mástil y la bandera colocados en la cresta de *Auckland-hill?*

Ciertamente que aquella señal, izada sólo a doscientos pies de altura sobre el nivel de la isla, no podía ser vista desde muy lejos; así que, después de ensayar, pero en vano, con Baxter, formar el plano de una embarcación capaz de resistir el embate de las olas, Briant tuvo la ocurrencia de construir una cometa enorme.

-No nos faltan ni cuerdas ni tela, dijo; y dando a aquel aparato dimensiones suficientes, podría sostenerse en una zona bastante elevada de mil pies tal vez.

-Menos los días en que falte el aire, replicó Baxter.

-Son muy raros, respondió Briant, y en los tiempos de completa calma la recogeremos; pero, salvo en ese caso, nos serviría, pues fijada en el suelo por el extremo de la cuerda, seguiría por sí misma los cambios de la brisa, sin necesidad de ocuparnos de su dirección.

-Hagamos el ensayo, dijo Baxter.

-Además, repuso Briant, si fuera visible de día a una gran distancia, podría serlo también de noche atando en su rabo uno de los faroles que poseemos.

La idea de Briant no dejaba de ser practicable, y en cuanto a su ejecución, no ofrecía ninguna dificultad para muchachos que se habían divertido muchas veces en lanzar cometas al espacio en las praderas de Nueva Zelandia.

Cuando el proyecto de Briant fue conocido de los pequeños, su alegría no tuvo límites. Jenkins, Iverson, Dole y Costar tomaron la cosa como una diversión, regocijándose con el pensamiento de que subiría más alto de lo que podían imaginar, prometiéndose gran distracción con ella.

-¡Le pondréis una cola muy larga! decía uno.

-¡Y grandes orejas! añadía otro.

-Habrá que pintar en ella un polichenela, que bailará bien allá arriba.

-Y lanzaremos otras pequeñas en su busca.

Cierto es que lo que aquellos niños consideraban como una diversión, encerraba una idea muy seria, y que podía producir los mejores resultados.

Baxter y Briant pusieron manos a la obra dos días después de la marcha de Doniphan y de sus amigos.

-¡Cómo abrirán los ojos, exclamó Service cuando vean aquella máquina en el aire! ¡Es una lástima que mis Robinsones no hayan tenido jamás semejante idea!

-¿Se verá de todos los puntos de nuestra isla? preguntó Garnett.

-Y de mucho más lejos aun, respondió Briant.

-¿La verán desde Auckland? dijo Dole.

-¡Ay, no! respondió Briant sonriendo; pero Doniphan y los demás sí, y tal vez esto los decida a volver.

Como se ve, el buen muchacho no tenía más pensamiento fijo que el de los ausentes, ni más deseo que uno: el de que esta funesta separación acabara pronto.

Aquel día y los siguientes se emplearon en la construcción de la cometa, a la que Baxter dio una forma octógona. La armadura, ligera y resistente, se hizo con una especie de caña, muy a propósito para el caso, que crecía a orillas del lago cubriéndola con una tela delgada, impregnada de cautchuc, que servía para cubrir las claraboyas del *Sloughi*; telas tan impermeables que ni siquiera el aire podía pasar a través de su tejido. En cuanto a la cuerda, se buscaría una muy fuerte y bien retorcida, de unos dos mil pies de largo y capaz de resistir una gran tensión.

No tenemos por qué decir que aquel aparato se adornaría con una magnífica cola, destinada a mantenerlo en equilibrio cuando alguna capa de aire le inclinara a uno u otro costado.

Aquella cometa estaba tan bien construida, que hubiera podido, sin demasiado peligro, elevar con ella a cualquiera de los colonos; pero no se trataba de eso, y bastaba que fuera bastante sólida para resistir a las frescas brisas, bastante grande para alcanzar cierta altura, y que se viera en un radio de cincuenta o sesenta millas.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente que esta cometa no podía ser sostenida por las manos de

ninguno de nuestros jóvenes, pues hubiera arrastrado a todos ellos juntos. La cuerda se enrollaría en una de las cabrias del *schooner,* que se fijaría con mucha fuerza en el suelo de *Sport-terrace,* para que pudiera resistirla tracción del *Gigante de los aires,* nombre que se dio a la cometa, y que los niños admitieron con gran algazara.

Aquella tarea se acabó el 15 de octubre por la tarde, y Briant dejó para el día siguiente la operación de remontarla, en presencia de todos sus compañeros; mas no fue posible proceder a la experiencia, porque, habiéndose desencadenado una violenta tormenta, fue preciso esperar a que abonanzara el tiempo.

Era la misma tempestad que tan mala noche hizo pasar a Doniphan y a sus amigos en la parte septentrional da la isla, y que también hizo romper la chalupa de los náufragos americanos contra los arrecifes de aquella costa, a los que bautizaron más tarde con el nombra de *Severn-shores,* escollos del *Severn.*

El 16 de Octubre, aun cuando hubo alguna más calma, la brisa era todavía demasiado violenta para que Briant se atreviera a lanzar su aparato aéreo. Por la tarde el tiempo se modificó en sentido favorable,

y nuestros colonos convinieron en que aquella experiencia tendría lugar al siguiente día, fecha que iba a tener mucha importancia en los anales de la isla *Chairmán*.

A pesar de que era viernes, Briant, dejando a un lado todas esas preocupaciones, no quiso retrasar mas la operación de remontar la cometa, pues soplaba una ligera brisa, constante y suave, muy conveniente para que sostuviera a gran altura, proponiéndose bajarla al anochecer, a fin de atarle un farol en la cola, cuya luz quedaría visible toda la noche.

La mañana fue consagrada a los últimos preparativos, que duraron hasta una hora después que acostumbraban a almorzar, en cuyo instante se reunieron todos en *Sport-terrace*.

-¡Qué buena idea ha tenido Briant! repetían sin cesar los pequeños dando palmadas.

Era la una y media.

El aparato, tendido en el suelo, con su largo rabo desplegado, iba a ser entregado a la acción de la brisa, no esperando más que una señal de Briant; pero éste mandó suspender la maniobra.



La causa de aquella orden fue la extraña conducta de *Phann,* que llamó la atención del jefe de la colonia. El inteligente animal iba precipitadamente hacia el bosque, lanzando tan quejumbrosos ladridos, que en verdad no podían menos de sorprender a los colonos.

-¿Qué tiene *Phann?* preguntó Briant.

-Habrá olfateado alguna fiera debajo de los árboles, respondió el americano.

-¡No puede ser eso, pues ladraría de otro modo!...

-¡Vamos a verlo! exclamó Service.

-¡Pero no sin armas! respondió Briant.

Service y Santiago entraron en la gruta, saliendo a poco rato cada cual con una escopeta cargada.

-Venid, dijo Briant.

Y los tres, acompañados de Gordon, se dirigieron hacia la orilla de *Traps-woods;* no se veía a *Phann,* mas se le oía siempre. Briant y sus compañeros andarían apenas cincuenta pasos, cuando vieron al perro parado delante de un árbol, en cuyo pie yacía una forma humana.

¡Era una mujer tendida allí, inmóvil y muerta al parecer! Una mujer, cuyo traje era de tela bastante basta, y pañuelo de lana oscura atado a la cintura; sus ropas estaban todavía en buen estado, y aun cuando aquella desgraciada no representaba más de cuarenta o cuarenta y cinco años, y se dejaba ver que era de constitución robusta, su cara presentaba las huellas de grandes sufrimientos. Agotadas sus fuerzas, y tal vez hambrienta, había perdido el conocimiento, pues

se notaba que un ligero soplo pasaba por sus labios entreabiertos.

¡Juzguen nuestros lectores cual no sería la emoción que experimentaron los jóvenes colonos en presencia de la primera criatura humana que se presentaba a su vista desde su llegada a la *isla Chairmán!*



[illegible]

-¡Respira!... ¡Respira!... exclamó Gordon. Es sin duda el hambre y la sed...

En seguida Santiago echó a correr y trajo un poco de galleta y un frasquito de *brandy*.

Entonces Briant, inclinándose hacia aquella pobre mujer, entreabrió sus labios y llegó por fin a introducir en su boca algunas gotas del fortificante licor.

La mujer hizo un movimiento; sus párpados se levantaron; su mirada se animó a la vista de aquellos muchachos reunidos en torno suyo... y luego llevó con avidez a su boca el trozo de galleta que le presentaba Santiago.

Era evidente que la infeliz se estaba muriendo de necesidad y de fatiga.

Pero ¿quién era aquella mujer? ¿Sería posible cambiar con ella algunas palabras y comprenderla?

Pronto salieron de dudas.

La desconocida se incorporó, y dijo en inglés:

-¡Gracias, hijos míos, gracias!

Media hora más tarde, Briant y Baxter, que la llevaron en brazos, la sentaron en un sillón en el *hall*, y ayudados por Gordon, le prodigaron todos los cuidados que su estado requería.

En cuanto recuperó sus fuerzas, se puso a contar su historia. He aquí lo que dijo, y ya comprenderán nuestros lectores lo mucho que debió su relato interesar a los jóvenes colonos.

Esta mujer, de origen americano, había vivido mucho tiempo en los territorios de For-West, en los Estados Unidos. Se llamaba Catalina Ready, o sencillamente Kate. Ejercía, desde veinte años atrás, el cargo de ama de llaves en casa de William Penfield, qué habitaba en Albany, capital del Estado de New-York.

Hacía un mes que esa familia, queriendo irse a Chile, en donde vivía uno de sus parientes, habían ido a San Francisco, puerto principal de California, para embarcarse en el navío mercante *Severn,* mandado por el capitán John F. Turner. Este buque iba a Valparaíso, y los señores Penfield tomaron pasaje en él con Kate, a quien miraban como de la familia.

El *Severn* era tan hermoso buque, y hubiera llegado sin duda con toda felicidad a su destino, si los ocho tripulantes, nuevamente reclutados, no hubieran sido unos miserables de la peor especie. Nueve días después de la salida del puerto de San - Francisco, uno de ellos, llamado Walston, ayudado

por sus compañeros Brandt, Rock, Henley, Book, Forbes, Cope y Pike, provocó una rebelión, de cuyas resultas murieron el capitán y el segundo, al mismo tiempo que el señor y la señora Penfield.

El objeto de aquellos infames era, después de apoderarse del barco, dedicarse a la trata de negros, qua se efectuaba aun en algunos puntos de la América del Sur.

Sólo dos personas se habían salvado a bordo: Kate, por quien intercedió Forbes, menos cruel que sus cómplices, y el timonel Evans, que era indispensable para gobernar el buque.

Aquellas horribles escenas tuvieron lugar un la noche del 7 al 8 de Octubre, cuando el *Severn* se hallaba a unas doscientas millas de la costa chilena.

Bajo pena de muerte, obligaron a Evans a maniobrar de modo que doblara el cabo de Hornos para ir al Oeste de África; pero algunos días después, sin que jamás se supiera a qué atribuirlo, un incendio se declaró a bordo, y en pocos instantes su violencia fue tal, que Walston y sus compañeros ensayaron en vano salvar el *Severn* de una completa destrucción. Uno de ellos, Henley, pereció precipitándose en el mar para escapar del fuego. Fue preciso abandonar el buque; echaron en la chalupa algunas provisiones,

municiones y armas, y se alejaron en el momento en que el *Severn* zozobraba en medio de las llamas. La situación de los náufragos era por demás crítica, puesto que doscientas millas los separaban de las tierras habitadas; y en verdad que hubiera sido justo que se hundiera también la chalupa con aquellos malvados, si Kate y Evans no se hubieran hallado en ella.

Cuarenta y ocho horas después de la pérdida del buque, estalló una violenta tormenta que hizo más terrible aun aquella situación, y la chalupa, roto su mástil y con las velas hechas jirones fue empujada por el viento hacia la costa de la isla *Chairmán,* en donde se destrozó en los arrecifes de la parte oriental, en la noche del 15 al 16.

Walston y sus compañeros, cansados por la lucha que sostuvieron contra la tempestad, y agotadas en parte las provisiones, estaban aniquilados por el frío y la fatiga, cuando la barquichuela chocó contra los arrecifes. Una ola arrastró consigo entonces a cinco de aquellos malvados, y los otros dos fueron lanzados a la arena, mientras que Kate caía del lado opuesto.

Estos dos hombres quedaron desvanecidos durante bastante tiempo, sucediendo lo mismo a

Kate; pero ésta, recuperando pronto el uso de sus sentidos, quedóse, sin embargo, inmóvil, esperando que fuera de día para ir, en el supuesto de que los demás habían perecido, en busca de asistencia, toda vez que se hallaba en tierra, y oyó a eso de las tres de la mañana unos pasos que hacían crujir la arena cerca de la embarcación.

Eran Walston, Brandt y Rock, que habían escapado de la ola que los arrastró, y que después de atravesar el banco de arrecifes y de llegar al sitio en que yacían sus compañeros Forbes y Pike, se apresuraron a hacerlos volver en sí, hablando después, mientras Evans esperaba a un centenar de pasos, custodiado por Cope y Rock.

He aquí la conversación que tuvieron, y que Kate oyó perfectamente.

-¿En dónde estamos? preguntó Rock.

-No lo sé, respondió Walston. Pero poco importa. No nos quedemos aquí; bajemos hacia el Este, y cuando llegue el día, veremos lo que se hace.

-¿Y nuestras armas? dijo Forbes.

-Aquí están, con las municiones que han quedado intactas, respondió Walston.

Y sacó del cofre de la chalupa cinco fusiles y varios paquetes de cartuchos.

-Es poco, añadió Rock, para defenderse en este país de salvajes.

-¿Dónde está Evans? preguntó Brandt.

-Allí, respondió Walston, bajo la custodia de Cope y de Rock, Quiera o no quiera, es preciso que nos acompañe; y si se resiste, me encargo de hacerle obedecer.

-¿Y qué ha sido de Kate? preguntó Rock. ¿Se habrá salvado?

-¡Kate! respondió Walston; nada hay que temer de ella. La he visto caer por encima de la borda antes de que la chalupa encallara; estará ya en el fondo del mar.

-Más vale así, replicó Rock. Sabía demasiado.

-No le hubiera durado mucho tiempo su sabiduría, añadió Walston, sobre cuyas intenciones no había lugar a equivocarse.

Kate, que todo lo oyó, estaba resuelta a huir después de la partida de los marineros del *Severn*.

Algunos instantes después, Walston y sus compañeros, sosteniendo a Forbes y a Pike, cuyas piernas apenas podían tenerlos, se marcharon, llevándose las armas, las municiones y cuanto quedaba de provisiones en las cajas de la chalupa, es

decir, algunas libras de carne salada, algo de tabaco y dos o tres calabazas llenas de aguardiente.

En cuanto estuvieron a alguna distancia, Kate se levantó; era ya tiempo, pues la pleamar iba alcanzando la playa, y un poco más tarde hubiera sido arrastrada por las olas.

Se comprenderá ahora por qué Doniphan, Wilcox, Webb y Cross no hallaron por la mañana a los náufragos, porque Walston y su banda habían partido ya en dirección al Este, mientras que Kate, tomando el lado opuesto, se dirigía sin saberlo, hacia la punta septentrional de *Family-Lake,* llegando allí en la tarde del 16, con sus fuerzas agotadas por el hambre y la fatiga. Algunas frutas silvestres fueron su único alimento, y sacando bríos de su misma flaqueza, siguió la orilla izquierda del lago, anduvo toda la noche y toda la mañana del 17, hasta que por fin cayó completamente aniquilada en el sitio en que la hallaron nuestros colonos.

Tales fueron los acontecimientos, de los que Kate hizo minucioso relato; acontecimientos de suma gravedad, pues demostraban hallarse en la *isla Chairmán,* en donde los náufragos del *Sloughi* habían vivido con tanto sosiego, siete hombres capaces de todos los crímenes. Y si descubrieran *French-den,*

¿qué suerte estaría reservada a nuestros niños? ¿Titubearían en atacarlos? No. ¿Los atarían, dejándolos perecer de hambre o expuestos a ser devorados por las fieras? Todo había que temerlo. Aquellos bandidos tenían un interés demasiado grande, y eran hombres de suyo crueles, a juzgar por los antecedentes. Nada les detendría para apoderarse del material, de las provisiones, de las armas, de las municiones y de las herramientas, que tan útiles podían serles para poner la chalupa en estado de navegar. Y llegado este caso, ¿qué resistencia podrían oponer Briant y sus compañero? Si Walston permanecía en la isla, un día u otro descubriría la colonia y agrediría indefectiblemente a los jóvenes, sin ningún género de consideraciones.

Oyendo el relato de Kate, Briant no tenía más que un pensamiento, y era el de que si el porvenir se haría presente con grandes peligros, estos serían mayores para Doniphan, Wilcox, Webb y Cross, ignorantes de la presencia de los nuevos náufragos en la isla; con la circunstancia agravante de que aquellos estaban explorando precisamente la parte adonde éstos se dirigían. Un solo tiro bastaría para llamar la atención de Walston, y entonces los cuatro

jóvenes caerían en poder de aquellos malvados, de los que no había que esperar piedad alguna.

-Es menester ir en su socorro, exclamó Briant; es preciso enterarles inmediatamente del peligro.

-Y traerlos aquí, añadió Gordon.

Más que nunca, importa que estemos todos reunidos, para que tomemos las medidas necesarias contra un ataque de aquellos malhechores.

-Sí, respondió Briant; y puesto que es preciso que nuestros compañeros vuelvan, volverán; te lo aseguro. Iré yo a buscarlos.

-¿Tú, Briant?

-Yo, sí.

-Pero ¿cómo?

-Me embarcaré en la canoa con Mokó. En algunas horas atravesaremos el lago Y bajaremos el *East-river,* como lo hemos verificado ya; y si la suerte nos favorece, espero llegar antes que los bandidos a la embocadura del río.

-¿Cuándo piensas partir?

-Esta noche, respondió Briant, cuando la oscuridad nos permita atravesar el lago sin ser vistos.

-¿Voy contigo, hermano? preguntó Santiago.

-No, replicó Briant. Es indispensable que volvamos en la canoa, y a duras penas cabremos seis en ella.

-¿De modo que estás decidido? preguntó Gordon.

-Completamente decidido, respondió Briant.

Era, en realidad, el mejor partido que podían tomar, no sólo para bien de los ausentes, sino de la colonia entera.

Cuatro compañeros más, y no de los menos vigorosos, servirían mucho para la defensa; pero no



La mujer [illegible]

había tiempo que perder si habían de reunirse todos en *French-den* antes de veinticuatro horas.

Como podrán comprender nuestros lectores, ya no se podía lanzar la cometa por los aires, pues

hubiera sido una gran imprudencia. No es a los buques a los que hubiera llamado ahora la atención, sino a Walston y a sus cómplices; y Briant, en previsión de lo que pudiera suceder, mandó que se quitara también el mástil y la tablita que se hallaban colocados en el acantilado.

Hasta la noche quedaron todos encerrados en la gruta, contando sus aventuras a Kate. La excelente mujer no pensaba ya en sí misma, condoliéndose de la situación de aquellos niños. Si habían de quedarse juntos en la isla *Chairmán,* se proponía ser para ellos una sirviente llana de abnegación, queriéndolos cual si fuera una madre, y ya empezaba a dar expansión a sus afectos, pues abrazaba a los pequeños, sentándolos en sus rodillas y cubriéndolos de caricias.

En recuerdo de sus novelas predilectas, Service propuso que la llamaran *Viernecitas*, como hizo Crusoé con su compañero de imperecedera memoria, puesto que fue también un viernes el día que Kate entró en *French-den.*

Y luego añadió:

-De esos malhechores hemos de pensar lo mismo que de los salvajes de *Robinsón.* En todos

aquellos libros se habla de ellos, y siempre son vencidos.

A las ocho, los preparativos de marcha estaban acabados.



Wolston y sus compañeros, [illegible]

Mokó, cuya abnegación no retrocedía ante ningún peligro, se alegraba mucho de acompañar a Briant en su expedición.

Ambos se embarcaron, llevando algunas provisiones, y armados cada uno con un revólver y un cuchillo de monte. Después de despedirse de sus compañeros, que no les vieron marchar sin pena, desaparecieron pronto en medio de la oscuridad que invadía el lago. Si seguía la brisa del Norte, que se había levantado a la puesta del sol, favorecería mucho a nuestros navegantes.

La noche era muy oscura, circunstancia que permitía a Briant pasar inadvertido. Gobernando la canoa por medio de la brújula, tenía la certidumbre de llegar sin obstáculo a la opuesta orilla, Briant y Mokó miraban siempre en aquella dirección, temiendo divisar alguna fogata, la que indicaría en aquel sitio la presencia de Walston y de sus compañeros, pues Doniphan debía estar acampado en la embocadura del *East-river*.

En dos horas la canoa atravesó el lago, y se detuvo en el mismo sitio en que la atracó Mokó en su primera expedición a aquella comarca. Todo estaba en calma, y ningún ruido se sentía debajo de los árboles inclinados sobre el agua; no se oía el

aullido de ninguna fiera ni el chillido de las aves nocturnas, así como tampoco se veía ningún fuego sospechoso.

Sin embargo, a eso de las diez y media, Briant, que estaba sentado en la popa, cogió a Mokó por un brazo.

A algunos centenares de pasos del *East-river,* y en la orilla derecha, se veían los restos de un fuego que despedía una moribunda claridad en las sombras de la noche, ¿Quién estaría allí acampado?...
¿Walston o Doniphan?... Importaba saberlo antes de entrar en el río.

-Voy a desembarcar, Mokó, dijo Briant.

-¿No queréis que os acompañe? preguntó el grumete en voz baja.

-¡No!... ¡Más vale que vaya yo solo! ¡Habrá menos peligro de que me vean!

Briant saltó a tierra, y después de recomendar a Mokó que no se moviera, empuñó su cuchillo, bien decidido a no servirse del revólver sino en caso extremo.

Después de subir al ribazo, el valeroso muchacho se deslizó por debajo de los árboles.

De repente se detuvo; le pareció ver a unos veinte pasos una sombra que se arrastraba entre la hierba, como acababa de hacerlo él.

Y en aquel instante sonó un formidable rugido, seguido de un enorme brinco.

Era un jaguar de gran tamaño, y Briant oyó en seguida una voz que gritaba:

-¡Socorro!.. ¡Socorro, a mí!...

Briant conoció la voz de Doniphan. Era él, en efecto. Sus compañeros habíanse quedado en el campamento, a orillas del río.

Doniphan, derribado por el jaguar, se revolvía, sin poder hacer uso de sus armas.

Wilcox, despertado por los gritos, acudió con la escopeta preparada para hacer fuego.

-¡No tires!... ¡No tires!... exclamó Briant.

Y antes de que Wilcox pudiera conocerlo, Briant se precipitó sobre la fiera, que se volvió contra él, mientras que Doniphan se levantaba con presteza.

Felizmente Briant pudo echarse a un lado, después de herir al jaguar con su cuchillo, y lo hizo con tanta rapidez, que ni Doniphan ni Wilcox tuvieron tiempo de intervenir. El animal, herido mortalmente, cayó en el momento en que Webb y Cross se lanzaban a socorrer a Doniphan.

Pero poco faltó para que la victoria costara cara a Briant, uno de cuyos hombros había sido rasgado por las garras del jaguar.

-¿Cómo es que te hallas aquí? preguntó Wilcox.

-Más tarde lo sabréis, respondió Briant. ¡Venid conmigo, venid pronto!...

-No antes de que te haya dado las gracias, dijo Doniphan. ¡Me has salvado la vida!...

-Ha procedido como tú lo hubieras hecho en mi lugar, replicó Briant. No hablemos más de eso, y seguidme.

Aun cuando la herida del generoso joven no fuera grave, se hizo preciso vendarla fuertemente con un pañuelo; y mientras Wilcox se ocupaba de esto, el jefe de la colonia puso a sus amigos al corriente de la situación.

¡De modo que aquellos hombres que Doniphan creyó cadáveres y arrastrados por la pleamar, estaban vivos y andaban errantes por la isla! ¡Eran malhechores cubiertos de sangre! ¡Una mujer había naufragado con ellos en la chalupa del *Severn, y esa* mujer estaba en *French-den!*... ¡Ya no había seguridad en la isla *Chairmán!* He aquí por que Briant había gritado a Wilcox que no tirara sobre el jaguar, por

miedo de que la detonación se oyera, y por qué no usó más arma que el cuchillo para matar al jaguar.

-¡Ah, Briant, vales más que yo! exclamó Doniphan en un arranque de agradecimiento y muy conmovido.

-No, Doniphan; no, amigo mío, respondió Briant. Y puesto que me entregas tu mano, no la suelto hasta que me prometas volver allá.

-Sí, Briant, es preciso, respondió Doniphan. Cuenta conmigo. En adelante seré el primero en obedecerte. Al amanecer partiremos...

-No, en seguida, repuso Briant, para llegar sin que nos vean.

-¿Y cómo? preguntó Cross.

-Mokó está aquí, nos espera con la canoa. Íbamos a entrar en el *East-river,* cuando divisé la lumbre que habíais encendido.

-¡Y llegaste a tiempo para salvarme! repitió Doniphan.

-Y también para llevarte a *French-den.*

¿Cómo Doniphan y sus amigos se hallaban allí, en vez de estar en la embocadura del río?

Ahora lo sabremos.

Después de dejar la costa de los *Severn-shores,* los cuatro muchachos volvieron al puerto de *Bear-rock,*

en la tarde del 16, y al amanecer del día siguiente, como habían convenido, remontaron por la orilla del río, hasta el lago en donde hicieron alto para llegar después a *French-den*.

Algunos instantes después, todos entraron en la canoa; mas como era muy pequeña para los seis, hubo que maniobrar con mucha precaución.

El regreso se hizo con mucha felicidad, pues la brisa era favorable y Mokó gobernó la barquichuela con notabilísimo acierto. La alegría con que Gordon y los demás acogieron a los ausentes, allá cuando hacia las cuatro de la mañana desembarcaron en el dique del río *Zealand,* es de las que no pueden describirse.

Grandes peligros los amenazaban; pero a lo menos estaban todos en *French-den*.

La colonia se hallaba completa, o más bien aumentada por aquella buena Kate, náufraga en las playas de la isla *Chairmán*, después de haber sido testigo de un espantoso drama en el mar.

En adelante reinaría en la gruta una perfecta concordia, que nadie osaría turbar. Doniphan experimentaría quizás algún pesar por no ser jefe de los jóvenes colonos; pero indudablemente había vuelto a mejores sentimientos. Sí; aquella separación

de algunos días hubo de producir sus frutos, y ya más de una vez, sin embargo de no decir nada a sus compañeros, sin querer confesar sus culpas, nacidas al calor de su amor propio, cuando éste se sobreponía al interés; más de una vez, repetimos, dio señales de comprender con claridad lo censurable de aquel acto que su terquedad y su orgullo le habían hecho cometer. Por otra parte, Wilcox, Cross y Webb experimentaban la misma impresión; así es que después de la abnegación de Briant, Doniphan modificó su carácter y dominó sus bastardas pasiones para consagrarse al bien suyo y de todos sus compañeros.

Y hacía bien, porque la situación era gravísima.



Serios peligros amenazaban a *French-den,* expuesto a los ataques de siete malhechores vigorosos y armados. El interés de Walston era sin duda alguna marcharse cuanto antes de la *isla Chairmán;* pero si llegara a sospechar la existencia de una pequeña colonia, bien provista de cuanto carecía

él, no vacilaría en agredirla, siendo así que todas las ventajas estarían de su parte. Los jóvenes se vieron obligados, pues, a tomar minuciosas precauciones, a no alejarse del río *Zealand* ni a aventurarse, sin gran necesidad, por los alrededores del lago, mientras Walston y su banda no abandonasen la isla.

Briant preguntó a Doniphan si cuando él y sus amigos volvían de *Severn-shores* a *Bear-rock* habían visto u oído algo que pudiera hacerles sospechar la presencia de los marineros del *Severn*.

-Nada hemos notado, respondió Doniphan. Es verdad que para volver a la embocadura del *East-river* no hemos seguido el mismo camino que habíamos tomado antes, remontándonos hacia el Norte.

-Es, sin embargo, cierto que Walston se dirigió al Este, dijo Gordon.

-Estamos de acuerdo, repuso Doniphan; pero ha debido seguir la costa, mientras que nosotros volvíamos directamente por *Beeck-forest.* Mirad el mapa, y os convenceréis de que la isla forma una curva muy pronunciada más arriba de *Deception-bay.* Allí hay una vasta comarca, en donde aquellos malvados habrán tal vez buscado un refugio, sin apartarse demasiado del sitio en que está encalla la

chalupa; pero tal vez Kate pueda decirnos en qué paraje se halla la isla que habitamos.

Kate, interrogada ya respecto del particular por Briant y por Gordon, no había sabido contestarles. Después del incendio del *Severn,* cuando Evans tomó la dirección del chalupa, maniobró de modo que pudiese arribar, según dijo, al continente americano, del cual *Chairmán* no podía estar muy lejos, pero jamás le había oído pronunciar el nombre de esta isla; sin embargo, como los archipiélagos de aquella costa debían hallarse relativamente cerca, era probable que Walston quisiera llegar allí, y que, por lo tanto, tuviese interés en quedarse en el litoral del Este.

-Como no sea, dijo Briant, que Walston, al llegar a la embocadura del *East-river,* y encontrando allí huellas de vuestro campamento, tenga la idea de indagar algo más.

-¿Qué huellas? respondió Doniphan. Un montón de ceniza apagada. ¿Qué podrá deducir de ello? Que la isla está habitada; pues bien, en ese caso aquellos miserables no pensarían más que en ocultarse...

-Sin duda, replicó Briant, como no descubran que la población de esta isla se reduce a unos

cuantos niños. ¡Procuremos, pues, por todos los medios posibles que no sepan quiénes somos! Y dime, Doniphan: ¿recuerdas si has descargado tu escopeta estando en las cercanías de *Deception-bay*?

-No, y es cosa extraordinaria, respondió sonriendo Doniphan, porque me gusta por demás quemar pólvora. Desde que abandonamos la costa, estábamos suficientemente provistos de caza, y ninguna detonación ha podido divulgar nuestra presencia en aquellos sitios. Ayer, durante la noche, Wilcox estuvo a punto de tirar sobre el jaguar; pero felizmente llegaste a tiempo de impedírselo, y también de salvarme la vida, arriesgando la tuya.

-Te repito otra vez, Doniphan, que no hice más que lo que tú hubieras hecho en mi lugar. Y ahora, amigos míos, nada de tiros ni excursiones a *Traps-woods*, y vivamos con lo que tenemos en reserva.

Desde su llegada a *French-den,* Briant fue objeto de *los* cuidados necesarios para la curación de su herida, que *se* cicatrizó muy pronto, no quedándole más que alguna incomodidad en el brazo, que desapareció pocos días después.

El mes de Octubre había concluido, y Walston no había sido visto todavía en los alrededores del río

Zealand. ¿Se habría marchado en la chalupa después de repararla? No era cosa imposible, porque Kate recordaba que tenía un hacha, además de un fuerte cuchillo, de esos que los marineros llevan siempre consigo; y como la madera no faltaba tampoco cerca de *Severn-shores,* bien pudo corregir, aunque toscamente, cualquier avería, y arriesgarse al mar en aquella embarcación.

De todos mudos, como ignoraban lo que podía suceder, sus costumbres tuvieron que modificarse. Las excursiones quedaron prohibidas, no verificando más que la que realizaran Baxter y Doniphan para quitar el mástil colocado en lo alto de *Auckland-hill.*

Una vez en este sitio, Doniphan paseó la vista con el anteojo por las masas de árboles que se redondeaban hacia Levante, y aun cuando no podía ver el litoral oculto detrás de *Beeck-forest,* si alguna columna de humo se hubiera elevado en el aire, la vería seguramente, y esto habría bastado para indicar que Walston y los suyos estaban acampados en aquella parte. Doniphan no vio nada por allí, ni tampoco por los alrededores de *Sloughi-bay*, cuyos parajes estaban siempre desiertos.

Desde que las excursiones se suspendieron y las escopetas estaban en descanso, los cazadores habían

tenido que renunciar a su ejercicio predilecto; pero como no faltaban lazos cerca de *French-den,* la mesa se hallaría siempre surtida de alimentos frescos, aparte de los que suministraban las avutardas y los *tinamous* del corral, pues multiplicados en gran cantidad, Service y Garnett se vieron obligados a sacrificar buen número da ellos. También habían hecho una buena provisión de hojas del árbol de té y de savia de arco, que tan fácilmente se transforma en azúcar. No era, pues, necesario reponer el almacén, porque aun cuando el invierno llegara antes de que nuestros jóvenes colonos recuperasen su libertad, estaban suficientemente provistos de aceite para el alumbrado, y de conservas y caza para la despensa.

En aquella época un nuevo descubrimiento vino a aumentar el bienestar de *French-den.*

Este descubrimiento no fue debido a Gordon, sino a Kate.

Había en el límite de *Bog-woods* cierto número de árboles que median de cincuenta a sesenta pies de altura; dichos árboles no habían sido cortados para leña, porque su madera es muy fibrosa y no servía para alimentar las estufas. Sus hojas eran de forma oblonga, con una espina en la punta.

Desde el primer día en que Kate los vio, 25 de Octubre, exclamó:

-¡He aquí el árbol *vaca!*

Dole y Costar, que la acompañaban, se echaron a reír.

-¿Cómo el árbol *vaca?* dijo el uno.

-¿Lo comen las reses vacunas? preguntó el otro.

-No, hijos míos, no, respondió Kate. ¡Si se llama así, es porque da leche, y mejor que la de vuestras vicuñas!

Al entrar en la gruta, Kate dio parte de su descubrimiento a Gordon. Este llamó en seguida a Service, y ambos fueron con Kate a la orilla de *Bog-woods.* Después de examinar detenidamente el árbol en cuestión, el americano creyó que era un *galactendron,* que crece en gran número en los bosques de la América del Norte, y el muchacho no se equivocaba.

Era un precioso descubrimiento, pues basta hacer una ligera incisión en la corteza de aquellos vegetales para que salga por ella un jugo de apariencia lechosa, que tiene el gusto y las propiedades nutritivas de la leche de vaca; y además, cuando se deja que ese jugo se coagule, da un excelente queso y produce también una cera muy

pura, parecida a la de las abejas, pudiéndose fabricar con ella velas de excelente calidad.

-¡Pues bien! exclamó Service. ¡Si es el árbol *vaca,* es preciso ordeñarlo!

Sin sospecharlo siquiera, el alegre muchacho acababa de usar las palabras de que se sirven los indios cuando van a sacar aquella leche.

Gordon hizo una incisión en el tronco, y Kate recogió lo menos dos litros de aquel líquido en un cacharro que había traído al efecto.

Era un hermoso licor blanco, de gusto muy apetitoso, que encierra los mismos elementos que la leche de vaca, y es aun más nutritivo, más consistente y de un sabor mucho más agradable. La vasija fue vaciada en un instante, y Costar se relamía lo mismo que hubiera podido hacerlo un gatito. Mokó estaba también muy satisfecho por aquel hallazgo, pensando en las buenas cosas que podría hacer con aquella leche, que no habría que economizar, pues el *rebaño de galactendrons* era numeroso y no estaba lejos.

Es verdad que la isla *Chairmán* tenía recursos suficientes para una numerosa colonia. La alimentación de los jóvenes estaba asegurada para mucho tiempo; y con esto y con la llegada de Kate,

de aquella buena mujer que, queriendo ya a los niños como una madre, les prodigaría minuciosos cuidados, bien puede decirse que todo se reunía para hacerles la vida más fácil y agradable.

¡Lástima grande que no hubiera seguridad en la isla!...

¡Cuántos descubrimientos pudieran obtenerse organizando exploraciones en las partes desconocidas del Este, y era preciso renunciar a ellos! ¿Podrían algún día emprender de nuevo sus excursiones sin tener que precaverse más que del encuentro de alguno que otro animal carnívoro, menos peligroso, de seguro, que aquellas fieras humanas, de las que ahora debían guardarse constantemente?

En los primeros días de Noviembre ninguna huella sospechosa se había observado todavía en las cercanías de *French-den*. Briant se preguntaba muchas veces si los marineros del *Severn* estarían aun en la isla; pero como Doniphan había visto el mal estado de la chalupa, destrozada completamente por las puntas de los arrecifes, dudaba de que hubieran podido componerla.

XXIII

Lo que importaba saber. -Una proposición de Kate. -Briant acosado por una Idea. -Su proyecto. -Discusión. -Hasta mañana.

La situación de los colonos de la isla *Chairman* se hacía cada día más insostenible, y era preciso salir de dudas a toda costa.

Briant tuvo muchas veces la idea de reconocer, yendo él a la descubierta, la región situada al Este del lago, y Doniphan, Baxter y Wilcox se brindaban para acompañarle; pero obrando así corrían el riesgo de caer en manos de Walston, y, por consiguiente, enterarle de que sus adversarios eran poco temibles; así es que Gordon, cuyos consejos eran siempre escuchados, hizo que Briant desistiera de aquel proyecto.

Entonces Kate hizo una proposición que no presentaba ninguno de aquellos peligros.

-Señor Briant, dijo una noche cuando todos los colonos estaban reunidos en el *hall*: ¿queréis permitir que me ausente mañana al amanecer?

-¿Queréis dejarnos, Kate?

-Sí. No podéis permanecer más tiempo en esta incertidumbre; y para saber si Walston está o no en la isla, pienso ir al mismo sitio en que nos arrojó la tempestad. Si la chalupa se halla todavía allí, es señal de que no ha podido partir aun... Y si ya no está, será prueba de que no tendremos que temer nada de él.

-Lo que queréis hacer, Kate, respondió Doniphan, es exactamente lo mismo qua hemos propuesto ejecutar Briant, Baxter, Wilcox y yo.

-Es verdad; pero lo que es peligroso para vosotros, no lo es para mí.

-Sin embargo dijo Gordon. ¡Si volvieseis a caer en manos de Walston!...

-Pues bien, replicó aquella digna mujer; me hallaría en la misma situación en que estaba antes de huir.

-¿Y si aquel miserable quisiera mataros, lo que es muy probable?... dijo Briant.

-Puesto que me he escapado una vez, replicó Kate, ¿por qué no lo haría otra, y sobre todo ahora, que conozco el camino de *French-den?* Y además, si pudiera huir en compañía de Evans, a quien yo enteraría de cuanto os concierne, ¡de qué utilidad sería para vosotros el valiente timonel!...

-Si Evans hubiera tenido posibilidad de escaparse, respondió Doniphan, ya lo hubiese hecho... ¿No tiene acaso gran interés en hacerlo?

-Doniphan lleva razón, dijo el americano. Evans conoce los secretos de Walston y de sus cómplices, quienes no titubearán en matarle cuando ya no lo necesiten para gobernar la chalupa. Pues bien; si no ha huido, es que está muy custodiado.

-¡O que haya pagado ya con su vida alguna tentativa de evasión, repuso Doniphan. De modo, Kate, que si volviera a cogeros...

-Haré cuanto me sea posible para no caer de nuevo en sus manos.

-No, replicó Briant; ¡Jamás permitiremos os arriesguéis así! Más vale buscar otro medio menos peligroso para saber si Walston ha abandonado la isla o permanece aun en ella.

Rechazados el plan del jefe da la colonia y la proposición de Kate, era preciso tomar muchas precauciones y cuidar de no cometer ninguna imprudencia.

Admitiendo que Walston estuviese aun allí, parecía que no tenía intención de explorar el terreno, pues varias veces ya Briant, Doniphan y Mokó recorrieron *Family-Lake* en noches muy oscuras, sin

notar nunca ninguna claridad sospechosa en la opuesta orilla ni debajo de los árboles que estaban agrupados cerca del *East-river*.

Era, sin embargo, muy penoso vivir en tales condiciones; así es que Briant se devanaba sin cesar los sesos discurriendo algún medio que los sacara de tantas dudas y ansiedades. Bastaría tal vez para ello subir a una conveniente altura y vigilar desde ella; pero desgraciadamente el acantilado no pasaba de doscientos pies de elevación, y, por lo tanto, no dominaba por completo aquella comarca.

¿Qué hacer, sin exponerse a serios peligros? La imaginación de Briant no se daba un momento de reposo. De pronto se apoderó de su espíritu una idea tan sumamente peligrosa, y hasta insensata, que la rechazó en seguida; pero se había fijado de tal modo en su cerebro, que, dándola vueltas, concluyó por considerarla practicable.

Nuestros lectores no habrán olvidado que la operación de remontar por los aires la cometa se suspendió a causa de la llegada de los náufragos de *Severn*.

Pues bien, Briant se decía: puesto que aquella cometa no puede servir ya para señales, será tal vez

posible utilizarla para operar el reconocimiento de la isla, tan necesario para nuestra tranquilidad.

¡Sí! Esa era la idea que se había apoderado de la imaginación del muchacho. Recordaba haber leído en un periódico inglés que a últimos del pasado siglo una mujer había tenido el valor de elevarse en los aires, suspendida de una cometa, especialmente fabricada para aquella peligrosa ascensión[1].

Pues bien; lo que una mujer había hecho, ¿no podía hacerlo un muchacho? ¡Qué importaba que su tentativa ofreciese peligros! Los riesgos no eran nada en comparación de los resultados que se obtendrían, de seguro; y tomando todas las precauciones exigidas por la prudencia, ¿por qué no había de tener éxito aquella operación? Aun cuando Briant no estuviera en estado de calcular matemáticamente la fuerza ascensional que necesitaría un aparato de ese género, se decía que ya lo tenía preparado, y que bastaría darle dimensiones más grandes y más sólidas. Al subir la cometa podía él ascender con ella, y elevándose a algunos centenares de pies

(1) Lo que meditaba Briant iba a hacerse en Francia. Algunos años más tarde, una cometa que medía veinticuatro pies de ancho por veintisiete de largo, de forma octógona, cuya armazón pesaba setenta y ocho kilogramos, y la tela y cuerdas cuarenta y cinco (ciento trece entre todo), levantó fácilmente un saco de tierra que pesaba setenta kilos.

dominaría grandes extensiones de terreno, llegando tal vez a descubrir de ese modo algún fuego en la parte de la isla comprendida entre el lago y *Deception-bay*.

No tomen nuestros lectores a risa la idea de este valeroso y audaz muchacho, por haber llegado a creer que su proyecto era practicable; lo era, en efecto, y además ofrecía menos peligros de lo que se puede creer a primera vista.

Bien madurado ya el plan en la mente de Briant, no restaba más que hacerlo aprobar por sus compañeros; así es que la tarde del 4 de Noviembre rogó a Gordon, Doniphan, Wilcox, Webb y Baxter que fueran a conferenciar con él, y cuando se reunieron, les hizo conocer su propósito de utilizar la cometa.

-¿Utilizarla? dijo Wilcox. ¿Qué quieres decir con esto? ¿Lanzarla al aire?

-Sin duda, respondió Briant; remontarla, puesto que se hizo con ese objeto.

-¿En medio del día? preguntó Baxter.

-No, porque en este caso, Walston y sus compañeros la verían, mientras que de noche...

-Lo mismo sucederá si le pones una luz, replicó Doniphan.

-Es que no se la pondré.

-¿De qué servirá entonces? preguntó Gordon.

-Para ver si los marinos del *Severn* están aun en la isla.

Y Briant, no sin alguna inquietud, temeroso de que lo desecharan, expuso su pensamiento en pocas palabras.

Sus compañeros no se admiraron por el atrevimiento de Briant: estaban ya tan familiarizados con los peligros, que una ascensión nocturna, ejecutada en tales condiciones, les pareció muy practicable. Gordon era el único que se preguntaba si su amigo hablaba formalmente.

-Sin embargo, dijo Doniphan: ¿será esa cometa bastante grande para soportar el peso de uno de nosotros?

-No lo creo, replicó Briant, y pienso que debemos darle mayor tamaño y más solidez.

-Queda por saber, dijo Wilcox, si una cometa podrá resistir...

-No es dudoso; lo puede, afirmó Baxter.

-Además, una ascensión idéntica se ha verificado ya, añadió Briant, y citó el caso de aquella mujer que cien años antes había intentado con éxito aquella experiencia.

-Todo depende, prosiguió, de las dimensiones del aparato y de la fuerza del aire en el momento de la ascensión.

-¿A qué altura crees que será preciso subir? preguntó Baxter.

-Me parece que a unos seiscientos o setecientos pies, respondió Briant, se podría ver un fuego encendido en cualquier punto de la isla.

-Pues bien, es menester hacerlo en seguida, exclamó Service. ¡Estoy cansado de no poder ir y venir a mi antojo!...

-¡Y nosotros de no poder registrar las trampas! añadió Wilcox.

-¡Y yo de no atreverme a disparar un tiro! replicó Doniphan.

-Hasta mañana, pues, dijo Briant.

Y luego, cuando se encontró solo con Gordon, éste le dijo:

-¿Piensas formalmente en realizar tu proyecto?...

-Por lo menos quiero probar.

-¡Es peligroso!



[illegible]

-Tal vez menos de lo que parece.

-¿Y cuál de nosotros consentirá en arriesgar su vida en esa atrevida excursión aérea?

-¡Tú el primero, Gordon; sí, tú mismo, si la suerte te designa!

-¡Ah! ¿Es la suerte la que ha de decidir?...

-¡No, Gordon! ¡Es necesario que el que verifique aquella ascensión lo haga con plena voluntad!...

-¿Está hecha tu elección?

-¡Tal vez!

Y Briant se marchó, después de apretar la mano del americano.

XXIV

Primer ensayo. -Agrandamiento del aparato. -Segundo ensayo. -Suspensión hasta el día siguiente. -Proposición de Briant. -Ofrecimientos de Santiago. -La confesión. -La idea de Briant. -En los aires a media noche. -Lo que se ve. -El viento refresca. -Desenlace.

En la mañana del 5 de Noviembre, Briant y Baxter pusieron manos a la obra; pero antes de dar a la cometa dimensiones más considerables, juzgaron necesario saber el peso que podría resistir tal cual era. Esto permitiría llegar a darle la suficiente superficie para desenvolver una fuerza capaz de soportar un peso que no debía ser inferior de ciento veinte a ciento treinta libras.

No fue preciso esperar a la noche para esta primera experiencia, pues soplando entonces viento del Sudoeste, Briant dijo que no había ningún inconveniente en aprovecharlo, siempre que la cometa no se elevara muy alta, para que no se viera desde la ribera oriental del lago.

La operación salió a las mil maravillas, pudiendo apreciarse con exactitud que el aparato levantaba un peso de veinte libras, pues se valieron de una romana encontrada entre el material del *Sloughi*.

La cometa fue tendida en el suelo de *Sport-terrace*.

Primero Baxter consolidó su armadura por medio de cuerdas que se unían en un nudo central, como las ballenas de un paraguas a la anilla que se desliza por el mango.

Después la agrandaron por medio de un suplemento de cañas y el aumento de nuevas telas, para lo que Kate se mostró muy diestra, pues no faltaban en *French-den* ni hilos ni agujas.

Si Briant o Baxter hubieran estado más instruidos en mecánica, hubieran tenido en cuenta, para construir el aparato, los cálculos más indispensables, como son el peso, la superficie plana, el centro de gravedad, el de presión del aire, que se confunde con el de configuración, y por fin el punto

en que está atada la cuerda; esto sentado, hubieran deducido fácilmente cual sería el podar ascensional de la cometa y la altura que podía alcanzar, no dejando de saber también la fuerza que habría de tener la cuerda para resistir la tensión; circunstancia muy atendible para la seguridad del observador.



Felizmente la cuerda encontrada entra el material del *schooner,* y que media cerca de dos mil pies, era muy fuerte; sin contar que cuando el aire no sopla con violencia es sabido que las cometas resisten con moderación, siempre que el punto de enlace de los tirantes esté bien escogido. Era preciso, por lo tanto, arreglar con cuidado dichos tirantes, pues de ellos depende que el aparato se incline o se mantenga recto en la capa de aire en que se coloca, y también regula su estabilidad.

Para este nuevo empleo la cometa no necesitaba tener cola, cosa que ponía de mal humor a Dole y a Costar; pues aun cuando llevaría el apéndice necesario para su equilibrio y para conducir al aeronauta, no sería ni en la forma ni en la extensión que ellos deseaban.

Después de tantear mucho, Baxter y Briant observaron que convendría colocar el peso de resistencia en el tercio de la armadura, fijándolo en uno de los travesaños que extendían la tela en el sentido de la anchura. Dos cordeles de gran consistencia, amarrados a aquel travesaño, la sostendrían de modo que se encontrara suspendido a unos veinte pies más abajo.

Prepararon una cuerda como de cuatrocientas varas, lo que, deducida la curva, permitiría elevarse a setecientos u ochocientos pies del suelo.

En fin, para disminuir en lo posible los peligros de una caída en el caso de cualquier avería, se convino en que la ascensión habría de verificarse encima del lago; pues en la desgracia de caer al agua, la distancia desde aquel punto a la orilla cualquier regular nadador podía fácilmente salvarla. Siempre sería peligrosa, pero nunca seguramente tan fatal cono si se verificase sobre una superficie sólida, teniendo en cuenta que el descenso se haría con relativa lentitud.

Terminado el aparato, pudo apreciarse que tenía setenta metros superficiales en cuadro. Era de forma octógona; su radio se extendía hasta cerca de quince pies, y cada uno de los lados, cuatro. Con su fuerte armadura y su tela, completamente impermeable, no era dudoso que al aire levantaría fácilmente un peso de ciento veinte libras.

La barquilla en que el aeronauta se había de colocar era sencillamente una canasta de mimbres encontrada en el *Sloughi*, bastante profunda para que cualquiera de los colonos que entrara en ella estuviera hundido hasta el pecho, regularmente ancha

para que tuviera libertad en sus movimientos, y suficientemente abierta para salirse pronto, en caso necesario.

Este trabajo, que se empezó el día 5, no se concluyó hasta el 7 por la tarde, y por consiguiente se dejó para el otro día la experiencia preparatoria, que daría a conocer el poder ascensional del aparato y su grado de estabilidad en el aire.

Durante aquellos últimos días nada había venido a modificar la situación. Varias veces unos u otros habíanse quedado largas horas en observación sobre el acantilado; pero nada sospechoso habían visto, ni al Norte, entre el límite de *Traps-woods* y *French-den,* ni al Sur, más allá del río, ni al Oeste del lado de *Sloughi-bay,* ni en el lago que Walston hubiera podido querer reconocer antes de dejar la isla.

Ninguna detonación se había oído tampoco.

Briant y sus compañeros podían creer, fundados en estos indicios, que los malhechores habían abandonado definitivamente la *isla Chairmán;* mas ¿podrían por fin volver de nuevo a sus costumbres?

Eso es lo que la proyectada experiencia iba a demostrarles.

Una suprema dificultad se presentó a la imaginación de los jóvenes colonos.

¿Cómo haría la señal de que bajaran la cometa el que subiera a la barquilla?

Y he aquí lo que expuso Briant, cuando Doniphan y Gordon le interrogaron sobre este punto.

-Una señal luminosa es imposible, respondió Briant, pues Walston podría verla; así es que Baxter y yo hemos recurrido al siguiente procedimiento. Tomaremos un bramante de un largo igual al de la cuerda de la cometa, y después de haber agujereado una bala de plomo, pasaremos por ella el bramante, que se atará a la barquilla, mientras que la otra punta quedará aquí, en las manos de uno de nosotros. Cuando se quiera bajar, se soltará la bala, que se deslizará por el bramante, dando la señal de la bajada.

-¡Perfectamente ideado! respondió Doniphan.

Estando ya todo dispuesto, no faltaba más que proceder al previo ensayo; y como la luna no salía hasta las dos de la madrugada, viendo que era el viento favorable, convinieron en verificarlo aquella misma noche.

A las nueve la oscuridad era profunda. Algunas nubes corrían a través del espacio, y parecía seguro

que a cualquier altura que se elevara la cometa no podría ser vista desde ninguna parte.

Grandes y pequeños asistieron al acto, ciertamente con más placer que emoción, toda vez que no había de ir nadie en el cesto.

La cabria del *Sloughi* había sido colocada en el centro de *Sport-terrace,* y sólidamente fijada en el suelo para que resistiera a la tracción de la cometa, disponiéndose también la larga cuerda de tal modo que se desenrollara sin esfuerzo, al mismo tiempo que el bramante destinado a dar la señal de bajada. Briant colocó en el cesto un saco de tierra, que pesaba exactamente ciento treinta libras, peso superior al de cualquiera de sus compañeros.

Doniphan, Baxter, Wilcox y Webb se colocaron al lado del aparato, a unos cien pasos de la cabria. A una señal de Briant, debían levantarlo poco a poco, por medio de cuerdas atadas a los travesaños de la armadura; y en cuanto aquel aparato hubiera dado presa al viento, Briant, Gordon, Cross y Garnett, que estaban al lado de la cabria, soltarían la cuerda, dejándola a la sola acción de la cometa.

-¡Atención! exclamó Briant.

-¡Estamos prontos! respondió Doniphan.

-¡Soltad!

La cometa se levantó poco a poco, apoyándose en el aire.

-¡Dad cuerda! gritó Wilcox.

En seguida el torno fue dando vuelta a impulsos de la tensión, viendo todos que aquel gran fantasma, con su canasta por apéndice, subía lentamente por el espacio.

Aunque fuera una gran imprudencia, gritos y vivas acompañaron en su ascensión al *Gigante de los aires,* que pronto desapareció en la oscuridad, con gran disgusto de los pequeños, quienes no hubieran querido perderlo de vista mientras se balanceaba encima de *Family-Lake.*

Kate les dijo al momento:

-No os desconsoléis, hijos míos. Más tarde, cuando ya no haya peligro, soltarán de día al *Gigante*, y, si sois buenos, se os permitirá le mandéis correos.

Aun cuando ya no se le veía, comprendían que la cometa tiraba con regularidad y sin demasiada fuerza, lo cual era una prueba de que el punto de unión de los tirantes estaba dispuesto como convenía.

Briant, queriendo que el ensayo fuera tan completo como lo permitían las circunstancias, dejó que la cuerda se desenrollara hasta el extremo,

pudiendo entonces apreciar su grado de tensión, que nada tenía de anormal. La cometa debía hallarse a una altura de seiscientos o setecientos pies, y aquella maniobra no había durado más que diez minutos.

Concluida la experiencia, cada cual, a su vez, cogió los manubrios para enrollar de nuevo la cuerda; sólo que esta operación fue mucho más larga, pues duró lo menos una hora.

Lo mismo que para la caída de un globo, la maniobra para la de una cometa es lo que más cuidado necesita, si se quiere que se verifique sin choque. Por fortuna, la brisa era constante y el descenso se hizo con el mayor éxito, apareciendo de nuevo el octógono de lienzo en la sombra y cayendo suavemente casi en el mismo punto en donde se había elevado.

Prolongados vivas acogieron la vuelta, como habían saludado la marcha.

Ya recogida la cometa, fue sujetada fuertemente al suelo, para que no diera presa al viento, ofreciéndose Baxter y Wilcox a velar toda la noche, por lo que pudiera ocurrir.

Al día siguiente, 8 de Noviembre, se haría la ascensión definitiva.

Briant no decía nada, y parecía profundamente absorto en sus reflexiones.

¿En qué pensaba? ¡Era en los peligros que presentaba una ascensión intentada en condiciones tan excepcionales, o en la responsabilidad que asumía dejando a uno de sus compañeros arriesgarse en aquella frágil barquilla?

-Entremos en la gruta ya, dijo Gordon; es tarde...

-¡Esperad un instante! Gordon, Doniphan, tengo que haceros una proposición.

-Habla, respondió Doniphan.

-Acabamos de ensayar la cometa, repuso Briant, y ese ensayo ha salido bien, porque las circunstancias nos han favorecido. ¿Sabemos acaso el tiempo que hará mañana, y si el viento permitirá mantener el aparato encima del lago? Y eso no obstante, mi parecer es no diferir la operación definitiva.

Nada más razonable, en efecto, puesto que estaban resueltos a hacerlo; así es que nadie contestó a aquella proposición. En el momento de entregarse a tales peligros, los más intrépidos hubieran titubeado.

Y, sin embargo, cuando Briant añadió:

-¿Quién quiere subir?...

-¡Yo!... dijo Santiago con viveza.

Y casi en seguida:

-¡Yo!... exclamaron a un tiempo Doniphan, Baxter, Wilcox, Cross y Service.

Hubo después un instante de silencio, que Briant no se apresuró a interrumpir.

Santiago fue el primero qué habló.

-Hermano, dijo, yo soy el que debe subir; si, yo. ¡Te lo suplico!... ¡Déjame partir!...

-¿Y por qué tú más bien que yo... o cualquier otro? replicó Doniphan.

-¿Sí?... ¿Por qué? preguntó Baxter.

-¡Porque debo hacerlo así! respondió el niño.

-¿Debes?... dijo Gordon.

-¡Sí!

El americano, que había cogido la mano de Briant para preguntarle lo que Santiago quería decir, la sintió temblar en la suya; y si la noche no hubiera sido tan oscura, le hubiera visto palidecer y bajar la vista.

-¿Qué dices, hermano?... repuso Santiago con tono resuelto, muy extraño en un niño de aquella edad.

-¡Responde, Briant! dijo Doniphan. ¡Santiago dice que tiene el deber de sacrificarse!... Ese deber,

¿no lo tenemos acaso también nosotros!... ¿Qué le obliga a reclamar la prioridad?

-Lo que he hecho, respondió el niño; lo que he hecho... Voy a decíroslo...

-¡Santiago! exclamó Briant, queriendo impedir que su hermano hablara.

-No, repuso Santiago con voz entrecortada por la emoción. ¡Deja que confiese!... ¡Esté secreto me pesa demasiado!... ¡Gordon, Doniphan; si estáis aquí... todos... lejos de vuestros padres... en esta isla... yo... yo sólo tengo la culpa de ello!... ¡Si el *Sloughi* ha sido llevado a alta mar, es que por imprudencia... no... por broma... he desatado la amarra que le sujetaba en el muelle de Auckland!... ¡Sí, una broma!... ¡Y luego, cuando vi que el buque se iba solo, perdí la cabeza!... ¡No llamé cuando aun era tiempo!... ¡Y una hora después... en medio de la noche... en alta mar!... ¡Ah! ¡Perdón, compañeros, perdonadme!...

Y el pobre muchacho sollozaba, a pesar de que Kate procuraba consolarle.

-¡Bien, Santiago! dijo entonces Briant. Has confesado tu culpa, y ahora quieres arriesgar tu vida para purgarla, o a lo menos para reparar en parte el mal que has hecho...

-¿Y no lo ha reparado ya bastante? dijo Doniphan abandonándose a su natural generosidad. ¡Veinte veces se ha expuesto para favorecernos!... ¡Ah, Briant me explico ahora perfectamente el por qué se presentaba siempre tu hermano cuando había algún peligro que correr, y siempre se hallaba pronto para sacrificarse... He aquí por qué fue a buscarnos a Cross y a mí en medio de la niebla... arriesgando su vida... ¡Sí, amigo Santiago; te perdonamos de todo corazón, y no necesitas ya reparar tu falta!...

Todos rodeaban al niño, le cogían las manos, y, sin embargo, los sollozos no dejaban de desgarrarle el pecho. Ya se sabía ahora por qué aquel muchacho, el más alegre de todo el colegio Chairmán, y también el más travieso, se había vuelto tan triste y se apartaba siempre de los demás. Luego, por mandato de su hermano, y también por su propia voluntad, se le había visto ofrecer su persona cuantas veces había que correr un peligro. Y aun no creía haber hecho bastante: ¡pedía todavía sacrificarse por los demás!...

En cuanto Santiago pudo hablar, dijo:



—¡[illegible]! [illegible] Santiago.

-¡Ya lo veis, yo soy, yo, el que debe partir!... ¿No es verdad, hermano?

-¡Bien, Santiago, bien! repitió Briant, que atrajo a su hermano a sus brazos.

Después de la confesión que el joven acababa de hacer, y de la reclamación que presentaba para que se le dejase cumplir con su deber, en vano fue que Doniphan y los demás procuraran intervenir; no había más remedio que dejarle entregarse a la brisa que manifestaba cierta tendencia a refrescar.

Santiago dio un apretón de manos a sus compañeros, y luego, antes de ir a colocarse en la canasta, de la que habían quitado el saco de tierra, se volvió hacia Briant. Este estaba inmóvil, a algunos pasos detrás del torno.

-¡Abrázame, hermano! dijo Santiago.

-¡Sí!... ¡Abrázame! respondió Briant, dominando su emoción. O, más bien, soy yo el que te abraza, pues yo soy el que va a partir...

-¿Tú?... exclamó Santiago.

-¿Tú?... ¿Tú?... repitieron Doniphan y Service.

-¡Sí!... ¡Yo! Que la falta de Santiago sea reparada por su hermano o por él, poco importa. Además, cuando tuve la idea de esta experiencia, ¿habéis podido creer que mi intención era dejar la realización para otro?...

-¡Hermano! exclamó Santiago. ¡Te lo ruego!

-¡No, Santiago!

-Entonces, dijo Doniphan, reclamo a mi vez.

-¡No, Doniphan! respondió Briant con tono que no admitía réplica. ¡El que partirá seré yo!...¡Así lo quiero!

-¡Ya lo esperaba; Briant! dijo Gordon apretando la mano de su amigo.

Algunos minutos después, Briant, metido en la canasta, dio orden de que levantaran al *Gigante,* y así lo hicieron.

El aparato, poco ayudado por el viento, subió lentamente al principio, hasta que, aumentada la presión, Baxter, Wilcox, Cross y Service, colocados en la cabria, fueron soltando la cuerda, al mismo tiempo que Garnett, que tenía el bramante de aviso, iba soltando también.

En diez segundos, el *Gigante de los aires* desapareció en la sombra, en medio de un profundo silencio.

El intrépido jefe de ese pequeño mundo, el generoso Briant, desapareció con él.

El aparato se elevaba, sin embargo, con regular lentitud, y la constancia de la brisa le aseguraba una perfecta estabilidad; apenas se balanceaba, y Briant no notaba ninguna de esas oscilaciones que hubieran hecho muy peligrosa su situación. Así es que se tenía inmóvil, con ambas manos agarradas a las cuerdas

de suspensión de la canasta, que se mecía con un ligero movimiento de columpio.

Briant experimentó una extraña impresión cuando se sintió suspendido en el espacio por aquel ancho plano inclinado, que se estremecía al empuje de la corriente aérea. Le parecía que era llevado por alguna fantástica ave de presa, o más bien que se hallaba debajo de las alas de un enorme murciélago negro. Pero, merced a la energía de su carácter, pudo conservar la sangre fría que las circunstancias demandaban.

Diez minutos después que el cometa dejó el suelo de *Sport-terrace*, un pequeño sacudimiento indicó que el movimiento ascensional había acabado. La altura alcanzada verticalmente debía ser entre seiscientos y setecientos pies encima del suelo de la isla.

Briant, muy dueño de sí mismo, tendió él bramante pasado por la bala, y luego se colocó de modo conveniente para poder observar cuidadosamente el espacio, agarrándose con una mano a una de las cuerdas de suspensión, y teniendo el anteojo en la otra.

Debajo de él reinaba una oscuridad profunda. El lago, los bosques, el acantilado, formaban una masa

confusa, de la que no se podía distinguir ningún detalle. En cuanto a la periferia de la isla, se dibujaba en el mar que la rodeaba, y desde el punto en que se hallaba, Briant la abarcaba con la vista en todo su conjunto.

En verdad que si esta ascensión hubiera podido hacerse en pleno día, tal vez hubiera visto alguna isla o algún continente, si existían, en un radio de cincuenta o sesenta millas.

Si hacia el Oeste, el Norte y el Sur el horizonte estaba demasiado nebuloso para que pudiera distinguir algo, no sucedía así en dirección al Este, en donde parte del firmamento, momentáneamente libre de nubes, dejaba ver algunas estrellas.

Y precisamente por aquel lado, una claridad bastante intensa atrajo la atención de Briant.

-¡Es un fuego! se dijo. ¿Habrá establecido Walston su campamento por aquel lado?... ¡No!... ¡Ese fuego está demasiado lejano, y se encuentra ciertamente muchísimo más allá que la costa de la isla!... ¿Será un volcán en erupción? Habrá acaso una tierra en los parajes del Este?

Y se presentó a su imaginación el recuerdo de aquella mancha blanquecina que distinguió en su excursión a *Deception-bay*.

-Sí, se dijo; era de aquel mismo lado...

¿Sería aquella mancha el reflejo de la nieve? ¡Debe haber al Este una tierra bastante cerca de aquí!

-Briant fijó su anteojo en aquella claridad, que la oscuridad de la noche hacia más visible. No cabía duda; allí había alguna montaña informe, cercana a un ventisquero, y que pertenecía a un continente o a un archipiélago, cuya distancia no excedía de treinta millas.

En aquel momento Briant divisó otra luz mucho más cerca de él, a unas cinco o seis millas, y por consiguiente en la superficie de la isla, al Oeste de *Family-Lake*.

-No me equivoco esta vez, pensó Briant; es en la orilla del bosque, cerca del litoral.

Pero esa luz no hizo más que encenderse y apagarse en seguida, pues a pesar de una atenta observación, Briant no la volvió a ver.

Su corazón latía con violencia, y su mano temblaba de tal modo, que le era imposible sostener el anteojo con suficiente precisión.

Cerca de la embocadura del *East-river* había un fuego de campamento; lo había visto, y notó bien pronto que su luz se reflejaba aun en los árboles.

De modo que Walston y sus amigos estaban acampados en aquel sitio, cerca del puertecito de *Bear-rock*. ¡Los asesinos del *Severn* no habían abandonado aun la *isla Chairmán*!

Los colonos estaban siempre expuestos a una agresión, y ya no había seguridad, en *French-den*.

¡Qué decepción tan cruel experimentó Briant! Era evidente que Walston, encontrándose en la imposibilidad de reparar la chalupa, había tenido que renunciar a hacerse al mar para dirigirse a una de las cercanas tierras, si es que se hallaba alguna en aquellas regiones.

Briant, habiendo terminado sus observaciones, juzgó inútil prolongar su exploración aérea, y se preparó para bajar. El viento aumentaba sensiblemente, y ya las oscilaciones hacíanse más fuertes, imprimiendo a la canasta un balanceo que haría la bajada más difícil.

Después de asegurarse de que el bramante de avisos estaba bastante tirante, Briant soltó la bala, que en algunos segundos llegó a la mano de Garnett.

En seguida la cuerda empezó a arrollarase en la cabria, atrayendo el aparato hacia el suelo; pero al mismo tiempo que la cometa bajaba, Briant seguía mirando aun en dirección a las claridades que había

visto, asegurándose de que no se había equivocado, pues volvió a ver la que creía una erupción volcánica, y también el fuego cerca del litoral.

Con la más viva impaciencia, Gordon y sus compañeros esperaban la señal de bajada; y ¡cuán largos les habían parecido los veinte minutos que Briant acababa de pasar en el espacio!

Doniphan, Baxter, Wilcox, Service y Webb maniobraban vigorosamente sobre los manubrios de la cabria, pues ellos también habían observado que el viento tomaba fuerza y soplaba con menos regularidad. Sentían sus efectos por las sacudidas que daba la cuerda, y no pensaban sin angustia que Briant debía sufrirlas de rechazo.

El torno funcionó, pues, para enrollar los mil doscientos pies de cuerda que se habían soltado antes. El viento seguía aumentando, y tres cuartos de hora después de la señal dada por Briant, era ya fortísimo.

En aquel momento el aparato debía de estar aun a más de cien pies de altura por encima del lago.

De repente se produjo una violenta sacudida, y Wilcox, Doniphan, Service, Baxter y Webb, a los que faltó el punto de apoyo, estuvieron a punto de caer al suelo.

¡La cuerda acababa de romperse!

Y en medio de los gritos de terror, este nombre fue repetido veinte, veces:

-¡Briant!... ¡Briant!...

Algunos minutos después; el intrépido y valiente joven saltaba en la orilla del lago, y llamaba con voz fuerte.

-¡Hermano!... ¡Hermano!... exclamó Santiago, que fue el primero in abrazarle.

-¡Walston está aquí todavía!

Esto es todo lo que dijo Briant en cuanto sus compañeros se unieron a él.

En el momento en que la cuerda se rompió, Briant habíase sentido arrastrado, no a una caída vertical y vertiginosa, sino oblicua y lenta, porque la cometa hacía en algún modo el efecto de un paracaídas. Lo que importaba hacer era salirse de la canasta antes de que llegara a la superficie del lago; y Briant, que conservaba toda su sangre fría, se tiró con tiempo, y siendo, como era, buen nadador, ganó pronto la orilla, distante de cuatrocientos a quinientos pies, a lo sumo.

Y durante este tiempo la cometa, desembarazada de su peso, desapareció por el Noroeste, arrastrada por el viento, que se hacía cada vez más fuerte.

XXV

La chalupa del «Severn.». -Costar enfermo. -Llegada de las golondrinas. -Desaliento. -Las aves de rapiña. -El guanaco muerto de un tiro. -Una pipa rota. -Vigilancia más activa. -Violenta tormenta. Una detonación fuera. -Un grito de Kate.

Al día siguiente, después de una mala noche, en la que Mokó estuvo también de guardia en *French-den,* los jóvenes colonos, cansados por las emociones de la víspera, no se despertaron hasta muy tarde, y apenas se levantaron, Gordon, Doniphan, Briant y Baxter pasaron a *Store-room*, en donde Kate se entregaba a sus acostumbradas faenas.

Allí hablaron de su situación, que no dejaba de inspirarles serias inquietudes.

Y, en efecto, como dijo muy bien Gordon, quince días hacía ya que Walston y sus compañeros estaban en la isla; y si la chalupa no había sido reparada, era sin duda porque carecían de las herramientas necesarias para ello.

-Así debe ser, respondió Doniphan, pues no está aquella embarcación tan destrozada, que no admita compostura. Si nuestro *Sloughi* no hubiera tenido más desperfectos que los que tiene la chalupa, hubiéramos llegado a ponerlo en estado de navegar.

Pero si Walston no había partido, no parecía tampoco que tuviera intención de quedarse en la *isla Chairmán*, toda vez que, si así fuera, hubiera indefectiblemente practicado ya alguna excursión por el interior, en cuyo caso *French-den* hubiera recibido su visita.

Y a propósito de esto, Briant habló de las observaciones que había hecho durante su ascensión respecto a las tierras que debían existir por el lado del Este, y a una distancia relativamente corta

-No habréis olvidado lo que os dije a la vuelta de mi expedición a la embocadura del *East-river*, referente a una mancha que observé en el horizonte, y que no sabía cómo explicar.

-Ni Wilcox ni yo hemos visto cosa que se le parezca, respondió Doniphan, por más que procuramos buscarla.

-Mokó la vio lo mismo que yo, repuso Briant.

-Puede que exista, replicó Doniphan. Pero ¿qué motivo tienes para creer que estemos cerca de un continente o de un grupo de islas?

-Helo aquí, dijo Briant. Mientras observaba ayer el horizonte en aquella dirección, noté una claridad, muy visible, fuera de los límites de la costa, y que no puede provenir sino de un volcán en erupción, de lo que deduzco que existe una tierra en estos parajes. Los marineros del *Severn* no deben ignorarlo, y harán, por lo tanto, cuanto les sea posible para alcanzarla.

-No es dudoso, dijo Baxter. ¿Qué interés tienen en quedarse aquí? Y seguramente por no haber podido carenar su chalupa es por lo que no estamos todavía libres de ellos.

Lo que Briant acababa de comunicar a sus compañeros era de suma importancia, pues esto les daba la certidumbre de que la *isla Chairmán* no se hallaba, como ellos creían; tan distante de alguna tierra del Pacífico; pero lo que agravaba las cosas es que Walston, abandonando la costa de *Severn-shores,* habíase aproximado en unas doce millas, y que le bastaba ahora remontar el curso del río para llegar al lago, y contornear este por el Sur para descubrir a *French-den.*

Briant tomó medidas muy severas en vista de esta eventualidad. Las salidas se redujeron a lo estrictamente necesario, sin pasar jamás de la orilla izquierda del río hasta el límite de *Bog-woods*. Baxter disimuló la empalizada del cercado con ramajes y hierbas, así como las puertas de *Store-room* y del *hall*; prohibiéndose terminantemente mostrarse en la parte comprendida entre el lago y el acantilado. Era en verdad muy triste tener que sujetarse a tan minuciosas precauciones, añadidas a las dificultades de la situación.

Nuevos motivos de inquietud tuvieron aun nuestros colonos en aquella época. Costar cayó enfermo de calenturas, que pusieron su vida en grave peligro. Gordon tuvo que recurrir al botiquín del *Sloughi*, con gran temor de cometer algún error. Felizmente Kate hizo las veces de madre de aquel pobre niño, cuidándole con ese prudente cariño, que es como un instinto en las mujeres, y no dejó de velarle noche y día. Gracias a esos cuidados la fiebre desapareció y la convalecencia hubo de comenzar pronto, siguiendo sin contrariedades hasta la completa reposición de la salud en el niño.

¿Se había hallado Costar en peligro de muerte? Difícil sería decirlo; pero si los cuidados no hubieran

sido tan inteligentes, es muy posible que la fiebre hubiera llegado a agotar por completo las fuerzas del pequeño enfermo.

Sí; si Kate no hubiera estado allí, ¡Dios sabe lo que hubiera sucedido! No nos cansaremos de repetirlo; la excelente mujer había reconcentrado toda su afección en los más pequeños de la colonia, y no cesaba de acariciarlos y cuidarlos.

Lo que más la preocupaba era el cuidado de la ropa blanca, que estaba ya muy gastada, después de veinte meses de constante uso. ¿Cómo renovarla cuando no pudiera servir ya? ¿Y los zapatos? Por mucho esmero que tuvieran, y no desdeñando ir descalzos cuando el tiempo lo permitía, estaban ya en muy mal estado. Todo esto daba mucho pesar a la buena Kate.

En la primera quincena de Noviembre hubo frecuentes chubascos; pero desde el día 17 el barómetro señaló buen tiempo, y el período de los calores empezó; los árboles y arbustos se cubrieron de hojas y de flores, y los habituales huéspedes de *South-moors* habían vuelto en gran número, con gran pesar de Doniphan, por no poder entregarse a la caza de las aves acuáticas, y de Wilcox, que no podía tender los lazos. Sin embargo, algunos volátiles se

dejaron coger cerca de *French-den,* y un día Wilcox halló uno de aquellos emigrantes que el invierno había enviado hacia los desconocidos países del Norte. Era una golondrina, que llevaba aun el saquito que Briant ató debajo de una de sus alas, y que contenía las señas de los jóvenes náufragos del *Sloughi*. Pero ¡ay! el mensajero no traía respuesta.

Durante aquellos largos días ociosos, ¡cuántas horas pasaban aburriéndose en el *hall* Baxter, encargado del diario, no tenía ya ningún incidente que relatar, y antes de cuatro meses empezaría el tercer invierno para los habitantes de la *isla Chairmán*.

Excepción hecha de Gordon, que estaba siempre ocupado en los detalles administrativos, los demás se hallaban sin cesar entregados a un completo desaliento. Briant, el valeroso Briant, se sentía también sin ánimos ya, aunque ponía sumo cuidado en no darlo a conocer, procurando combatir aquel estado de sus compañeros por medio del estudio, de las conferencias y de las lecturas en alta voz; les recordaba continuamente su país y sus familias, afirmándoles que los volverían a ver algún día. En fin, se ingeniaba cuando podía para darles bríos, temiendo que la desesperación se apoderara

de ellos. Felizmente no sucedió así, pues acontecimientos muy graves los obligaron a entrar en actividad, así física como intelectual.

El 21 de Noviembre, hacia las dos de la tarde, Doniphan estaba pescando en las orillas de *Family-Lake,* cuando su atención fue vivamente atraída por los gritos discordantes de unos veinte pájaros que revoloteaban encima de la orilla izquierda del río; y si esos volátiles no eran cuervos, se las parecían mucho.

Doniphan no se hubiera preocupado por la presencia de aquellas aves si su modo de obrar no lo sorprendiera. En efecto, aquellos animales describían grandes órbitas, cuyo radio disminuía a medida que se acercaban a la tierra, y luego, reunidos en grupos, se precipitaron sobre el suelo.

Allí sus graznidos redoblaron; pero Doniphan procuró en vano espantarlos en medio de las altas hierbas, entre las que habían desaparecido.

Tuvo entonces el pensamiento de que debía hallarse en aquel sitio el cadáver de algún animal; así es que, deseoso de saber a qué atenerse, volvió a *French-den* y rogó a Mokó que le pasara con la canoa al otro lado del río.

Ambos se embarcaron, y diez minutos después se deslizaban por entre las hierbas. En seguida aquellas aves echaron a volar, protestando con su feo graznido contra los importunos que se permitían turbar su comida.

En aquel sitio yacía el cuerpo de un guanaco, muerto hacía poco tiempo, pues conservaba aun algún calor vital.

Doniphan y Mokó, poco deseosos de utilizar para la despensa los restos de la comida de las aves de rapiña, se disponían a marcharse, cuando una idea se presentó a su imaginación. ¿Cómo y por qué había venido a caer el guanaco en el límite del pantano, lejos de los bosques del Este, que no abandonaban casi nunca?

Doniphan examinó el animal, y vio que tenía en



el flanco una herida que aun manaba sangre.

-Este guanaco debe haber recibido van tiro, dijo Doniphan.

-Y aquí está la prueba de ello, respondió el grumete, que, habiendo abierto la herida con su navaja, extrajo una bala.

Esta era más bien del calibre de un fusil que de una escopeta de caza. Walston, pues, o uno de sus compañeros, había herido a aquel animal.

Doniphan y Mokó, dejando aquel cuerpo inerte a los volátiles, volvieron a la gruta, donde conferenciaron con sus compañeros.

Era evidente que el guanaco había sido herido por uno de los marineros del *Severn*, puesto que ni Doniphan ni ninguno de los colonos había disparado un tiro desde hacia más de un mes; pero lo que importaba saber era en qué momento y en qué sitio había el animal sido muerto. Pareció admisible que el hecho ocurriera cinco o seis horas antes, a lo más, tiempo suficiente para que el guanaco, después de atravesar los *Downs-lands,* pudiera llegar cerca del río. De aquí se deducía esta consecuencia: que durante aquella mañana, uno de los compañeros de Walston había debido ponerse a cazar, acercándose a la punta meridional del lago, y que la banda de aquellos malhechores, después de atravesar el *East-river,* se aproximaba poco a poco a *French-den.*

La situación se agravaba, aunque el peligro no fuese tal vez inminente aun. En efecto, en el Sur de la isla se extendía aquella vasta llanura, cortada por muchos arroyos, estanques y sembrada de dunas, en donde la caza no hubiera bastado para la alimentación de aquellos forajidos. Era de presumir, pues, que Walston no se hubiese aventurado a atravesar *Downs-lands.*

Era preciso, sin embargo, refinar la vigilancia y obrar con más prudencia aun, porque si tenían alguna probabilidad de rechazar la agresión, hasta cierto punto esperada, entraba por mucho para ello que los jóvenes no fuesen sorprendidos fuera de su morada.

Tres días después, otro hecho más significativo todavía vino a acrecentar los temores, y demostró que la seguridad estaba más que nunca comprometida.

El 24, a eso de las nuevo de la mañana, Briant y Gordon se hallaban al otro lado del río *Zealand,* adonde habían ido para ver si convendría establecer una especie de malecón que cerrara el estrecho sendero que había entre el lago y el pantano, pues al abrigo de esta trinchera, llamémosla así, hubiera sido fácil a Doniphan, acompañado de sus compañeros

que mejor manejasen las armas, emboscarse rápidamente en el caso de que vieran con tiempo la llegada de Walston y su banda.

Ambos muchachos se hallaban a trescientos pasos del río, cuando Briant pisó un objeto, que aplastó. No puso cuidado en ello, pensando que era alguna concha traída hasta allí por las grandes mareas que invadían *South-moors;* pero Gordon, que iba detrás de él, se detuvo y dijo:

-Espera, Briant, espera.

-¿Qué ocurre?

Gordon se bajó y cogió el objeto aplastado.

-¡Mira! dijo.

-Eso no es una concha; es...

-¡Una pipa!

Y, en efecto, Gordon tenía en la mano una pipa negruzca, cuyo tubo estaba roto al ras del hornillo.

-Puesto que ninguno de nosotros fuma, dijo Gordon, esta pipa ha sido perdida por...

-Por uno de los bandidos de Walston, continuó Briant; a no ser que haya pertenecido al náufrago francés que nos ha precedido, en la *isla Chairmán.*

-No, repuso Gordon; esta pipa, cuyas roturas son recientes, no ha podido ser propiedad de Francisco Baudoin, muerto hace veinte años; su

dueño, quien quiera que sea, la ha perdido hace poco en este sitio, y los restos de tabaco adheridos a ella, lo demuestran bien claramente. Es pues, indudable, que algunos días, o tal vez algunas horas antes, Walston, o uno de sus secuaces, ha llegado hasta esta orilla de *Family-Lake.*

Gordon y Briant volvieron en seguida a *French-den,* y Kate, a quien Briant enseñó el hallazgo, afirmó haber visto aquella pipa en manos de Walston.

No cabía duda de que los malhechores habían dado la vuelta a aquella parte del lago, y era muy posible que durante la noche hubieran avanzado hasta la orilla del río *Zealand.*

En presencia de tan amenazadoras eventualidades, Briant, de acuerdo con los demás, se ingenió para organizar una vigilancia más activa aun. Durante el día se estableció un punto de observación permanente en la cima de *Auckland-hill* para señalar en seguida la aproximación de cualquier peligro; y de noche, dos de los mayores quedarían, haciendo guardia en las puertas del *hall* y de *Store-room*, en acecho de cualquier ruido sospechoso. Ambas puertas fueron sólidamente atrancadas, y tenían todo dispuesto de manera que en brevísimo

tiempo podían levantar por dentro una resistente y fuerte barricada con piedras y otros objetos. Las ventanas, afortunadamente estrechas, servirían de troneras para los dos cañones, con los que defenderían, con uno, la fachada que daba al río, y con el otro, la de *Family-Lake*. Los fusiles, revólvers y escopetas fueron revisados y dispuestos para usarlos a la primera voz de alarma.

Kate aprobaba todos aquellos preparativos. Esta enérgica mujer no dejaba traslucir nada de su inquietud, demasiado justificada cuando pensaba, en los azares tan inciertos de una lucha con los marineros del *Severn*. Los conocía bien, y temía que, no estando suficientemente armados, atacaran por sorpresa, a pesar de la más exquisita vigilancia.

¡Y para combatir a aquellos malvados, no había más que algunos muchachos, el mayor de dieciséis años apenas! ¡En verdad que la partida era por demás desigual! ¡Ah! Pensaba aquella buena mujer. ¿Por qué no se hallaba allí el valeroso Evans? ¿Por qué no la había seguido en su huida?

Tal vez él habría organizado mejor la defensa para resistir a los ataques de Walston.

Desgraciadamente no era así, y aparecía como muy posible que el pobre timonel hubiera sido ya

víctima de aquellos bandidos, por haber sido testigo de sus fechorías.

Llegó sin novedad el 27 de Noviembre. Hacía dos días que se había desarrollado un calor sofocante; grandes nubarrones pasaban por encima de la isla, y algunos truenos anunciaban una tormenta próxima a estallar.

Aquella noche Briant y sus compañeros entraron más pronto que de costumbre en el *hall*, después de tomar la precaución de arrastrar, como todos los días, las camas al interior de *Store-room*. Y luego, cerrando bien las puertas, se consagraron al descanso, no sin haber concluido el rezo nocturno y dedicado un recuerdo a sus familias.

A las nueve y media, la tormenta estaba en todo su apogeo.

El *hall* se iluminaba por el intenso resplandor de los relámpagos que penetraba por las rendijas de las puertas y ventanas. La luz de los relámpagos se prolongaba, uniéndose uno con otro, y parecía que el acantilado se estremecía al repercutir de los truenos. Era uno de esos meteoros sin lluvia ni viento, tan terribles, porque las nubes, completamente inmóviles, descargan en un mismo

sitio toda la electricidad acumulada en ellas, y no basta a veces una noche entera para agotarla.

Costar, Dole, Iverson y Jenkins, hechos un ovillo en su camita, temblaban a cada nuevo trueno, y, sin embargo, nada tenían que temer en aquella inquebrantable cueva. Podría el rayo caer veinte veces, cien veces, en la cima del acantilado, y de seguro que no atravesaría las paredes de *French-den,* tan resistentes al fluido eléctrico como inaccesibles a la borrasca.

De vez en cuando Briant, Doniphan y Baxter se levantaban, entreabrían la puerta y volvían a entrar en seguida, cegados por los relámpagos.

De diez a once no cesó un momento de tronar, y sólo un poco antes de las doce empezaron a mediar algunos intervalos entre los truenos, que disminuían, alejándose. El aire comenzó entonces a soplar, rechazando las nubes que se habían aproximado al suelo, y la lluvia principió a caer, con lo cual los niños empezaron a tranquilizarse. Dos o tres cabecitas, escondidas debajo de las mantas, empezaban a destacarse. No habían dormido, a pesar de ser la hora del sueño para ellos; así es que Briant y los demás se preparaban a acostarse después de tomar las precauciones habituales,

cuando *Phann* dio señales de una verdadera agitación; se ponía de manos y se abalanzaba a la puerta del *hall,* dejando oír gruñidos sordos y continuos.

-¿Habrá olfateado algo? dijo Doniphan procurando calmar al perro.

-En varias circunstancias ya lo hemos visto obrar así, respondió Baxter, y el inteligente animal jamás se equivocó.

-Antes de acostarnos es preciso averiguar lo que esto significa, dijo Gordon.

-Sea, dijo Briant; pero, de todos modos, que nadie salga, y preparémonos para la defensa.

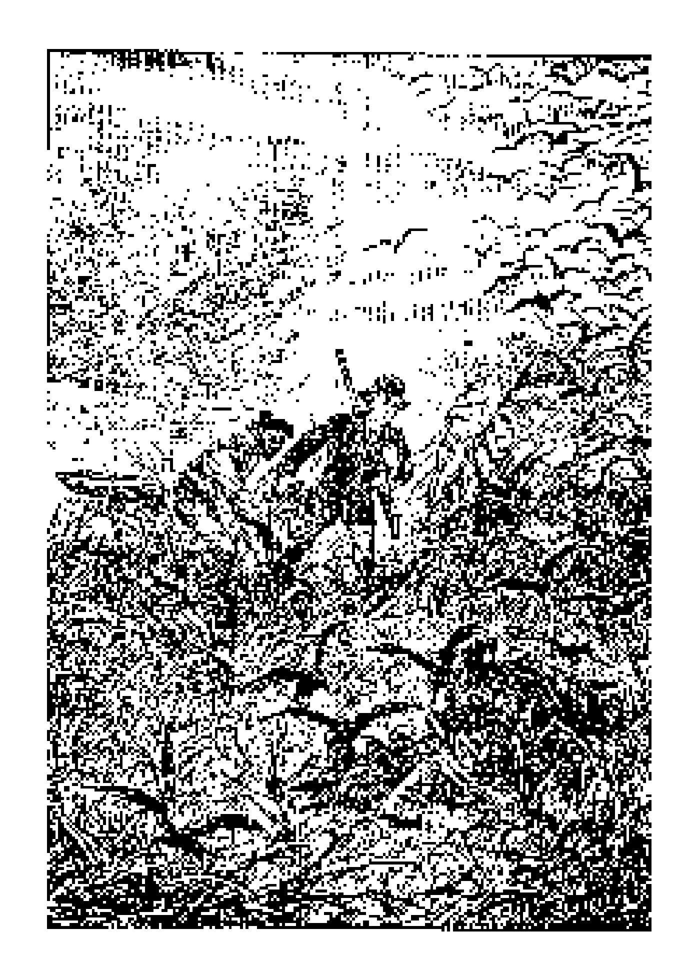
Cada cual tomó su fusil y su revólver, y luego Doniphan avanzó hasta la puerta del *hall*, y Mokó a la de *Store-room.* Ambos, con el oído pegado contra el montante de la ventanilla, no oyeron ningún ruido a pesar de que no cesaba la agitación de *Phann,* que se puso a ladrar con tanta furia un momento después, que Gordon no pudo calmarle. Esto era muy de sentir, porque si en los instantes de calma era posible que nuestros jóvenes oyeran el ruido de los pasos de cualquiera, con más motivo se oirían desde el exterior los ladridos del perro.

De repente sonó una detonación, y por cierto que no podía confundirse con el sonido del trueno. Era un tiro que acababan de disparar a menos de trescientos pasos de *French-den*.

Todos los muchachos prepararon sus armas; Doniphan, Baxter, Cross y Wilcox, con sus fusiles, estaban apostados en las puertas, dispuestos a hacer fuego sobre cualquiera que intentara forzarlas, mientras que los demás empezaban a amontonar las piedras, preparadas para las barricadas, cuando una voz gritó desde fuera:

-¡Socorro!.. ¡Socorro!...

Allí había un ser humano, en peligro de muerte sin duda, y que reclamaba auxilio.



[illegible]

-¡Socorro!... repitió la voz, y esta vez a muy pocos pasos de la gruta.

Kate, cerca de la puerta, escuchaba anhelante. Creía haber reconocido una voz amiga.

-¡Es él! exclamó.

-¿Él?... dijo Briant. ¿Quién es él?...

-¡Abrid!... ¡Abrid!... repetía Kate.

Doniphan y Wilcox abrieron la puerta, un hombre, chorreando agua, se precipitó en el *hall.*

Era Evans, si piloto del *Severn.*

XXVI

Kate y el piloto.-El relato de Evans. -Después del naufragio de la chalupa. -Walston en el puerto de «Bear-rock.» -El cometa. -«French-den» descubierto. -Huida de Evans. La travesía del río. - Proyectos. -Proposición de Gordon. -Tierras del lado de Oriente. -La «isla Chairmán-Hannover.»

La inesperada aparición de Evans sorprendió de tal manera a nuestros jóvenes, que se quedaron inmóviles; pero luego, por un movimiento instintivo, se aproximaron todos a él como a su salvador.

Era un hombre de veinticinco a treinta años, ancho de espaldas, de cuerpo vigoroso, ojos muy vivos, frente descubierta, fisonomía tan inteligente como simpática, y andar firme y resuelto.

Su cara estaba oculta en parte por una barba inculta, que no había sido cortada desde el naufragio del *Severn*.

Apenas entró Evans, se volvió y colocó su oído contra la puerta, que habían cerrado con presteza. No oyendo nada, avanzó hasta en medio del *hall*, allí miró con la luz del farol a los jóvenes colonos que la rodeaban, y murmuró estas palabras:

-¡Sí!... ¡Niños!... ¡Nada más, que niños!...

De repente, su fisonomía se animó; su cara estaba radiante de alegría, y sus brazos se abrieron.

Kate se adelantaba hacia él.

-¡Kate!... exclamó. ¡Kate viva!...

Y le cogió las manos como para asegurarse bien de que no eran las de una muerta.

-¡Sí, viva, Evans! respondió Kate. ¡Dios me ha salvado, como a usted, y Él es quien le envía en socorro de estos niños!

El piloto contaba con la mirada los muchachos reunidos en el *hall*.

-¡Quince, dijo; y sólo cinco o seis que estén en estado de defenderse!... ¡No importa!

-¿Estamos en peligro de que nos ataquen, señor Evans? preguntó Briant.

-No, hijo mío, no; por lo menos en este instante, respondió el piloto.



[illegible]

Todos, pequeños y grandes, tenían muchas ganas de conocer la historia de Evans, especialmente cuanto había ocurrido desde el naufragio de la chalupa, y ninguno tenía ya ganas de dormir; pero antes era preciso que aquel buen hombre se mudase

de traje, pues estaba chorreando agua, y que tomase algún alimento. Si sus ropas estaban en aquel estado, es porque había atravesado a nado el río *Zealand,* y si estaba medio muerto de cansancio y de hambre, es porque ni había comido ni descansado durante doce horas seguidas.

Briant le llevó inmediatamente a *Store-room,* en donde Gordon puso a su disposición buenos trajes de marineros, y luego Mokó le sirvió un buen trozo de carne fiambre, galleta, algunas tazas de té bien caliente y un buen vaso de *brandy*.

Un cuarto de hora después, Evans, sentado delante de la mesa del *hall*, hacía el relato de los acontecimientos que habían ocurrido desde que los marineros del Se*vern* habían sido arrojados por la tormenta a aquella isla.

-Algunos instantes antes de que la chalupa encallara, dijo, cinco hombres, y yo entre ellos, fuimos lanzados sobre los primeros arrecifes. No sufrimos más que algunas contusiones; pero nos fue muy difícil librarnos de la resaca en medio de la oscuridad y con un mar furioso.

Sin embargo, después de grandes esfuerzos, llegamos sanos y salvos fuera del alcance de las olas, Walston, Brandt Rock, Book, Cope y yo. Dos

faltaban, Forbes y Pike. ¿Habían muerto, o se habían salvado cuando la chalupa encalló? Nada sabíamos de ellos, y en cuanto a Kate, pensaba ya no volverla a ver.

Y diciendo esto, el piloto no ocultaba su emoción, ni el placer que experimentaba por volver a ver a la valerosa mujer que había escapado, con él, del degüello del *Severn*. Después de haber estado ambos a merced de aquellos asesinos, se hallaban, por de pronto, libres de su poder, sino fuera de su alcance en lo porvenir.

Evans continuó:

-Cuando llegamos a la playa, necesitamos algún tiempo para encontrar la chalupa. Debió encallar a eso de las siete, y eran cerca de las doce cuando la hallamos tumbada sobre la arena, y ese retraso consistió en que bajamos a lo largo de la costa de...

-De los *Severn-shores,* dijo Briant. Ese es el nombre que le han dado algunos de nuestros compañeros que habían descubierto la embarcación del *Severn* antes de que Kate nos contara su historia.

-¿Antes?... preguntó Evans muy sorprendido.

-Sí, maestro Evans, dijo Doniphan. ¡Llegamos a aquel sitio la misma tarde del naufragio, cuando dos de vuestros compañeros estaban tendidos en la are-

na!... Pero al llegar el día fuimos a buscarlos para darles sepultura, y ya habían desaparecido.

-En efecto, repuso el piloto; ya comprendo cómo todo esto se encadena. Forbes y Pike, a quienes creíamos ahogados, ¡y ojalá lo hubieran estado, porque tendríamos dos bribones menos! habían sido lanzados a algunos pasos de la chalupa; allí fueron hallados por Walston y los demás, quienes le reanimaron con algunas gotas de aguardiente.

Por fortuna para ellos y por desgracia para nosotros, las cajas de la embarcación no habían sido destrozadas, ni siquiera alcanzadas por él agua del mar. Las municiones, cinco fusiles y lo que quedaba de provisiones, fue sacado de la chalupa, pues era de temer que se destrozara completamente todo eso en la próxima marea.

Después abandonamos el sitio del naufragio, siguiendo la costa en dirección al Este.

En aquel momento uno de esos bribones hizo notar que Kate no había parecido. Walston respondió: «¡Se la ha llevado una ola, y más vale así!» Lo que me hizo pensar que si aquellos bribones se alegraban por la desaparición de Kate, a quien ya no

necesitaban, sucedería lo mismo conmigo cuando no les hiciera falta. ¿Pero dónde estabais, Kate?

-Cerca de la embarcación, del lado del mar, respondió ella. No podían verme, y oí cuanto dijeron... Después que se marcharon, me levanté, y para no volver a caer en manos de aquellos miserables huí en dirección opuesta, y treinta y seis horas después, medio muerta de hambre, fui recogida por estos buenos muchachos y traída a *French-den*.

-*¡French-den!*.. repitió Evans.

-Es el nombre que tiene nuestra morada, dijo Gordon, en recuerdo de un náufrago francés que la habitó muchos años antes que nosotros.

-*¡French-den!... ¡Severn-shores!...* dijo el piloto; ¡veo, hijos míos, que habéis dado nombres a las diversas partes de la isla!... ¡Está muy bien hecho!...

-Sí, señor Evans, y nombres muy bonitos, replicó Service, hay otros muchos, *Family-Lake, Downs-lands, South-moors, río Zealand, Traps-woods*...

-¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Me enseñaréis todo esto... más tarde... mañana!... Mientras tanto, continúo mi historia... ¿No se oye nada fuera?

-Nada, respondió Mokó, que estaba de guardia cerca de la puerta del *hall*.

-Bien, dijo Evans; prosigo.

Una hora después de haber abandonado la chalupa, llegamos a unos pequeños grupos de árboles, en donde establecimos nuestro campamento. Al día siguiente, y sucesivamente, volvimos al sitio del naufragio, procurando reparar la barca; pero no teniendo más que un hacha, fue imposible ponerla otra vez en estado de hacerse a la mar, aun para una pequeña travesía, y además el sitio era de suyo incómodo para reparaciones de aquel género.

Partimos, pues, para buscar un campamento en un lugar menos árido, en el que la caza nos diera el alimento diario, y al mismo tiempo que estuviera cerca de un río para tener agua dulce, porque nuestra provisión estaba completamente agotada.

Más tarde, siguiendo la costa; en una extensión de doce millas próximamente, llegamos a un pequeño río...

-¡El *East-river!* dijo Service.

-¡Bien por el *East-river!* respondió Evans. Allí, en el fondo de una vasta bahía...

-¡*Deception-bay!* replicó Jenkins.

-¡Vaya por *Deception-bay!* dijo el piloto sonriendo. Hay un puerto en medio de las rocas...

-¡*Bear-rock!* exclamó Costar a su vez.



[illegible]

-¡Sea *Bear-rock,* mi chiquitín! respondió el marino, aprobando el nombre con un movimiento de cabeza. Nada era más fácil que instalarse en aquel sitio, y si podíamos llevar allí la embarcación, que de seguro la primera tempestad acabaría de demoler en

el sitio en que se hallaba, tal vez llegásemos a carenarla.

Volvimos, pues, a buscarla, y cuando la aligeramos todo lo que fue posible, la pusimos a flote, y aun cuando se llenaba de agua, conseguimos arrastrarla por la misma orilla y traerla al puerto, en donde se halla ahora en perfecta seguridad.

-¿Está la chalupa *en Bear-rock?* dijo Briant.

-Sí, hijo mío, y creo que sería posible componerla si tuviésemos las herramientas necesarias...

-¡Nosotros las tenemos, señor Evans! respondió con viveza Doniphan.

-Eso es lo que ha supuesto Walston, cuando la casualidad le hizo saber que la isla estaba habitada y por quién.

-¿Cómo ha podido saberlo? preguntó Gordon.

-Helo aquí, respondió Evans. Hace ocho días Walston, sus compañeros y yo (pues jamás me dejaban solo), hacíamos un reconocimiento por el bosque. Después de tres o cuatro horas de marcha, remontando el curso del *East-river,* llegamos a las orillas de un vasto lago de donde salía aquel río; y allí... ¡juzgad cuál no sería nuestra sorpresa al encontrar tan singular aparato caído en la ribera!...

Era una especie de armazón hecho con cañas y cubierto con una tela...

-¡Nuestra cometa! exclamó Doniphan.

-¡Nuestra cometa, que cayó en el lago, y que el viento empujó hasta allí! añadió Briant.

-¡Ah! ¿Era una cometa? dijo Evans. A fe mía, no lo adivinamos, y esa máquina llamaba mucho nuestra curiosidad. No podía haberse hecho sola, y no cabía duda de que había sido fabricada en la isla. Esta se hallaba, por lo tanto, habitada... Pero ¿por quién?... Esto era lo que importaba a Walston saber. En cuanto a mí, desde aquel día tomó la resolución de huir. Cualesquiera que fuesen los habitantes de la isla, aun cuando fueran salvajes, no podían ser peores que los asesinos del *Severn.* Desde aquel día no me perdieron de vista ni un momento.

-¿Y cómo ha sido descubierto *French-den?* preguntó Baxter.

-Ya llego a ello, respondió el marino; pero antes de que prosiga mi relato decidme para qué os ha servido esa enorme cometa. ¿Era una señal?

Gordon contó entonces lo que habían hecho, con qué objeto se hizo, cómo Briant había arriesgado su vida por la salvación de todos, y de

qué modo se enteró de que Walston no había aun abandonado la isla.

-¡Sois un atrevido muchacho! dijo Evans, que tomó la mano de Briant y se la apretó como pudiera hacerlo con un hombre.



Y luego continuó:

-Comprenderéis fácilmente que Walston no tuvo desde entonces más que una preocupación: saber quiénes eran los habitantes de esta isla, que nos era desconocida. Si indígenas, tal vez pudiera entenderse con ellos; si náufragos, era posible que poseyeran las herramientas que le faltaban, y en este caso no le rehusarían su concurso para poner la chalupa en estado de hacerse a la mar.

Las indagaciones empezaron, pues, con mucha prudencia, en verdad. Avanzábamos poco a poco explorando los bosques de la orilla derecha del lago para aproximarnos a la punta del Sur, pero no descubrimos ni un ser humano, ni oímos detonación alguna por aquella parte de la isla.

-Eso consistía, dijo Briant, en que ninguno de nosotros se alejaba ya de *French-den,* y en que estaba prohibido disparar un solo tiro.

-¡Y sin embargo, habéis sido descubiertos! ¡Pero no podía ser de otro modo! En la noche del 23 al 24 de Noviembre uno de los compañeros de Walston llegó cerca de aquí, por la orilla meridional del lago. La mala suerte quiso que al pasar entreviera una claridad que filtraba a través de las paredes del acantilado; fue sin duda la luz del farol, que se vio un instante por la puerta que abriríais para entrar o salir

alguno. Al día siguiente, Walston se dirigió por este sitio, y se quedó oculto parte de la noche entre las altas hierbas que crecen cerca del río...

Ya lo sabíamos, dijo Briant.

-¿Lo sabíais?

-Sí, pues en aquel sitio, Gordon y yo hemos hallado los fragmentos de una pipa que Kate ha reconocido como perteneciente al forajido que acabáis de nombrar.

-¡Justamente! repuso Evans. Walston la perdió durante su excursión, lo que lo contrarió vivamente; pero ya, en cambio, la existencia de la pequeña colonia le era conocida. Mientras estuvo acechando, vio a la mayor parte de vosotros ir y venir por la orilla derecha del río... Walston volvió y dio parte a sus compañeros de que no había aquí más que unos cuantos muchachos, de los que siete hombres se desharían fácilmente. Una conversación que sorprendí entre Brandt y él me enteró de lo que preparaban contra *French-den*.

-¡Monstruos! exclamó Kate; no hubieran tenido piedad de estos pobres niños.

-¡No, Kate! respondió Evans. ¡La misma que tuvieron del capitán y de los pasajeros del *Severn!* Son monstruos, como lo habéis dicho muy bien, y los

manda el más cruel de todos, ese Walston, que, así lo espero, no escapará al castigo que merecen sus crímenes.

-En fin, Evans, dijo Kate; habéis llegado a escaparos; ¡gracias a Dios!

-Sí, mi buena Kate, repuso el marinero.

-La hemos puesto *Viernecitas,* interrumpió Service. Ya os explicaré el motivo.

-Bien, contestó Evans; mas continuaré mi relato. Hará como cosa de doce horas que aprovechando una ausencia de Walston y de otros cuatro que me dejaron bajo la vigilancia de Forbes y de Rock, me escapé, confiado en que no me sería difícil hacer perder mis huellas a aquellos bandidos.

Eran poco más o menos las diez de la mañana cuando eché a correr a través del bosque... Casi en seguida Forbes y Rock lo advirtieron y empezaron a perseguirme. Estaban armados con sus fusiles, y yo no tenía más que un cuchillo de marino para defenderme y mis piernas para correr como un galgo.

La persecución duró todo el día. Cortando oblicuamente por medio del bosque, llegué a la orilla izquierda del lago, tuve que dar la vuelta a la punta, pues sabía, por la conversación que yo había oído,

que estabais establecidos en las orillas de un río que corre hacia Oeste.

¡Jamás he corrido tanto, ni tanto tiempo tampoco! ¡Cerca de quince millas en un día! ¡Mil diablos! Aquellos bribones corrían tanto como yo, y sus balas corrían todavía más. Varias veces silbaron a mis oídos. ¡Figuráos! yo sabía su secreto; si me escapaba, temían de que os avisara; era preciso apoderarse de mí otra vez. ¡Verdad es que si no hubiesen tenido armas de fuego los hubiera esperado a pie firme con mi cuchillo en la mano, y los hubiera muerto, o ellos a mí! ¡Sí, Kate; mejor hubiera querido morir que caer en manos de aquellos bandidos!

Esperaba yo, sin embargo, que aquella condenada persecución acabaría con la noche; pero no sucedió así. Yo había contorneado la punta del lago, y oía siempre a Forbes y a Rock detrás de mí. La tempestad, que amenazaba desde hacía algunas horas, estalló entonces, e hizo más difícil mi huida, pues a la luz de los relámpagos aquellos bandidos podían distinguirme en el ribazo. Llegué, por fin, hasta muy cerca de la orilla del río; tan terca, que no distaba de ella ni cien pasos. Si consiguiera atravesarlo, pensaba yo, me consideraría en salvo,

pues jamás se atreverían ellos a vadearlo sabiendo que se hallaban en las cercanías de *French-den.*

Cobré ánimo, aceleré la marcha, y ya iba a alcanzar el agua, cuando uno de los últimos relámpagos iluminó el espacio, y en seguida se oyó una detonación...

-La que nosotros oímos también, dijo Doniphan.

-Seguramente, repuso el piloto. Una bala me rozó el hombro; di un salto, y me precipité al río. Después de algunas brazadas llegué a la ribera opuesta, y me escondí entre las hierbas, mientras que Forbes y Rock miraban el agua y decían: «¿Le has dado? -Respondo de que sí.»

-Entonces está en el fondo. -Seguramente, y ya está muerto, y bien muerto -Un estorbo menos. Y se marcharon.

-¡Sí; un estorbo menos!... Lo mismo dijeron de Kate. ¡Ah, bribones! ¡Ya veréis si he muerto!... Algunos instantes después me incorporé y me dirigí hacia el ángulo del acantilado. El ruido de unos ladridos llegó hasta mí... llamé... la puerta de *French-den* se abrió, y... ¡ahora, añadió Evans señalando con la mano en dirección al lago, a

nosotros toca, muchachos, concluir con esos malvados y desembarazar de ellos la isla!

Estas palabras las pronunció con una energía tal, que todos se levantaron con ademán de seguirle; pero él les calmó en el acto, diciéndoles que ahora tocaba a ellos referir su historia, y entonces contaron a Evans todo cuanto les había pasado en veinte meses. Le describieron las condiciones en que el *Sloughi* salió de Nueva Zelandia; le pintaron con vivos colores su larga travesía por el Pacífico hasta la isla; el descubrimiento del náufrago francés; la instalación de la pequeña colonia en *French-den;* las excursiones durante el verano; los trabajos del invierno, y, por fin, le hicieron un minucioso relato, salpicado de chistes y de felices ocurrencias, de cuantas peripecias les acaecieron hasta llegar a conseguir tener las cosas necesarias para la vida tranquila que llevaban antes de la llegada de Walston y de sus cómplices.

-¿Y desde hace veinte meses ningún buque ha pasado a la vista de la isla? preguntó Evans.

-Ninguno hemos visto, dijo Briant.

-¿Habéis establecido señales?

-Sí; colocamos un mástil en lo más alto del acantilado.

-¿Y no ha producido ningún efecto?

-No, señor Evans, respondió Doniphan; pero es preciso que sepáis que hace seis semanas lo echamos abajo para que no llamara la atención de Walston.

-Hicísteis muy bien, hijos míos. Ya sabe aquel bribón a qué atenerse respecto a vosotros; así es que es preciso estar con cuidado.

-Desde luego, dijo Gordon, puesto que tenemos que vérnoslas con semejantes miserables, y no con gente honrada, a quienes hubiéramos ayudado de tan buena gana, adquiriendo nuestra colonia, sin duda alguna, más fuerza, mientras que ahora tendremos que luchar, defender nuestra vida, y, después de todo... ¡quién sabe cuál será el resultado!

-Dios, que os ha protegido hasta ahora, hijos míos, respondió Kate, Dios no os abandonará... ¡Ya os ha enviado a Evans!

-¡Evans!... ¡Viva Evans!... exclamaron todos los niños a una.

-Contad conmigo, muchachos, respondió el piloto, como cuento con vosotros, y os prometo que nos defenderemos bien.

-Sin embargo, dijo Gordon: ¿no sería posible evitar esa lucha, si Walston consintiera en abandonar la isla?

-¿Qué quieres decir? preguntó Briant.

-Que si sus compañeros y él no se han marchado ya, es porque no han podido componer la chalupa. ¿No es así, Evans?

-Seguramente que sí.

-Pues bien; si se les propusiera prestarles todas las herramientas necesarias, tal vez aceptasen. Bien comprendo que es cosa repugnante entablar relaciones con los asesinos del *Severn*; pero dejará de serlo desde el momento en que lo hagamos para librarnos de ellos y para impedir un ataque que puede costar mucha sangre. ¿Qué pensáis de esto, Evans?



Walston, oculto entre las hierbas, observaba á los [illegible]

Este escuchó muy atentamente lo propuesto, que demostraba en su autor un gran sentido práctico y daba a entender que no se abandonaba jamás a la influencia de las primeras impresiones, así como acusaba al mismo tiempo un carácter que le hacía

mirar con calma cualquier situación, por difícil que fuera, dando esto a conocer al piloto que aquel muchacho era el más formal de todos, por lo que su proposición le pareció digna de ser atendida.

-Decís bien, señor Gordon; cualquier medio sería bueno para evitar la presencia de aquellos malhechores, valiendo más, en efecto, que se marcharan después de haberles proporcionado los medios de carenar la chalupa, que entablar una lucha cuyo resultado puede ser dudoso. Pero ¿es posible fiarse de Walston? Cuando estéis en relaciones con él, ¿no aprovechará la ocasión de intentar sorprender a *French-den* y de apoderarse de lo que os pertenece? Puede creer también que habéis salvado algún dinero de vuestro naufragio, y, creedme, esos bribones no procurarán otra cosa más que haceros daño, en cambio de vuestros favores. Son almas pervertidas, que no saben lo qué es agradecimiento. Y, no lo dudéis; entenderse con ellos es lo mismo que perderse.

-¡No, no, no!... exclamaron Baxter y Doniphan, a los que se unieron todos los demás con una energía que causó mucho placer al piloto.

-¡No!... añadió Briant. No queremos nada con Walston ni con su cuadrilla.

-Luego, repuso Evans, no son sólo herramientas lo que necesitan, sino también municiones. Que tienen bastante para atacarnos, es demasiado cierto, por desgracia; pero cuando traten ellos de recorrer otros parajes, lo que les quede de plomo y la pólvora no será suficiente. Entonces os pedirán tales cosas; las exigirán. ¿Se lo daréis?...

-No por cierto, respondió Gordon.

-Pues bien; procurarán apoderarse de todo por la fuerza, y no habréis conseguido otra cosa que retrasar la lucha en peores condiciones para nosotros.

-Tenéis razón, señor Evans, replicó el americano. Estemos a la defensiva y esperemos.

-Es el mejor partido que podemos tomar. Y además, tengo, para esperar, un motivo que me alienta más que otro alguno.

-¿Cuál es?

-Prestadme atención. Walston, como sabéis muy bien, no puede abandonar la isla sino con la chalupa del *Severn*.

-Es evidente, replicó Briant.



-Evidentísimo: esa embarcación puede repararse, os lo afirmo, y si Walston ha renunciado a ponerla en estado de navegar, es por falta de lo necesario.

-Si no fuera por eso, estaría ya lejos de aquí, dijo Baxter.

-Tenéis razón, hijo mío. Pues bien; si dais a ese malvado los medios de reparar la chalupa, no dudo que abandonase la idea de saquear *French-den,* cosa conveniente para nosotros; pero no vacilemos tampoco de creer que con seguridad se apresurará a emprender la marcha sin ocuparse para nada de nuestra pequeña colonia.

-Me extraña que no lo haya hecho ya, exclamó Service.

-¡Mil diablos! Si tal hubiera sido, replicó Evans, se valdría de la chalupa, y entonces, ¿cómo podríamos marchar de aquí nosotros?

-¡Cómo, señor Evans! dijo Gordon. ¿Contáis con esa embarcación para dejar la isla?

-¡Pues ya lo creo!

-¿Para ir a Nueva Zelandia atravesando el Pacífico? añadió Doniphan.

-¿El Pacífico?... No, hijos míos, respondió Evans; pero sí para llegar a un punto cercano, en donde esperaríamos la ocasión de volver a Auckland.

-¿L o pensáis así, señor Evans? repuso Briant.

Y al mismo tiempo, tres o cuatro de sus compañeros acosaron a preguntas al buen marino.

-Pero ¿cómo es posible que esa embarcación baste para una travesía de varios centenares de millas? dijo Baxter.

-¡Centenares de millas!... repuso el piloto. ¡Nada de eso; unas treinta, cuando más!...

-¿No estamos, por ventura, en una isla? preguntó Doniphan. ¿Acaso el mar no rodea toda esta tierra?

-Por el Poniente, respondió Evans; pero al Sur, al Este y al Norte no hay más que canales que se atraviesan fácilmente en sesenta horas.

-¿De modo que no nos equivocábamos pensando que había tierras en las cercanías? dijo Gordon.

-No os engañabais, no. Y son hasta muy grandes las que existen por la parte oriental.

-Sí, por el lado de Levante, exclamó Briant. Aquella mancha blancuzca y aquel resplandor que distinguí en esa dirección.

-¿Una mancha blancuzca, decís? replicó el piloto. Debe ser algún ventisquero, y el resplandor de que habláis, la llama de un volcán, cuya situación debe constar en los mapas. Pero, vamos a ver, muchachos: ¿en dónde creéis hallaros?

-¡En una isla, sola, en medio del Pacífico! respondió el americano.

-¡Una isla, sí! Sola, no. ¡Tened por cierto que pertenece a uno de los numerosos archipiélagos sembrados en la costa de la América del Sur! Pero ¿cómo es que, habiendo dado nombres a los cabos, bahías, ríos, etc., no me habéis dicho aun el de la isla?...

-Isla Chairmán; le dimos el de nuestro colegio, respondió Doniphan.

-¡ Isla Chairmán!... repitió el marino. ¡Pues de hoy en adelante tendrá dos, puesto que se llamaba ya isla de Hannover!. Terminado este diálogo, procedieron a las medidas de vigilancia acostumbradas y se fueron a descansar, después de preparar una cama en el hall para el buen Evans. Los jóvenes colonos se hallaban bajo la influencia de una doble impresión, capaz de turbar su sueño; de un lado la perspectiva de una sangrienta lucha, y de otro la posibilidad de volver al seno de sus familias.

El piloto dejó para el día siguiente la conclusión de sus explicaciones, indicando en el atlas la posición exacta de la isla Hannover, y mientras que Mokó y Gordon velaban, la noche acabó tranquilamente en *French-den.*

XXVII

El Estrecho de Magallanes. -Las tierras y las islas que le rodean. -Establecimientos que hay en ellas. -Proyectos para el porvenir. -¿La fuerza o la astucia? -Rock y Forbes. -Los falsos náufragos. -Acogida hospitalaria. -Entre once y doce de la noche. -Un tiro de Evans. --Intervención de Kate.

El Estrecho de Magallanes, descubierto en 1520 por el ilustre navegante portugués, es un canal de unas trescientas ochenta millas, cuya curva se dibuja de oeste a Este, desde el cabo de las Vírgenes, en el Atlántico, hasta el de los Pilares, en el Pacífico. Se halla rodeado por costas muy accidentadas, y dominado por montañas de tres mil pies sobre el nivel de mar; está lleno de bahías, en las que hay infinidad de puertos de refugio, ricos en agua dulce, y en donde los buques pueden renovar sus provisiones; se ve cercado por espesos bosques, en los que abunda la caza y retumba con el estrépito de millares de cascadas, cuyas aguas se precipitan en innumerables cascadas; y, por último, ofrece a los barcos que llegan de Oriente o de Occidente un

paso mucho más corto que el de Lemaire, entre la Tierra de los Estados y la Tierra de Fuego, con la ventaja de estar menos acosado por las tormentas que el del Cabo de Hornos.

Los españoles, que durante medio siglo fueron los únicos que visitaron las tierras magallánicas, fundaron en la península de Brunswick el establecimiento de Port-Famine. A los españoles siguieron los ingleses Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins; luego fueron los holandeses de Weert, de Cord, de Noort, con Lemaire y Schouten, quienes descubrieron en 1610 el Estrecho de ese nombre. Y, por fin, desde 1696 a 1712, los franceses Degesnes, Beauchesne-Gouin y Frezier aparecieron allí.

Durante aquella época, dichos parajes fueron visitados por los navegantes más célebres de fines de aquel siglo, Anson, Cook, Byron, Bougainville y otros.

Desde entonces, el Estrecho de Magallanes fue una de las vías más frecuentadas para el paso de uno a otro Océano, sobre todo desde que el vapor, que no teme ni a los vientos desfavorables ni a las corrientes contrarias, permite atravesarle en condiciones excepcionales de navegación.

Tal es el Estrecho que el 28 de Noviembre Evans mostraba en el atlas de Stieler a Briant, Gordon y demás colonos.

La Patagonia, última región de la América del Sur, la Tierra del Rey Guillermo y la península de Brunswick, forman el límite septentrional del Estrecho; en el Sur se halla rodeado por ese archipiélago magallánico, que comprende las grandes islas de la Tierra de Fuego, la de Desolación, las islas Clarence, Holte, Gordon, Navarín, Wollaston, Stewart y otras muchas menos importantes, hasta el último grupo de las Ermitas, de las que la más avanzada entre ambos Océanos no es otra cosa que la última cima de la alta cordillera de los Andes, y que se llama el Cabo de Hornos.

Por el Este se ensancha entre el cabo de las Vírgenes, de la Patagonia, y el del Espíritu Santo, de la Tierra de Fuego; pero no sucede lo mismo por el Oeste, y así Evans se lo hizo observar a los moradores de *French-den*. Por aquel lado se encuentra el viajero innumerables islotes, islas, archipiélagos, estrechos, canales y brazos de mar, siendo por un paso situado entre el promontorio de los Pilares y la punta meridional de la gran isla de la Reina Adelaida, por donde el Estrecho desemboca en el Pacífico.

Más arriba de esta embocadura se desarrolla una serie de islas, caprichosamente agrupadas, desde el Estrecho de lord Nelson hasta el grupo de las Chonos y de las Chiloë, que confinan con la costa chilena.

-Y ahora, añadió Evans, fijaos más allá del Estrecho de Magallanes, en esta isla, sólo separada por canales, al Sur de la de Cambridge y de las de Madre de Dios y Chatam, al Norte. Pues bien; esta isla, situada a los cincuenta y un grados de latitud, es la de Hannover; la misma a que habéis dado el nombre de *Chairmán,* y que habitáis desde hace veinte meses.

Briant, Gordon y Doniphan, inclinados sobra el atlas, miraban con curiosidad aquel punto señalado por Evans, aquella isla que creían tan lejana de toda tierra, y que estaba tan cerca de la costa americana.

-¡Cómo! dijo Gordon: ¿no estamos separados de la Patagonia más que por esos brazos de mar?

-Así es, hijos míos, respondió Evans; pero entre ésta y el mencionado continente no existen sino islas tan desiertas como la que habitamos. Si hubierais llegado a tierra americana, os hubiera sido preciso andar centenares de millas para alcanzar los establecimientos de Chile o de la República

Argentina. ¡Y cuántas fatigas no hubierais experimentado, sin contar los muchos peligros que habríais arrostrado, toda vez que los indios *puelches,* errantes a través de las pampas, son poco hospitalarios! Me parece, sin ningún género de duda, que ha sido una felicidad para vosotros, puesto que teníais asegurada la existencia material, el no haber podido abandonar esta isla, si bien, Dios mediante, espero podremos dejaría juntos.

De modo que los canales que rodean la isla Hannover no miden en ciertos sitios más que quince o veinte millas de ancho, y de seguro que Mokó; con un buen tiempo, hubiera podido atravesarlos sin cuidado alguno hasta en la canoa; y si Briant, Gordon y Doniphan, en sus excursiones al Norte y al Este, no habían podido ver aquellas tierras, es debido a que están en extremo bajas. En cuanto a la mancha blanca, era uno de los ventisqueros del interior, y la montaña en erupción uno de los volcanes de las regiones magallánicas.

Briant observó también otra cosa, mirando con atención el mapa, y es que la casualidad los había llevado durante sus excursiones a los puntos del litoral más lejanos de las cercanas islas; y si bien es - verdad que Doniphan llegó hasta *Severn-shores,* y

hubiera podido divisar desde allí la costa meridional de la isla Chatam, como aquel día estaba el horizonte tan nublado por los vapores de la borrasca, era imposible distinguir nada. Para divisar las lejanas tierras que se hallaban en las inmediaciones hubiera sido preciso ir, ya a *North-cape,* desde donde eran visibles la isla Chatam y la de Madre de Dios, situadas más allá del Estrecho de la Concepción, o bien a *South-cape,* desde cuyo punto se podrían ver las puntas de las islas de la Reina, Reina Adelaida o Cambridge, y quizás también al extremo del litoral de *Downs-lands,* que domina las cimas, divisando desde allí la isla Owen o los ventisqueros de las tierras del Sudeste.

Los jóvenes colonos jamás habían llevado sus exploraciones tan lejos; y en cuanto al mapa de Francisco Baudoin, Evans no pudo explicarse el por qué aquellas islas y tierras no estaban indicadas allí. Puesto que el náufrago francés había podido determinar con bastante exactitud la configuración de la isla Hannover, es que había dado la vuelta a la costa. Sería preciso admitir que las brumas se lo habían impedido.

Y en el caso en que Briant y sus compañeros llegaran a apoderarse de la chalupa del *Severn* y a repararla, ¿hacia qué lado la dirigirían?

Esta fue la pregunta que le hizo Gordon.

-Hijos míos, respondió Evans; no procuraré remontar ni al Norte ni al Este. Cuanto más camino hagamos por mar, mejor será para nosotros. Es seguro que con una buena brisa la embarcación podría llevarnos hacia algún puerto chileno, en el que nos acogerían muy bien; pero el mar es muy bravío en aquellas costas, mientras que los canales del archipiélago nos ofrecerán una travesía fácil.

-En efecto, respondió Briant. Mas, ¿encontraremos en aquellos parajes algún establecimiento y los medios necesarios para volver a Auckland?

-Así lo creo, respondió Evans. Mirad conmigo el mapa. Después de pasar el archipiélago de la Reina Adelaida, ¿adónde llegamos por el canal Smith? Al Estrecho de Magallanes, ¿no es verdad? Pues bien; casi a la entrada de aquel Estrecho está situado el puerto de Zamar, que pertenece a la Tierra de la Desolación, y allí podremos ponernos en el camino que nos conduzca a la patria.

-¿Y si no encontramos ningún buque? preguntó Briant; ¿esperaremos a que pase alguno?

-No, señor Briant. Seguid conmigo el Estrecho de Magallanes. ¿Veis aquella gran península de Bruswick?... Pues allí, en la bahía Fontescue, en el puerto Galantes, en donde los buques paran muchas veces; y si es preciso ir más allá y doblar el cabo Froward, al Sur de la Península, encontraremos la bahía de San Nicolás de Bougainville, en la que se detienen los barcos que pasan el Estrecho; y en fin, más allá, sí queremos ir, está Port-Famine, y más al Norte, Punta Arena.

El piloto tenía razón. Una vez en el Estrecho, la chalupa tendría muchos puntos en donde poder parar, y por lo tanto nuestros jóvenes se hallarían en condiciones de volver al seno de sus respectivas familias, sin contar con el posible encuentro de buques con rumbo a Australia o a Nueva Zalandia. Si Puerto Tamar, Puerto Galante y Puerto Famine ofrecen pocos recursos, Punta Arena, por el contrario, está provista de todo lo necesario para la existencia. Aquel gran establecimiento, fundado por el Gobierno chileno, forma un verdadero pueblo, edificado en el litoral, con una bonita iglesia, cuyo campanario se levanta airoso entre los soberbios

árboles de la península de Brunswick. Está en plena prosperidad, mientras que Puerto Famine, que data del siglo XVI, no es ya más que una ruina.

Además, en la época presente existen más al Sur otras colonias, que son a menudo visitadas por expedicionarios científicos, entre otras la de Liwya, en la isla Navarín, y principalmente la de Voshovia; en el canal de Beagle, más arriba de la Tierra de Fuego. Esta última, merced a la abnegación de los misioneros ingleses, ayuda mucho a las investigaciones de aquellas regiones, en las que los franceses han dejado numerosas huellas de sus pasos, como lo atestiguan los nombres de Dumas, Cloué, Pasteur, Chanzy, Grévy, dados a ciertas islas del archipiélago magallánico.

La salvación de los jóvenes colonos era cierta, pues, si llegaban al Estrecho de Magallanes. Es verdad que para eso era necesario carenar la chalupa y apoderarse de ella, lo que no sería posible sino después de reducir a la impotencia a Walston y sus cómplices.

Y si la embarcación estuviera todavía en el sitio en que Doniphan la había visto en la costa de *Severn-shores* hubiera sido posible apoderarse de ella, porque Walston, a la sazón instalado allá por

Deception-bay, o sea a unas quince millas de distancia, no hubiera tenido fácilmente noticia de semejante hecho. Lo que aquel bandido pudo realizar, Evans hubiera podido hacerlo también; es decir, conducir la chalupa, no a la embocadura del *East-river,* sino a la del río *Zealand,* y remontarlo hasta llegar a *French-den.* Allí las reparaciones se hubieran emprendido en mejores condiciones, bajo la dirección del marino, y una vez aparejada y cargada con municiones, provisiones de boca y con algunos objetos convenientes o necesarios, abandonar la isla antes de que los malhechores se hubieran puesto en estado de atacarlos.

Por desgracia, esto no podía ejecutarse ya. La cuestión de partida no podía resolverse sino por la fuerza, bien sea tomando la ofensiva, o estándose a la defensiva. Nada podían hacer mientras no vencieran a la tripulación del *Severn.*

Evans inspiraba ciega confianza a los jóvenes colonos, nacida al abrigo da las simpatías.y de la sinceridad con que se expresaba, y muy especialmente debida al entusiasmo con que Kate les había hablado de él.

Desde que el marino había podido cortarse el pelo y la barba, su fisonomía aparecía distinta, y

pudo verse que su cara revelaba tanta franqueza y sinceridad como atrevimiento, energía y valor, sin que su carácter, resuelto y firme, le estorbase para ser capaz de todos los sacrificios. Kate tenía razón cuando decía que Evans era un enviado del cielo que acababa de aparecer en *French-den*. ¡Era, en fin, un hombre en medio de aquellos niños!

Perfectamente conocida ya la situación de la colonia, sacados los jóvenes de la ignorancia en que se hallaban, y estudiados todos los medios, Evans quiso enterarse de los recursos con que podría contar para sostener la resistencia que pensaba oponer al ataque de los bandidos.

Store-room y el hall le parecieron convenientemente dispuestos para la defensa. Examinados sus frentes, se veía que el uno dominaba el ribazo y el *Zealand,* y el otro *Sport-terrace* hasta la orilla del lago. Las ventanillas podían servir para hacer fuego en aquellas direcciones, quedándose a cubierto. Con sus ocho fusiles los sitiados podrían tener a raya a los sitiadores y ametrallarlos con los dos cañoncitos, si se aventuraban por las cercanías de la gruta. En cuanto a los rovólvers, hachas y cuchillos, todos sabrían

servirse de ellos si se llegara a un combate cuerpo a cuerpo.

Evans aprobó la precaución tomada por Briant de haber amontonado piedras en el interior para impedir que las puertas fuesen derribadas; pues si ellos eran fuertes dentro, es preciso no olvidar que fuera serían débiles, toda vez que no eran más que seis muchachos de trece a quince años contra siete hombres vigorosos, acostumbrados al manejo de las armas y de una audacia tal, que no retrocedían ni ante el asesinato.

-¿Los consideráis como temibles malhechores? preguntó Gordon.

-¡Sí, muy temibles!

-Menos uno de ellos, que, a mi parecer, no está enteramente viciado, cual es Forbes, el que me salvó la vida, dijo Kate.

-¡Forbes! exclamó Evans. ¡Mil diablos! Que haya sido arrastrado por los malos consejos de sus compañeros, o por el miedo que les tenía, lo cierto es que ayudó a cometer los asesinatos del *Severn*. Además, ¿no me persiguió ayer con tanto encarnizamiento como Rock? ¿No ha tirado sobre mí como sobre una fiera? ¿No se alegró, creyéndome muerto? ¡No, mi buena Kate; mucho me temo que

no valga más que los demás! ¡Si os salvó la vida, es porque sabía que aquellos bandidos os necesitaban todavía, y bien seguro es que no se quedará atrás cuando se trate de marchar contra *French-den!*

Algunos días pasaron sin que nada sospechoso llamase la atención de los jóvenes colonos, que observaban los alrededores desde lo alto del acantilado. Esto no dejaba de sorprender a Evans, que, conociendo los proyectos de Walston, y sabiendo el interés que tenía en apresurarse, se preguntaba porqué desde el 27 al 30 de Noviembre no había hecho todavía ninguna demostración.

Entonces tuvo idea de que aquel malvado procuraría tal vez usar de astucia, en vez de emplear la fuerza para penetrar en *French-den,* y comunicó su pensamiento a Briant, Gordon, Doniphan y Baxter, con los que con1renciaba muchas veces.

-Mientras estemos encerrados en la gruta, dijo, Walston tendrá mucho qué hacer para derribar las puertas, si no tiene quien se las abra; y, por lo tanto, es fácil que quiera entrar aquí por astucia...

-¿Y cómo? preguntó Gordon.

-Puede ser de un modo que se me ha ocurrido, respondió Evans. Ya sabéis, hijos míos, que solamente Kate y yo somos los que podíamos

denunciar a aquellos criminales. Pues bien; aquel bandido cree que Kate ha perecido en el naufragio; y en cuanto a mí, no tiene duda de que he perecido en el río, después de haber recibido los tiros de Forbes y de Rock, pues no ignoráis que los he oído felicitarse de mi muerte. Walston debe, pues, creer que nada sabéis, que no sospecháis siquiera su presencia en la isla, y que si uno de ellos se presentara aquí, le acogerías como se acoge a un náufrago. ¡Después de entrar uno en la plaza, no le sería difícil introducir a los demás, lo que haría imposible toda resistencia!

-Pues bien, respondió Briant; si Walston, o cualquier otro de su cuadrilla, se presenta para pedirnos hospitalidad, lo recibiremos a tiros...

-¡Cómo! ¿No sería mejor agasajarlo y condolernos de su situación?... dijo el americano.

-¡Quizás sí, señor Gordon! replicó el marino. ¡Mejor era eso! Astucia contra astucia. Así es que, si sucede lo que preveo, deliberaremos después.

Y tenía razón.

En efecto, era necesario obrar con mucha cautela, pues si las cosas marchaban bien, si Evans se hacía dueño de la chalupa, era permitido creer que la hora de la libertad no tardaría en llegar. Pero

¡cuántos peligros tenían que arrostrar aun! Y después, cuando llegara la hora de marchar hacia Nueva Zelandia, ¡Dios sabe si estarían todos vivos!

Al día siguiente, la mañana pasó sin novedad de ninguna especie. El marino, acompañado de Doniphan y Baxter, recorrió media milla en dirección a *Traps-woods*, ocultándose detrás de los árboles agrupados en la base de *Auckland-hill.* Nada sospechoso llamó su atención ni la de *Phann,* que los seguía; pero por la tarde, un poco antes de la puesta del sol, se dio la voz de ¡alerta! Webb y Cross, de guardia en el acantilado, bajaron precipitadamente, y dijeron que dos hombres se acercaban por el ribazo meridional del lago, en la orilla opuesta del río *Zealand.*

Kate y Evans, queriendo no ser conocidos, entraron en seguida en *Store-room,* y luego, mirando por las ventanillas, conocieron a Rock y a Forbes.

-Es indudable, dijo el marino, que quieren obrar con astucia, y qué van a presentarse como náufragos.

-¡Qué hacemos? preguntó Briant.

-Acogerlos, respondió Evans.

-¡Recibir bien a aquellos miserables! exclamó Briant. ¡Jamás podré hacerlo!

-Me encargo de ello, replicó Gordon.

-¡Bien, señor Gordon! repuso el marino. ¡Y sobre todo, que no sospechen nuestra presencia aquí! Kate y yo nos presentaremos cuando sea tiempo.

Evans y su compañero se colocaron en una de las covachas del pasillo, cuya puerta cerraron.

Algunos instantes después, Gordon, Briant, Baxter y Doniphan acudían a la orilla del *Zealand*. Al verlos, los dos hombres fingieron una gran sorpresa, a la que Gordon respondió con otra no menos grande.

Rock y Forbes parecían muertos de fatiga, y cuando llegaron al río, he aquí las palabras que se cambiaron de una a otra orilla.

-¿Quién sois?

-¡Unos desgraciados náufragos que acaban de encallar en el Sur de esta isla, con la chalupa del *Severn!*

-¿Sois ingleses?

-¡No, americanos!

-¿Y vuestros compañeros?

-¡Han perecido! ¡Solos hemos escapado del naufragio, y estamos ya sin fuerzas! ¿A quién tenemos el gusto de hablar?

-A los colonos de la isla *Chairmán*.

-Que los colonos tengan piedad de nosotros y nos recojan, pues estamos sin recursos y...

-Siempre tienen los náufragos derecho a la asistencia de sus semejantes... respondió Gordon. ¡Seáis bienvenidos!

A una señal del americano, Mokó saltó a la canoa, amarrada cerca del dique, y condujo a los dos bribones a la orilla derecha del *Zealand*.

Sin duda que Walston no tuvo que detenerse mucho para elegir entre los suyos los dos de más agradable aspecto físico; todos eran igualmente repugnantes. La cara de Rock no era a propósito para inspirar confianza, ni aun a niños poco acostumbrados a descifrar lo bueno y lo malo en una fisonomía humana; y aun cuando este bandido había procurado tomar el aire de hombre de honradez, tenía todo el tipo de un malvado, con su frente deprimida y su mandíbula inferior muy pronunciada. Forbes, en el que, según el dicho de Kate, todo sentimiento de humanidad no estaba perdido todavía, se presentaba con regular aspecto. No se diferenciaba gran cosa del otro; mas servía mejor para el caso, y ese fue el motivo porque Walston se lo había dado por compañero.

Ambos representaron bastante bien su papel; no obstante, temiendo despertar alguna sospecha si dejaban que les dirigiesen preguntas demasiado categóricas, pretextaron más fatiga que necesidad, y pidieron que se les permitiese descansar y pasar la noche en *French-den,* lo que se les concedió. Al entrar, no se le escapó a Gordon que los falsos náufragos no dejaron de dirigir miradas investigadoras sobre la disposición del *hall,* y demostraron bastante sorpresa cuando vieron el material defensivo que poseía la pequeña colonia, y, sobre todo, el cañón colocado en la ventanilla.

Resultó de esto que los jóvenes colonos, a los que repugnaba mucho el papel que desempeñaban, no tuvieron por qué continuarlo, puesto que Rock y Forbes tenían prisa por acostarse, dejando para el día siguiente el relato de sus aventuras.

-Un haz de hierbas nos bastará, dijo Rock; pero como no quisiéramos incomodaros, si tuvieseis otra habitación...

-Sí, respondió Gordon; la que nos sirve de cocina; podéis instalaros en ella hasta mañana.

Rock y su compañero pasaron a *Store-room,* cuyo interior examinaron de una ojeada, después de cerciorarse de que la puerta daba al lado del río.

En verdad que aquellos dos bandidos, viéndose acogidos de un modo tan afable, debían creer que para vencer a aquellos inocentes no había necesidad de cavilar mucho.

Rock y Forbes se tendieron en un rincón de *Store-room;* no iban a estar solos, es verdad, puesto que Mokó dormía también allí; pero poco les importaba, porque estaban muy decididos a estrangularle si no dormía profundamente. A la hora convenida, estos malvados debían abrir la puerta de *Store-room,* y Walston, que esperaría en el ribazo con sus demás secuaces, se haría dueño de la gruta.

A eso de las nueve, cuando Rock y Forbes aparentaban estar dormidos, Mokó entró, y no tardó en acostarse, pronto a dar la señal de alerta.

Briant y los demás se habían quedado en el *hall*, y cuando cerraron la puerta del pasillo, Evans y Kate se unieron a ellos. Todo había ocurrido como dijo el piloto, y no dudaba de que Walston y los demás estuviesen en los alrededores esperando el momento de penetrar en la morada de los jóvenes.

-¡Estemos alerta! dijo.

Dos horas pasaron, y Mokó se preguntaba si Rock y Forbes no dejaban su maquinación para otra noche, cuando un ligero ruido llamó su atención, y a

la luz del farol vio que Rock y su compañero abandonaban el rincón en que se habían tendido, y se arrastraban hacia la puerta.

Esta se hallaba, como pueden calcular nuestros lectores, reforzada con un montón de gruesas piedras, verdadera barricada que hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, derribar.

Los dos malvados, al hallarse con aquel inconveniente, empezaron a quitar aquellas piedras, amontonándolas una a una contra la pared de la derecha. En pocos minutos la puerta quedó completamente expedita, no necesitándose más que quitar la barra que la sujetaba por dentro para que la entrada de *French-den* quedase libre; pero en el momento en que Rock, después de retirar la barra, abrió la puerta, una mano es apoyó con fuerza sobre su hombro.

Se volvió, y reconoció al piloto.

-¡Evans! exclamó. ¡Evans aquí!

-¡Venid todos, muchachos! gritó el piloto.

Briant y sus compañeros se precipitaron en seguida en Store-room, y allí, Forbes, cogido por cuatro de los más fuertes, fue puesto en estado de no poder huir.

En cuanto a Rock, con un movimiento rápido, rechazó a Evans; dándole una cuchillada que lo hirió levemente en el brazo izquierdo, y luego, abriendo la puerta, se lanzó fuera. No había andado diez pasos, cuando estalló una detonación. Era el marino, que acababa de tirar sobra Rock, pero, según todas las apariencias, el fugitivo no había sido alcanzado por la bala, pues ningún grito se dejó oír.

-¡Mil diablos!... ¡No he matado a ese bribón! Pero en cuanto al otro... no se me escapará... ¡Siempre será uno menos! Y con el cuchillo en la mano se acercó a Forbes.

-¡Piedad, piedad!... gritó aquel miserable, a quien los jóvenes sujetaban en el suelo.

-¡Sí, piedad, Evans! repitió Kate, que se colocó entre el piloto y Forbes. ¡Perdonadle, puesto que me salvó la vida!...

-¡Sea! respondió Evans. ¡Consiento en ello, Kate, a lo menos en este momento!

Y Forbes, fuertemente atado, fue encerrado en una pieza a propósito, y custodiado con vigilancia suma.

Luego, la puerta de *Store-room* volvió a cerrarse y a ser atrancada con las piedras, quedando todos en vela hasta el amanecer.

XXVIII

Interrogatorio de Forbes. -La situación. -Un proyectado reconocimiento. -Evaluación de fuerzas. -Restos de campamento. -Briant desaparecido. -Doniphan en su socorro. -Herida grave. -Gritos en «French-den.» -Aparición de Briant. -Mokó dispara un cañonazo.

Por más cansados que estuvieran (y debían estarlo mucho) aquella noche ninguno de los habitantes de *French-den* pensó en descansar. No era dudoso ya que Walston emplearía ahora la fuerza, puesto que la astucia no le había servido de nada, toda vez que Rock debió decirle que Evans se hospedaba en *French-den,* y que, por consiguiente, sus proyectos de ataque estaban completamente descubiertos.



Al amanecer, el marino, Briant, Doniphan y Gordon salieron de la gruta con mucho cuidado. A la salida del sol, las brumas matinales, condensadas poco a poco, dejaron completamente visible el lago, cuyas aguas se rizaban con una ligera brisa del Este.

Todo estaba tranquilo en los alrededores de *French-den,* lo mismo por la parte de *Traps-woods* que por la del río *Zealand.* En el interior del cercado, los animales domésticos iban y venían como de costumbre, y *Phann* no daba ninguna señal de alarma. Ante todo, Evans quiso saber si el suelo conservaba huellas de pasos, y las vio, en efecto, especialmente corta de la gruta, cruzándose en todas direcciones o indicando bien a las claras que Walston y los suyos habían avanzado durante la noche hasta el río, esperando que Rock y Forbes les abriesen la puerta de *Store-room.*

En cuanto a manchas de sangre, no vieron ninguna; prueba de que Rock ni siquiera había sido herido.

Evans se preguntaba si Walston había venido por el Sur del lago, como los falsos náufragos, o por el Norte. En este último caso era de suponer que Rock había huido en dirección a *Traps-woods* para unirse a sus compañeros.

Como importaba mucho aclarar este hecho, se decidió interrogar a Forbes para saber qué camino había seguido Walston. ¿Consentiría aquél en hablar? Y, sí hablaba, ¿diría la verdad? En agradecimiento de que Kate le había salvado la vida,

¿se despertaría algún buen sentimiento en su corazón? ¿Olvidaría que era para hacerles traición por lo que había pedido hospitalidad a los huéspedes de *French-den?*

Evans, queriendo él mismo interrogarle, volvió al *hall* y abrió la puerta del camaranchón en donde Forbes estaba encerrado; aflojó sus ligaduras, y lo llevó al *hall.*

-Forbes, dijo Evans; el engaño que tú y Rock habíais meditado, os ha salido mal, pero importa que yo sepa cuáles son los proyectos de Walston; tú debes conocerlos: ¿cuáles son?

El bandido tenía baja la cabeza, no atreviéndose a mirar ni siquiera a los muchachos que presenciaban el interrogatorio, y guardaba silencio.

Kate intervino.

-Forbes, dijo; mostrasteis ya una vez alguna piedad cuando impedisteis que vuestros compañeros me matasen durante el degüello que tuvo lugar en el *Severn.*

Pues bien: ¿no haréis nada para salvar a estos niños de una suerte más horrible aun?...

Forbes no respondió.

-Os han perdonado la vida cuando merecíais la muerte, repuso Kate. ¿No existe ya en vuestro

corazón ni un ápice de buen sentimiento? Después de hacer tanto mal, podéis volver todavía al camino del bien. ¡Reflexionad a qué horrible crimen prestabais vuestro concurso!...

Un hondo suspiro salió penosamente del pecho de Forbes.

-¿Y qué puedo yo hacer? preguntó con voz sorda.

-Puedes decirnos, repuso Evans, qué queríais hacer anoche, y lo que piensan hacer más tarde. ¿Esperabas a Walston y a los demás para introducirlos aquí apenas abrierais la puerta?...

-Sí, contestó Forbes.

-¿Y hubierais matado a estos niños, que tan bien

os acogieron?

Forbes bajó aun más la cabeza, y esta vez no tuvo bastante fuerza para contestar.

Y ahora, dime: ¿por qué lado Walston y los demás han venido hasta aquí?

-Por el Norte del lago, respondió Forbes.

-¿Mientras que tú y Rock veníais por el Sur?



-Sí.

-¿Han recorrido ya la parte Oeste de la isla?

-Aun no.

-¿En dónde estarán ahora?

-No sé...

-¡Nada más puedes decirnos, Forbes?

-¡No, Evans, no; os lo aseguro!...

-¿Crees que Walston volverá?

-Sí.

Indudablemente que Walston y los suyos, asustados por el tiro de Evans, y comprendiendo que estaban descubiertos, habían juzgado prudente esconderse, esperando una ocasión más favorable.

El buen marino, pensando que Forbes no podía darle ya ningún detalle más, lo llevó de nuevo a su encierro.

La situación seguía en el mismo estado de gravedad.

¿En dónde se hallaría ahora Walston? ¿Estaría acampado debajo de los árboles de *Traps-woods?* Forbes no pudo decirlo.

Y sin embargo, importaba mucho saberlo; así es que el piloto pensó operar un reconocimiento en aquella dirección, aun cuando no se verificaría seguramente sin peligro.

A las doce, Mokó llevó algún alimento al prisionero, que estaba muy abatido, y que apenas probó. ¿Qué pasaba en el alma de aquel desgraciado? ¿Estaría su conciencia entregada al remordimiento?

Después de almorzar, Evans dio a conocer a los jóvenes el proyecto que concibió de avanzar hasta el límite de *Traps-woods,* porque tenía gran empeño en saber si los malhechores estaban aun en los alrededores de *French-den.* Esta proposición fue aceptada sin discusión, y se tomaron las necesarias precauciones para hacer frente a cualquiera eventualidad.

Walston y sus compañeros no eran ya más que seis, desde la captura de Forbes, mientras que la colonia es componía de quince muchachos, sin contar Kate y Evans, diecisiete entre todos. De ese número era necesario eliminar a los pequeños, que no podían tomar parte directa en la lucha. Decidieron, pues, que, mientras Evans operaba el reconocimiento proyectado, con los mayores, Iverson, Jenkins, Dole y Costar quedarían en el *hall con* Kate; Mokó y Santiago, libres para el servicio doméstico, y Baxter de vigilancia, acompañando los demás a Evans. Ocho muchachos contra seis hombres en toda la fuerza de la edad, no hacían la partida muy igual, si bien era verdad que los colonos irían armados cada cual con una buena escopeta y un revólver, mientras que Walston y su cuadrilla no poseían más que cinco fusiles. Un combate a

distancia, y en estas condiciones, presentaba alguna condición de éxito, tanto más que Doniphan, Wilcox y Cross, que eran muy buenos tiradores, aventajaban en esto a los marineros americanos. Además, las municiones no habían de faltarles, mientras que los bandidos no poseían ya, con seguridad, más que unos cuantos cartuchos.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando la infantil tropa se formó para ponerse en marcha, bajo la dirección de Evans.

Baxter, Santiago, Mokó, Kate y los pequeños entraron otra vez en *French-den,* cuyas puertas cerraron, pero no apuntalaron, para el caso de que los expedicionarios tuvieran que resguardarse rápidamente.

Ni por el Sur ni por el Este había nada que temer; pues para seguir aquella dirección hubiera sido preciso que Walston fuese a *Sloughi-bay,* para seguir luego por la orilla del *Zealand,* caminata muy larga por cierto; habida consideración de esto, y teniendo en cuenta lo que dijo Forbes, era de presumir que los forajidos no estaban en aquellos parajes; así es que Evans no podía temer ser cogido por la espalda, puesto que el ataque no podía venir más que por el Norte.

Los muchachos y el marino avanzaron con mucha prudencia, siguiendo la base de *Auckland-hill*. Más allá del cercado, las malezas y los grupos de árboles les permitían llegar al bosque sin descubrirse demasiado.

Evans marchaba a la cabeza de su pequeño ejército, no sin reprimir a cada momento el ardor de Doniphan, siempre pronto a ir a vanguardia. Después de pasar por la tumba del náufrago francés, el piloto creyó oportuno sesgar algo para acercarse a la orilla del lago.

Phann, a quien Gordon procuraba en vano detener, parecía olfatear algo, pues no apartaba su nariz del suelo, y dio a conocer muy pronto que seguía una pista.

-¡Atención! dijo Briant.

-Sí, respondió Gordon; y no es la pista de un animal. Ved el modo de obrar de *Phann*...

-Deslicémonos por entre las hierbas replicó Evans, y vos, que sois buen tirador, Sr. Doniphan, si uno de esos bribones se pone a vuestro alcance, no perdáis el tiro, pues yo os aseguro que no habréis jamás empleado mejor una bala.

Algunos instantes después llegaban los primeros grupos de árboles de *Traps-woods*, allí había huellas de

una reciente parada, pues se veían ramas medio consumidas y cenizas calientes todavía.

-Aquí es, de seguro, en donde Walston y los suyos han pasado la última noche, dijo Gordon.

-Y han estado tal vez hasta hace poco respondió Evans. Me parece que debemos dirigirnos hacia el acantilado.

Apenas acabó de decir estas palabras cuando se oyó una detonación hacia la derecha, y una bala, después de rozar la cabeza de Briant, se clavó en el árbol en que éste se apoyaba.

Casi en seguida sonó otra, acompañada de un grito desgarrador, viéndose al mismo tiempo, como a unos cincuenta pasos de distancia, caer a tierra, por entre los árboles, el cuerpo de un hombre.

Apenas se oyó el tiro que pudo matar a Briant, Doniphan descargó su escopeta en dirección del humo que acababa de ver.

Y entonces el perro salió escapado, ladrando con furia.

-¡Aquí, *Phann*, aquí!... gritó Gordon.

Pero el perro no obedeció, y Doniphan, llevado por su ardor, se lanzó detrás del animal.

-¡Adelante! dijo Evans. ¡No podemos dejarlo comprometerse solo!

Un momento después, habiéndose reunido con Doniphan, se detenían todos delante de un cuerpo tendido en medio de las hierbas, y que no daba ya señales de vida.

-¡Este es Pike! dijo el marino. ¡El bribón está bien muerto! Si el diablo sale de caza hoy, no se volverá con las manos vacías! ¡Uno menos!

-Los demás no deben estar muy lejos, dijo Wilcox.

-No, muchacho, no lo están; pero no nos quedemos al descubierto... ¡De rodillas, pronto, de rodillas!

Tercera detonación, viniendo de la izquierda. Esta vez Service, que no se bajó bastante pronto, recibió una rozadura en la frente.

-¿Estás herido? exclamó Gordon corriendo hacia él.

-¡No es nada, Gordon, no es nada! respondió Service. ¡Un simple arañazo!...

En estos momentos les importaba mucho no separarse, porque aun quedaban cinco de los bandidos que, en vez de intimidarse por la muerte de Pike, debían de estar en acecho a corta distancia,

detrás de los árboles; así es que Evans y los demás, teniendo esto presente, se agazaparon entre las hierbas, formando un grupo compacto, prontos a la defensa por cualquier lado que viniera la agresión.

De repente Garnett exclamó:

-¿En dónde está Briant?

-¡Ya lo veo! respondió Wilcox.

En efecto, aquel muchacho había desaparecido, y como en ese instante se oyeron furiosos ladridos de *Phann,* era de temer que el atrevido joven estuviera peleando con alguno de los bandidos.

-¡Briant Briant!... gritó Doniphan.

Y todos, sin consideración alguna, se lanzaron sobre las huellas del perro. Evans no pudo detenerlos; iban de árbol en árbol ganando terreno.

-¡Cuidado, Evans, cuidado! exclamó de repente Cross, tirándose al suelo.

Instintivamente bajó el marino la cabeza, en el momento en que una bala pasaba a algunas pulgadas de su cuerpo.

Y luego, enderezándose, divisó a uno de los compañeros de Walston, que huía a través del bosque.

Era precisamente Rock, que se le había escapado la víspera.

-¡Para ti, Rock! gritó.

Hizo fuego, y Rock desapareció, como si el suelo se hubiera hundido debajo de sus pies.

-¿Habré errado otra vez el tiro? dijo Evans. ¡Mil diablos! ¡Sería tener muy mala suerte. Todo esto había pasado con brevedad, y en aquel mismo instante los ladridos del perro se oían muy cerca. Casi en seguida Doniphan exclamó a algunos pasos:

-¡Firme, Briant, firme! Aquí estamos.

Evans y sus compañeros se lanzaron por aquel lado, y vieron a Briant luchando con Cope.

Este miserable acababa de derribar al muchacho, o iba a herirle con su cuchillo, cuando Doniphan, llegando a tiempo para desviar el golpe, se echó sobre Cope, sin tener tiempo de coger su revólver.

Y fue el que recibió la cuchillada en medio del pecho... cayendo al suelo sin proferir un solo grito.

Cope, observando entonces que Evans, Garnett y Webb procuraban cortarle la retirada, huyó en dirección al Norte. Tiraron sobre él, pero desapareció, y *Phann* volvió sin haber podido alcanzarle.

Apenas levantado, Briant corrió al lado de Doniphan y le sostenía la cabeza, procurando reanimarlo.

Evans y los demás muchachos se aproximaron también, después de cargar de nuevo sus armas.

En realidad, Walston había llevado la peor parte, puesto que Pike había muerto, y Cope y Rock estaban probablemente fuera de combate.

Por desgracia, Doniphan había sido herido en el pecho, y mortalmente al parecer. Sus ojos estaban cerrados, y su cara tenía el color de la cera; no hacía ningún movimiento, ni oía siquiera la voz de Briant, que le llamaba.

El marino se inclinó sobre el cuerpo del joven, abrió su chaqueta, y desgarrando la camisa empapada en sangre, descubrió una herida, muy profunda, al parecer, a la altura de la cuarta costilla de lado derecho; y aun cuando el aspecto de Doniphan ofrecía serios temores, si el pulmón no había sido tocado por la punta del cuchillo, podía concebirse alguna esperanza de salvación, aunque vaga y sin fundamento serio.

-¡Llevémosle a *French-den!* dijo Gordon. ¡Sólo allí es donde podremos cuidarle!...

-¡Y salvarle! exclamó Briant. ¡Ah, mi pobre amigo!... ¡Es por mí por quien te has arriesgado.

Evans aprobó la proposición de llevar a Doniphan a *French-den;* con tanto más motivo,

cuanto que la lucha parecía suspendida, quizás porque Walston, viendo las cosas malparadas, hubiera tomado el partido de pronunciarse en retirada hacia las profundidades de *Traps-woods*.

Sin embargo, una cosa preocupaba al marino, y es que no había visto a Walston, ni a Brandt, ni a Book, que eran tal vez los más temibles de la cuadrilla.

El estado de Doniphan exigía que lo transportaran con muchísimo cuidado y sin sacudidas, para lo cual Wilcox y Service hicieron una especie de parihuelas con ramas y hojas, en la que tendieron al pobre muchacho, siempre privado de conocimiento, y luego cuatro de sus compañeros le levantaron con mucha suavidad, mientras que los demás le rodeaban con el arma cargada y el revólver en la mano.

La comitiva volvió directamente por la falda del acantilado, pues de ese modo no tenían que ejercitar su vigilancia sino por la espalda. Algunas veces el pobre Doniphan suspiraba tan lastimosamente, que Gordon hacía señas de que se detuvieran para escuchar su respiración.

Las tres cuartas partes del camino llevaban ya andadas en estas condiciones, y aun cuando no

quedaban ya más que unos setecientos u ochocientos pasos para llegar a la gruta, no veían aun la puerta, a causa de que la ocultaba una parte saliente del acantilado.

De repente se oyeron gritos hacia el *Zealand, y Phann* echó a correr en aquella dirección.

Era evidente que Walston y sus dos compañeros atacaban a *French-den.* En efecto, he aquí lo que pasó, según supieron más tarde.

Mientras que Rock, Cope y Pike, emboscados debajo de los árboles de *Traps-woods*, distraían y entretenían a la pequeña tropa que Evans mandaba, Walston, Brandt y Book habían subido al acantilado por el lecho, seco a la sazón, del torrente de *Dike-creek,* y luego atravesando a toda prisa la meseta, bajaron a *Auckland-hill* por una pendiente que conducía a la orilla del río, y próxima a *Store-room.* Una vez allí, derribaron la puerta y entraron en la gruta. ¿Llegaría Evans a tiempo para evitar una catástrofe?

El marino tomó bien pronto su partido. Mientras que Cross, Webb y Garnet quedaron al lado de Doniphan, a quien no podían dejar solo, Gordon, Service, Wilcox y él se dirigieron rápidamente a *French-den.*

Lo que vieron en cuanto divisaron *Sport-terrace* era cosa para quitarles toda esperanza.



[illegible]

En aquel momento Walston salía por la puerta del *hall,* llevando hacia el río a uno de los niños. Ese niño era Santiago. Kate se precipitaba sobre el bandido y procuraba en vano arrancárselo.

Poco después, Brandt apareció también, llevándose a Costar en la misma dirección.

Baxter se arrojó sobre este último bandido; pero, violentamente rechazado, rodó por el suelo.

En cuanto a los demás pequeños, no se les veía, ni tampoco a Mokó. ¿Habrían sido asesinados, y estarían en el interior de la gruta? Walston y Brandt ganaban terreno. ¿Tendrían acaso, y para mayor desgracia de los prisioneros, la posibilidad de atravesar el río de otro modo que a nado?

Sí, sin duda, porque Book estaba allí, cerca de la canoa que habían sacado de *Store-room.*

Llegados ya a la orilla izquierda, estarían los tres en salvo, porque antes de que pudieran cortarles la retirada alcanzarían su campamento de *Bear-rock* con Santiago y Costar, que les servirían de rehenes.

Así es que Evans, Briant, Gordon, Cross y Wilcox, comprendiendo el pensamiento da aquellos desalmados, corrían cuanto podían, esperando llegar a *Sport-terrace* antes de que Walston, Book y Brandt estuvieran en seguridad del otro lado del río, porque darles caza y detenerlos con las balas no era cuerdo, pues eso equivaldría a exponerse a herir o matar a los niños.

Pero *Phann* estaba ya allí. ¡Animal valiente y denodado! Dio un salto, y cogió a Brandt por la garganta. El miserable, para defenderse del perro, tuvo que soltar a Costar. Walston arrastraba siempre a Santiago hacia el río. De repente un hombre se lanzó fuera del *hall*.

Era Forbes.

¿Vendría a reunirse a sus compañeros después de forzar la puerta de su encierro? Walston lo creyó así.

-¡A mí, Forbes... ¡Ven... ven!... le gritó.

Evans se detuvo entonces, e iba a hacer fuego, cuando vio que Forbes se arrojó sobre Walston, a fin de arrancarle su presa.

Este, sorprendido por aquella agresión que no esperaba, tuvo que abandonar a Santiago, y, volviéndose, hirió con su cuchillo a Forbes, que cayó a los pies de Walston.

Todo esto pasó en tan poco tiempo, que Evans y sus compañeros se hallaban aun a unos cien pasos de *Sport-terrace*.

Walston quiso coger de nuevo a Santiago para llevarlo a la canoa, en la que Brandt, que se había desembarazado del perro, le esperaba ya; mas no tuvo tiempo para ello, porque Santiago, que estaba

armado con un revólver, lo descargó a boca de jarro sobre el pecho de infame asesino, quien, a pesar de hallarse gravemente herido, pudo llegar arrastrándose hasta sus dos compañeros, que, cogiéndole en sus brazos, le embarcaron, y empujando vigorosamente la canoa, se pusieron en fuga.

En aquel momento una fuerte detonación retumbó, llenando el río de metralla y haciendo zozobrar la canoa.

Era Mokó quien acababa de pegar fuego a la mecha del cañón colocado en la ventana de *Store-room.*

Excepción hecha de los dos miserables que habían desaparecido debajo de los árboles de *Traps-woods,* la *isla Chairmán* estaba libre de los asesinos del *Severn*, arrastrados hacia el mar por la corriente del *Zealand.*

XXIX

Reacción. -Los héroes de la batalla. -Fin de un desgraciado. Excursión por el bosque. -Convalecencia de Doniphan. -En el puerto de

«Bear-rock.» -Compostura de la chalupa. -Marcha emprendida el día 5 de Febrero. -Bajando el río «Zealand.» -Saludo a «Sloughi-bay.» -La última punta de la «isla Chairmán.»

Una nueva era empezaba ahora para los colonos de la isla *Chairmán.*

Después de tanto batallar hasta entonces con el fin de asegurar su existencia en condiciones bastante difíciles, iban en estos momentos a trabajar, intentando un supremo esfuerzo para volver a ver a sus familias y a su país.

A la grande y prolongada excitación producida por la lucha, siguió una reacción muy natural. Estaban como aniquilados por su victoria, y el peligro pasado les parecía ahora mayor que antes.

Ciertamente que después del primer encuentro en *Traps-woods,* las probabilidades de vencer eran mayores; pero sin la intervención tan inesperada de Forbes, se hubieran escapado Walston, Book y Brandt, y no se hubiera atrevido Mokó a tirar aquel cañonazo, que hubiera alcanzado a Santiago y a Costar, lo mismo que a sus secuestradores. ¿Qué hubiera sucedido después?... ¿A qué exigencias no

hubieran tenido que someterse para libertar a aquellos niños? Así es que cuando Briant y sus compañeros pudieron contemplar con frialdad la situación en que se habían encontrado, experimentaron una especie de espanto, cosa muy fácil de explicar, mas ya por fortuna había pasado lo peligroso, y aun cuando no sabían a punto fijo lo que había sido de Rock y de Cope, era innegable que la seguridad había vuelto a imperar en la *isla Chairmán*.

En cuanto a los héroes de la batalla, habían sido felicitados como lo merecían; Mokó, por su cañonazo descargado tan a tiempo, y Santiago por la sangre fría que había demostrado al tirar sobre Walston. Costar también lo hubiera hecho, según dijo, si hubiera tenido una pistola; mas como no la tenía...

Phann tuvo también su buena parte de caricias, y, como premio, un magnífico hueso lleno de tuétano, con que Mokó le gratificó por haber atenazado con sus colmillos a aquel bribón de Brandt, que se llevaba un niño.

Después del cañonazo disparado por el grumete, Briant volvió apresuradamente hacia el sitio en donde quedó el herido, y algunos instantes después

Doniphan, siempre sin conocimiento, fue colocado en el *hall,* mientras que Forbes, que había sido levantado del suelo por Evans, estaba tendido en la cama de *Store-room,* y durante toda la noche Kate, Gordon, Briant, Wilcox y el marino velaron al lado de ellos.

Saltaba a la vista que Doniphan estaba peligrosamente herido; mas como respiraba con bastante regularidad, era de suponer que el pulmón no había sufrido detrimento alguno. Kate recurrió, para curar la herida del muchacho, a las hojas del aliso, que, machacadas y colocadas encima de la parte dañada, son muy eficaces para impedir la supuración interna, y esos árboles se hallaban en abundancia en las orillas del *Zealand.* Forbes estaba herido en el vientre, y comprendía que no había salvación para él; así es que cuando volvió en sí y vio a Kate, que con tanto esmero le asistía, le dijo:

-¡Gracias, mi buena Kate, gracias! ¡Pero todo es inútil; estoy perdido!...

Y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Como el remordimiento se había apoderado del corazón de aquel desgraciado, que, más bien que malo, había sido arrastrado por los nocivos consejos y letales ejemplos de sus malvados amigos, sintió

rebelarse todo su ser al considerar la horrible suerte que amenazaba a los jóvenes colonos, y eso le hizo arriesgar su vida para defenderlos.

-¡Ten esperanza, Forbes! le dijo Evans. Has borrado tus crímenes... ¡Vivirás!...

¡No! El infortunado debía morir; así es que, a pesar de los cuidados que le fueron prodigados, se agravó cada vez más, y durante los cortos momentos de descanso que le dejaba el dolor, su mirada, inquieta, se volvía hacia Kate y hacia Evans como diciéndoles:

-¡He vertido sangre, y la mía corre en expiación de mis crímenes!...

A eso de las cuatro de la madrugada Forbes expiró. Murió arrepentido, perdonado por los hombres y por Dios, que le evitó una larga agonía, pues sin notable sufrimiento exhaló el último suspiro.

Al día siguiente lo enterraron en una fosa abierta cerca del sitio en que descansaban los restos del náufrago francés, y dos cruces indican ahora el sitio que ocupan aquellas tumbas.

Sin embargo, la presencia de Rock y de Cope constituía todavía un peligro, y la seguridad no sería

completa mientras no estuvieran en estado de no hacer daño.

Evans resolvió, pues, concluir con ellos de una vez antes de ir al puerto de *Bear-rock*.

Gordon, Briant, Baxter, Wilcox y él partieron aquel mismo día con el fusil al brazo y el revólver a la cintura. *Phann* los acompañaba, pues bien podían fiarse de él para descubrir una pista.

Las averiguaciones no fueron ni largas ni difíciles, y aun podemos añadir que ni peligrosas.

Los colonos no tenían ya nada que temer de los dos cómplices de Walston.

Cope, cuyas huellas pudieron seguirse en medio de los matorrales de *Traps-woods,* fue hallado muerto a algunos centenares de pasos del sitio en que recibió una bala.

Encontraron también el cadáver de Pike, que Doniphan mató al principio de la refriega. En cuanto a Rock, que desapareció tan inopinadamente como si se hubiera hundido en el suelo, Evans tuvo bien pronto la explicación de su fin, pues aquel bandido cayó mortalmente herido en una de las trampas preparadas por Wilcox, y allí lanzó su alma al abismo de la eternidad.

Los tres cadáveres fueron enterrados en dicha trampa, de la que nuestros colonos hicieron una sepultura, y después Evans y los muchachos volvieron a *French-den* con la buena noticia de que ya no tenían nada que temer.

La alegría hubiera sido completa sin la peligrosa herida de Doniphan.

Al día siguiente, Evans y los mayores discutieron los proyectos que debían tener inmediata ejecución. Lo que importaba antes que nada era entrar en posesión de la chalupa del *Severn.* Esto exigía un viaje a *Bear-rock,* en donde se procedería a los trabajos de reparación de aquella barca, y se convino en que Evans, Briant y Baxter fuesen allí por el lago y el *East-river,* porque era más seguro y más corto a la vez.

La canoa, que fue encontrada en un remanso del río, no había sido alcanzada por la metralla, que pasó por encima de ella.

Embarcaron herramientas, provisiones, municiones y armas, y con un buen viento partieron al comenzar la mañana del 6 de Diciembre, bajo la dirección de Evans.

La travesía de *Family-Lake* se hizo con bastante rapidez, no necesitándose siquiera aflojar ni apretar

la escota, a causa de lo igual y constante que fue la brisa.

Antes de las once y media, Briant enseñaba al marino la pequeña caleta por la que las aguas del lago se vertían en el lecho del *East-river,* y la canoa, ayudada por el reflujo, penetró por entre las dos orillas del río.

No lejos de la embocadura, la chalupa yacía en la arena de *Bear-rock*. Después de un examen muy detallado de las reparaciones que necesitaba, he aquí lo que dijo Evans:

-Hijos míos, tenemos herramientas, es verdad, pero nos falta madera con que reparar la obra muerta, y como en *French-den* hay precisamente tablas y costillas del *Sloughi*, si pudiéramos llevar esta embarcación hasta el *Zealand*...

-Estaba yo pensando en lo mismo, replicó Briant. ¿Y no sería posible hacerlo así, señor Evans?

-Me parece que sí, repuso el marino. Puesto que la chalupa ha venido desde *Severn-shores* hasta aquí, bien puede ir desde *Bear-rock* hasta el *Zealand*. Allí el trabajo se hará con más facilidad, y desde *French-den* partiremos para llegar a *Sloughi-bay,* por donde entraremos en el mar.

Siendo este proyecto realizable, y no imaginándose ninguno mejor, decidieron aprovechar la pleamar del día siguiente para remontar el *East-river,* remolcando la chalupa con la canoa.

Lo primero que hizo Evans fue calafatear el barco lo mejor que pudo con las estopas que había traído de *French-den,* cerrándole cuantas vías de agua hubo de notarle, ocupación que no terminó hasta muy entrada la tarde, pasando después la noche con mucha tranquilidad en la gruta que Doniphan y sus compañeros habían elegido para albergue en su primera excursión a *Deception-bay.* .

Al amanecer del siguiente día pusieron la chalupa a remolque de la canoa, y zarparon en cuanto empezó la marea alta; pero al comenzar la bajamar les costó gran trabajo remolcarla, a causa de la pesadez que le daba la mucha agua que entraba por las hendeduras que no se habían podido tapar, y este retraso fue motivo de que hasta las cinco de la tarde no llegaran al lago.



[illegible]

El marino no juzgó prudente exponerse, en tales condiciones, a los peligros de una travesía nocturna, máxime cuando, teniendo el aire propenso a echarse, era muy probable que refrescase con los primeros

rayos del sol, como sucede casi siempre durante la estación del verano.

Acamparon, pues, en aquel sitio, y después de comer con muy buen apetito, se echaron a dormir con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol y los pies delante de una buena hoguera, que ardió toda la noche.

-¡Embarquémonos! Esta fue la primera palabra que pronunció Evans cuando el alba empezó a reflejarse en el lago.

Así como lo esperaban, la brisa del Norte tomó incremento a la salida del sol, y no podían, por lo tanto, pedir un tiempo más favorable para tomar el rumbo de *French-den*.

Aparejaron la vela, y poniendo la canoa la proa al Oeste, comenzó a remolcar de nuevo la pesada embarcación, llena casi hasta el borde.

Ningún incidente ocurrió durante la travesía de *Family-Lake*. Evans, por prudencia, estaba siempre pronto a cortar el cable de remolque en el caso de que la chalupa se fuera a pique, pues de no hacerlo así, hubiera arrastrado consigo la canoa, cosa grave en verdad, porque si la chalupa se hubiera perdido, ¡sabe Dios cuándo hubieran podido abandonar aquella isla!

Por fin, a las tres de la tarde las alturas de *Auckland-hill* se dejaron ver, y a las cinco la canoa y la chalupa entraban en el *Zealand* y eran amarradas en el dique. Grandes vivas acogieron la llegada de los tripulantes, a quienes no contaban ver en muchos días.

Durante aquella corta ausencia, el estado de Doniphan había mejorado algo; así es que el pobre muchacho podía responder a las cariñosas palabras que le dirigía Briant. Su respiración era más libre, y eso hacía creer a todos que el pulmón no estaba dañado. Kate renovaba de dos en dos horas el emplasto de hojas de aliso, y como la herida presentaba muy buen aspecto, juzgaban sus compañeros que se cerraría muy pronto. La convalecencia, sin duda, había de ser muy larga; pero la creían de marcha segura, dada la excelente constitución del enfermo.

La reparación de la chalupa empezó en seguida. Costó mucho trabajo sacarla del río; pero, por fin, merced a las medidas tomadas por el marino, la vieron pronto en la orilla. Aquella barca tenía treinta pies de largo por seis de ancho, dimensiones suficientes para que cupieran en ella los diecisiete pasajeros que componían la colonia.

Evans, tan buen carpintero como marino, elogió en alto grado la destreza de Baxter. Los materiales no faltaban, ni tampoco las herramientas. Con los restos de la armadura del *Sloughi* pudieron arreglar la parte del costillaje roto, las tablas averiadas de la obra muerta, y con la estopa vieja, mojada en resina, tan abundante allí, calafatearon perfectamente todas las junturas.

La chalupa tenía puente a proa; lo compusieron y prolongaron hasta su tercio, cosa que aseguraba un abrigo en caso de mal tiempo, sin embargo de que no era de temer en aquella época del año. Los pasajeros podrían estar debajo o encima de aquel puente, según les conviniera. El mástil de gavia del yate sirvió de palo mayor, y Kate, según las indicaciones del marino, cortó una vela de mesana, otra más pequeña y un foque para proa. Con aquel aparejo la embarcación estaría mejor equilibrada y aprovecharía el viento por cualquier punto que viniera.

Estos trabajos duraron treinta días, acabándose el 8 de Enero, no quedando ya más que algunos insignificantes detalles, pues Evans quiso que esta embarcación estuviera en estado de navegar sin peligro alguno a través de los canales del

archipiélago magallánico y que recorriera, si fuera necesario, algunos centenares de millas en el caso de que fuese preciso llegar hasta el establecimiento de Punta Arena, en la costa oriental de la península de Brunswick.

Navidad se celebró por segunda vez en *French-den* con cierto aparato, y también el día de año nuevo de 1862, que los colonos esperaban no concluir en la isla.

Doniphan, muy débil aun, pero cuya convalecencia estaba bastante adelantada, salía ya del *hall,* y aun cuando el aire puro y un alimento nutritivo le devolvieron pronto sus fuerzas, sus compañeros no quisieron partir antes de que estuviera en estado de soportar una travesía de algunas semanas sin temor a una recaída.

Mientras tanto, los jóvenes seguían su vida habitual, sólo que las lecciones y las conferencias estuvieron algo descuidadas, pues los pequeños se consideraban como en vacaciones.

Wilcox, Cross y Webb volvieron a sus interrumpidas cacerías en *South-moors* y en *Traps-woods*. Desdeñaban ya las trampas y los lazos, a pesar de los consejos de Gordon, siempre avaro de las municiones; así es que se oían detonaciones muy

frecuentes, y la despensa se enriquecía con carne fresca, cosa que daba pábulo a la alegría del buen Mokó, ocupado ya en preparar conservas para el viaje.

¡Con cuánto ardor hubiera Doniphan perseguido toda aquella caza de pelo y de pluma, ahora que no tenían por qué economizar las municiones! Mucho sentimiento le causaba el no poderse reunir con sus compañeros; mas era menester resignarse y no cometer ninguna imprudencia. En fin, durante los diez últimos días de Enero, Evans procedió al cargamento de la embarcación. Briant y los demás tenían muchas ganas de llevarse todo cuanto habían salvado del naufragio del *Sloughi;* pero imposible por falta de sitio, y fue preciso hacer una elección de lo que más conviniera.

En primer lugar, Gordon puso aparte el dinero que recogió a bordo del yate, del que necesitarían tal vez los jóvenes colonos; luego, Mokó embarcó suficientes provisiones para el alimento de diecisiete personas durante tres semanas, y algo más por si acaso algún temporal los obligara a desembarcar en alguna de las islas del archipiélago antes de llegar a Punta Arena, Puerto Galante o Puerto Tamar.

Lo que quedaba de municiones se encerró en las cajas de la chalupa, lo mismo que los fusiles y revólvers. Doniphan quiso también llevar los dos cañoncitos, sin perjuicio de que, si la necesidad obligaba para desembarazar el buque, podrían deshacerse de ellos más tarde.

Briant ordenó que se embarcara también toda la ropa, todos o la mayor parte de los libros, los principales utensilios de cocina, y, en fin, los instrumentos necesarios para la navegación, relojes marinos, anteojos, brújulas, faroles y hasta la barquilla de goma. Wilcox escogió las mejores entre las redes y las cañas de pescar para utilizarlas por el camino.

En cuanto al agua dulce, después de cogerla en el *Zealand,* la encerraron en unos diez barriles, que fueron bien colocados en el fondo, no olvidando lo que quedaba de *brandy,* aguardiente y demás licores fabricados con los frutos del trulca y del algarrobo.

El cargamento terminó el día 3 de Febrero. Ya no quedaba más que fijar la fecha de la marcha, caso de que Doniphan pudiera soportar el viaje.

El valeroso muchacho estaba cada día mejor; su herida se hallaba completamente cicatrizada, el apetito había vuelto, y apoyado en el brazo de Briant

o de Kate, daba un paseíto de algunas horas por *Sport-terrace.*

-¡Partamos, partamos! decía. Tengo muchas ganas de que nos embarquemos. El mar me repondrá por completo.

Fijaron la marcha para el 5 de Febrero.

La víspera, Gordon devolvió la libertad a todos los animales domésticos. Guanacos, vicuñas, avutardas y demás aves del corral, huyeron a escape. ¡Tan irresistible es el instinto de la libertad!

-¡Ingratos! exclamó Garnett. ¡Después de los cuidados que les hemos prodigado, cómo huyen!

-¡Así es el mundo! dijo Service con tono tan irónico, que aquella filosófica reflexión excitó la risa de todos.

El día 5 los jóvenes colonos se embarcaron, llevando la canoa a remolque.

Pero antes de soltar la amarra, Briant y sus compañeros quisieron reunirse por última vez ante las tumbas de Francisco Baudoin y de Forbes; y allí, con gran recogimiento, rezaron una postrera oración por el alma de aquellos dos desgraciados.

Doniphan se colocó en la popa al lado de Evans, encargado del timón. A proa, Briant y Mokó estaban agarrados a las escotas, aun cuando podía contarse

más bien con la corriente del *Zealand* que con la brisa interceptada por la masa enorme de aquel acantilado, a quien habían dado por nombre *Auckland-hill*.



[illegible]

Los demás muchachos y *Phann* se colocaron según el capricho de cada cual en la parte anterior del puente.

Desataron, por fin, la amarra, y los remos hendieron el agua.

Tres *hurras* saludaron entonces a aquella hospitalaria morada, que durante muchos meses había ofrecido tan seguro albergue a los jóvenes colonos, y no sin grande emoción, sobre todo el americano, vieron, desaparecer *Auckland-hill* detrás de los árboles del ribazo.

La chalupa, bajando el río *Zealand,* no podía ir más deprisa que la corriente, y a eso de las doce, cerca de la hondonada de *Bog-woods,* Evans tuvo que echar el ancla, pues siendo aquella parte del río poco profunda, no era difícil que la embarcación encallara a causa de su mucho cargamento, por lo cual creyeron muy prudente esperar la marea alta a fin de poder de esta manera continuar su marcha aprovechando el reflujo.

Esta parada duró seis horas, tiempo que consumieron los pasajeros en comer, jugar y conversar, excepción hecha de Wilcox, Cross y Webb, que distrajeron el tiempo en matar algunas

chochas a la entrada de *South-moors*, o sea en los pantanos.

Desde la popa, Doniphan mató también un par de aves que revoloteaban en la orilla derecha. ¡Ya estaba completamente bueno!

Era ya muy tarde cuando la embarcación llegó a la embocadura del río; y como la oscuridad no permitía guiarse a través de los arrecifes, Evans, como marino prudente, quiso esperar al siguiente día para hacerse al mar.

La noche pasó muy tranquila, pues en cuanto las aves marinas volvieron a sus nidos, un profundo silencio reinó en *Sloughi-bay*. La mañana se presentó magnífica; era menester, pues, aprovecharla, y Evans mandó largar velas, y la chalupa, dirigida por una mano experta, salió del río *Zealand*.

En aquel momento todas las miradas se fijaron en la cima de *Auckland-hill,* y después en las últimas rocas de *Sloughi-bay,* que desaparecieron dando la vuelta a *American-cape*. Entonces nuestros colonos tiraron un cañonazo, seguido de un triple hurra, mientras que el pabellón inglés era izado en la punta del mástil.

Ocho horas más tarde, la chalupa entraba en el canal de la isla *Cambridge,* doblaba *South-cape* y seguía los contornos de la isla *Adelaida.*

La última punta de la isla *Chairmán* acababa de desaparecer en el horizonte.

XXX

Entre canales. -Retraso por causa de vientos contrarios. -El Estrecho. -El «esteamer Grafton». -Vuelta a Auckland. -Acogida hecha a los jóvenes náufragos en la capital de Nueva Zelandia. -Evans, Mokó y Kate. -Conclusión.

No es necesario referir los detalles de aquel viaje por los canales del archipiélago magallánico, pues no tuvo incidente desagradable de ninguna clase, toda vez que el tiempo se presentó constantemente hermoso, y además en todos aquellos canales, de seis a siete millas de ancho, no había que temer las borrascas, que serían poco peligrosas.

El 11 de Febrero, la chalupa, siempre empujada por un viento favorable, desembocó en el Estrecho de Magallanes, por el canal de Smith, entre la costa

Oeste de la isla de la Reina Adelaida y las montañas de la Tierra del Rey Guillermo. A la derecha se elevaba el pico Santa Ana, y a la izquierda, en el fondo de la bahía de Beaufort, se veían algunos de aquellos ventisqueros que había entrevisto Briant al Este de la isla Hannover, a la que los jóvenes colonos seguían llamando *isla Chairmán*.

Todo iba perfectamente a bordo, y se notaba que el aire, cargado de vapores salinos, era excelente para Doniphan, pues comía y dormía muy bien, y se sentía bastante fuerte para desembarcar en cualquier parte y continuar nuevamente con sus amados compañeros, si la necesidad les obligaba de nuevo a ello, en su vida de Robinsones.

El día 12, la chalupa llegó a la vista de la isla Tamar, en la Tierra del Rey Guillermo, cuyo puerto, o más bien caleta, estaba desierta a la sazón, decidiéndose por esta causa Evans a tomar la dirección del Suroeste, a través del estrecho de Magallanes.

Por un lado, se desarrollaban las áridas y planas costas de la tierra de la Desolación, desprovista de aquella exuberante vegetación con que es engalanaba la isla *Chairmán;* y por el otro las sinuosidades,

quebraduras y vertientes tan caprichosamente presentadas de la península Crooker.

Por allí era por donde Evans pensaba buscar algún paso hacia el Sur, para doblar el cabo Froward y remontar por la costa Este de la península de Brunswick, a fin de poder arribar al establecimiento de Punta Arena.

Pero no fue necesario, por fortuna, ir tan lejos.

En la mañana del día 13, Service, que estaba de pie en la proa, exclamó:

-¡Humo a estribor!

-Ese humo que crees ver, acaso sea un fuego encendido por algunos pescadores, dijo Gordon.

-¡No!... Más bien parece de un *steamer,* replicó Evans.

Y, en efecto, en aquella dirección las tierras estaban demasiado lejos para que pudiera divisarse el humo de un campamento de pescadores.

En seguida Briant se lanzó a las gavias y subió hasta la punta del mástil, exclamando a su vez:

-¡Un buque!... ¡Un buque!...

Este se halló muy pronto a la vista. Era, en efecto, un *steamer* de unas noventa toneladas, que marchaba con una velocidad de once a doce millas por hora.

Hurras y tiros partieron de la chalupa, que había sido vista, y diez minutos después se acercaba al costado del *steamer Grafton,* que llevaba el rumbo a Australia.

En un instante, el capitán, llamado *Tom Long,* se puso al corriente de las aventuras del *Sloughi,* cuya pérdida conocía ya, pues aquel suceso tuvo eco lo mismo en Inglaterra que en América.

Tom Long se apresuró a recoger a bordo los pasajeros de la chalupa, y les ofreció además llevarlos a Auckland, aunque para ello tenía que apartarse algo de su ruta, puesto que el *Grafton* iba con destino a Melbourne, capital de Adelaida, al Sur de las tierras australianas.

La travesía se hizo con mucha rapidez, y el *Grafton* arribó a Auckland el 25 de Febrero.

Con sólo algunos días de diferencia, habían pasado dos años desde que los quince jóvenes alumnos del colegio Chairmán habían sido arrastrados por el mar, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

¿Para qué describir la alegría de aquellas familias al encontrarse con aquellos hijos que creían hundidos para siempre en las aguas del Pacífico? No

faltaba ni uno de los que la tempestad se había llevado hasta los parajes de la América del Sur.

La noticia de tan fausto suceso cundió con rapidez por la ciudad, y todos los habitantes acudieron para vitorear a aquellos intrépidos jóvenes, aun antes de que tuvieran tiempo de caer en brazos de sus familias.

Como la población entera estaba deseosa de conocer en detalles cuanto había pasado en la *isla Chairmán,* Doniphan dio algunas conferencias a este propósito, y las notas que Baxter con tanto cuidado redactaba diariamente en *French-den,* fueron impresas y publicadas, vendiéndose millares de ejemplares, siendo después reproducidos en todos los idiomas por los periódicos de ambos hemisferios, pues no había nadie a quien no hubiera afectado la catástrofe del *Sloughi.* La prudencia de Gordon, la abnegación de Briant, la intrepidez de Doniphan y la resignación de todos aquellos niños, fueron universalmente admiradas.

¿Y Kate, Mokó y Evans? Gran parte de los plácemes y felicitaciones fueron para ellos; ya porque se habían librado milagrosamente de tantas desgracias, ya también, y muy en particular, por la

asiduidad que habían tenido en el cuidado y salvación de aquellos niños.

Con el fin de recompensar a Evans, se hizo una suscripción pública, que dio lo suficiente para regalar a tan bravo marino un buque mercante, el *Chairmán,* del que sería a un tiempo capitán y propietario, con la condición de que Auckland fuera siempre su punto de parada. Y cuando el buen piloto volvía de algún viaje, las familias de *sus muchachos,* como él decía, le dispensaban la más cordial acogida.

Mokó, el intrépido Mokó, fue agregado al buque *Chairmán* y encargado a Evans para que cuidase de él como si fuera su hijo, y a su lado si hiciera hombre, creándose una posición y una fortuna, que bien merecidas tenía.

En cuanto a la excelente Kate, los Briant, los Garnett, los Wilcox y demás se la disputaban, pero



concluyó por fijarse definitivamente en casa de Doniphan, a quien salvó la vida por sus maternales cuidados.

Ha terminado nuestro relato, y como conclusión moral, he aquí lo que debe tenerse presente de él,

que justifica, a nuestro parecer, su título de DOS AÑOS DE VACACIONES.

Verdad es que no hay en ningún colegio alumnos que cometieran jamás la locura de exponerse a pasar sus días de asueto en semejantes circunstancias; pero los niños, leyendo este libro, deben siempre tener presente que con orden, celo y valor, no hay ninguna situación, por mala que sea, que no se pueda vencer; y no olvidar, sobra todo pensando en los jóvenes náufragos del *Sloughi*, que experimentados por grandes contratiempos, y acostumbrados al duro aprendizaje de la vida, a su vuelta los pequeños eran casi adolescentes, y los mayores casi hombres.

FIN DE «DOS AÑOS DE VACACIONES»